

VÉRTICE

no 9



Llorens Placit

Contra dolores

Cafiaspirina

el remedio
soberano

Ayuntamiento de Madrid





SAN SALVADOR Y C.^{IA}

BILBAO, TORRONTÉGUI,

GRANDES ALMACENES DE
MADERAS DE TODAS CLASES
IMPORTACION DIRECTA

TALLER MECANICO DE CARPINTERIA

Fábrica de aserrar, moldurar,
machihembrar, etc. - Repara-
ciones de buques y construc-
ción de sollados y cubiertas

CONTRATISTAS DE OBRAS

Teléfono, número 97.829

DERIVADOS DEL
ALQUITRAN DE LA HULLA

Sociedad Bilbaina de Maderas y Alquitranes

I. M.^o Olábarri, 1
Apartado, 318 - Teléfono, 10.471

BILBAO

S. A. E. - BILBAO-DEUSTO

BRASSO

Limpia metales marca BRASSO • Azul en
bolsitas marca BRASSO • Azul ultramar
marca CASTILLO y demás calidades.

Crema para el calzado marca NU-
GGET • Para blanquear la ro-
pa la bolsita BRASSO es inmejorable.

EDUARDO K. L. EARLE

FABRICA DE METALES DE LEJONA

FABRICA MILITARIZADA AL SERVICIO DE ESPAÑA

cobre

alpaca

latón

aluminio

APARTADO, NUM. 60 • BILBAO

Aleaciones ligeras • Earlumin • Tubos • Chapas • Bandas • Perfiles • Barras, etc.



Fábrica RODRIGO SANCHEZ DIAZ

BILBAO

Fabricación de:

CUBIERTOS DE ACERO ESTAÑADO
CUBIERTOS DE ALPACA
CUBIERTOS PLATEADOS
CUCHILLOS con MANGO de ALPACA

CIGÜEÑA



Marcas Y

ROSADI



FABRICA EN: IRAUREGUI
BARACALDO
(VIZCAYA)

OFICINAS: ESPARTERO, 4 Y 6
BILBAO
TELEGRAMAS: CIGÜEÑA
CLAVES: A. B. C. 52-BENTLEY'S

JOSE SAMPEDRO

FABRICACION DE TODA CLASE DE BRIDAS
Y TAPONES PARA BIDONES Y CISTERNAS
BRIDAS PARA UNION DE TUBOS
GANCHOS DE BIELA PARA GAVILLADORAS;
CIERRES Y BISAGRAS PARA CARTOLAS DE
CAMIONES; BISAGRAS DE PUERTAS LISAS,
DE TOPE Y CUBIERTAS

TODA CLASE DE PIEZAS DE FORJA
Y ESTAMPACION

III

ZALDIVAR

TELEFONO, 6

(VIZCAYA)

Almacenes «LA VILLA»

SALVADOR QUESADA MOLINA

Tejidos • Novedades • Perfumería

REYES CATÓLICOS, 25 Y 27

GRANADA

ALMACENES DE TEJIDOS
"LA MAGDALENA"

José Pérez de la Blanca, S. A.

MESONES, 49, DUPLICADO
GRANADA

UN LIBRO EXTRAORDINARIO

¡A BILBAO!

(ESTAMPAS DE LA GUERRA EN VIZCAYA)

por PEDRO GÓMEZ APARICIO

Relato emocionante de la gesta de nuestros soldados y milicias
en la provincia de Vizcaya • Una página de la Historia del
Mundo que ha de ser asombro de las generaciones venideras •
Un volumen con 354 páginas, con un gráfico a varios colores
y 20 magníficas fotografías, **7 PESETAS**

Editorial y Librería **PRIETO** - Mesones, 65 - Granada



VIDRIERIAS LLOFRIU S. A.

CASA FUNDADA EN EL AÑO 1860

Especialidad en
frasquería, bote-
llería y envases
de todas clases

Fábricas en PALMA DE MALLORCA

INDUSTRIA NUMERO 90

ESTABLECIMIENTOS Y

"EL TRIUNFO"

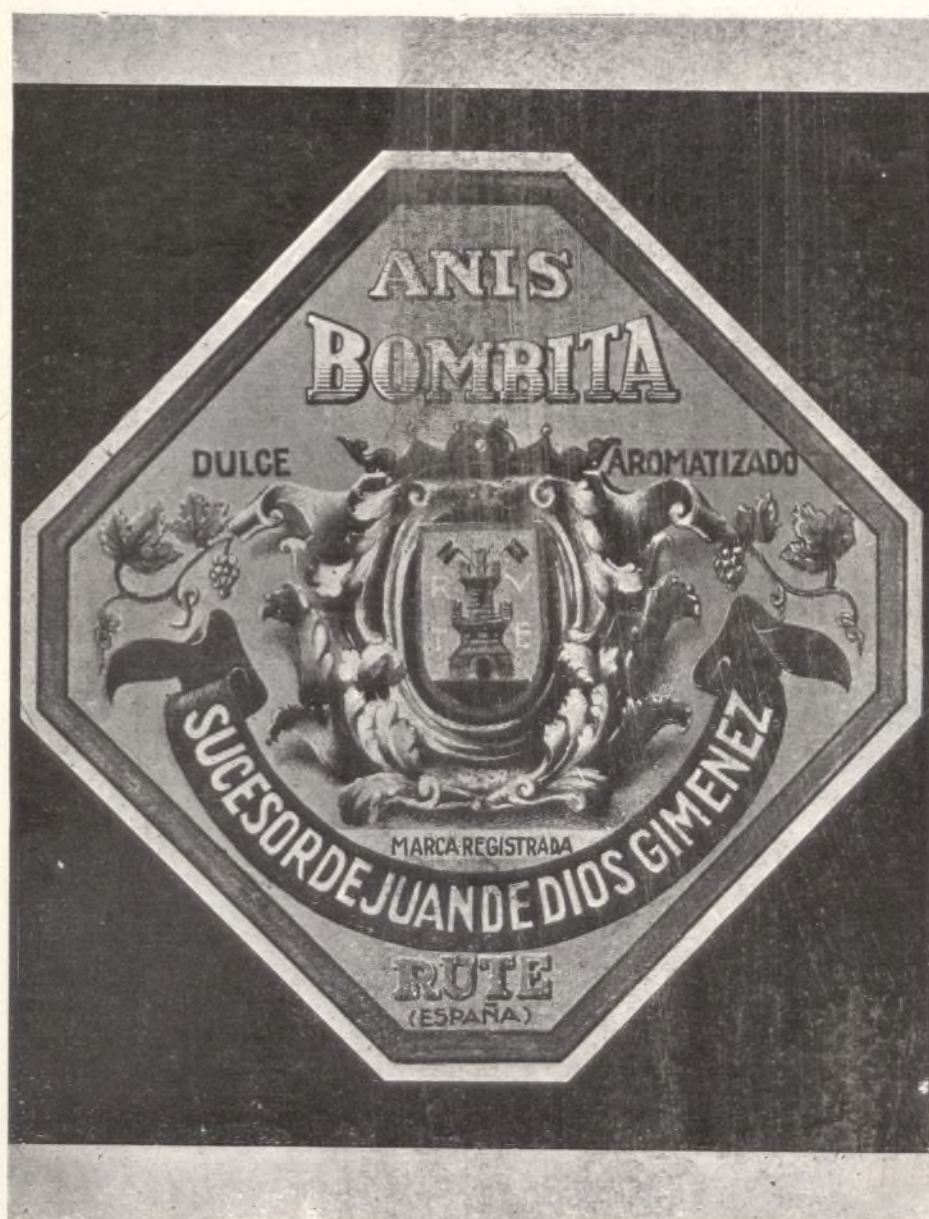
Fábrica de Embutidos
y Salazones de Cerdo

MANUEL CABRERA VERDUGO

Acera del Triunfo, 78

Teléfono, 1.642

GRANADA



ALGODONERA DE SAN ANTONIO, S. A.

Tejidos Hilados
Blanqueo Tintorería
Estampación

Dirección telegráfica y telefónica:
ALGODONERA - VERGARA
TELÉFONO NÚMERO 1.462

VERGARA
(GUIPÚZCOA)



PEDRO
M.
STRANY



FABRICA DE CALZADOS
Y
CURTIDOS

Con trece sucursales para la venta al detall en
España Nacional

5 en SEVILLA. — Blanca, 55; Constitución, 8; Santa
María la Rioja, 1; Alfonso el Sabio, 9 y Feria, 79
2 en MALAGA. — Pasaje Heredia, 1 al 21 y 62 al 72
2 en CORDOBA. — Claudio Marcelo, 1 y Málaga, 2
2 en GRANADA. — Zacatín, 46 y Reyes Católicos, 51
1 en HUELVA. — Castelar, 6

PROPIETARIO: Pedro M. Strany
Avenida Estanislao Figueras, 54

PALMA DE MALLORCA (BALEARES)

Hijos de

Carlos Rodríguez Ortega

Fábrica de Chocolates
ALHAMBRA

GRANADA

Martínez Cañavate, S. A.

PRODUCTOS DEL CERDO

TELÉFONO, 2.222

MARACENA
(GRANADA)

D R
M.
R A N

ALMACENES

" L A P A Z "

TEJIDOS

GRANADA

Diego Liñan Nieves

Alhóndiga, 13

Almacén de Maderas de Chopo,
Rallizaje, Tablón,
Parejuelos y Tablas.

GRANADA

detall en
Santa
ria, 79
2 al 72
aga, 2
cos, 51
LEARE

HIJOS DE CASTOR GÁRATE

FÁBRICA DE
ACCESORIOS
PARA BICICLETAS

ESPECIALIDAD
EN
CARRETES

TORNILLERÍA DE TODAS CLASES
FORJA Y RECALQUE

IBARRECRUZ, 7 EIBAR (GUIPÚZCOA)

ALZAMORA S.A.



EXPORTACIÓN
DE ALMENDRAS
Y PULPAS DE FRUTAS
IMPORTACIÓN DE CEREALES,
PIENSOS, AZÚCAR, HARINAS Y SALVADOS

S A A

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: "ALZAMORA"
DIRECCIÓN POSTAL: APARTADO, 6
TELÉFONOS NÚMEROS 2307 Y 1636
PALMA DE MALLORCA

ga
tes
A
A
A.

GAS Y ELECTRICIDAD S.A.

PALMA DE MALLORCA

GAZTAÑAGA, TROCAOLA E IBARZABAL

LTDA.

Fábrica de recambios para automóviles
CHEVROLET, FORD,
CITROEN, REO,
RENAULT, G. M. C.,
y otras marcas

Plegadoras de
papel eléctricas
=
ESPECIALIDAD EN
PALIERS EN GENERAL

APARTADO, 22
EIBAR (GUIPUZCOA)

Pistolas, Revólvers,
Carabinas marca
« DESTROYER »
=
ARTICULOS PARA
CARROCERIAS

Ayuntamiento de Madrid

Banco del Oeste de España

Capital totalmente suscrito 10.000.000 ptas.
Reservas. 1.000.000 id.

Casa Central: Edificio de su propiedad
Calle Zamora, 2 Salamanca

Sucursales y Agencias

Alba de Tormes, Aldeanueva del Camino, Arroyo del Puero, Avila, Bejar, Burguillos del Cerro, Candeloda, Cañaverol, Ciudad Rodrigo, Cria Hervás, Jaraiz de la Vera, Lumbralea, Miajadas, Penaranda de Bracamonte, Plasencia, San Vicente de Alcántara, Torrejoncillo, Valencia de Alcántara, Villafranca de los Barros, Vitigudino y Zafra.

Operaciones que realiza

Cuentas corrientes a la vista y a plazo: Cajas de Ahorros en libretas ordinarias de cualquier clase, tenga o no condiciones limitativas. - Imposiciones a plazo fijo, abonando en todas ellas intereses a los tipos máximos autorizados por el Consejo superior Bancario.

Compra-venta y custodia de toda clase de valores. Descuento y cobro de cupones y títulos amortizados. Canje y conversión de títulos. - Suscripciones a empréstitos. - Descuentos y negociación de letras documentarias y simples. - Préstamos y créditos con garantía personal y de valores. - Giros, órdenes telegráficas y cartas de crédito sobre España y el Extranjero. - Aceptaciones y domiciliaciones. - Compra y venta de billetes y monedas extranjeras, y en general, toda clase de operaciones de Banca, Bolsa y Cambio. Se facilitan HUCHAS para ahorro a domicilio.

CAJAS DE ALQUILER

Departamentos individuales desde 30 pesetas al año.

S A L A M A N C A

LA GUADALUPE

Fábrica de papel continuo de

Hijos de Antonio San-Gil y Olló, S. L.

Especialidad en papeles finos

Pergamino marca **OMNIA PRO PATRIA**

TOLOSA (Guipúzcoa)



Pañería y Lencería

Modistería - Sastrería
de primer orden
Militar y Paisano

Lanería y Camisería

Géneros de Punto

Novedades para
Señora y Caballero

L.E.V.

ALMACENES BAUZA

PLAZA DE CORT, 5, 6 Y 7
TELÉFONO, 2.360

Palma de Mallorca

Caja de Ahorros Municipal de Burgo

Fundada en 11 de Junio de 1936,
bajo el patronato del Gobierno y
con garantía del Exmo. Ayunta-
miento e instalada en la planta
baja de la Casa Consistorial.

INTERESES QUE SE ABONA

En libretas ordinarias	2'50 por 100 anual
En imposiciones a plazo de seis meses.	3'00 id
En imposiciones a plazo de un año	3'50 id
En cuentas corrientes a la vista.	1'25 id

CAPITAL DE IMPONENTE

En 3 de Diciembre de 1935.	20.429.077'70 pesetas
Ayuntamiento de Madrid. de 1936.	20.633.309'61 id

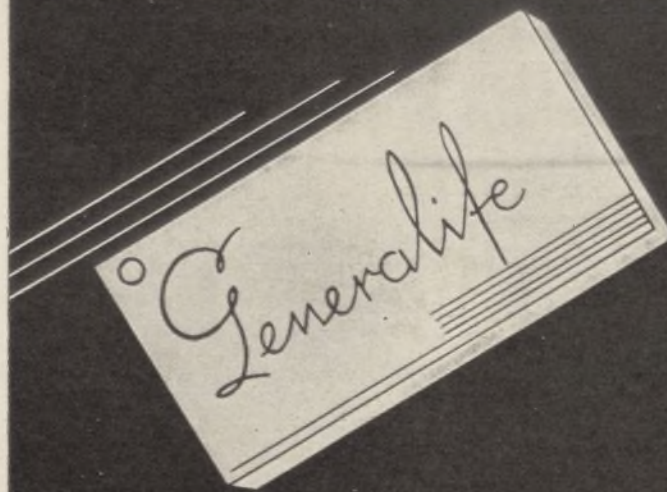
PH nemo



crema para el cutis

Un cutis claro como la nieve tendrá usando la Crema NEMO DE LOS LABORATORIOS «ENÉIDA»
Paseo Colón, número 8 entresuelo SAN SEBASTIAN

CHOCOLATES



Se ha impuesto en todos los mercados por su suprema calidad

Capuchinos, 17 GRANADA

● FACTORIA NAVAL ●
Hijos de J. BARRERAS, S. A.

● V I G O ●

Construcción de buques de todas clases

● Motores Diesel ●

● Máquinas de vapor ●

Maquinaria en general

Calderas de vapor

● Puertas - Tanques ●

Especialidad en buques pesqueros



PEDRO BARBIER

(SOCIEDAD LIMITADA)

LA PEÑA - BILBAO



Fábrica de alambres, Tachuelas, clavos, puntas, remaches de hierro, cobre, latón; aluminio, earlumin, clavillo de latón y llaves para latas

Dirección Telefónica: BARBIER-PEÑA — BILBAO

Apartado, n.º 37

Teléfono, n.º 14.487

BILBAO

SASTRERIA

**S
I
R**



**B
I
L
B
A
O**

BIDEBARRIETA, 9



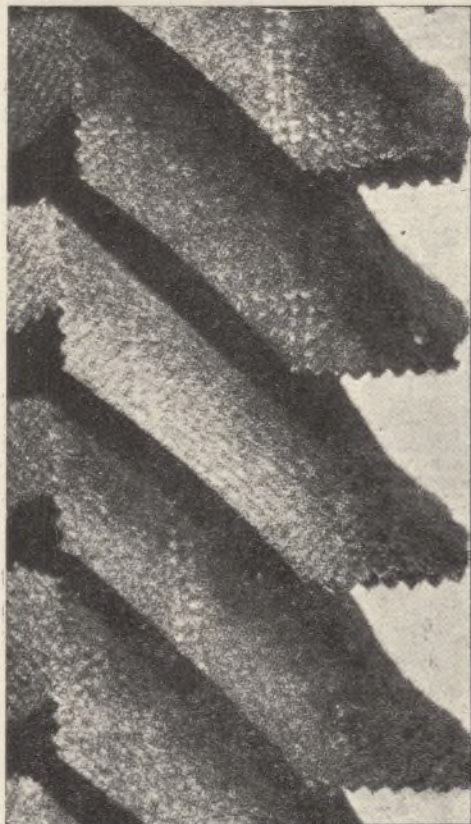
LA ROSA

SIMAL Y RUEDA, S.L.

**FUNDICION Y
TALLER MECANICO
MEDINA DE RIOSECO
(VALLADOLID)**

Ayuntamiento de Madrid

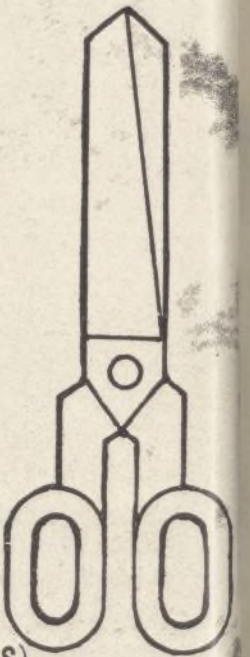
BENITO SAINZ • LOPEZ



SASTRERIA

TEJIDOS •

Plaza Mayor, 39 Teléfono, 9
ROA DE DUERO (BURGOS)



JOSE OCHOA MELERO

Hijo y Sucesor de Vda. de Vicente Ochoa



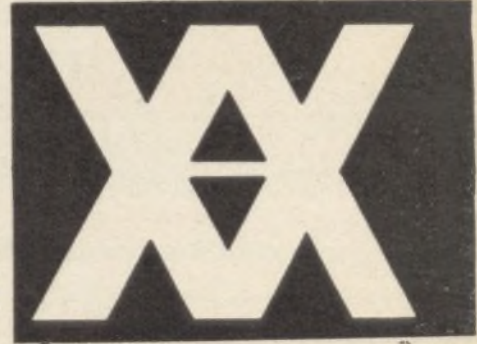
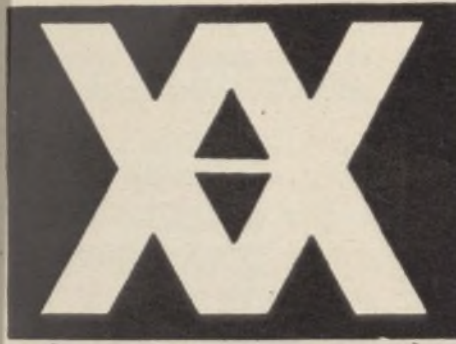
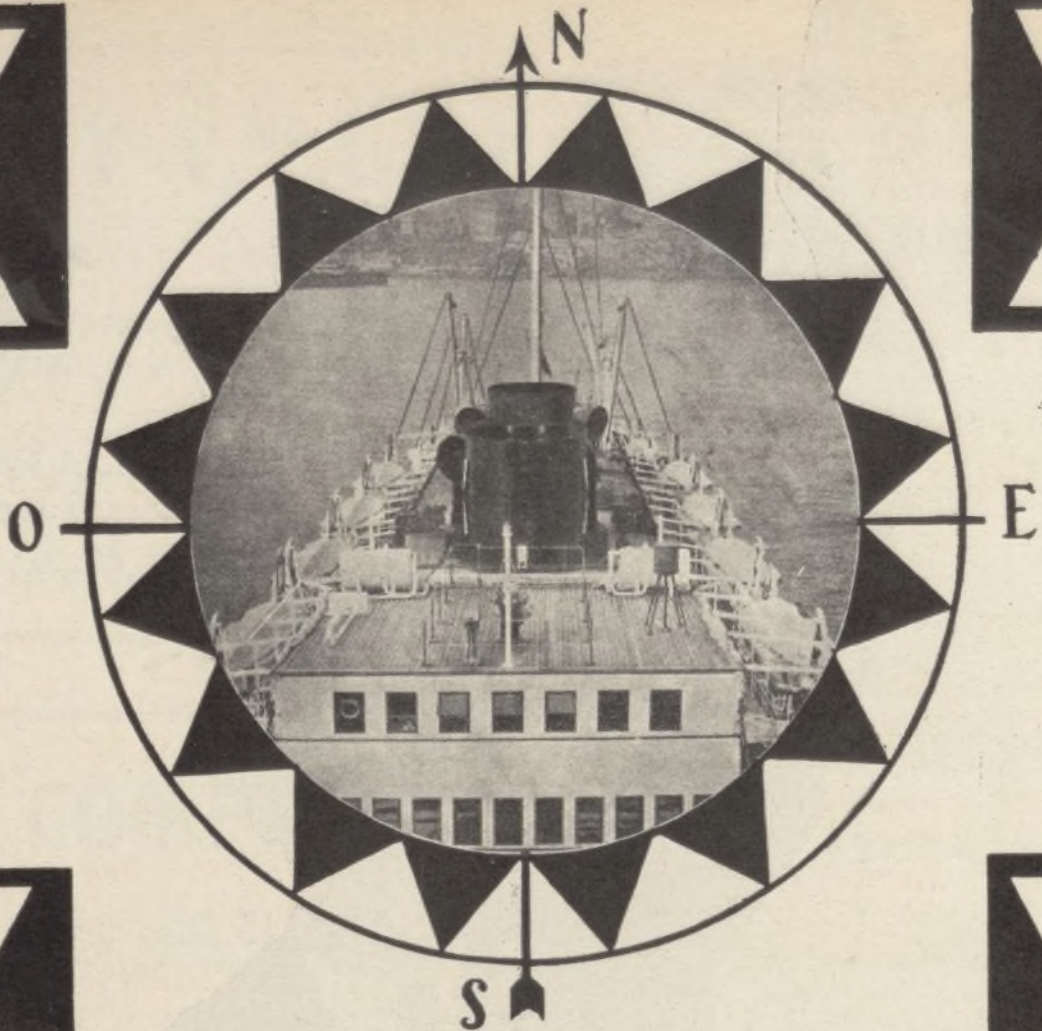
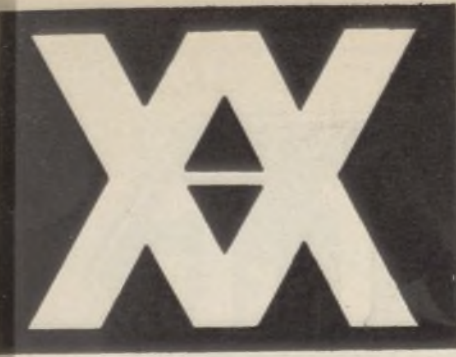
**Almacén de Coloniales
Paquetería y Alpargatas
Importaciones directas**

Calle de BEJAR, 7

Casa fundada en 1880

ARANDA DE DUERO (BURGOS)

• I O P E 7



YBARRA Y COMPAÑIA, S. EN C.
LINEA MEDITERRANEO-BRASIL-PLATA
SERVICIOS DE CABOTAJE

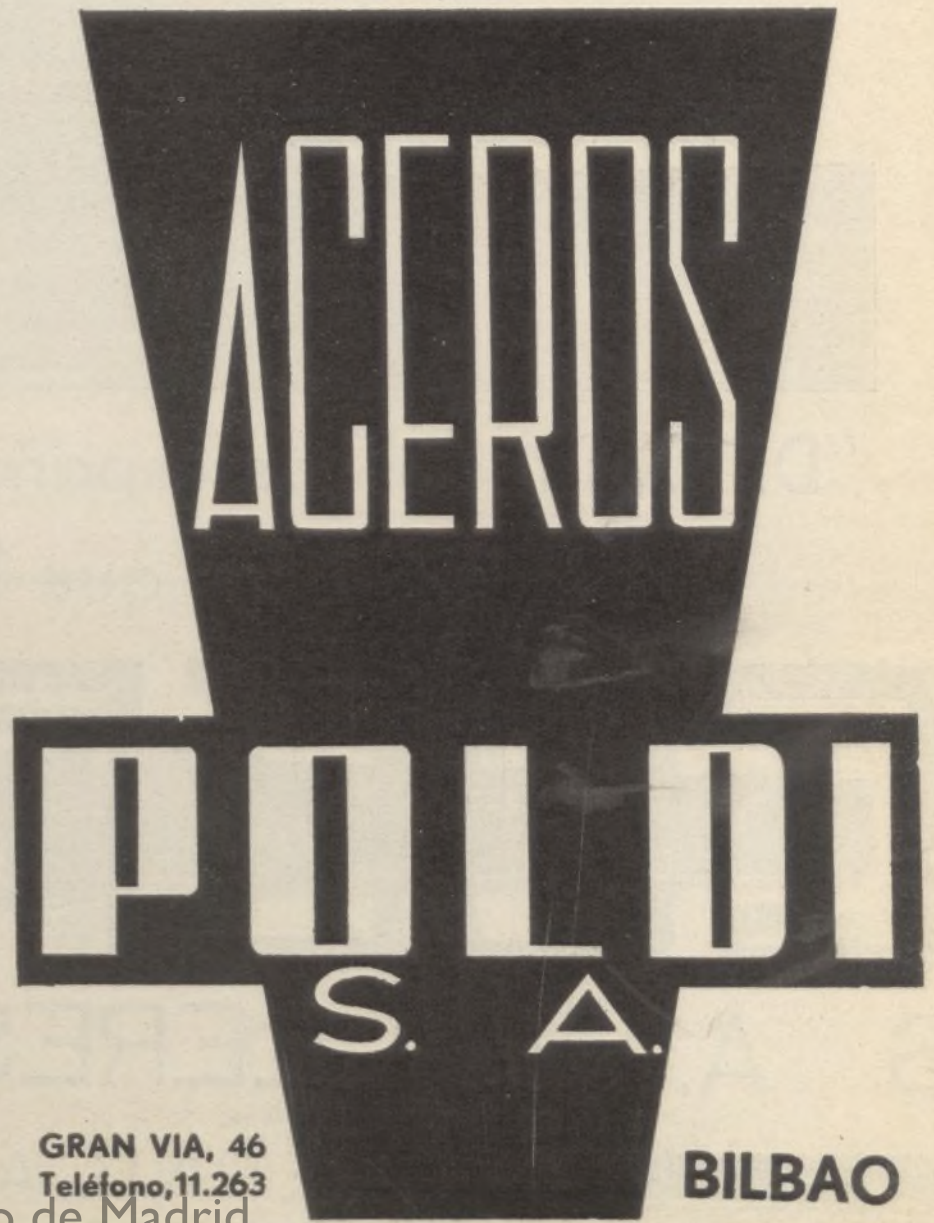
RO
choa



SOCIEDAD
LA ARTISTICA
(LIMITADA)
MANUFACTURAS
DE HOJALATA
VIGO (España)

Litografía y fabricación de toda clase de envases de hojalata para conservas, aceite, mantequilla, té, lubricantes, grasas, cremas para calzado, limpia-metales, insecticidas, pinturas, productos farmacéuticos, talco, etc., etc.

CARTELES RECLAMO
Tapones Corona para botellas
Tubos comprimibles de estaño y plomo • Estaño puro y soldadura en barritas • Maquinaria para la industria conservera
Troquelaría • Fabricación de aros de goma para el cierre hermético de envases



GRAN VIA, 46
Teléfono, 11.263

BILBAO



Puede haber Brocas
más baratas; pero no
tan buenas.



Puede haber Brocas
más caras; pero no
mejores.



"Digo a todos los españoles que yo no consumo
más brocas que las construídas en

GUERNICA

S. A. TALLERES DE GUERNICA

GUERNICA (VIZCAYA)

Ayuntamiento de Madrid

E. ECHARD Y C.^{ÑA} L.^{TA}

Casa Fundada en el año 1882

Consignaciones de buques, Fletamentos,
Tránsitos, Seguros marítimos e incendios

MERCADO ENSANCHE, 9

BILBAO

ZUBIA Y COMPAÑIA

Fábrica de Ferretería y de Material
Avícola y Cunicola Metálico Moderno

Diploma de honor en el primer
concurso Avícola celebrado en
Guecho en Mayo del año 1935

Nidal marca MENDIZABAL

Patente Invención Española
núm. 126.848 y Francesa 168.111
Comedores - Bebederos - Etc
Baterías individuales para
ponederas Conejeras y Ceba-
deros de hierro de varios pisos

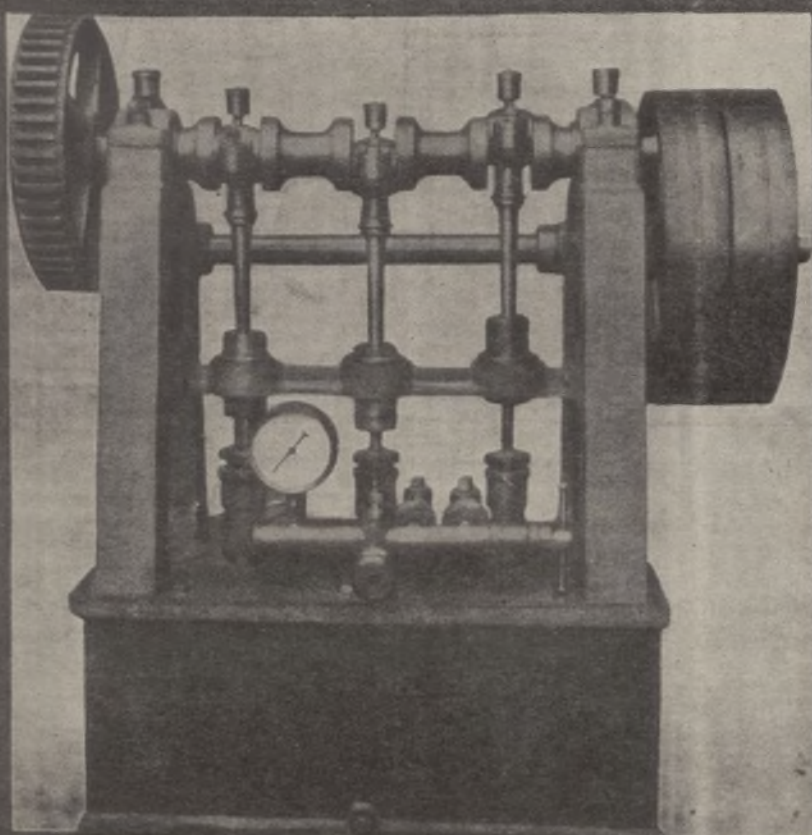
Gran éxito en la Exposición
Internacional de avicultura en
Paris, Febrero 1934 Gran
premio de material en la Ex-
posición de Cunicultura en
Madrid, Mayo 1934 - Medalla
de Oro en la Exposición del
V Congreso Nacional de Rie-
gos Valladolid Septiembre 1934

ELORRIO

TELEFONO 20

(VIZCAYA)

FUNDICIONES ROCA Y COMPAÑIA



MOLINOS DE ACEITE GRANADA

Construcciones mecánicas - Fundición
de metales - Construcción y reparación
de toda clase de maquinaria
Tallado de engranes cónicos

TALLERES LAMIACO

MOISES PEREZ Y C.^{IA} S. C. L.

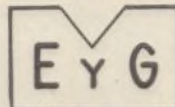
LAS ARENAS (Bilbao) - Teléf. 97.805



FABRICA DE HERRAMIENTAS DE PRECISION

INSTALACIÓN ESPECIAL PARA TALLAGE DE ENGRANAJES
ESPECIALIDAD EN TODA CLASE DE HERRAMIENTAS CORTANTES. TROQUELES, MOLDES, ETC.

MARCA



REGISTRADA

LEGARRE, 4 - Teléfono 301

EIBAR (Guipuzcoa)

ALBERTO ASCORBEBEITIA

TINTORERIA "LA PERLA"

Teléfonos:

Fábrica, 11.743 - Domicilio, 11.793

GENERAL CONCHA, 15
BILBAO

Ayuntamiento de Madrid

AGUSTIN ARIAS

INGENIERO INDUSTRIAL

HIERRO MALLEABLE
BRONCES DE ALTA RESISTENCIA
ALEACIONES ESPECIALES
DE FUNDICIONES PARA PIEZAS
DE AUTOMOVIL
PRESENCIA DE LAS ARMAS
GUIPUZCOA - Tel-137

TALLERES DE FUNDICIÓN

C h a p a s
A c e r o s

Hierros Comerciales

Vigas I
Formas I

GRANDES EXISTENCIAS

Hijos de

SABINO GARBISU

Plaza de Arriquibar, 2 y 3 - Alameda
de Urquijo y Alameda de Recalde
(frente a la Alhóndiga) - BILBAO

Apartado 70

Teléfono núm. 11286



Lempere

TITAN

R. DE EGUREN, INGENIERO - (BILBAO)
SUCESOR

Correspondencia: Apartado 122 - Telegramas: DEEGURE

Sucursales con almacenes en: Madrid-Gómez Baquero, 5 y 7 • Sevilla
Calle Sierpes, 8 • La Coruña-Riego de Agua, 9 y 11 • Barcelona-Ram
bla de Cataluña, 66, 1.º F • Valencia-Félix Pizcueta, 12

INDUSTRIAS ANDALUZAS S.A.



PRODUCTOS INDUSTRIALES.



INSECTICIDA "FLECHA"
ANTES 42

PRODUCTOS FARMACEUTICOS

AGUA OXIGENADA
Triunfal



BICARBONATO SÓDICO
"TRIUNFAL"

CATAPLASMA
ANTI-INFLAMATORIA
"TRIUNFAL"

TALCO - BORATADO
"TRIUNFAL"

EL METI ADHERENTE PARA PINTAR

LUCIDOR LIQUIDO LIMPIAMETALES

CREMA FLECHA PARA EL CALZADO
TINTE FLECHA " " "
REPARADOR " " "
PASTA BLANCA " " DE LONA

DISTRIBUIDORES EN ESPAÑA
DE LOS PRODUCTOS ALIMENTICIOS

"GOFIR"

"GOFCAO"

AVENIDA DE
MIRAFLORES 2

SEVILLA

TELEFONO
Nº 24208

RESTAURANT



LUCIANO

Esta Casa tiene la exclusiva de la cocina especial del País y su lema es

Comáis, Bebáis y Paguéis

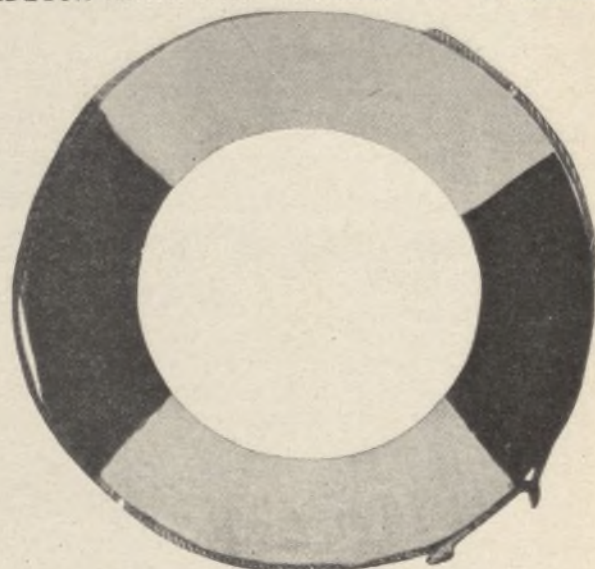
Contando con amplios comedores siendo el servicio esmerado y a la carta
BARRENCALLE. 38 y 40 Teléf. 14509 y 17200

BILBAO

COMPañIA MARITIMA DEL NERVION

LINEA REGULAR DE MOTO NAVES Y VAPORES ENTRE LOS PUERTOS DEL NORTE DE LOS ESTADOS UNIDOS Y GOLFO DE MEJICO PARA EL MEDITERRANEO ESPAÑOL

M/N	«MAR CANTABRICO»	7.500 Tons. d.w	425.000 pies cúbicos
»	«MAR NEGRO»	7.500 »	425.000 »
Vp.	«MAR BLANCO»	7.000 »	350.000 »
»	«MAR CARIBE»	7.000 »	350.000 »
»	«ALDECOA»	8.500 »	412.000 »



SERVICIO DE BUQUES «TRAMPS»

Vp.	«MAR ROJO»	5.100 Tons. d.w.
»	«MAR BALTICO»	5.150 Tons. d.w.

Dirección telegráfica: URAL-BILBAO

Apartado, número 170

P. O. B. 170

CODES

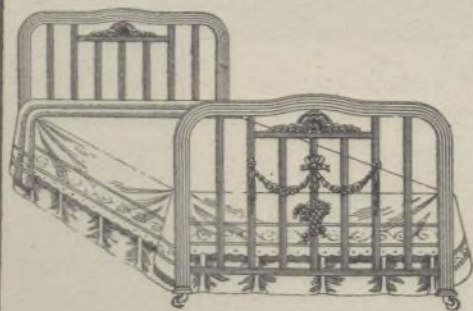
SCOTT'S - 1396
SCOTT'S 10.th EDITION
WATKINE 21.st »
WATKINS SHIPPING 1904
A. B. C. 5.th EDITION

GRANVIA, 1

TELEFONO, 15.701

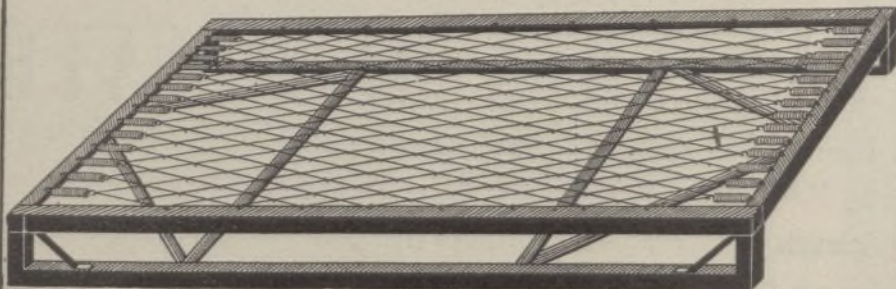
B I L B A O

MARCELINO IBAÑEZ DE BETOLAZA, S.A.



FABRICA DE CAMAS DE HIERRO Y LATON - EN BRONCE, NIQUEL, PLATA, ETC.

ESPECIALIDAD EN CAMAS PARA HOSPITALES COLEGIOS, COMUNIDADES RELIGIOSAS, ETC.



PRODUCCION ANUAL, 25.000 CAMAS
ALMACEN Y EXPOSICION
PLAZA DEL FUNICULAR - **BILBAO**

INDUSTRIAS LACTEAS



FABRICAS DE QUESOS MANTECA Y LECH CONDENSAD

MARCA REGISTRADA

G.M. GRANIZO

Avenida Lealtad, 23 - Teléfono, 1337

L E O N



LA CERVECERA DEL NORTE

COMPANIA ANONIMA

Gran Fábrica de Cerveza y Hielo

La popular Cervecería "IPARRALDE" que esta Sociedad tiene para la venta al público de sus cervezas, en terrenos de su propiedad anejos a la Fábrica, es la más importante de su clase en España por su capacidad y venta, siendo muy visitada por los forasteros. CERVEZAS DE INMEJORABLE CALIDAD • SUS MARCAS ACREDITAN EL ESTABLECIMIENTO DONDE SE EXPENDAN

B I L B A O

HIJOS DE SEBASTIAN ANTOLIN CALVO, S. L.

OFICINA TECNICA

CALEFACCION
DESECACION
REFRIGERACION
VENTILACION

MOTORES Diesel puro «PETTER».
BOMBAS centrífugas, de émbolo y rotativas.

CORREAS de cuero «STRONG-BULL» de búfalo «RED STOPLESS» y «GREEN STOPLESS»; de goma «DELTA-PERMANENT»; de pelo camello «HERCULES».

TRANSMISIONES
HERRAMIENTAS
TUBERIAS

LUBRICANTES «STOPLESS» para cada aplicación.

SEDAS de ZURICH y accesorios para molinería.

FRIGIDAIRE
DELCO-LUZ

SEVILLA

Sagasta, 23 -- Teléfono, 22.592



SOCIEDAD ANÓNIMA TALLERES DE DEUSTO

Fabricación de aceros moldeados sistema "SIEMENS" y "ELECTRICOS", piezas de forja, etc.

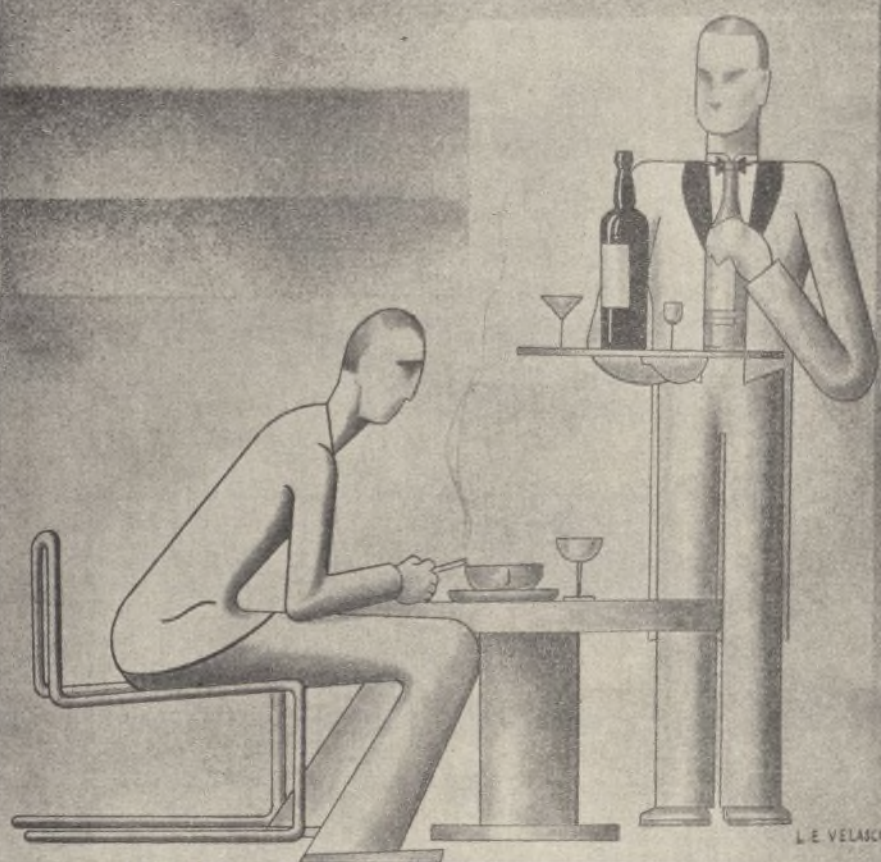
Apartado n.º 41-Dirección telegráfica y telefónica: "Talleres Deusto" - BILBAO

**ACEROS MOLDEADOS
TALLERES DE FORJA Y MAQUINARIA**

Toda clase de aceros moldeados al carbono y al manganeso y maquinaria completa para cerámica. Especialidad en cilindros para prensas hidráulicas y ejes montados. Se fabrican, según modelos o dibujos acotados, toda clase de piezas desde 500 gramos a 15 toneladas.

Los productos de esta fábrica han sido reconocidos y aceptados por el Registro del Lloyd de Londres, Bureau Veritas y British Standard y por las grandes Compañías españolas de ferrocarriles.

Calidades recomendadas
 Macharnudo LA RIVA fino
 Macharnudo LA RIVA oloroso
 BRANDY LA RIVA ★★★ tres estrellas
 JEREZ QUINA LA RIVA
 A P E R I T I V O

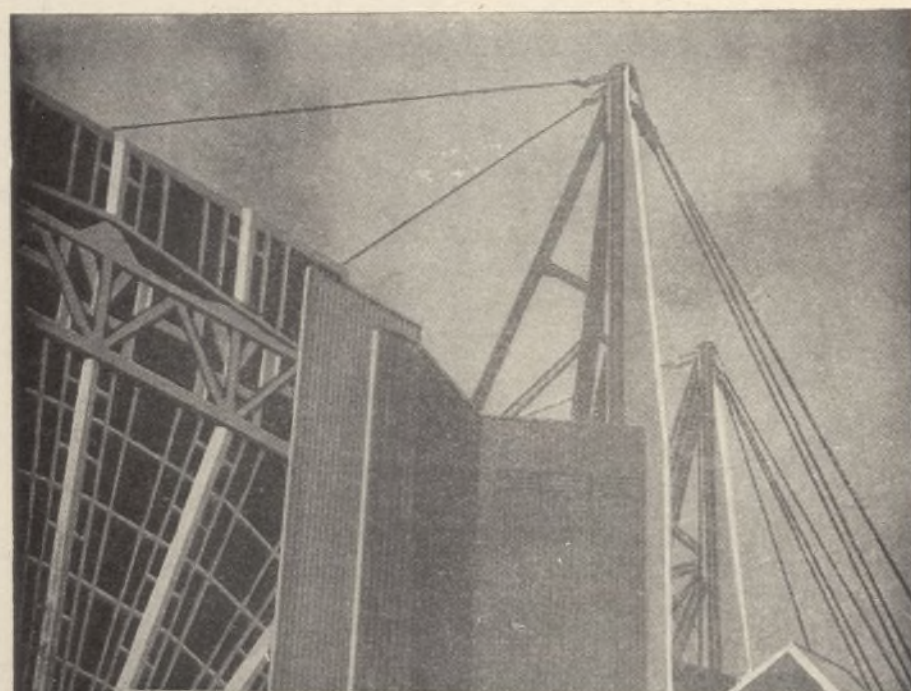


M. ANTONIO *de la* RIVA **JEREZ**

MANUEL ESCOLAR

Dedica toda su producción, al
EJERCITO, desde el día
 21 de JULIO del año 1936
PUENTE Y PELLON, 14
 TELEFONO NUM. 25446

●● SEVILLA ●●



SOCIEDAD FRANCO-ESPAÑOLA

INDUSTRIA NACIONALIZADA

Apartado, 67

BILBAO

Cables de Acero para la Marina

Pesca

Construcción de TRANVIAS AEREOS

Industria

Y
 PUENTES COLGANTES

y Minas

(LA FABRICA MAS ANTIGUA DE ESPAÑA)

Ayuntamiento de Madrid

FUNDICIONES

Alvarez, Gallastegui y Comp.^a S. A.

Hierro maleable, Bronce, Hierro colado
Especialidad en piezas de agricultura

ELORRIO

Teléfono 48

(Vizaya)

JOSE CARREIRA DOMINGUEZ

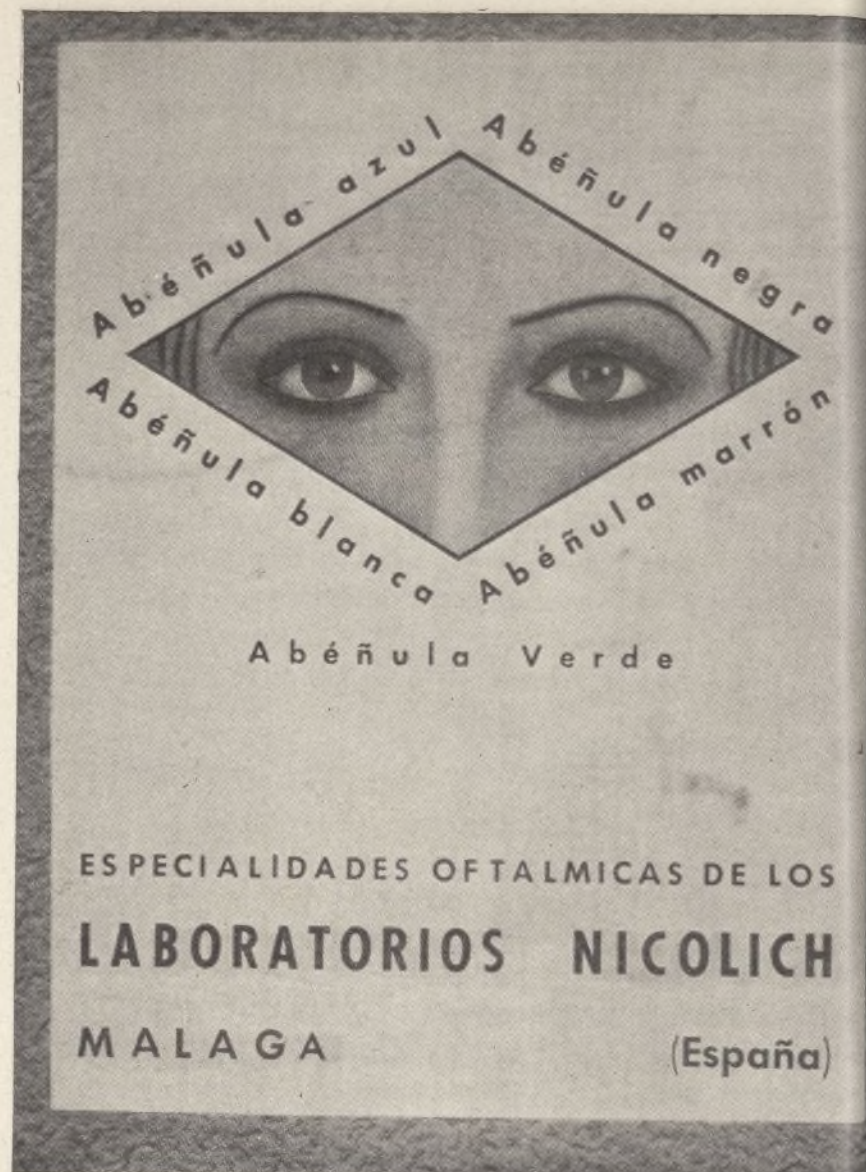
Aceites de oliva, aceites de orujo y vinos

QUEIPO DE LLANO, 18

Teléfono 349

ANTEQUERA

(Málaga)



Abéñula azul **Abéñula negra**
Abéñula blanca **Abéñula marrón**

Abéñula Verde

ESPECIALIDADES OFTALMICAS DE LOS
LABORATORIOS NICOLICH
MALAGA (España)

LA PREVISION ESPAÑOLA

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES
FUNDADA EN EL AÑO 1883
Domicilio Social: ORFILA, 7 Y 9
(EDIFICIO DE SU PROPIEDAD)

SEVILLA

Sobrinos de Félix Sáenz Calvo

TEJIDOS

TELEFONO: Tienda 4030

» Almacén 3878

MALAGA

JUAN BALMASEDA

SAQUERIO NUEVO Y USADO

Selecciones garantizadas

URBIETA, 22

Teléfono 12433

BILBAO

Productos de
alta calidad
de

Vinos de Málaga

COÑAC

TRIPLE SECO
LICOR DE NARANJA

L. VELASCO

LARIOS S.A. MALAGA

FABRICA DE ARTICULOS DE PIEL Y
VIAJE • CORREAGES para el EJERCITO

MIGUEL SANCHEZ GARCIA

MURILLO, 5 Y 7
Teléfono, 23.600

SEVILLA

DEXTRINA

MARCA PULPO

BLANCA-AMARILLA
FABRICACION SEVILLANA

Dirigirse a FERRÉS
PLAZA DE LA ENCARNACION, 34

SEVILLA

L. VELASCO



FABRICA DE PAÑOS
FUNDADA EL AÑO 1787

Paños para uniformes y gabanes
Novedades de estambre y cheviot para trajes

FRANCISCO GOMEZ RODULFO

Despacho: Plazuela de J. Calvo Sotelo

Fábrica: Teléfono núm. 5

Dirección telegráfica: «NAVAMUÑO»

BEJAR (Salamanca)

“CHISTU”
PRODUCTOS DE CALIDAD

CONSERVAS
“SOLA”

SAN ADRIAN (NAVARRA)

IMPORTADOR DE
ACEITES Y GRASAS
LUBRIFICANTES
“KISSEL”

ELADIO SANCHEZ

Iturriza, número 9
Teléfono, n.º 15.243
BILBAO

Conservas “SADA”
(Casa fundada el año 1870)

Teléfono número 95
Dirección telegráfica: SADAMA

CALAHORRA (RIOJA)

**Preparación de
Conservas alimenticias**

Especialidades
FRUTAS CONFITADAS
MERMELADAS
PASTAS DE FRUTAS
ESPARRAGOS

FRANCISCO MORENO
CALAHORRA (Rioja) Teléfono, 9

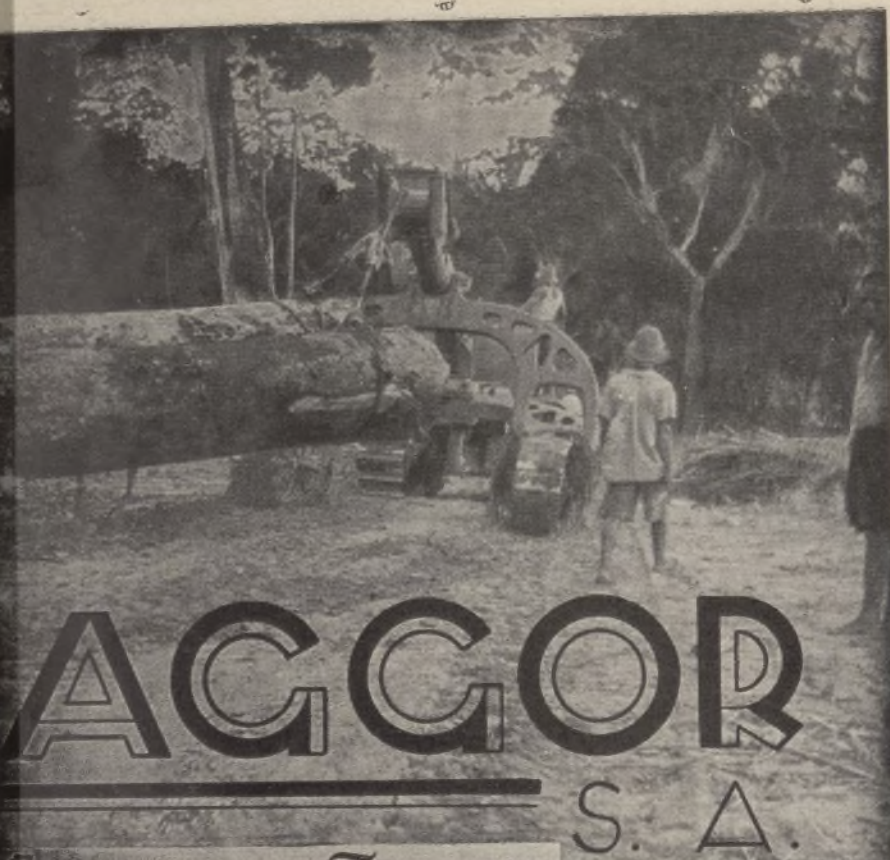
CONSERVAS
“TORRES”
Casa fundada en 1870

Dirección telegráfica: TORRESBA
Teléfono, 163

HIJOS DE BASILIO TORRES
CALAHORRA (RIOJA)

**Cayetano
Baroja
Calahorra**

Fábricas de conservas en
CALAHORRA
LÉRIDA Y
VACIAMADRID



AGGOR

S. A.

Explotaciones Forestales

RIO ETEMBUE - MENANG
PLANTACIONES DE CAFE
M O N G O

RIO BENITO
Guinea Española

BERÁSTEGUI, 3
BILBAO

L.E.V.

COMPañIA GENERAL DE ELECTRICIDAD

Centrales en: PINOS GENIL, GÜEJAR, SIERRA y MONACHIL

G R A N A D A

COMPañIA GENERAL DE VIDRIERIAS ESPAÑOLAS

SOCIEDAD ANONIMA

Domicilio social: BILBAO (España)

Fábricas de VIDRIO PLANO Y BOTELLAS en Bilbao y Jerez de la Frontera y otras filiales en el resto de España

FABRICACION mecánica de vidrio plano y especialidades por el sistema FOURCAULT

FABRICACION mecánica y automática de botellas de todas clases por el procedimiento BOUCHER y LYNCH

DIRECCIONES { Telegráfico: **VIDRIERA**
Telefónica:

APARTADO DE CORREOS, NUMERO 11

Teléfonos números: 97.610 - 97.618 - 97.619

LA CORRESPONDENCIA SE DIRIGIRA A NOMBRE DE LA SOCIEDAD

FABRICA DE TORNILLOS REMACHES Y SIMILARES

m-i-k-e-t-o

S. A.

TELEFONO, NUMERO 29
D U R A N G O
(V I Z C A Y A)

ESTUDIO VERTICE

J. JESUS VELASCO

(HIJO DE JUAN VELASCO)

Importador de Garbanzo

URIBITARTE

APARTADO. 226 - TELEFONO. 11.757

B I L B A O

**HISPANIA
TOBIS**

PRESENTA

en la temporada 1937-1938

Las más grandiosas películas
cinematográficas alemanas

20 Superproducciones

DIRECCIÓN Y OFICINAS: Alemanes, 11

SEVILLA

"VÉRTICE" a sus lectores

NUEVAMENTE, "VERTICE" asoma en estas líneas su inquietud de superación. Como así prometió a sus lectores en el primer número, ni hemos regateado esfuerzos, ni hemos reparado en sacrificios, para lograr que la Revista Nacional de la Falange, llegara a ser el exponente digno de nuestra Prensa y de nuestra Cultura. Ya allí anunciábamos, como una de las deficiencias que estaba en nuestro propósito el subsanar, que el papel empleado en aquellos números, sería sustituido por otro superior, vencidas las dificultades que entonces se nos oponían y cuando éste pudiera ser adquirido sin recurrir a la importación del extranjero. Desde ahora, "VERTICE" aparecerá, editado con papel «couché» fabricado especialmente por «La Papelera Española», y su precio será de **CUATRO PESETAS**. Esperamos que el público acogerá con satisfacción esta diferencia de precio ampliamente compensada, orgullosos todos los españoles de que la Revista Nacional de F. E. T. y de las JONS, haga llegar nuestra voz a todos los rincones del mundo, en un marco y en una tribuna, digna de la Nueva España de Franco.

¡ARRIBA ESPAÑA!

J. MARTINEZ HERRERA

MUEBLES ARTÍSTICOS

Recogidas, 37

GRANADA

Jabones BALLESTEROS

Apartado

GRANADA

SUMARIO



Foto Ortiz-Echagüe

ABRIL 1938

II AÑO TRIUNFAL

Portada.....	José Caballero
Sumario.....	Ortiz de Echagüe
Diálogo entre dos legionarios.....	José Antonio Giménez Arnau
Imperio.....	Raimundo Fernández Cuesta
Ataque nocturno.....	Pedro Sainz Rodríguez
Retina.....	Alfonso García Valdecasas
Austria y otra vez Austria.....	Dibujo en color por Pruna
Orgullo y dolor del «Balears».....	Noticiario gráfico universal
Hijos de la Tierra.....	José Félix Lequerica
El tanque tiene su historia.....	Ricardo Giménez
Gabriel D' Annuncio.....	Página en color por José Escasí
Cazadores de Morato.....	Federico de Urrutia
Collage.....	Victor de la Serna
Plástica.....	Adriano del Valle
Egloga 1.ª.....	Estudio «VERTICE»
Isabel.....	Página en color por J. Cabanas
Retaguardia.....	Luis Felipe Vivanco
Sevilla por dentro.....	Manuel Halcón
A los mártires españoles.....	Eduardo Llorent
Viajes.....	Paul Claudel
Dibujo.....	Valeriano Salas
Cinco muchachas en la playa.....	Página en color por J. Caballero
Libros.....	Cuento de humor por Lilo
Sonata.....	Página en color por T. Delgado
Teatro.....	
Cine.....	
Deportes.....	
Decoración.....	
Modas.....	Dibujos de A. T. C.
Orientaciones.....	Lidia Blanco
El poder del pensamiento.....	Novela por Tomás Borrás

Litografías: Talleres Offset. Fotograbados: Talleres Crelios. Papel fabricado especialmente para "VERTICE" por la "La Papelera Española". Imprenta: Aldus, S. A., Santander; Imprenta de la Excmo. Diputación de Guipúzcoa e Imprenta Nueva Editorial, S. A. San Sebastián.

NUMERO 9

Ayuntamiento de Madrid

PRECIO 4 PESETAS

DIRECTOR: MANUEL HALCON
DIRECCION ARTISTICA: TONO

J. JESUS VELASCO

(HIJO DE JUAN VELASCO.)

Importador de Garbanzo

URIBITARTE

APARTADO, 226 - TELEFONO, 11.757

B I L B A O

**HISPANIA
TOBIS**

PRESENTA

en la temporada 1937-1938

Las más grandiosas películas
cinematográficas alemanas

20 Superproducciones

DIRECCIÓN Y OFICINAS: Alemanes, 11

SEVILLA

"VÉRTICE" a sus lectores

NUEVAMENTE, "VERTICE" asoma en estas líneas su inquietud de superación. Como así prometió a sus lectores en el primer número, ni hemos regateado esfuerzos, ni hemos reparado en sacrificios, para lograr que la Revista Nacional de la Falange, llegara a ser el exponente digno de nuestra Prensa y de nuestra Cultura. Ya allí anunciábamos, como una de las deficiencias que estaba en nuestro propósito el subsanar, que el papel empleado en aquellos números, sería sustituido por otro superior, vencidas las dificultades que entonces se nos oponían y cuando éste pudiera ser adquirido sin recurrir a la importación del extranjero. Desde ahora, "VERTICE" aparecerá, editado con papel «couché» fabricado especialmente por «La Papelera Española», y su precio será de **CUATRO PESETAS**. Esperamos que el público acogerá con satisfacción esta diferencia de precio ampliamente compensada, orgullosos todos los españoles de que la Revista Nacional de F. E. T. y de las JONS, haga llegar nuestra voz a todos los rincones del mundo, en un marco y en una tribuna, digna de la Nueva España de Franco.

¡ARRIBA ESPAÑA!

J. MARTINEZ HERRERA

MUEBLES ARTÍSTICOS

Recogidas, 37

GRANADA

Jabones BALLESTEROS

Apdo. 12

GRANADA

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO



Foto Ortiz-Echagüe

ABRIL 1938

II AÑO TRIUNFAL

Portada.....	José Caballero
Sumario.....	Ortiz de Echagüe
Diálogo entre dos legionarios.....	José Antonio Giménez Arnau
Imperio.....	Raimundo Fernández Cuesta
Ataque nocturno.....	Pedro Sáinz Rodríguez
Retina.....	Alfonso García Valdecasas
Austria y otra vez Austria.....	Dibujo en color por Pruna
Orgullo y dolor del «Balears».....	Noticiario gráfico universal
Hijos de la Tierra.....	José Félix Lequerica
El tanque tiene su historia.....	Ricardo Giménez
Gabriel D' Annuncio.....	Página en color por José Escasi
Cazadores de Morato.....	Federico de Urrutia
Collage.....	Victor de la Serna
Plástica.....	Adriano del Valle
Egloga 1.ª.....	Estudio «VERTICE»
Isabel.....	Página en color por J. Cabanas
Retaguardia.....	Luis Felipe Vivanco
Sevilla por dentro.....	Manuel Halcón
A los mártires españoles.....	Eduardo Lloset
Viajes.....	Paul Claudel
Dibujo.....	Valeriano Salas
Cinco muchachas en la playa.....	Página en color por J. Caballero
Libros.....	Cuento de humor por Lilo
Sonata.....	Página en color por T. Delgado
Teatro.....	
Cine.....	
Deportes.....	
Decoración.....	Dibujos de A. T. C.
Modas.....	Lidia Blanco
Orientaciones.....	Novela por Tomás Borrás
El poder del pensamiento.....	

Litografías: Talleres Offset. Fotograbados: Talleres Crellos. Papel fabricado especialmente para «VERTICE» por la «La Papelera Española». Imprenta: Aldus, S. A., Santander; Imprenta de la Excm. Diputación de Guipúzcoa e Imprenta Nueva Editorial, S. A. San Sebastián.

NUMERO 9

Ayuntamiento de Madrid

PRECIO 4 PESETAS

DIRECTOR: MANUEL HALCON

DIRECCION ARTISTICA: TONO



(Foto Campúa - Vértice.)

DIALOGO ENTRE LEGIONARIOS

EL General, en la mañana vivida entre el dolor de sus soldados, llega a la cama del legionario.

Este—todo sonrisa y patillas—se incorpora con una marcialidad que parece imposible en quien tiene una pierna pendiente del armatoste de madera que corona su cama.

Da su nombre y luego aclara:—Legionario de segunda, de la 13.^a Bandera. Herido en Teruel el día tantos de enero.

El general concreta:—En la cota 2.105.

—Sí, mi general.

Y entonces el Caudillo da al herido el homenaje doble de un elogio y broma:—¿Qué mal estuvisteis, verdad?

El legionario de segunda es hombre que comprende, y contesta seguro:

—No, mi General. La 13.^a Bandera no ha estado mal nunca.

El General paga su comprensión con una ancha sonrisa, que corta el legionario con este comentario:

—Lo único que me duele es haber sido herido antes de tomar la posición.

Conmovido el Caudillo, le responde: Bien, muchacho. Así habla un legionario.

Y hay un apretón de manos.

Así fué el diálogo entre un Jefe—Generalísimo de todos los Ejércitos de España—y un soldado legionario de segunda de la 13.^a Bandera.

Al terminar, mientras el General Franco llevaba consuelo a cada uno de sus soldados heridos, los ojos del legionario de patillas no se separaban de una insignia bordada en el lado derecho de la guerrera del Caudillo. La misma que él llevaba en sus hombreras el día de la cota 2.105 en el nacer de enero. La misma que durante años llevó Francisco Franco por tierras revueltas de Africa, cuando con menos años y menos canas, pasaba las noches de intemperie preguntando a las estrellas si algún día España volvería a entender el lenguaje profundo con que los oficiales dialogaban en Marruecos.

Las mismas insignias en el soldado y en el Caudillo. Este era el orgullo que se leía en la sonrisa amplia que enmarcaban las patillas fanfarronas del legionario herido.

•
Era el primer día de la Cuaresma, el año 1938 de Cristo y Segundo del triunfo de Francisco Franco, legionario y español.

•
El Caudillo tiene buena memoria. Claramente lo ha demostrado a través de ese largo itinerario doloroso de la guerra en que los muñones y las cicatrices iban cantando fechas y victorias.

El Caudillo tiene buena memoria, y a través de los cientos de diálogos sostenidos hemos oído toda una historia topográfica en que el Generalísimo daba alturas de cotas, recordaba fechas de operaciones, subrayaba la dureza de jornadas y sonreía cuando unos ojos muy abiertos eran toda la contestación ante aquel conocimiento perfecto de la guerra.

Había en el hospital una claridad que multiplicaban las paredes inmaculadas y las blancas tocas de monjas, enfermeras y médicos. Había dolor, pero no derrotismo. Había cuerpos mutilados, pero almas enteras. La afectuosa voz del General y la emocionada de quienes le veían apoyado en sus camas, han ido formando diálogos que en nada recordaban los de Barbusse, Remarque y demás pacifistas que escribieron la guerra.

•
Un golpe cariñoso en un brazo y un: —Aliviarse pronto.

El muchacho gordo y ya con la vida volviéndole por las venas, ha roto un nudo que le oprimía la garganta.

—Adiós.

La palabra era poco protocolaria, pero ha sonado bien en la sencilla escena de un General que visita a un soldado que dió su sangre por España.

•
Brunete, Santander, Asturias, Teruel... Cada cama un episodio, cada herido un héroe y el Hospital un canto a la unidad de España, soldada con la sangre de sus mejores hijos.

JOSE A. GIMENEZ ARNAU



DE

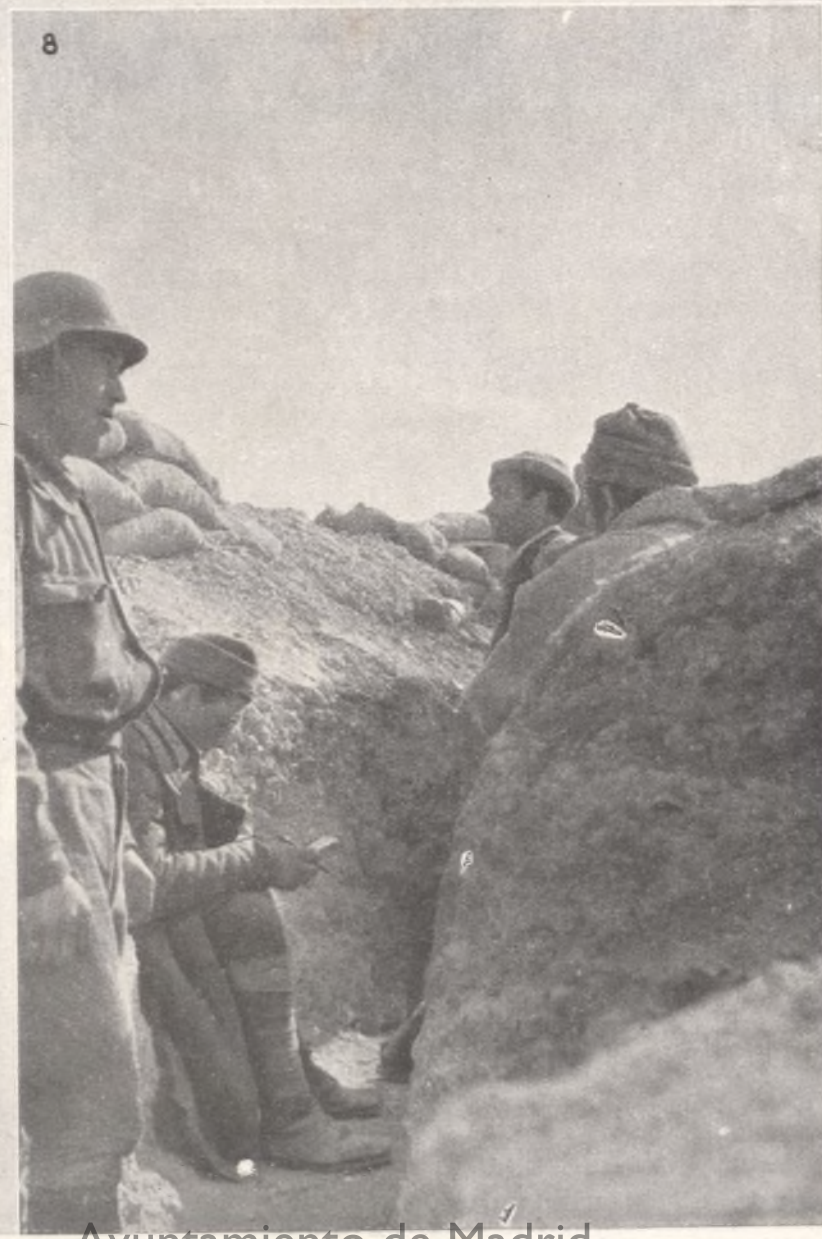


LA GUERRA EN ESPAÑA

Ayuntamiento de Madrid



FRENTE DE ARAGON



1. Restos de un castillo roquero a orillas del Guadalaviar. 2. Bateria ligera en acción. 3. Un puesto de observación de la Artillería nacional. 4. En el fondo del valle surge la villa de Albarracín. 5. ¡Cuarta pieza!... ¡Fuego! 6. Los servidores de la bateria gozan de un merecido descanso. - Fotos ANSA. 7. Mortero de acompañamiento, listo para entrar en fuego. 8. Horas de espera en las trincheras. Se fuma, se charla o se escribe al ser querido, que espera ansioso noticias del combatiente. - Fotos RAFAEL.

TERUEL



1



5



2



6



3



7



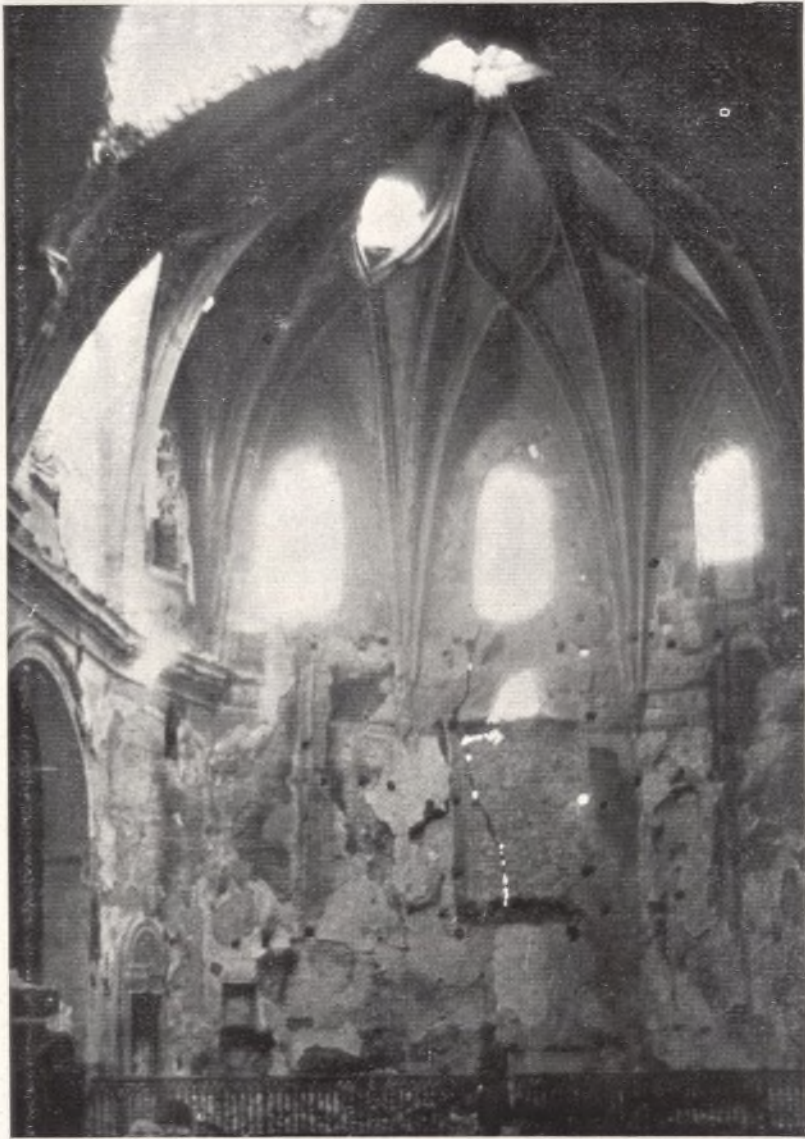
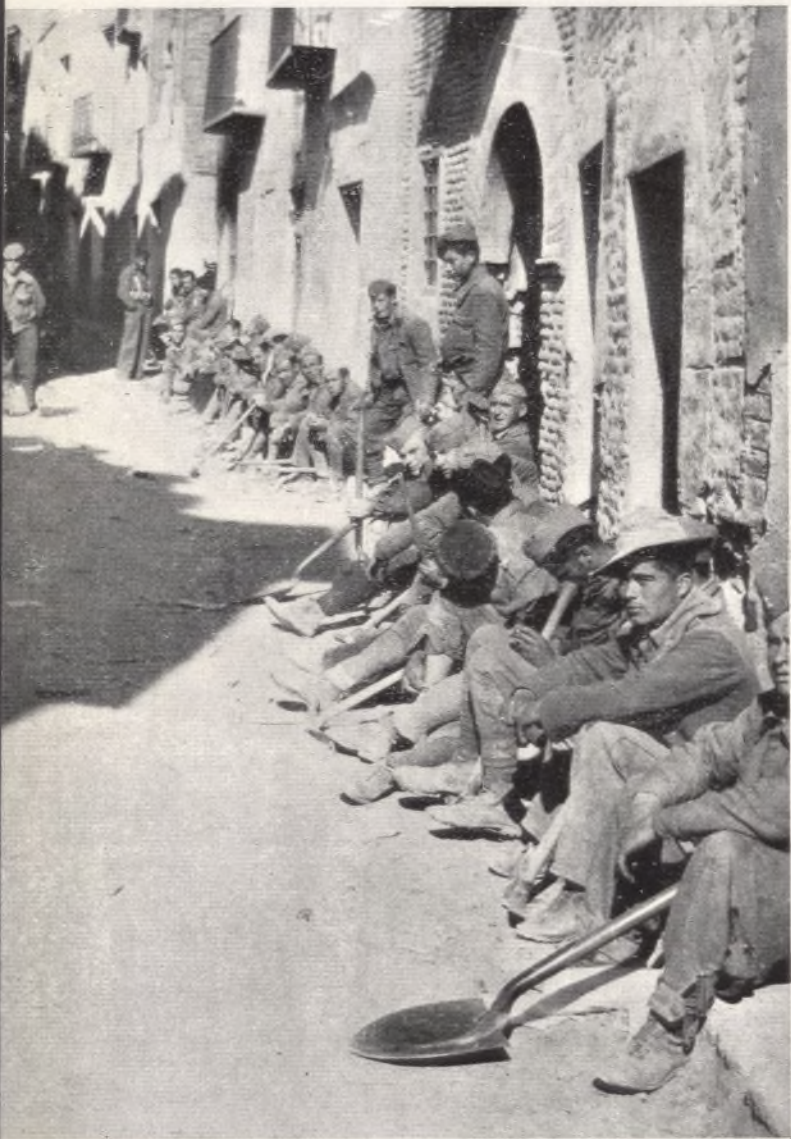
4



8

1. En este cruce de caminos, empezó el avance, gracias al cual, se iba a recuperar la capital del Bajo Aragón.—2 Ruinas, destrucción, muerte ... El «Ejército popular» ha pasado por aquí.—3. Así ha quedado la bella torre múdejar de San Martín.—4. La Comandancia Militar de Teruel no ha corrido mucha mejor suerte.—5. Bombardeo del Mansueto por la Artillería Nacional. 6. La Infantería avanza hacia el Cementerio de Teruel, que cayó en nuestro poder a los pocos minutos de lucha.—7 y 8. La ciudad de los Amantes ha sufrido la dominación de las hordas rojas. Al entrar nuestras fuerzas, presentaba el aspecto desolado que recogen estas instantáneas. Fotos DUMAS-VÉRTICE.

BELCHITE



Los zapadores descansan al sol, tras horas y horas de tarea abnegada y peligrosa.

Profanado su altar mayor, desgarrados sus muros por metralla, el interior de la iglesia de Belchite, indica claramente la barbarie de los ro-



Belchite sufrió muchas sesiones de bombardeo por parte de las tropas soviéticas. He aquí la torre mudéjar de su antigua iglesia.

¡Ha hablado el Caudillo! Los bravos soldados españoles les aclaman con entusiasmo al Generalísimo, que les conduce de triunfo en triunfo por las tierras de Aragón.

ITINERARIO TRIUNFAL

Cuando escribo, los ojos de los descubridores guerreros de la nueva España, atalayan los caminos del mar azul próximo.

En nueve días se alcanzaron maravillosamente los dos objetivos que se habían señalado inmediatos: Alcañiz y Caspe. Eran todavía dos ciudades de Aragón, pero eran dos puntos estratégicos avanzados, que al liberar a Zaragoza del yugo que la oprimía, daban a nuestro Ejército una libertad de movimientos del que había carecido, y situaban las bases de las nuevas operaciones en esos adelantados centros estratégicos que ya se cernían como amenazas sobre los rojos confiados: Alcañiz, nudo de comunicaciones esencial y Caspe asomado al Ebro y mirando hacia Cataluña como una promesa de ofensiva inminente. dentro de esa bolsa prodigiosa, habían quedado importantes pueblos y ciudades, pero acaso ninguno de mayor significación histórica y de recuerdos más íntimamente acariciados, como Belchite, donde el heroísmo en la defensa de las piedras fué un lujo y un regalo que se permitieron sin excepción hasta los pequeños; y con Belchite, Híjar, Albalate del Arzobispo, Alcorisa, Montalbán, etc.

No más de tres días, para trasladar los centros de municionamiento y abastecimiento a las ciudades que se nos brindaban en la vanguardia de las nuevas operaciones y éstas recobraron un ritmo de velocidad increíble, portando siempre un sello característico de maniobra inesperada, que ponía al enemigo, de una jornada a la siguiente, en trance de ignorar por dónde se le iban a descargar los terribles golpes. Entonces fué la avalancha aunada desde Huesca hasta Alcañiz, y aún mucho más al sur hasta la propia Sierra de San Just. Al norte, la sucesión de movimientos combinados, descargando con precisión perfecta y elección de los puntos neurálgicos de los rojos, produjo en tres jornadas la liberación total del cerco que asediaba la ciudad de Huesca, que al respirar en fin libremente glorificó a sus salvadores con un júbilo exaltado que nunca se exteriorizó con devociones patrióticas más inflamadas; y esas mismas columnas (pertenecientes al Cuerpo de Ejército de Navarra que manda el General Solchaga) siguieron la difícilísima marcha empujando a un enemigo que muchas veces se debatió en resistencias durísimas, hasta ocupar Barbastro, Boltaña, Benabarre y franquear luego la provincia de Lérida vadeando el Noguera Ribagorzana para saltar luego al Noguera Pallaresa con sus importantes pantanos y centrales eléctricas, que surten de energía eléctrica a toda la industria catalana.

La más brillante entre las maniobras, fué el paso del río Ebro por las tropas del Cuerpo de Ejército marroquí que manda el General Yagüe. Por unos puentes improvisados a la altura de Quinto, estas fuerzas se lanzaron como un aluvión por la llanura de Los Monegros para llegar a Bujaraloz al segundo día de marcha y de aquí, siguiendo el eje de la carretera de Madrid a Francia, hasta Fraga, que ocuparon vadeando otra vez el Ebro, porque el soberbio puente metálico había sido volado por los rojos en la huida; y de Fraga, en una marcha impresionante, llevada a cabo con maniobras maravillosas por las tres columnas de los Generales Muñoz Grande, Barrón y Bautista Sánchez, hasta Lérida, ciudad que ocuparon cuando las tropas del Cuerpo de Ejército de Aragón hubieron llegado por el norte a su altura. En cuanto a estas fuerzas mandadas por el General Moscardó, su avance fué también duro, pero profundo a pesar de ello, pasando por el Cinca luego de ocupar numerosos pueblos y cortando pronto la carretera de Monzón a Lérida por Binéfar, rebasando este y aquel pueblos. Alineadas las fuerzas y ocupada la ciudad de Lérida luego de envuelta por el norte, el oeste y el sur, las tropas de Aragón siguieron su marcha hacia Balaguer, pasando también el Noguera Ribagorzana más tarde, el Segre, y por fin la propia ciudad de Balaguer. En dirección a Cataluña se había consumado la genial maniobra que había llevado en diez días al frente, desde la ciudad de Huesca hasta la de Lérida y había plantado a los rojos la *debacle* inminente con la liberación de una de sus provincias, la propia capital incluída.

Hacia el centro de este dispositivo de la extensa línea ofensiva, opera el General García Valiño con la División de Navarra, y a su flanco las tropas legionarias en un sector de poco más de quince kilómetros. Estas fuerzas, combatiendo con un enemigo bien dotado de material, entre el que destacaban las Brigadas internacionales traídas de otros sectores para paralizar la acción que se advertía amenazadora para las comunicaciones rojas por la costa, no pudieron oponerse al avance a fondo de unos y otros que pronto llegaron a Gandesa, importante ciudad de Tarragona y nudo de comunicaciones vital por los caminos que conducen al mar. Esta flecha profunda, aún se insinúa más al redactar estas rápidas impresiones, cuando las fuerzas españolas llegan a Mora de Ebro y pasan el puente —volado— sobre el río y siguen la ruta que conduce a Tarragona, mientras que algo más al sur, las tropas legionarias se batían en los alrededores de Cherta, a unos doce kilómetros de Tortosa.

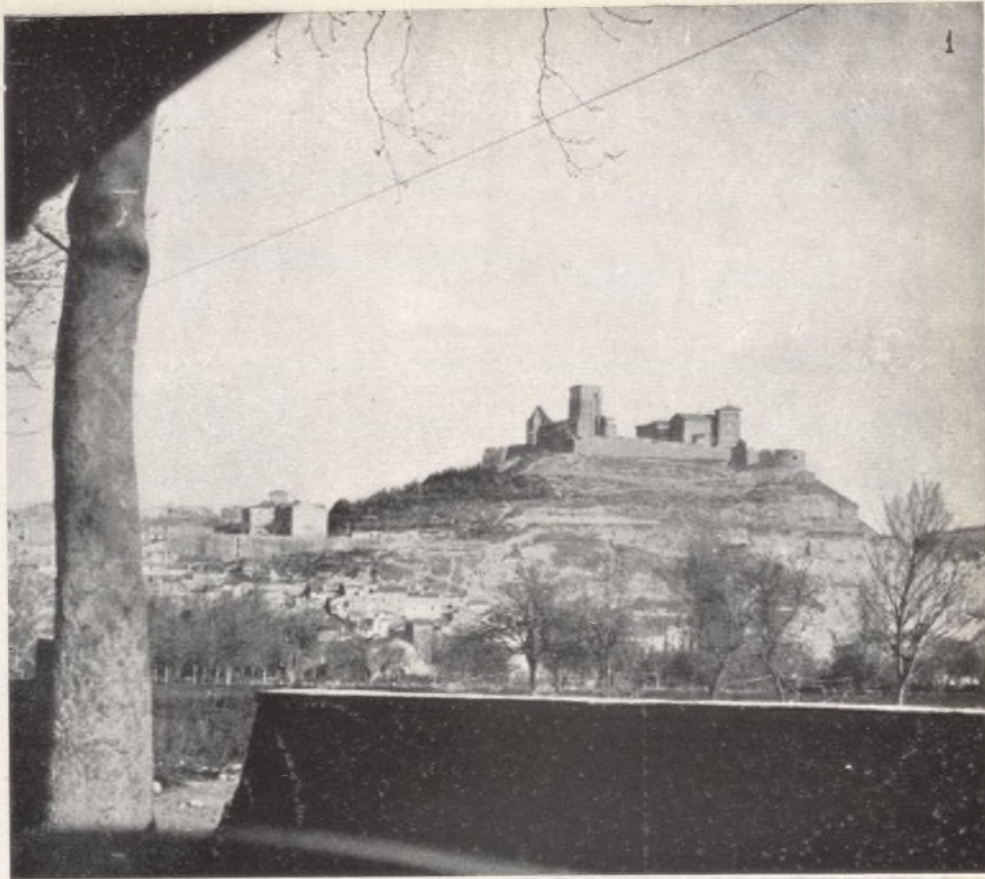
Todavía el Cuerpo de Ejército de Galicia, que manda el General Aranda, realizaba entre tanto avances a fondo, tan decisivos que, a pesar de los terribles combates con que los rojos pretendían oponerse a nuestros ímpetus, las marchas culminaban (a la hora de cerrar esta crónica) con la toma de Morella, capital del Maestrazgo, en donde la ciudad, por fortuna y por la rapidez de la desconcertante maniobra, casi intacta, recibía a los soldados con verdadero entusiasmo. Y es así cómo la crónica que ha de interrumpirse en este punto, deja abierta una ancha interrogación que probablemente los lectores se contestarán fácilmente en el momento de la lectura. Esto suponiendo que los acontecimientos no marchen tan deprisa que se adelanten a las acciones bélicas, para convertirse en la zona roja, en sacudidas anárquicas que implicarían la liquidación rapidísima, con las jornadas de trágica disolución que son fáciles prever en las horas caóticas de la liquidación. Pero... hasta para eso, estamos preparados, y el Caudillo, que porque conoce perfectamente su España, ha llevado la guerra por los senderos triunfales con la firmación de los hechos victoriosos, no se asombraría ni dudaría de poner a los terribles males del epílogo, las soluciones quirúrgicas rápidas e inmediatas para devolver, en fin, la paz a nuestra Patria. Mientras de ella, huirían como siempre, los ladrones y los grades responsables...

Frente de Cataluña, II Año Triunfal.

JUAN DEPORTISTA

Ayuntamiento de Madrid

Alcañiz.—Ciudadela amurallada. ● Prisioneros de las Brigadas internacionales. ● La Iglesia de Alcañiz.





ente de h
fondo c

Foto



tros pont



Ayuntamiento de Madrid

La Caballería sigue siendo un arma eficaz en las guerras modernas. Tal es la conclusión a que se llega después de las jornadas victoriosas del Alfambreros.

Un escuadrón camino del frente.

El vertiginoso galope de estos jinetes nacionales por las traidoras llanuras de tierras aragonesas, trae a la memoria la imaginación estampas clásicas de guerras que fueron.

El frente está ya cercano. Una orden y a por ellos.

... se despliegan los escuadrones por el campo, evitando el blanco demasiado fácil para el fuego enemigo.

FRAGA



ente de hierro volado
fondo el pueblo.



tros pontoneros trabajan.



Humorismo de un soldado.



Ayuntamiento de Madrid

as trada de nuestras fuerzas
r las calles de la ciudad.

LERIDA



A la entrada de nuestras fuerzas en la ciudad catalana, sus calles, presentaban estos aspectos de abandono y desolación.





Tres aspectos de Llerida reco-
brada para España. En la parte
inferior se advierte la bandera
de la Patria, ondeando en el que
fué edificio de la Generalitat.



Ayuntamiento de Madrid

IMPERIO

¿Qué contenido tiene para nosotros la palabra IMPERIO?

IMPERIO es la expresión final de la Unidad de destino. Sin Unidad de Destino, no hay Imperio; éste es la realización completa de aquélla. La unidad de destino nos lleva del pueblo a la Nación, de ésta hasta el Imperio. Nos eleva de lo local a lo universal. Imperio es la vocación decidida de realizar una empresa común, es la afirmación ardiente de una conciencia colectiva, íntima y arraigada entre varias naciones. Por eso el Imperio ha sido, es y será compatible y aún podríamos decir consustancial, con la variedad de lenguas, razas y costumbres. Es unidad en la diversidad. Esto es, universalidad. Es vínculo de espíritu más que de cuerpos, es resultante de un proceso histórico y biológico. Es una construcción cerebral, arquitectura rígida y exacta, y no expresión de sentimientos o efectos de sensualidad. Pueblo que no tiene voluntad de Imperio, está llamado a perecer. Se puede o no llegar a imperar, pero lo que no se puede, es abandonar de antemano el afán de alcanzarlo. La ambición, es condición inherente a la existencia misma de las naciones; sin ella se disgregan y caen en localismos. Imperio es, pues, la fuerza centrípeta que hace posible la cohesión de aldeas y ciudades, comarcas, provincias y naciones.

España, que ha recobrado su voluntad de potencia e Imperio, no precisa, para tenerlo, de músicas bélicas, ni de una pulgada más de terreno; pero como ha de realizar una tarea común y defiende un concepto total de la vida y de la historia, tiene que ser, forzosamente, proselitista y ambiciosa; y aspira a sumar a ese concepto, hombres y tierras por vía espiritual, en contraste con otras posiciones también totales.

Queremos, en definitiva, ser directa o indirectamente la guía de otros pueblos y defender el puesto que en el mundo nos otorga nuestro magnífico pasado y nuestro presente pletórico de heroísmos y afanes de transformación social.

RAIMUNDO FERNANDEZ CUESTA



NI sería oportuno ahora, ni hay tiempo de hablar de los sueños imperiales—castellanos y leoneses—del medievo español. Cuando hoy pensamos en el Imperio, interpretamos lo histórico con un sentido genético, creador, orientador de un ideario presente y de un futuro político.

Nuestro Imperio fué el momento cumbre de nuestra catolicidad, aquel periodo de nuestra Historia en que España vivió en la justificada persuasión de ser la Nueva Roma y el Israel cristiano.

España, "luz de Trento", la España misionera, la que desangró su poderío material para imponer y defender una concepción espiritual y religiosa de la civilización. Siempre he sostenido que la llamada "decadencia española" debe ser denominada la "discrepancia española", frente a una desviación de la Civilización que andando el tiempo conduciría a Europa a destrozarse en un verdadero delirio de "locuras" previstas y anunciadas por el genio político español.

Nuestro Imperio fué la "Monarchia Hispánica", tal como la concebía el filósofo renacentista Campanella, cuyo ideario puede cifrarse en aquellos versos—alguna vez citados en "Acción Española":

*«Ma non è re chi ha gran regno è parte,
Ma che è tutto Gesù, Pallade è, Marte».*

... el orden católico, la cultura clásica y el poderío militar. Estas serán las tres columnas de nuestra futura España, y nuestro Imperio consiste en la tarea ingente de salvar de nuevo el ideal espiritual, por cuya defensa "discrepó" nuestra Patria de Europa; ese ideal que ha permanecido larvado en la conciencia de España para resurgir pujante con nuestra Revolución Nacional y hacer de las grandes reservas morales de nuestro pueblo la "sal del mundo", que ha impedido la corrupción definitiva de una civilización materializada y sin Dios.

PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

NO puede aspirar una respuesta breve a recoger todos los matices y todas las consecuencias legítimas que van asociadas a la idea de IMPERIO, tal como la concibe la Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Ni además existen aún todos esos matices y consecuencias.

Esa idea, como casi todas las que nutren nuestra fe, es una verdad germinal. Ya alguna vez he tenido ocasión de decirlo. La Falange nace y se desarrolla en el estado de persecución más dramático imaginable, sin tiempo para madurar su doctrina ni holgura para cultivarla. Y cuando ésta se hallaba aún en estado de verdad incipiente y poética, Falange se transforma, por virtud del Movimiento, en eje político de España. Consiguientemente, sus puntos se difunden, sus textos y consignas se multiplican vertiginosamente. Pero la difusión sólo es fecunda y exenta de desvirtuaciones cuando la doctrina tiene suficiente calado y hondura. Casi con angustia siente hoy la Falange esta necesidad de ahondar, de intensificar y de desarrollar su doctrina. Así ocurre con la idea de IMPERIO.

¿Qué es el IMPERIO para nosotros?

Antes del Movimiento, la evocación satisfechade grandezas pasadas, tan de uso en los tópicos oratorios de un patriotismo fácil, no era del gusto de Falange. La verdad era que no queríamos arrojarnos con ella, ni encubrir la postración española con glorias preteritas. Había que hacerse dignos de éstas. Hoy creemos serlo. El Movimiento que "resucita la alta virtud de la Hispana progenie" nos da derecho a llamarnos descendientes de quienes hicieron el Imperio y a llamarlo nuestro.

Pero nuestro sentido de Imperio no se agota en la reivindicación de un pasado glorioso. Nuestra idea de Imperio es, como todas las ideas de la Falange, voluntad; voluntad de Imperio y firme creencia de que es el Imperio la plenitud histórica de España. El Imperio y no la Nación.

El problema de la Nación, realidad histórica, no lo vamos a tratar ahora. Pero la mística nacionalista nos ha sido siempre ajena. En esta mística, "nación" hace referencia a algo nativo y natural, a la naturaleza como algo que está antes de la voluntad de los hombres. Y a eso es, a lo que la mística nacionalista da valor. El separatismo nos martillaba los oídos con el tópico del "hecho natural". "Naturalmente", no había tal hecho natural. Y en todo caso, lo que está claro es que el hecho natural, por ser natural, no es bueno ni malo. También la enfermedad es un hecho natural, por no poner ejemplos peores.

Frente a la exaltación del naturalismo que hay en el fondo de la mística nacionalista, la mística del Imperio exalta el espíritu e interpreta la Historia como creación espiritual.

El Estado, para nosotros, no es un producto natural, sino creación genial del hombre y concretamente, del Caudillo guerrero. Y eso no sólo en su primera aparición histórica. Lo mismo ocurre cuando una sociedad se descompone y su Estado se degrada hasta no merecer ese nombre, hasta no ser realmente Estado.

Esto ocurría en España. Cuando se inicia el Movimiento, no tenemos Estado, había en su lugar un aparato delictivo, al servicio de la subversión marxista internacional. Franco, Caudillo del Movimiento, por acto de Imperio, crea "ex novo" el Estado, devuelve a España la ley y el derecho, juntamente con la Fe profunda en sus Destinos.

Así, en nuestra concepción de Imperio resuena el principio de la unidad de mando al servicio de la unidad de destino. Ésta, la unidad de destino, es la clave de nuestro sentido del Imperio; sentido que adquiere su último valor trascendente, porque el destino que nos une no se agota en una finalidad particular, sino que se cifra en lo universal.

La universalidad de España ha sido y es la creencia en la posibilidad de salvación de todos los hombres y el sentirse llamados—sin pretender ser elegidas—a servir a este destino.

Porque fuimos capaces de elevar a la fe cristiana y al nivel de la cultura, a razas que en contacto con otros pueblos europeos se hundieron aún más de lo que estaban en el vicio, el salvajismo y la abyección; porque creemos que en nuestro ser hay una interpretación de la vida y de la supervivencia que puede ser la vía de salvación para una civilización extraviada, por eso tenemos voluntad de Imperio y afirmamos en él nuestra plenitud histórica.

Ni que decir tiene, que esta visión del Imperio no se define por ambiciones territoriales. Pueden dominarse grandes extensiones y, sin embargo, no tener legitimidad de Imperio. Por otra parte, nuestro sentido realista se niega al sueño de rehacer "territorialmente" Imperios que fueron.

Si reclamamos un puesto preeminente en Europa, y rechazamos la mediatización y el aislamiento y aspiramos a hacer potencia en la tierra, en el aire y en el mar, eso es por derecho de existencia española.

Aunque no tuviéramos tradición y sentido de Imperio reclamaríamos todo eso.

Obtenido, tendremos base suficiente para servir los fines espirituales del Imperio. Para ello España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales.

Podríamos apropiarnos en este punto las palabras del genio romano de nuestros días y decir: "El Imperio español es una creación del espíritu."

No por ello será menor su peso y su mando en el mundo.

ALFONSO GARCIA VALDECASAS

Ministerio de Educación Nacional

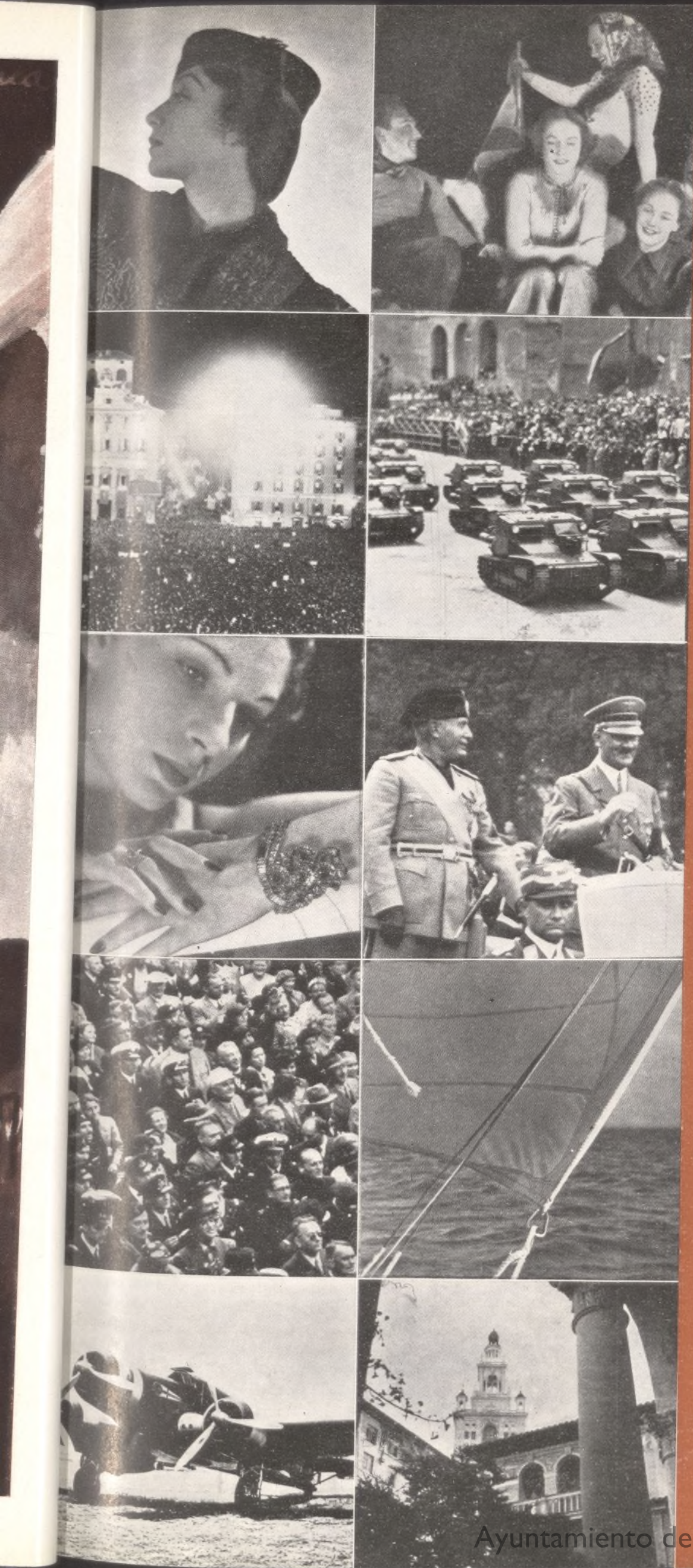


Ayuntamiento de Madrid





ATAQUE NOCTURNO, por PRUNA.
Ayuntamiento de Madrid



RETINA RETINA RETINA

Ayuntamiento de Madrid



Viena ha saludado al "Führer" con el triple grito entusiasta: "Ein Volk, ein Reich, ein Führer"; expresión de la fe del pueblo austriaco en el futuro espléndido de su país integrado en la gran Alemania nacional-socialista.

Camaradería en la frontera austro-alemana. Soldados de ambos países, hacen desaparecer la barrera que separaban los dos pueblos germánicos.



La incorporación de Austria al Reich Alemán

La entrada apoteósica de Adolfo Hitler en Viena, forma un contraste de suprema armonía política con este pasaje de su libro: "Mein Kampf", hoy de viva actualidad.

"Viena, la ciudad que para muchos simboliza la alegría y el medio ambiente de gentes satisfechas, para mí significa, por desgracia, solo el vivo recuerdo de la época más amarga de mi vida. Hoy mismo Viena me evoca tristes pensamientos. Cinco años de miseria y calamidad encierra esa ciudad para mí, cinco largos años en cuyo transcurso trabajé, primero como peón y luego como pequeño pintor para ganarme el miserable sustento diario, tan verdaderamente miserable que nunca alcanzaba a mitigar el hambre; el hambre, mi más fiel guardián que casi nunca me abandonaba, compartiendo conmigo inexorable todas las circunstancias de la vida. Si compraba un libro exigía su tributo; adquirir un billete para la ópera, significaba también días de privación. ¡Qué constante era la lucha con tan despiadado compañero! Y, sin embargo, en ese tiempo, aprendí más que en cualquier otra época de mi vida. Mis libros me deleitaban. Leía mucho concienzudamente en todas mis horas de descanso. Así pude, en pocos años, cimentar los fundamentos de una preparación intelectual de la cual hoy me sirvo."

A. HITLER



YA tiene Europa su motivo espiritual de muerte. Gran razón para dejar otra buena docena de hijos suyos, acostados y desangrándose sobre la tierra impasible. Checoslovaquia. El país nuevo, creado de pies a cabeza por los Tratados que siguieron a la Gran Guerra. Como el Imperio Austro-Húngaro era, a juicio de los mejores pensadores políticos, un amasijo de razas sin trabazón ni coherencia, a su muerte se inventó Checoslovaquia, donde de catorce millones de habitantes, tres y un cuarto son alemanes sudetas, dos eslovacos, casi un millón de húngaros, más buen número de polacos y rutenos, todos ellos lejos del menor sentimiento fraterno, ni siquiera pacífico, para con los checos dominadores. Enconados, llenos de reivindicaciones violentas.

Pues por mantener este conglomerado espiritual está decidida a luchar Francia, ligada por un tratado especial a Checoslovaquia. Y aunque el señor Chamberlain se ha negado terminantemente a aceptar idéntico compromiso, tampoco ha ocultado, en frases algo retorcidas, «que en el mundo moderno, cuando empieza una guerra, casi ciertamente acaba por arrastrar muy rápidamente a otros países que no fueron sus iniciadores». De tal modo, que un subsecretario inglés, el señor Lennox Boyd, culpable de haber hecho algunos chistes sobre el mosaico checoslovaco, ha debido excusarse ante la Cámara confesando su «error de juicio».

Lo que en los más encendidos siglos medios fueron los Santos Lugares para la Cristiandad, es hoy, a la Europa humanitaria, masónica y soviética, el Estado cuya capitalidad se asienta en Praga. O con mayor precisión, con precisión total en el símil, como los Estados Pontificios del siglo XIX con respecto a las naciones católicas. Es el Estado Pontificio de la Masonería. Igual que al mediar el siglo pasado los franceses y los españoles acudimos a salvar a Pío IX, fugitivo en Gaeta, así hoy los creyentes de la religión humanitaria irán a rescatar al presidente Benes, que si no el Pío IX, más bien figurado por Masaryk, resulta a lo menos el Antonelli. El horror a la Casa de Saboya de los católicos siglo XIX, se traduce en una idéntica antipatía humanitaria al Estado alemán. Hitler es ahora Victor Manuel. Y más de un demócrata judío sueña con morir simbólicamente frente a la brecha de la Puerta Pía bohemia.

Un profesor ya entonces viejo, Masaryk, y un su joven discípulo, Benes, inventaron este país de preocupación internacional. Durante la guerra europea, su fuerte posición masónica, la simpatía anglo-sajona hacia los representantes de la hostilidad contra la monarquía austro-húngara tenida por el primer Estado católico de Europa, su excepcional talento de intriga, les otorgaron mucha mayor preeminencia que el auxilio militar de algunos regimientos checos reclutados más o menos mercenariamente en los Estados Unidos. Al hacerse la paz, el maestro y el discípulo recibieron en recompensa este extraño Estado sin antecedente histórico conocido. Como los monarcas patrimoniales de nuestro siglo XVIII—según, al menos, la infantil versión liberal—regalaban ducados o reinos en Italia a los infantes menores, así las grandes democracias, vencedoras de 1918, dejaron a sus dos hombres predilectos un conglomerado de pueblos alrededor de la antigua Bohemia. Masaryk y Benes ocuparon, por turno, el Hradchin de Praga, el palacio de los Reyes de Bohemia.

Y ahora el mundo humanitario se dispone a desatar la guerra universal y a sacrificar a los alegres muchachos de Bidart o Belleville, y quién sabe si también de Dover y de Glasgow, para mantener al profesor-infante superviviente, en el Palacio, si no de sus mayores, de sus sueños increíblemente realizados.

Considerable país debía ser esa Austria-Hungría Imperio, cuando a través del tiempo aún perdura el odio contra ellos, ahora más bien convertido en hostilidad contra el germanismo encarnado en el tercer Reich. Las generaciones actuales no pueden recordarlo sino a través de la doble literatura destructora de su pasado, que es la liberal en los países anglo-latinos y la germánica contemporánea, basada esta última, en un empeño, ahora justo, de unidad y grandeza de su raza. Pero hasta la Gran Guerra, Europa conocía un Imperio de cuarenta y cinco millones de habitantes, avanzada en el Oriente próximo sobre los países eslavos, sometido a la enseñanza y la influencia espiritual de Roma de forma sin semejante en ninguno de los otros Estados europeos de la época, incluso la España monárquica, complicadísimo por la organización política de sus incontables países, que en diez años pasaba de someter en guerra cruel a los húngaros sublevados a entregarles la Cancillería y la dirección de su política exterior, con la aristocracia quizá más selecta y potente de Europa, y al mismo tiempo realizando la política demofílica, pequeño-burguesa, obrera, de defensa del pobre y el trabajador con fervor superior al de todos los países, sus coetáneos. Donde el socialismo no era ni eficaz ni temible y el nivel medio de vida, altísimo. Imperio no parlamentario, con Dietas y Cámaras, sin embargo, limitadas en sus funciones y reñidoras complicadas, pero a la larga bien entendidas. Con un poder paternal activo, unificador, el Emperador, planeando sobre razas y pueblos centro de una adhesión dinástica equivalente al patriotismo, teniendo esos pueblos unidos en la paz, y, cosa sorprendente, en la guerra contra todas

las previsiones y contra todos los traidores al servicio del enemigo, hasta el día que vencidos materialmente los componentes del Imperio, las fuerzas de disgregación europea tuvieron su máximo triunfo.

Los españoles frente al recuerdo de Austria—ya es sólo un recuerdo, evidentemente—, no podemos adoptar ni la postura liberal ni la del germanismo puro. Nosotros somos capaces de entender esa historia austríaca, por haber sido precisamente—en otro orden universal superior—también un Imperio espiritual capaz de fundir razas y países en propósitos elevados. Comprendemos, nos es familiar, no ya el Austria imperial, el Imperio cabeza del cuerpo germánico, con la dinastía de Habsburgo que salva a Alemania del dominio total de la contrarreforma, sino, además, podemos sentir y entender el Austria del siglo XIX y aun el Austria-Hungría de su segunda mitad. Sabemos cuánto tenía de positivo y verdadero en su espiritualidad. La que empieza a llamarse Imperio de Austria en esa centuria y, perdido el predominio alemán se convierte en cabeza—también alemana—de un conjunto de pueblos de distintas razas a los que infunde el espíritu católico y comunica un tipo altísimo de civilización. La frase de Palacky: «Si Austria no hubiera existido sería preciso inventarla», es en su sentido malicioso una injusticia contra la realidad de este conglomerado. Los nacionalismos, los empeños de cada raza por balbucear en su lengua, los burócratas y los abogados y profesores inquietos en cada región inventándose su país, soñando en lo que ha conseguido Benes, interrumpieron ese camino. Aun así, de su empuje, con fórmulas hábiles, hubiera triunfado la Casa de Austria sin la derrota militar final.

Era preciso ver el Imperio anterior a la guerra del catorce, en el jubileo de diamante de Francisco José—1908—o en el Congreso Eucarístico de 1913, por ejemplo, cuando todos los pueblos de los diferentes Estados desfilaban ante el anciano Emperador en una explosión de fe religiosa y dinástica que parecía augurar todavía larguísima vida en aquella organización estatal. El esfuerzo político por mantener aquel artilugio civilizatorio, que la leyenda—o la realidad—de la Viena del lujo, de la gracia y de los vales, no basta a rebajar de su positiva grandeza. El trabajo de aquel soberano tenaz, imperturbable, con tal ascendiente sobre sus políticos, que a veces resolvía las crisis húngaras con dos puñetazos sobre la mesa y echándolos secamente de su cámara. Y a la par, tan hábil político y tan en la complejidad de su país, que la condesa Larich, sobrina de la Emperatriz Isabel, puede describir, en sus Memorias, el espectáculo de la vida íntima de la Corte austríaca, en la que un conde Karoly, hijo del noble húngaro ejecutado durante la revolución de 1848, aparecía moviéndose dentro del círculo cortesano más íntimo, amigo cordial de la Emperatriz y, sin embargo, pasando ante el Emperador sin saludarle, por cumplir el juramento hecho a su madre de no cruzar jamás la palabra con el hombre que mandó fusilar a su marido.

Y no es anécdota cortesana. Es política. Ni el cortesano era entonces «pintoresco» como en la interpretación caricaturesca democrática. Sino acción política, realización de altas finalidades por los medios de cada época y, en consecuencia, retrato de ella.

Pudo el germanismo, hasta 1918 tener dos caminos. El central vivo de Alemania y este de expansión oriental, al que se debe la extensa obra católica y civilizadora de los países de razas distintas pero de alta dirección alemana que formaban todavía el año catorce el Imperio Austro-Húngaro. Los dos hacían honor al genio alemán y servían un propósito unificador en Europa.

Ah, pero rota Austria-Imperio, el empeño de mantener en Austria territorial circunscrita y disidente de la unidad germánica, era empresa pífida de sus propios enemigos, que la común unidad alemana debía hacer cesar. Austria, parte esencial del mundo germánico, su cabeza mucho tiempo, sólo mediante la violencia podía vivir separada. Si la guerra y la liberación le habían apartado de las tierras del que fué Imperio, donde ejercía también misión germánica, su incorporación a la unidad era inevitable, automática. Así lo sintieron todos los austríacos, incluso los socialistas, los años siguientes a la Gran Guerra. Así ha acabado por imponerle la voluntad histórica común de Austria y Alemania. Un postizo patriotismo territorial austríaco impuesto desde fuera y sostenido violentamente se ha disipado en instantes. Concluida la misión oriental, esta porción del gran pueblo alemán vuelve a su tarea común.

Es como si los españoles siendo un día el pleno Imperio de dos continentes que en el fondo de nuestro corazón ansiamos, desgarrada por azar de guerra una porción de Castilla, el enemigo tratara de crear en ella espíritu público distinto del común imperial con el recuerdo del Conde Fernando González o Enrique IV el Impotente, y obligar a los castellanos a no ser más que castellanos, lejos de la misión verdadera en la historia de la totalidad Hispana. La exigencia imperial, el auténtico patriotismo español, en su primer minuto de libertad, aniquilaría semejante artificio.

JOSÉ FÉLIX LEQUERICA

ORGULLO Y DOLOR DEL "BALEARES"

EL 6 de Marzo de 1938, a los trece meses de vida marinera, el crucero "Baleares" se ha hundido, dejando tras de sí un capítulo de historia. Dolor terrible el de su pérdida y orgullo de saber que nuestros nietos y las generaciones posteriores a la nuestra aprenderán que la sangre de los españoles ha vuelto a correr en la mar y volverá a tener actualidad, real y espléndida, el soneto al marqués de Santa Cruz:

"En la Tercera el francés y en todo el mar el inglés..."

El verso de Lope suena hoy mejor que nunca, porque entonces la vida y la guerra se sienten totalmente, con un sentido de amplitud y universalidad que nos hace entender exactamente el significado de nuestra tradición, que no es Pactos de Familia, ni Guerra de Sucesión, ni pleitos interiores. Todo esto no es, en definitiva, más que la tragedia del neurótico que vive concentrado en sí mismo y que al no tener un afán exterior, se coloca en una situación de triste narcisismo sintiendo sus flaquezas de un modo cada vez más agudo. La tradición nos viene de más lejos. De cuando España se siente con una misión que cumplir y no puede pararse a pensar en ella misma.

Hoy España ha saltado, en un impulso violento, lo no tradicional, y ha vuelto a darse cuenta de que el sol sale por el Mediterráneo y se pone por el Atlántico.

Al hundirse el "Baleares", se ha llevado dentro de sí gente de todo lugar y condición. En cada ciudad, hay luto por su pérdida. Hoy ya no es la cosa local, circunscrita a un departamento marítimo, sino que el barco llevaba una representación —un Parlamento que no parlaba, que luchaba— de nuestra España.

En el mar encontramos la grandeza. ¿No recordáis a Roger de Lauria, a don Juan de Austria y al marqués de Santa Cruz? En el mar perdimos el Imperio y en el mar tenemos que encontrar dignidad, autoridad e independencia. Y hoy está escrita esta lección con tinta indeleble; está escrita con sangre del periodista madrileño y del dentista de San Sebastián y del abogado de Salamanca y de Luis Felipe García Sanchiz, que nos recordarán constantemente la deuda que tenemos contraída con ellos.

¡Qué dolor la pérdida del "Baleares"! Nada importa la pérdida material. Lo triste es que haya desaparecido gente de un espíritu tan magnífico como la que lo tripulaba.

Yo recuerdo el día que habló allí Pemán, a principios de noviembre del año pasado. La dotación vibraba con la palabra del poeta, y cuando el Almirante Vierna, que mandaba la División de Cruceros, se puso en pie para decir una cosa muy corta, la marinería, que le adoraba, se volvió loca de entusiasmo. Cada vez que pienso cómo contestaron el ¡viva la muerte! que dió el Almirante, no puedo contener la admiración hacia los que, en profunda actitud de antigüedad clásica, se reían de la muerte mientras sentían el máximo respeto por los muertos.

El "Baleares" llevaba navegando poco más de un año. El día 28 de diciembre de 1936 hacía su entrada en Cádiz escoltado por el "Canarias" y el "Cervera". Allí hizo unas cuantas obras, y el 4 de febrero salía, al mando de don Manuel Vierna, entonces capitán de Navío, en unión de los otros dos barcos para tomar parte en las operaciones que nos habían de dar Málaga.

Un día, en el mes de mayo, encuentra el "Baleares" una flotilla de destructores rojos, a los que pone en fuga, y se va luego a pasear frente a Valencia, para que nadie pueda creer las mentiras que han de decir las radios rojas.

En el mes de septiembre, vuelve a encontrarse solo con toda la flota roja, compuesta de los cruceros "Libertad" y "Méndez Núñez" y ocho destructores. La superioridad de éstos, es aplastante. Van protegiendo un convoy importantísimo, formado por cinco barcos cargados de material de guerra. El convoy "no puede" llegar a la Península y

don Manuel Vierna no duda un momento y pone la proa al enemigo. Es la mañana de un día de muy malas condiciones de visibilidad, y debido a ello se rompe el contacto, que vuelve a establecerse por la tarde. El enemigo no aguanta este segundo encuentro y huye a la desbandada, mientras el convoy vara en la costa de Argel. El "Baleares" continúa en el mar para confirmar su dominio; hasta que va a Cádiz, a los dos días, para enterrar a sus muertos.

Y el 6 de marzo de este año, durante la noche, después de ponerse la luna, aparecen unos bultos, que al resplandor de un proyectil iluminante, resultan ser unos destructores rojos, que huyen. En la huida, hacen un lanzamiento de torpedos, y de pronto, una explosión; el puente y el palo de proa del "Baleares" vuelan en el aire, el barco está ardiendo, y un colosal incendio alumbra la escena más grandiosa que ha presenciado el Mediterráneo durante siglos. Los que no han muerto en la explosión, se congregan en la toldilla, y con el brazo extendido cantan, mirando a las llamas, el "Cara al Sol", de nuestros héroes. Mientras se hunden con el barco, que se niegan a abandonar, porque se sienten ligados a él en la vida y en la muerte. Y mientras nuestros barcos y unos destructores ingleses se dedican

al salvamento de los supervivientes, la aviación roja se ríe del derecho de gentes efectuando bombardeos que lo dificulten.

Los destructores ingleses toman parte en el salvamento, con gran indignación de los laboristas, que se escandalizan de que no se deje ahogar a la dotación "insurgente" y que interpelean al Gobierno sobre este hecho, recibiendo de Mr. Chamberlain la hidalga respuesta de que en ese momento, al sufrir las bajas que la aviación roja les hacía, realizaba Inglaterra una de sus más bellas tradiciones. Nosotros no olvidaremos la actitud de los barcos ingleses, ni la respuesta de Mr. Chamberlain.

Esto es todo. Poco, a primera vista. El que esto piense, que lea las Me-

morias del Almirante Scheer, durante la Gran Guerra, y que se dé cuenta de que en cada momento de estar en la mar hay que estar preparado y temer que suceda lo que le ha ocurrido el 6 de marzo al "Baleares". Que piense que nuestra División de Cruceros lleva más de 450 días de mar desde que empezó la guerra y quizá así, llegará a darse cuenta de lo que hace la Marina, aunque en los barcos no se lleven bombas de mano, ni se asalten trincheras a la bayoneta.

El día 1.º de enero de este año, en un "cocktail" que daba el Almirante británico en el "H. M. S. London", y al que asistieron oficiales de todos los barcos fondeados en Palma, me preguntaba un teniente de navío inglés cuántas dotaciones teníamos en nuestros barcos, porque no podía creer que era la misma que entraba y salía constantemente de allí.

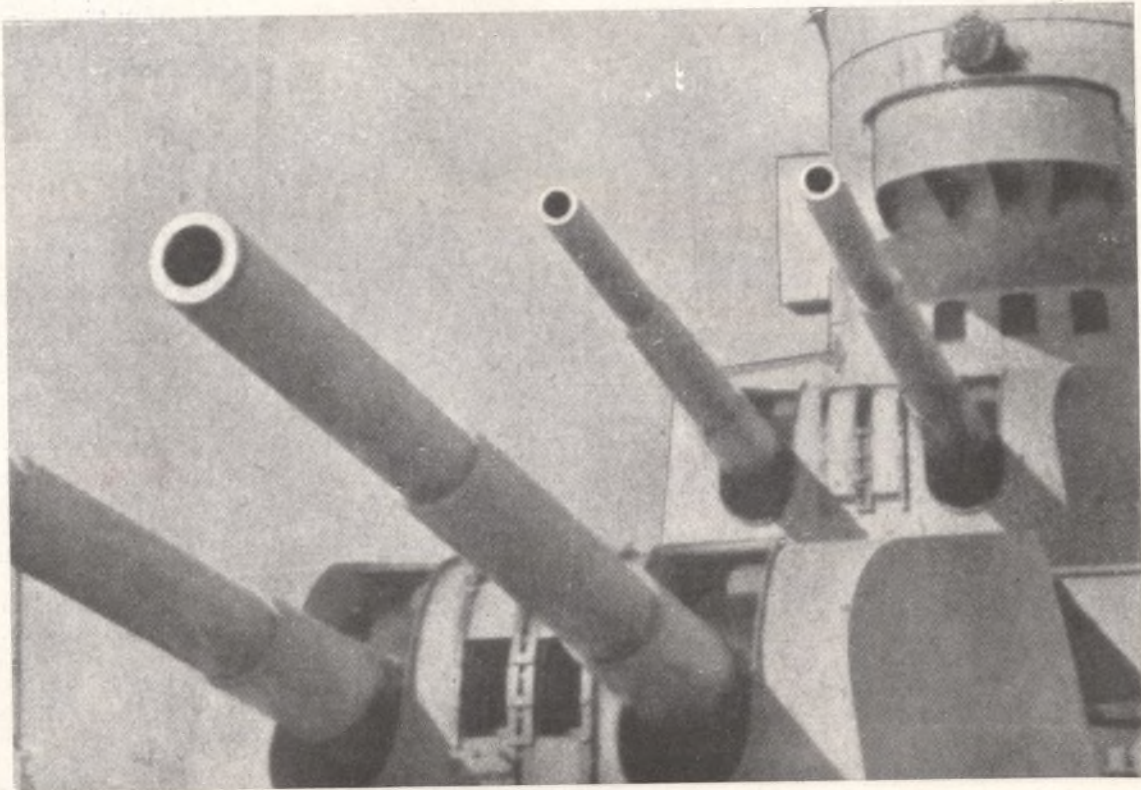
Hoy la dotación de esos barcos que cooperaron con los nuestros al salvamento, al contemplar el espectáculo de los que morían brazo en alto, habrán recordado al "Tipperary", hundiéndose en Jutlandia, cantando el "It's a long way ti Tipperary", y los marinos alemanes pensarán en las "Falkland", en sus cruceros hundiéndose entonando el "Deutschland über alles" y se sentirán cada vez más unidos a nosotros; que si es fuerte lazo de unión la identidad de vida, lo es mil veces más la igualdad de muerte.

Europa sentirá, a través de sus barcos, la lucha que hoy se desarrolla entre el hombre cristiano y occidental y esa especie de "homo primigenius", sin historia ni tradición.

Dolor del "Baleares". Inmenso dolor de haber perdido a los que allí, calladamente, luchaban y sentían que para lograr la paz y la Fuerza hay que clavar en el mar las Flechas de nuestro escudo.

Orgullo de que, gracias a que ellos han escrito con sangre esa página tan magnífica, saben hoy todos en España que el sol sale en Suez y se pone en los confines de la América lejana.

RICARDO GIMENEZ, Alférez de Navío





ORDEN Y REGLO DE LA ALFARERÍA

DE LA CIUDAD DE MADRID

Y DE SU TERRITORIO

EN VIRTUD DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

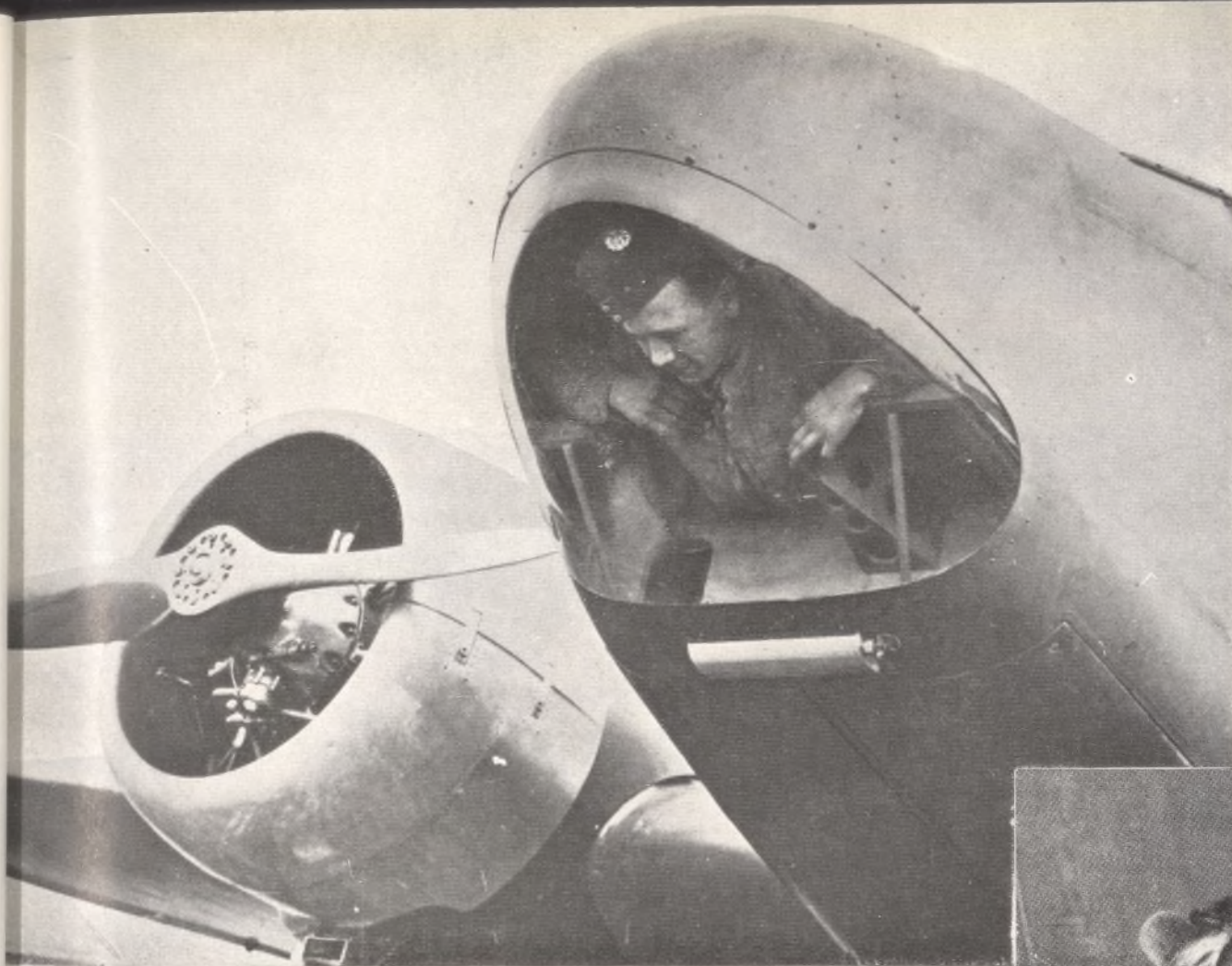
Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

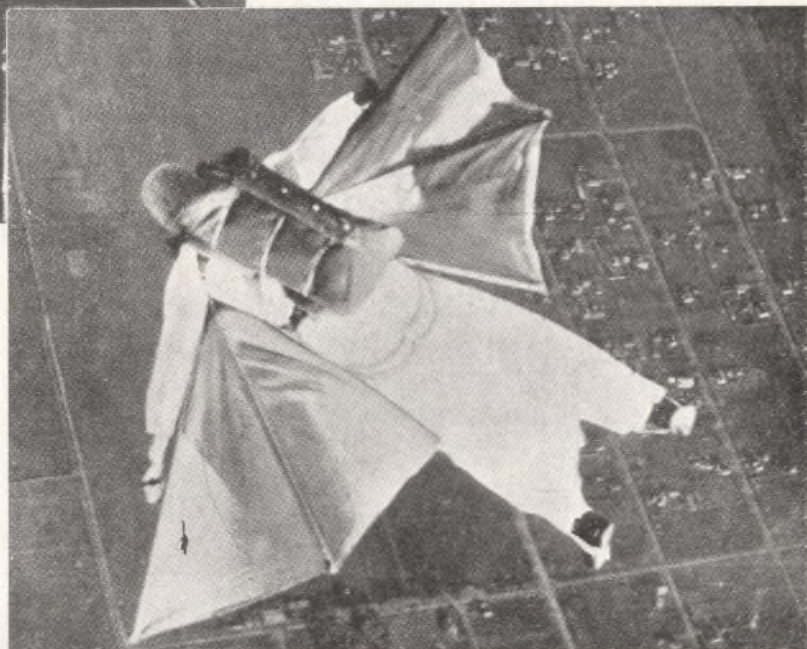
Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880

Y DE LA LEY DE 1.º DE ABRIL DE 1880



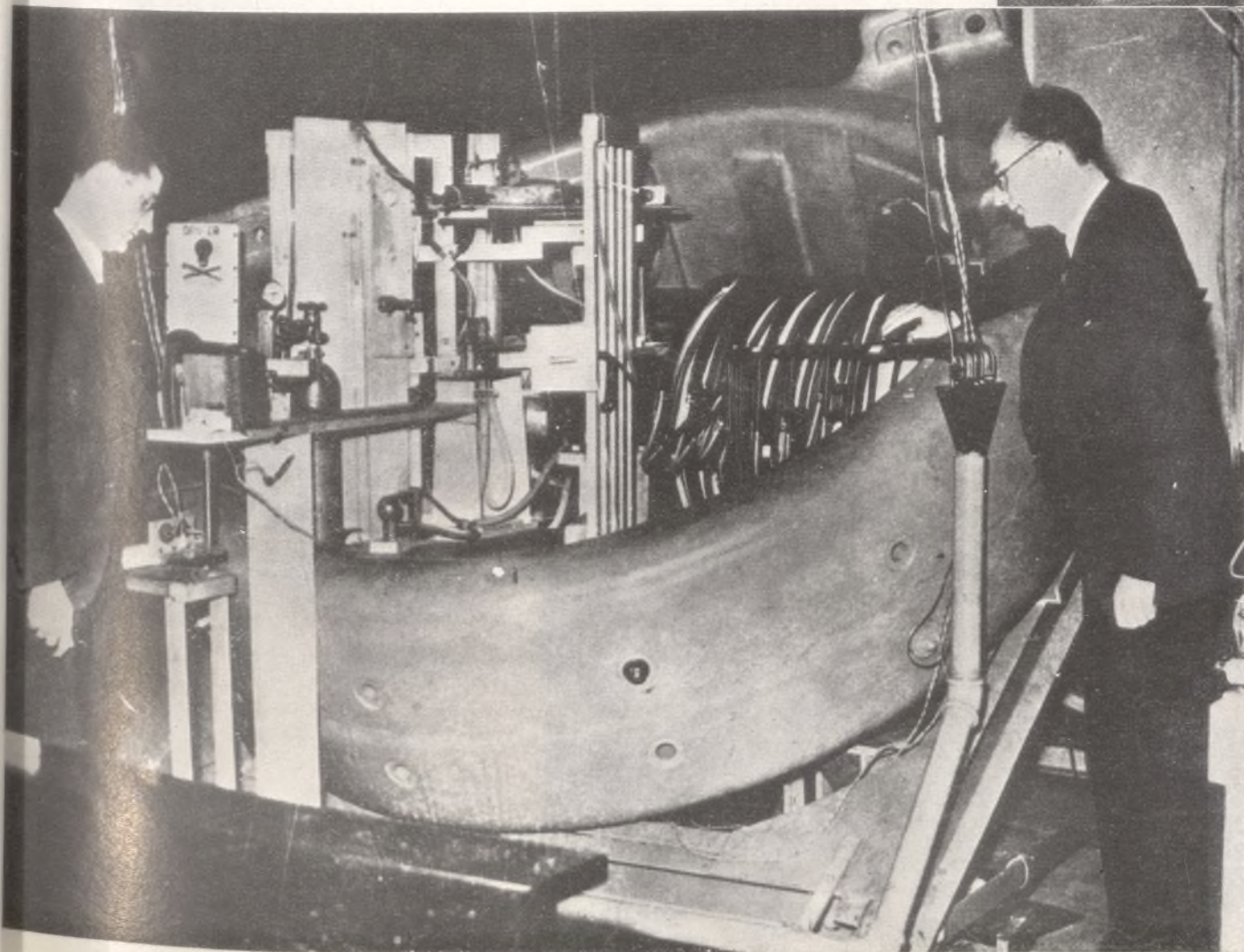
EL REARME BRITÁNICO

Hasta ahora ha sido imposible obtener fotografías de los nuevos aparatos con que ha sido equipada la "Royal Air Force". El tipo de aparato que reproducimos parcialmente está destinado al entrenamiento de los nuevos pilotos. Se trata de un monoplano bimotor, que lleva en la parte inferior del fuselaje con objeto de verificar y corregir el lanzamiento de bombas.



LOS HOMBRES PÁJAROS NO DESESPERAN

La muerte de Clem Sohn no ha logrado asustar a los paracutistas-voladores, que lanzándose desde una gran altura, procuran retardar su caída valiéndose de diversos sistemas de alas. El experimento acaba siempre abriendo rápidamente el paracaídas... cuando hay tiempo para ello.



LOS INFINITAMENTE PEQUEÑOS, OBSERVADOS POR TELESCOPIO

Dos profesores de la Universidad norteamericana de Cambridge han construido este «telescopio», que les servirá en sus investigaciones sobre la desintegración de la materia.



ÚLTIMO RETRATO DEL GLORIOSO AVIADOR
CAPITÁN CARLOS HAYA GONZÁLEZ
Recibió a la muerte el día 23 de Febrero, peleando en
el aire, más cerca del cielo que los demás mortales.
Sobre la tierra dejó la estela de su ejemplo. Estudio,
ciencia, acción y heroísmo, todo por la Patria.
(Foto Gáray)



EL ULTIMATUM POLACO ES ACEPTADO POR LITUANIA

Decidida la reanudación de las relaciones diplomáticas polaco-lituanas, se han abierto las fronteras, que habían permanecido cerradas durante veinte años. Los guardafronteras entablan relaciones de amistad.

•

Este gran tronco vacío sirve de campana a los indígenas de las Islas Salomón. Aquí vemos a uno de ellos dando los últimos toques a su trabajo.

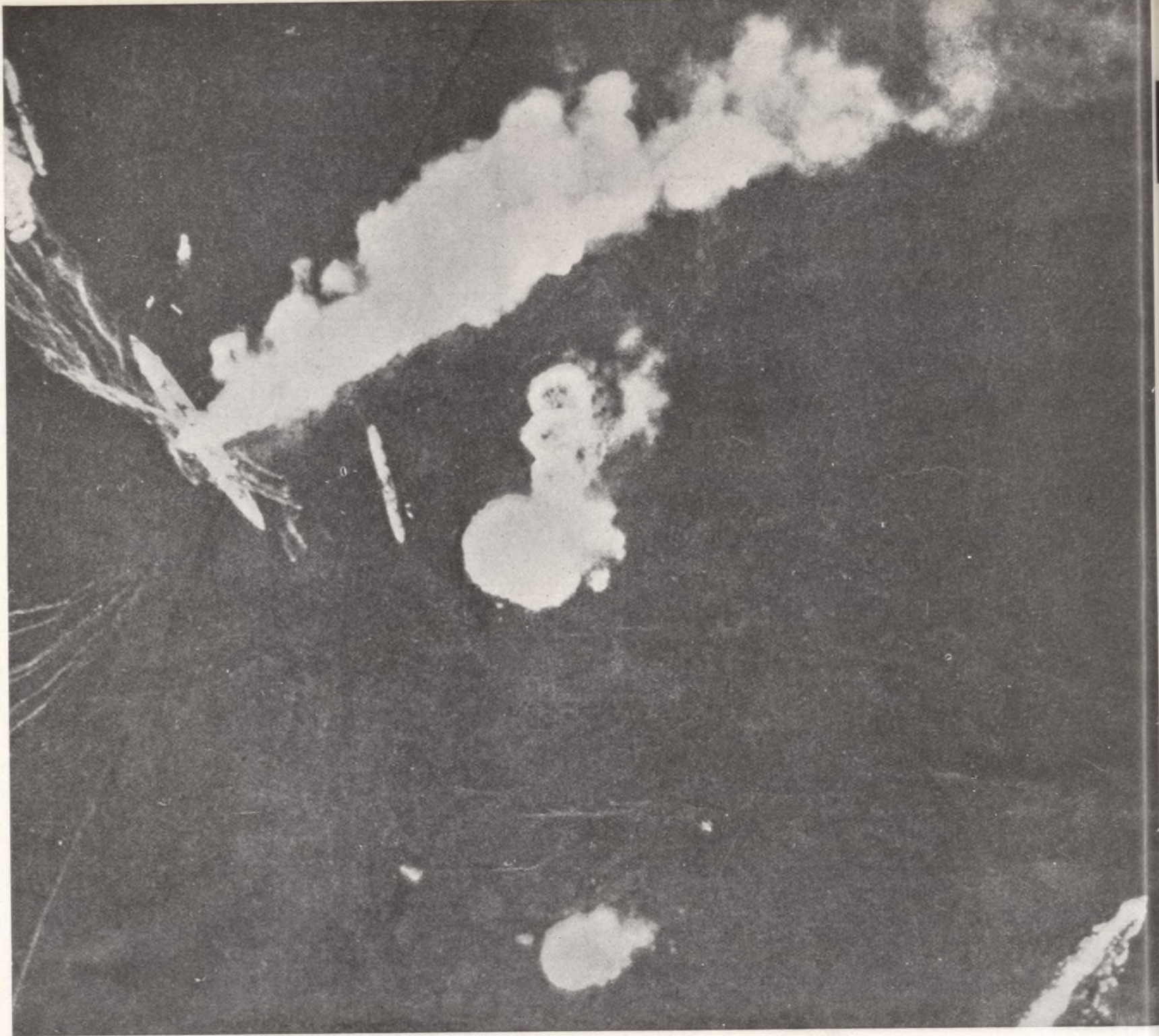
(Fotos, Keystone)



Foto Campúa-«Vértico»

El Jefe de Estado que más ha hecho en el mundo moderno por la salvación de la catolicidad, pide a Dios, antes de entregarse al trabajo diario, que ilumine su inteligencia.

En el oratorio de su Cuartel General en el frente de Teruel, el Caudillo asiste al santo Sacrificio de la Misa. En el ángulo derecho se advierte la silueta del Ministro del Interior.

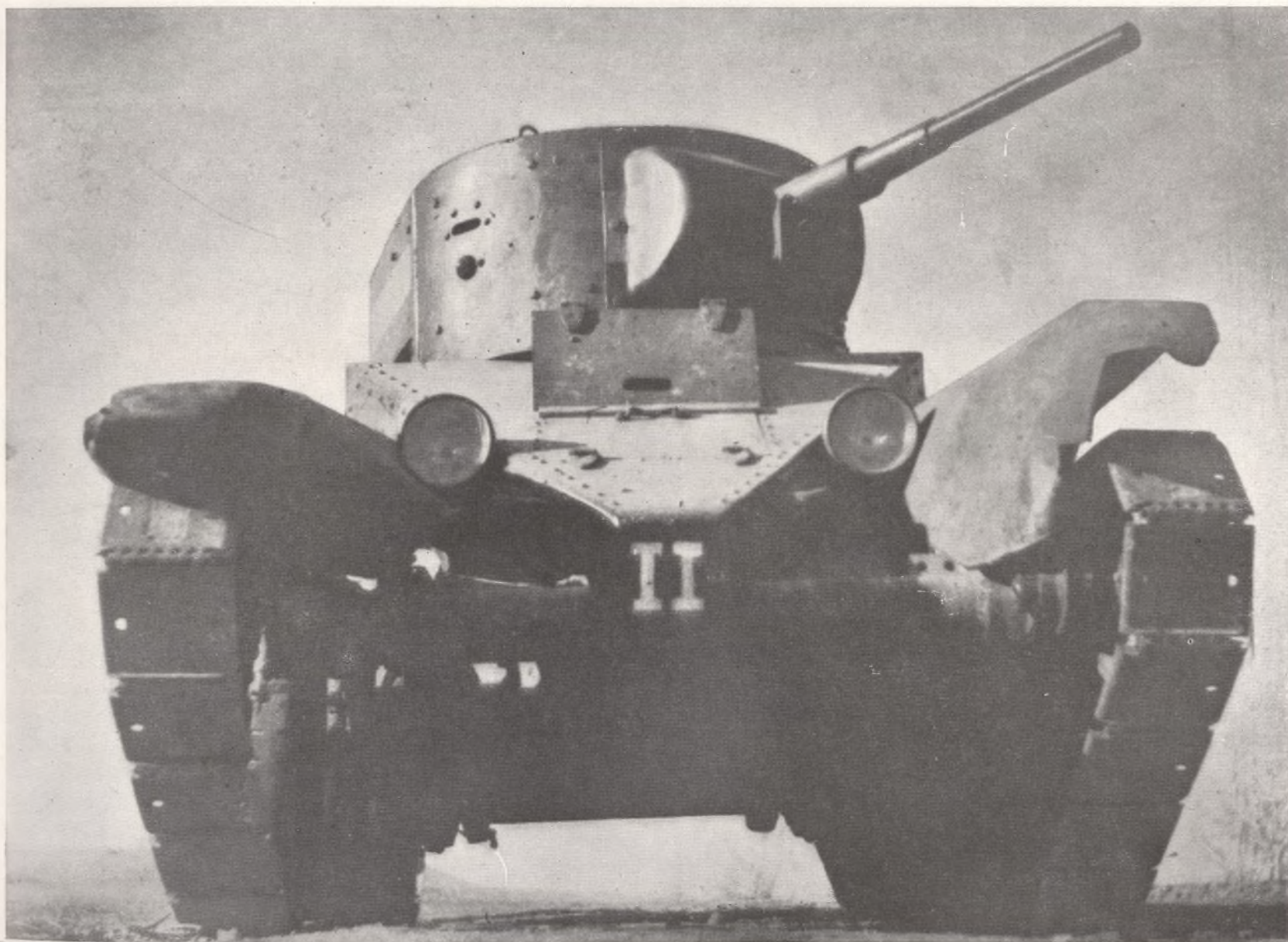


HUNDIMIENTO DEL «BALEARES».

A principios de Marzo pasado, fué torpedeado por los traidores al servicio de los rojos el crucero nacional «Baleares». Los agresores huyeron cobardemente, amparados en la oscuridad de la noche. No satisfecho aún el Mando soviético, ordenó a sus aviadores que bombardeasen el barco incendiado, dificultando así los trabajos de salvamento, a lo que cooperaron muy eficazmente dos unidades de la Marina inglesa. Este criminal bombardeo, sin precedentes en guerra alguna, impidió salvar muchas vidas de valientes marinos de España, ocasionando también varias víctimas a bordo de los buques británicos.

Como en la vieja Europa, también en el lejano Oriente la guerra aérea preocupa a los habitantes de China, que tratan inútilmente de oponerse a la potencia militar del Japón. En esta foto vemos uno de los carteles de propaganda antiaérea colocados en Nankín, ante los que los nipones sonríen irónicamente después de la conquista de la ciudad. - (Foto Scherl.)

EL TANQUE TIENE SU HISTORIA



El origen de las poderosas máquinas de guerra que designamos con el nombre de tanques, es desconocido para la mayoría de las gentes. Se debe su invención a Thomas Tank Burall, ingeniero-jefe de una fábrica de maquinaria en Norfolk, Inglaterra. Era propietaria de los talleres, la razón social Burrell & Sons, y a fin de evitar la confusión entre Burrell y Burall, se designaba corrientemente al ingeniero por su segundo nombre: Tank. Hombre activo e inteligente Thomas Tank, estudiaba constantemente el perfeccionamiento de la maquinaria industrial y agrícola, y así, en la "Royal Agriculture Show", de 1881, obtuvo gran éxito su máquina de vapor sistema "Compound".

Dadas las dificultades que encontraban las máquinas de tracción en las tierras aradas o muy accidentadas, trabajó en hallar un sistema que facilitase su acción en los terrenos difíciles. Fruto de sus investigaciones fueron las ruedas de tipo "oruga", largas bandas sin fin, que funcionan a los lados del vehículo, haciendo una sola rueda de las varias de cada costado. De este modo surgieron los modernos tractores.

Al sobrevenir la guerra mundial y estabilizarse la lucha en el frente occidental, resultaba casi imposible para la Infantería atacar a pecho descubierto la trinchera enemiga, bien defendida por las armas automáticas. Era, por tanto, necesario utilizar un medio de protección eficaz que representase, en la lucha moderna, el papel desempeñado por el elefante veinte siglos antes.

Thomas Tank ideó, en 1914-15, aplicar su sistema de tracción por "oruga" a los automóviles blindados, naciendo así los primeros "tanks".

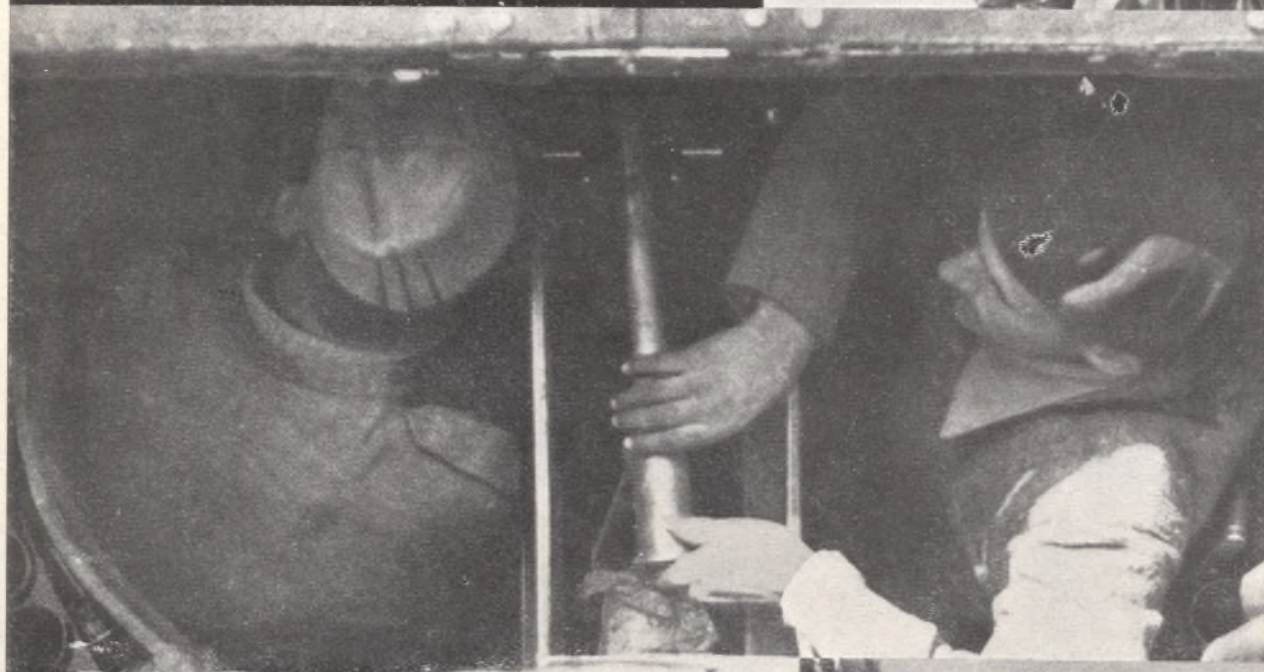
Se creó una comisión encargada de poner en marcha esta nueva arma. El primer tanque fué bautizado con el nombre de "Little Willie". Después vino el "Mark V", de veintiséis pies de longitud y veintisiete toneladas de peso. Provisto de un motor de ciento cincuenta caballos, su velocidad no excedía a las cinco millas por hora. La dotación se componía de un oficial y ocho soldados.

Las máquinas inventadas por Thomas Tank llevaban su nombre, sin que su forma pudiera recordar en lo más mínimo a un verdadero tanque. En nada se parecen esas fortalezas rodantes, que tan importante papel juegan en la guerra, a cisternas o depósitos; es decir, a los verdaderos tanques.



«Por la escotilla» del tanque surge el rostro enérgico de su conductor, que reposa del combate.

Estos tres soldados constituyen la dotación de un tanque ligero...



...y he aquí a los tiradores en la tarea de cargar el cañón durante la marcha.

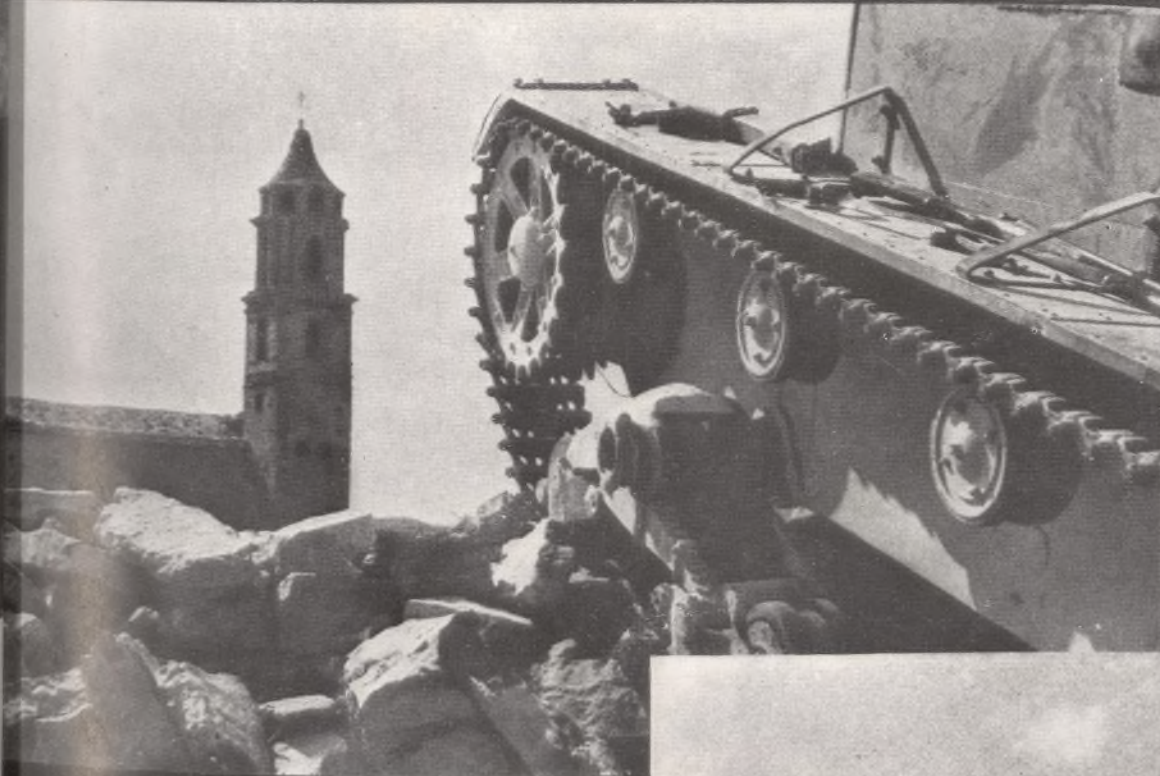
Una sección de tanques nacionales que participaron en las jornadas triunfales de Aragón.



unque surge
conductor
B.



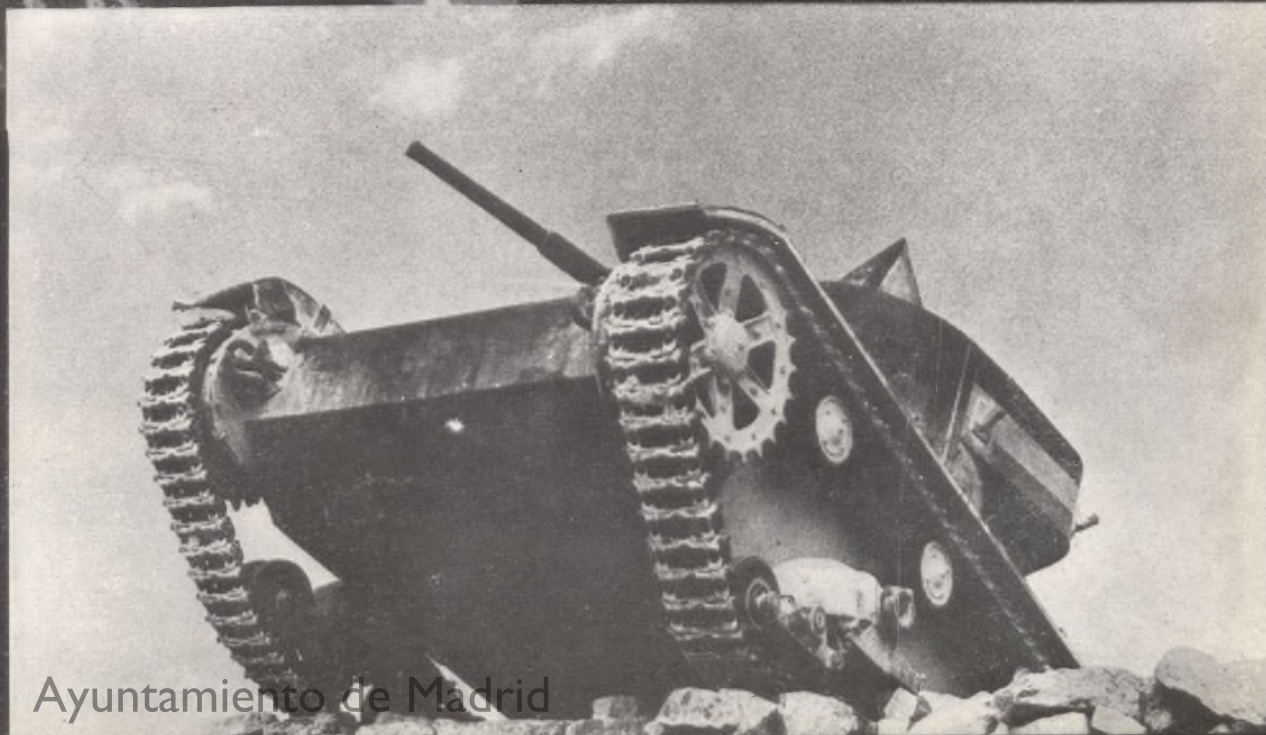
es en la
durante



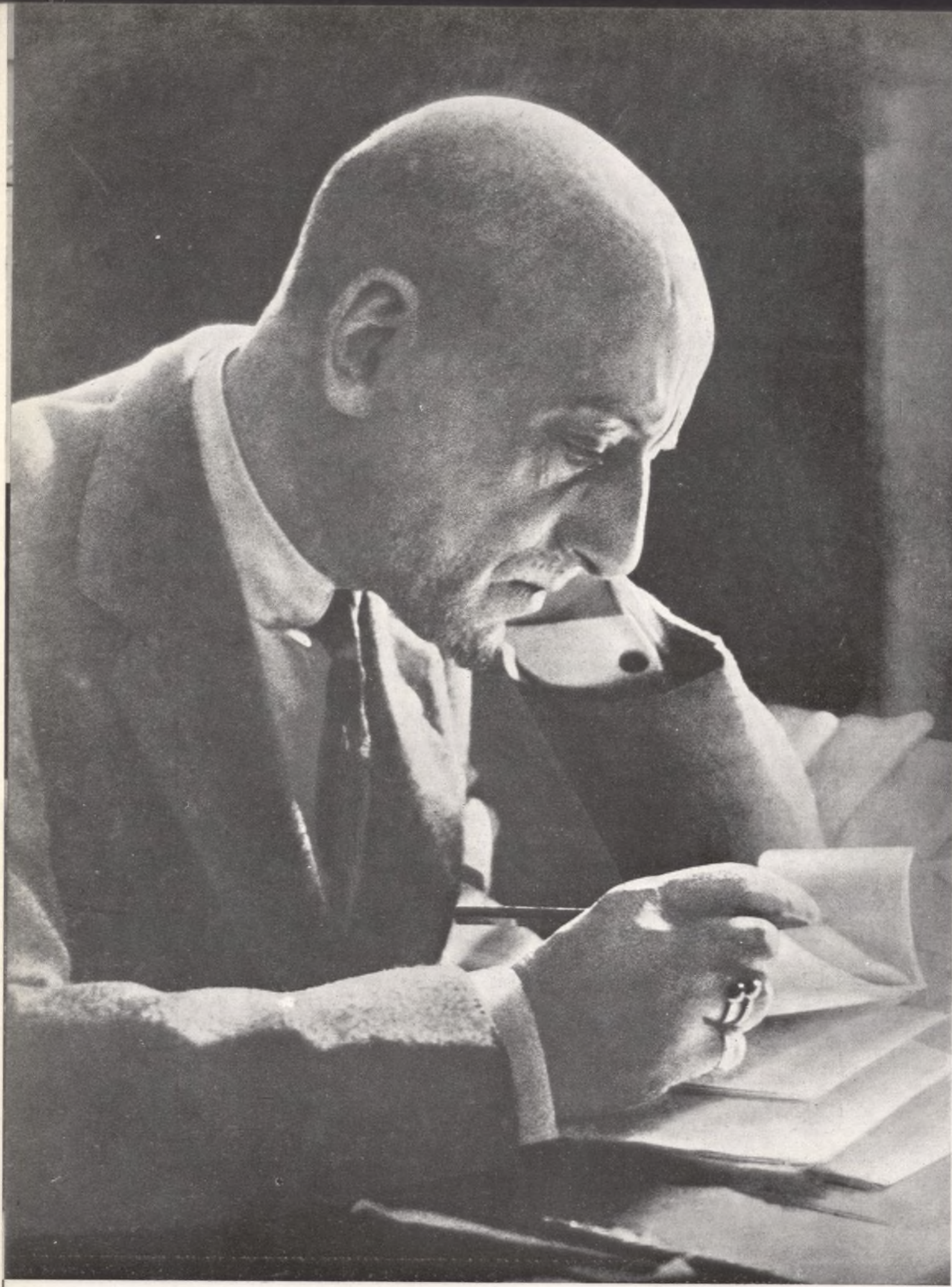
La torre de un tanque nacional en
la que se ven las ametralladoras,
escorta del cañón de tiro rápido.

Sobre los parapetos contruidos á
toda prisa por los rojos, pasan los
tanques orgullosos de lucir los co-
lores nacionales en un pueblo de
los que reconquistó el Ejército de
España.

(Fotos. Dumas—VERTICE



Ayuntamiento de Madrid



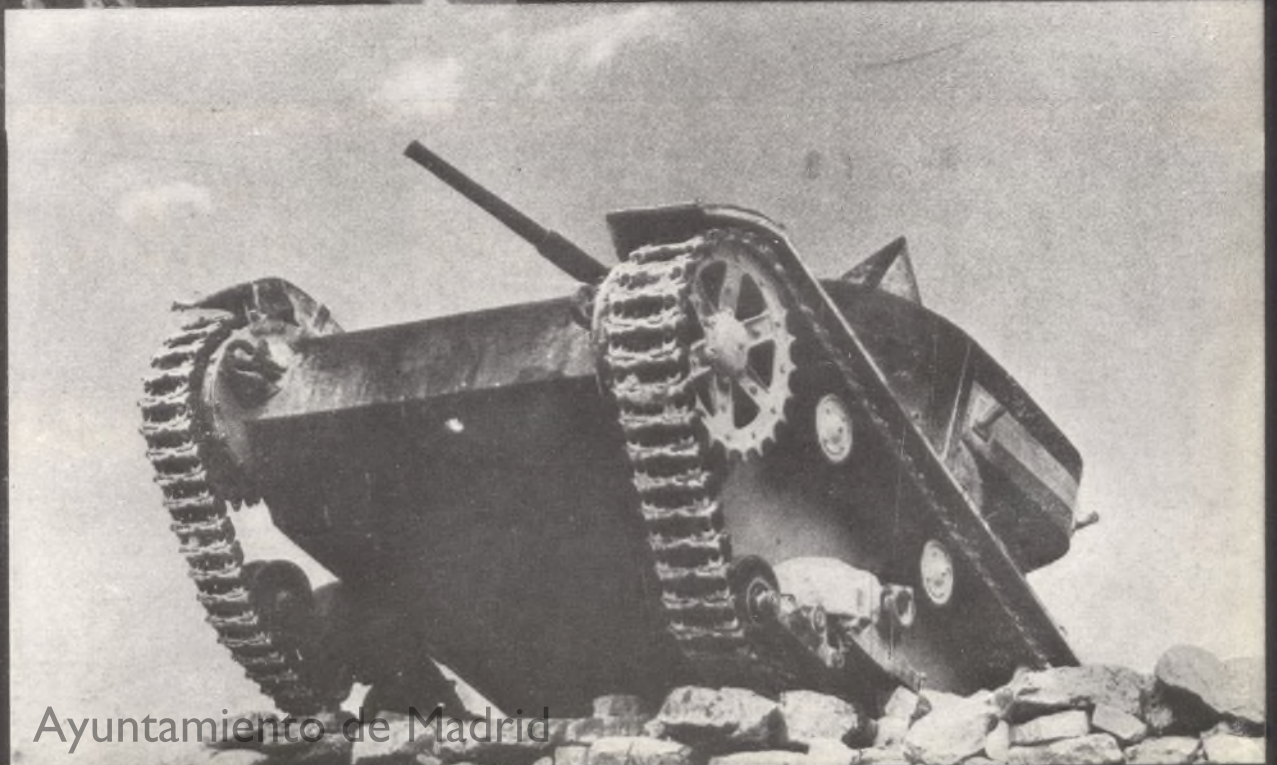
*Gabriel d'Annunzio
ipresente!*



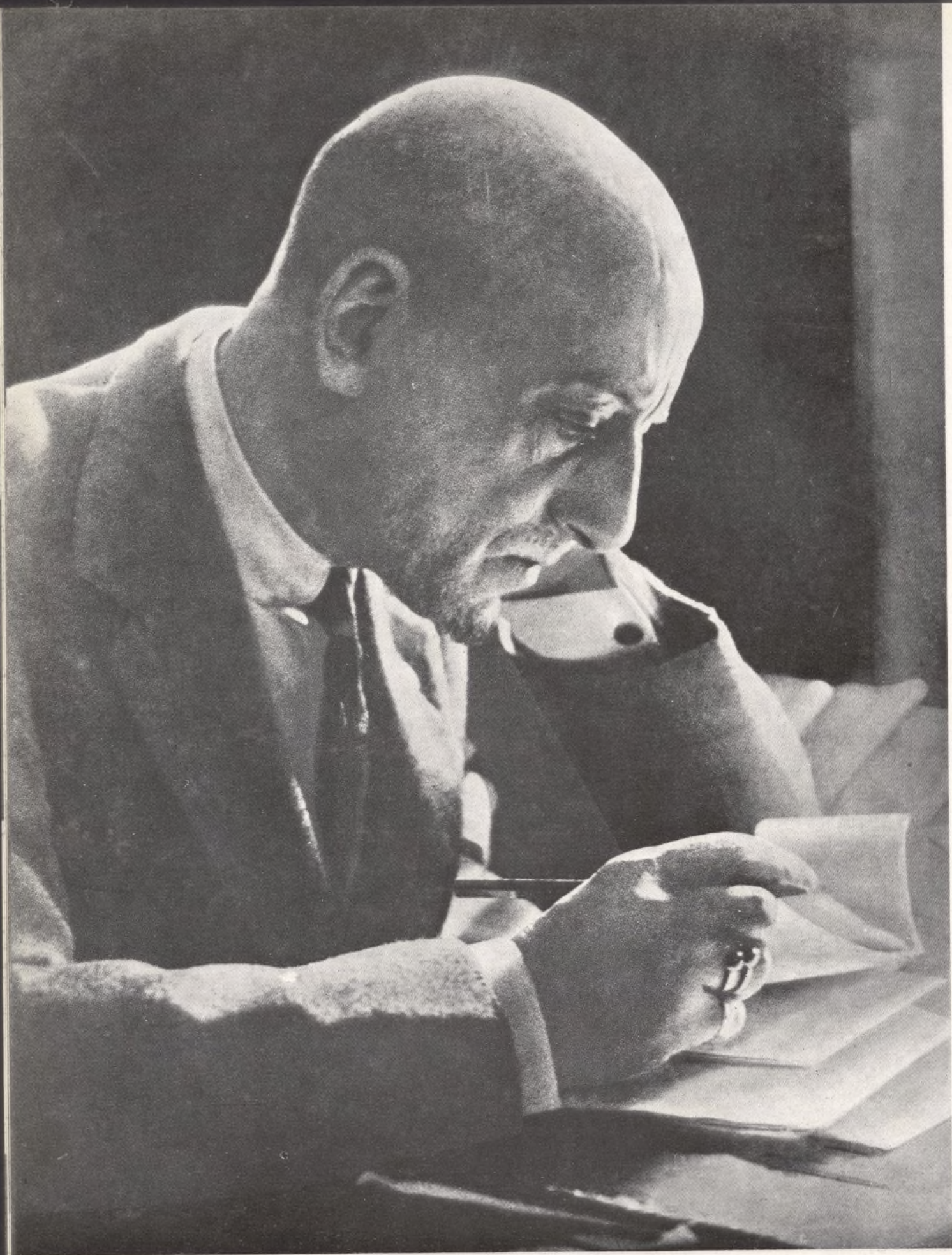
La torre de un tanque nacional en la que se ven las ametralladoras, escolta del cañón de tiro rápido.

Sobre los parapetos contruidos á toda prisa por los rojos, pasan los tanques orgullosos de lucir los colores nacionales en un pueblo de los que reconquistó el Ejército de España.

(Fotos. Dumas—VERTICE)



Ayuntamiento de Madrid



*Gabriel d'Annunzio
ipresente!*

GABRIEL
GU

H

hubier
sica l
cesáre
una m
nunca
más p
Poeta.
D'Ann
sublin
como
Victor
roxism
go», «I
Muert
admin
bolo,
fénix»
su céle
hecho
De G.
fascis
vido»
y del
altos,
carlin
entre
y con
os lo
de It.
Y es
tinas.
ción
Herm
to en
«Esta
las ac
rir de
vos e
trar,
Y así
ta y
tre u
donat
como
sudor
poeta
de g
cidas
con l
zio,
cuanc
En la
jos d
tamb
Gabr
Como
pañe

GABRIEL D'ANNUNZIO, POETA Y GUERRERO DE LA ITALIA IMPERIAL

HA muerto D'Annunzio, precisamente en el momento mismo en que la hora imperial de Italia, suena en la Historia, como si el destino le hubiera conservado sujeto a su misión de cantor y esteta de la metafísica latina de Roma, hasta consumarse la resurrección de las águilas cesáreas. Pocas veces el alma poética de las cosas se ha manifestado de una manera más definida por el cauce humano de la acción, y quizás nunca, como en el caso de D'Annunzio, el alma humana ha celebrado una más profunda comunión con el alma de las cosas.

Poeta, dramaturgo, novelista y filósofo, no podemos saber si Gabriel D'Annunzio canalizó en gesta de condottiero batallador sus pensamientos sublimes, o si fueron éstos, como flores de su alma de guerrero, nacido como un dios mítico, para soñar en la Victoria, por el placer de la Victoria misma. No cantaríamos su gloria así emocionados, hasta el paroxismo, si el genial poeta fuera tan sólo el autor inmortal de «El Fuego», «El Placer», «El Inocente», «Tierra Virgen». «La Nave», «El Triunfo de la Muerte» y tantas otras obras de inspiración casi divina. Lo que en verdad admira y nos mueve a exaltar su figura gigante, hasta perfilarla en símbolo, es su dinamismo de luchador infatigable, que le convierte en el «ave fénix» de la Roma imperecedera, quizás como una consecuencia de aquella su célebre frase, respuesta a Federzoni: «Las palabras son femeninas y los hechos son masculinos.»

De Gabriel D'Annunzio se puede decir que era toda el alma mística del fascismo hecha hombre. Soldado de caballería, marino a bordo del «Impávido», combatiente del Carso, de Carnia, de Goritzia, de Piave, de Venetto y del Trento, siente un día hambre de altura y sueño heroico de cielos altos, y se hace aviador, para lanzar, desde la prisión trepidante de su carlinga, un mensaje de vida y de Patria a sus hermanos de Trieste, entre los zarpazos de las granadas antiaéreas: «¡Valor, hermanos! ¡Valor y constancia! Por libertaros cuanto antes, combatimos sin respirar... Yo os lo digo, os lo juro, hermanos. Nuestra victoria es cierta. La bandera de Italia será izada sobre el gran Arsenal y sobre la colina de San Justo.» Y es allí, entre las nubes, sobre los campos verdes de las campiñas triestinas, cuando nace a la historia, en aquel mismo instante como floración de un milagro, el héroe de Fiume.

Hermano de Dante y de Escipión, D'Annunzio lanzará más tarde su grito encendido por todos los rincones de la geografía irredenta de Trieste: «Estamos decididos a permanecer en la ciudad holocausta, contra todas las adversidades de la fortuna y de los hombres. Estamos resueltos a morir de hambre en sus calles, a sepultarnos bajo sus ruinas, a quemarnos vivos en sus casas incendiadas, a reinos de todas las amenazas y a encontrar, riendo, la muerte más cruel. Por eso somos invencibles.»

Y así, con este alma homérica y este temple numantino, es como el poeta y guerrero de la Italia imperial iza el tricolore en el campo de Marte, entre un mar de puñales alzados por sus fieros ardittis, que ya nunca abandonarán el suelo de la Patria redimida. Hay cantos de mujeres rubias como las crestas de los Alpes, lluvias de flores blancas sobre los rostros sudorosos de los bersaglieris; un nuevo parto de historia y el alma del poeta que se encuentra a sí misma en el alma del guerrero, entre himnos de gloria, lágrimas de emoción fraterna y revuelo de águilas recién nacidas, al exclamar, todavía jadeante: «...Aquello que se puede expresar con la palabra, se debe de completar con la acción». Gabriel D'Annunzio, creador, con Marinetti, del estilo y la estética fascistas, muere cuando el Imperio que soñó ya no le necesita.

En la hora de su muerte, cuando toda Italia le llora acongojada, los hijos del Lacio, brazo en alto, con su airoso saludo virgiliano, gritamos también la oración de nuestra angustia máxima:

Gabriel D'Annunzio: —¡Presente!

Como nosotros de su Italia, él fué también un enamorado de nuestra España...

...Non mai vidi dunque ilare al fresco
nei rossi noviluni de Seviglia
urtare il marmo di un corti moresco
col pié gentile el suon de seghidiglia?...

FEDERICO DE URRUTIA

Ayuntamiento de Madrid

Caro Mussolini,
ricordo della notte e tre
messaggeri, dopo un giorno
laborioso
In questo libro tante volte
interrotto, sono raccolte le
verità che il monocolo
scopre nella solitudine
e nella meditazione. Credo
che oggi la giovinezza ita-
liana, di ogni parte, non
possa non riconoscerle e
non seguirle con purifi-
cato cuore.

È necessario radunare
tutte le forze nostre e
avviarle alle grandi mi-
te che all'Italia sono
prefine dei suoi fati
eterni.

Dalla pazienza marcia,
e non dalla impazienza, in-
finita, a noi verrà la
salute.

I messaggeri vi rife-
ranno i miei pensieri
e i miei propositi. Manti-
ni di ogni ombra e di ogni
malcelia.

Il Re sa che io sono
tuttora il più devoto e il
più strenuo combatten-
te d'Italia. Rimanga gli
imbarca levato contro le non
avverse, che debbono essere
affrontate e superate.

La vittoria ha gli occhi
chieri di Fiume. Non
la vendate.

«Sine strage vincit.»
«Strepitu sine illo.»

Gabriele d'Annunzio

28
ottobre
1922

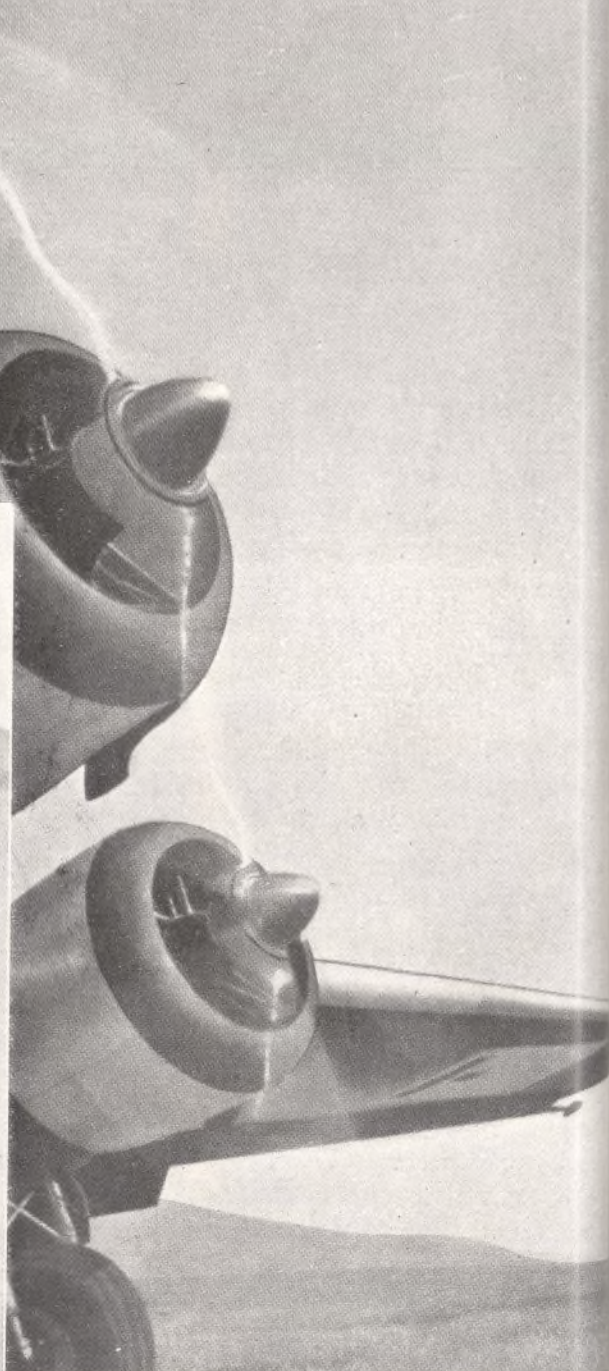
Comunicado enviado por D'Annunzio a Mussolini el 28 de octubre de 1922, con motivo de la marcha sobre Roma, efectuada por las legiones de «camisas negras».

Querido Mussolini: En la noche, recibo a los tres mensajeros, después de un día de labor intensa. En este libro tantas veces interrumpido, están condensadas las verdades que el monocolo descubre en la soledad y en la meditación. Credo que hoy la juventud italiana de todas partes no puede dejar de reconocerle y de seguirle con el corazón purificado. Es absolutamente necesario reunir todas las fuerzas sinceras y conducir las hacia las altas cumbres que a la Italia están destinadas por su destino eterno. Desde la paciencia varonil y no desde la impaciencia inquieta nos llegará la salvación. Los mensajeros os transmitirán mis pensamientos y mis proyectos limpios de toda sombra y de toda mancha. El Rey, sabe que yo soy todavía el más devoto y el más tenaz combatiente de Italia. Quede El todavía levantado contra las suertes adversas que deben de ser afrontadas y superadas. La Victoria tiene los ojos claros de Palas. No vendarla. «Sine strage vincit» «Strepitu sine illo».

GABRIEL D'ANNUNZIO.



Elcomandante G. Morato con
el capitán Rubio Paz «Satanás»
(Foto Campúa-Vértice)



"CAZADORES" DE MORATO

Cuando la aviación no era todavía un arma de guerra en el mundo, ya era para los españoles un arma cetrería. La caza de cetrería ha sido siempre entre nosotros escuela de caballeros. Nuestros poetas Renacimiento—Manrique, Santillana, Encina—encontraban en el vuelo de las aves "altaneras" (de alto por tanto) motivos épicos que encerrar en el vaso clásico de las itálicas formas. Las ansias de ámbito ilimitado hallaban símbolo en el duro y estricto vuelo de los neblíes que subían hasta fundirse en los maltes azules de los cielos de Castilla para caer rectos y silenciosos, como un caliente, palpitante emplumado meteoro, sobre el surco o el barbecho.

Por eso, cuando bajo aquellos "Blériots" de formas imprecisas el capitán Spencer vió volar una avutarda concibió la idea de la caza. En aquel momento el español realizaba el sueño de ser como un águila, azor o un halcón. Muy pocos años más tarde aeroplanos españoles, en 1912, se empleaban por primera vez como armas de guerra y la Humanidad, otra vez por mano de españoles, había realizado otro sueño: el de convertir el aire en campo de valor y de honor. Se hizo entonces el hombre arcángel y se poblaron cielos de alas.

Antes de la guerra, pocos españoles habían oído hablar del teniente García Morato: menudo, ágil, moreno. Había en él una conformación interna de ave de altanería y sólo sus compañeros de arma veían en él al genio de la sublime cetrería de la guerra. García Morato había nacido para "alanceador de trimotores", según frase feliz de un ilustre escritor.

Pero a los pocos meses de estallar la guerra, el nombre del menudo español, cazador de los aires perseguidos, finos y lavados de Castilla, había llegado, sin que nadie lo mencionara, al oído del combatiente. Y luego, en el mensaje callado de la popularidad, al oído del labriego y al del burgués. Y traspasaba fronteras, y hacía su nido en las tierras lejanas de española onomástica.

Algo arcangélico emanaba del hombre pequeño y moreno. "¡Ahí va Morato!" "¡Ahí va Morato!"

decían los centinelas en las mañanas embalsamadas de las sierras cordales de España... Nadie les había dicho cómo era el avión del capitán. Pero ellos sabían que "aquél", precisamente aquel avión brillante como un querubín, rápido y valiente, que se lanzaba solo como un San Miguel hacia el ala negra y cartilaginosa de Luzbel, no podía ser otro que el avión de Morato. Y Morato fué así para los soldados el guardián seguro de los cielos, la espada flamígera que ahuyentaba el vuelo del "Malo".

Y fué entonces cuando un soldado solitario hizo, sin saber que inauguraba la leyenda, la primera copla al capitán Morato. Aquel día, el parte oficial de guerra tenía, dentro de la sobria vestidura de su estilo militar, un temblor de alas triunfantes, un hálito nuevo. Porque sobre los pinares y los parterres y los estanques y las geometrías de La Granja, el grupo cazador de Morato había ganado, contra las innúmeras alas infernales que ennegrecían el cielo, una batalla de Dios. Una batalla "a la española", desigual y arrogante. Y se habían quedado sus aviones, su escuadra de querubines, dibujando, en campo de azur, arcos triunfales y cruces laureadas, locos de sol, ebrios de altura y de victoria. Mientras, ardían las alas negras en el abismo.

Yo he celebrado la Pascua en la mesa de los "cazadores" de Morato, en la vigilia del combate. No porque hubiera en aquella mesa un mozo de mi sangre y de mi nombre me pareció aquella cena una cena sagrada. No. Porque estaban presentes, en su ausencia física, el Caudillo y el Maestro, sí.

Los dos hombres morenos y breves, superespañoles raciales, Franco y Morato, ungían con su nombre los labios de los "cazadores", una veintena de muchachos de todos los acentos españoles. Algarabía imperial en una pequeña ciudad aragonesa con una torre mudéjar, un bosque de sabinas, una huerta de frutales y unos cerros coronados de viña.

Cuando el dulce vino de Cariñena selló uno de esos pactos que se contraen mientras la Pasión y Muerte rondan el cenáculo, los nombres de Franco y de Morato en labios vascos, castellanos, andaluces, gallegos y catalanes, cobran su majestad simbólica sin perder su humanísimo calor. Un mocete catalán, no sabiendo cómo sumarse con elocuencia a aquella comunión, prorrumpió en un "¡Paco!, ¡qué grande eres!" Salmo pueril, pero fresco y puro como un requiebro.

Los "cazadores" de Morato, creados, educados y obsesionados por su maestro, forman ahora una escuela especial dentro de la aviación. A la técnica "standard" del vuelo de caza han añadido ellos peculiaridad y estilo, imprimiéndole agilidad, arrogancia y eso que los árabes llaman inimitablemente "fantasía". Hay ya algo "a la española" en el mundo nuevamente. Ya se dice "volar a la española", como se dijo un día "cabalgar a la española".

Como un símbolo no buscado, sino encontrado, el emblema de los "cazadores" de Morato, está formado por tres avutardas. Las que veían desde su viejo y resollante "Blériot" el capitán Spencer el año 1910, cuando sólo era una larva de sueño la cetrería humana sobre los calcinados cerros de Getafe.

Habéis oído hablar alguna vez de "Satanás". Satanás es un "cazador" de Morato. Maduro y un poco calvo; vuela con zapatillas de orillo; contradice maravillosamente, también "a la española", todas las reglas y previsiones de la eugenesia aeronáutica, que fracasa ante los humanos valores de este veterano. Y es, después de Morato mismo, el "recordman" español de victorias en el aire. Por ser todo en él contradictorio, lo es su apodo. Se llama Jesús y le llaman Satanás. Lo único congruente en él es su bondad, su paternal solicitud por los jóvenes camaradas del grupo, que le adoran... y le hacen rabiar.

Pero a la hora dramática y solemne de la partida, "Satanás", como un patriarca joven, lanza el grito de guerra de la escuadra de querubines:

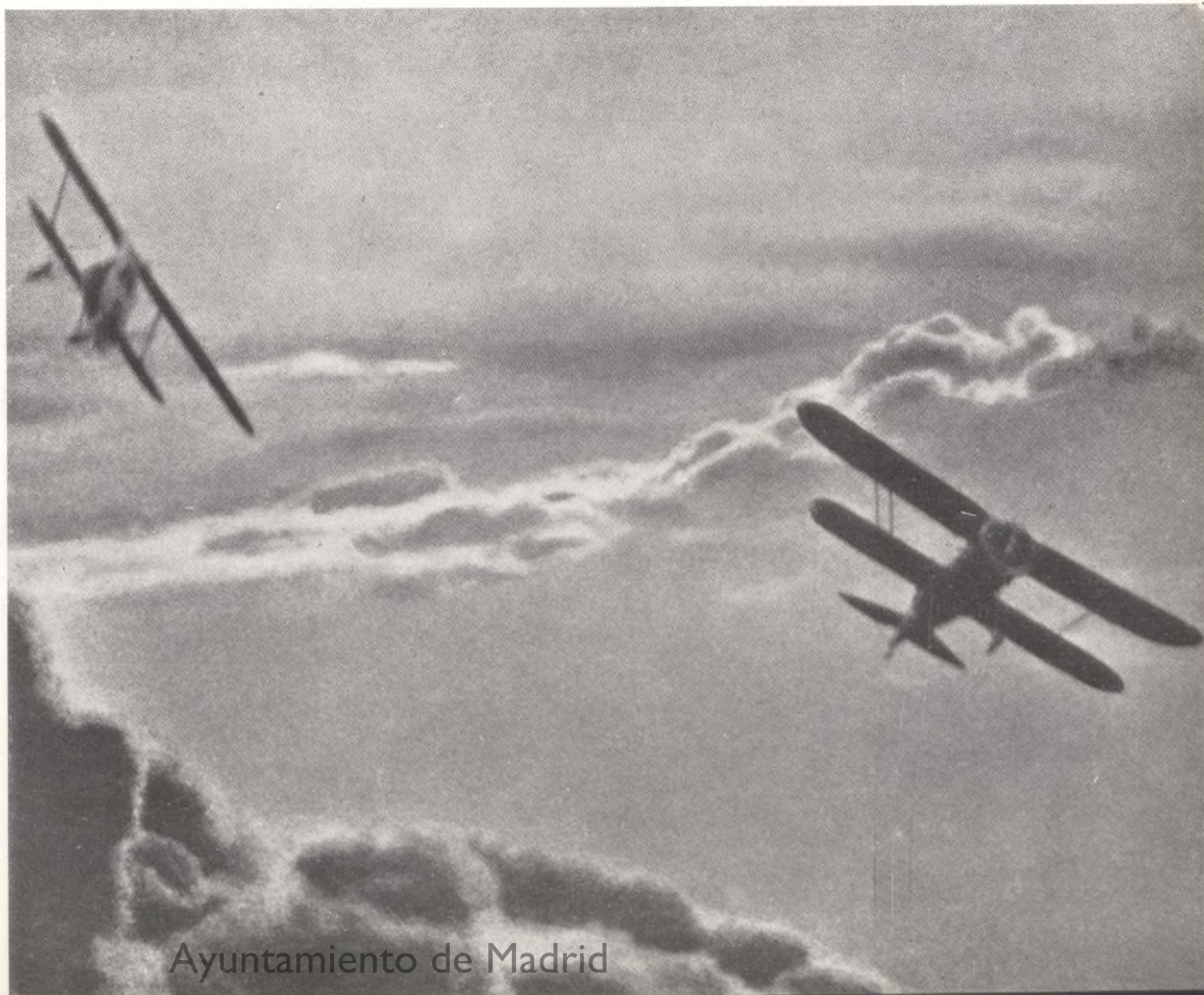
"Suerte, vista y ¡al toro!"

De vez en cuando, en el momento ese, hay una aparición. García Morato, él mismo, con su Laureada, comparece como un enviado del cielo en el aerodromo. Forman los muchachos, con el brazo en alto, hay una brevísima revista y el comandante pilota el avión "aquél".

El mismo que ha de hacer exclamar al centinela avanzado, sin saber por qué:

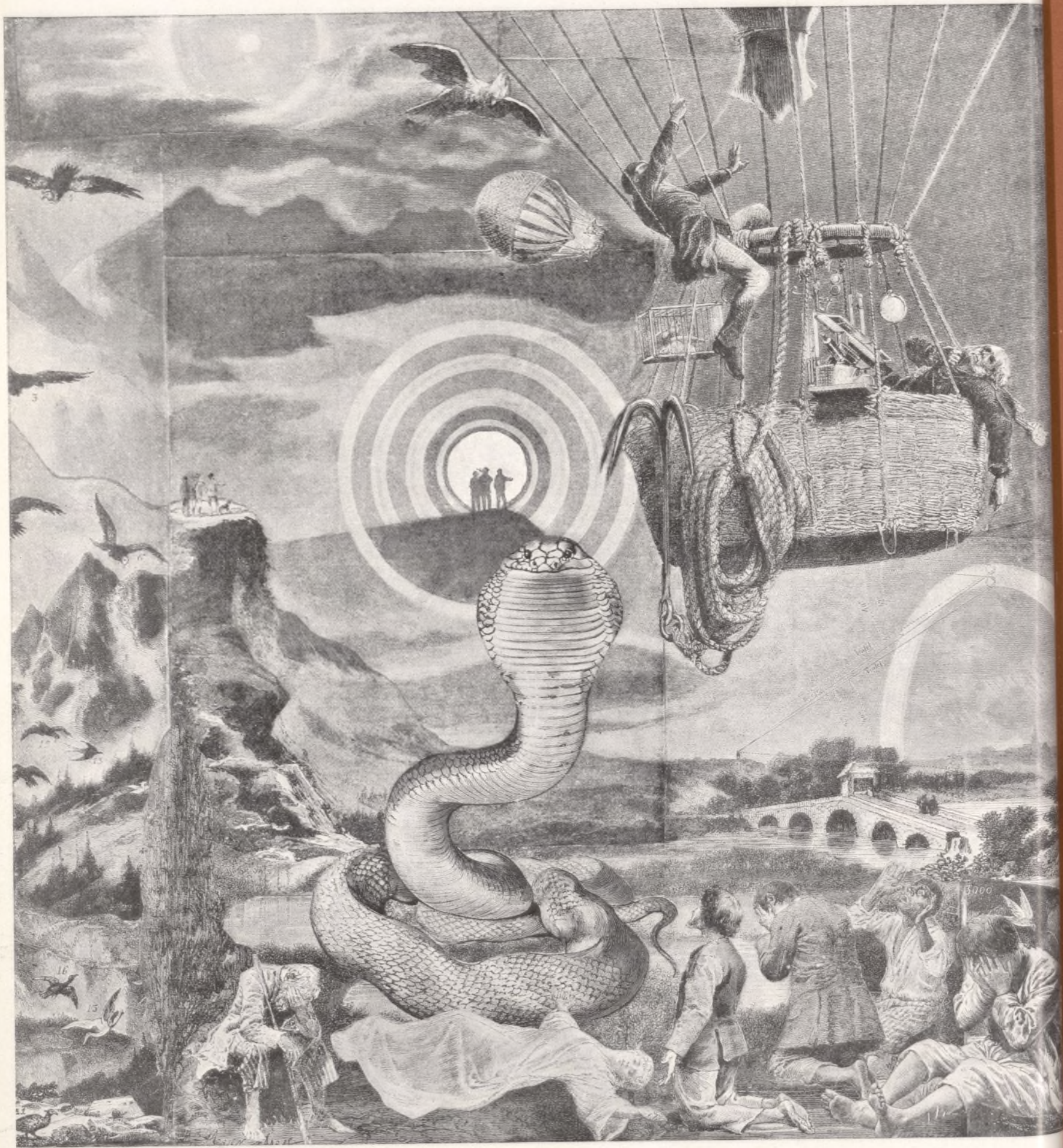
—"¡Ahí va Morato!"

VICTOR DE LA SERNA



Ayuntamiento de Madrid

EL PARAÍSO A LA SOMBRA DE LOS AEROSTATOS
EN MEMORIA DEL GLORIOSO CAPITÁN HAYA



«COLLAGE» POR ADRIANO DEL VALLE
EXCLUSIVO PARA «VÉRTICE»

PLASTIC

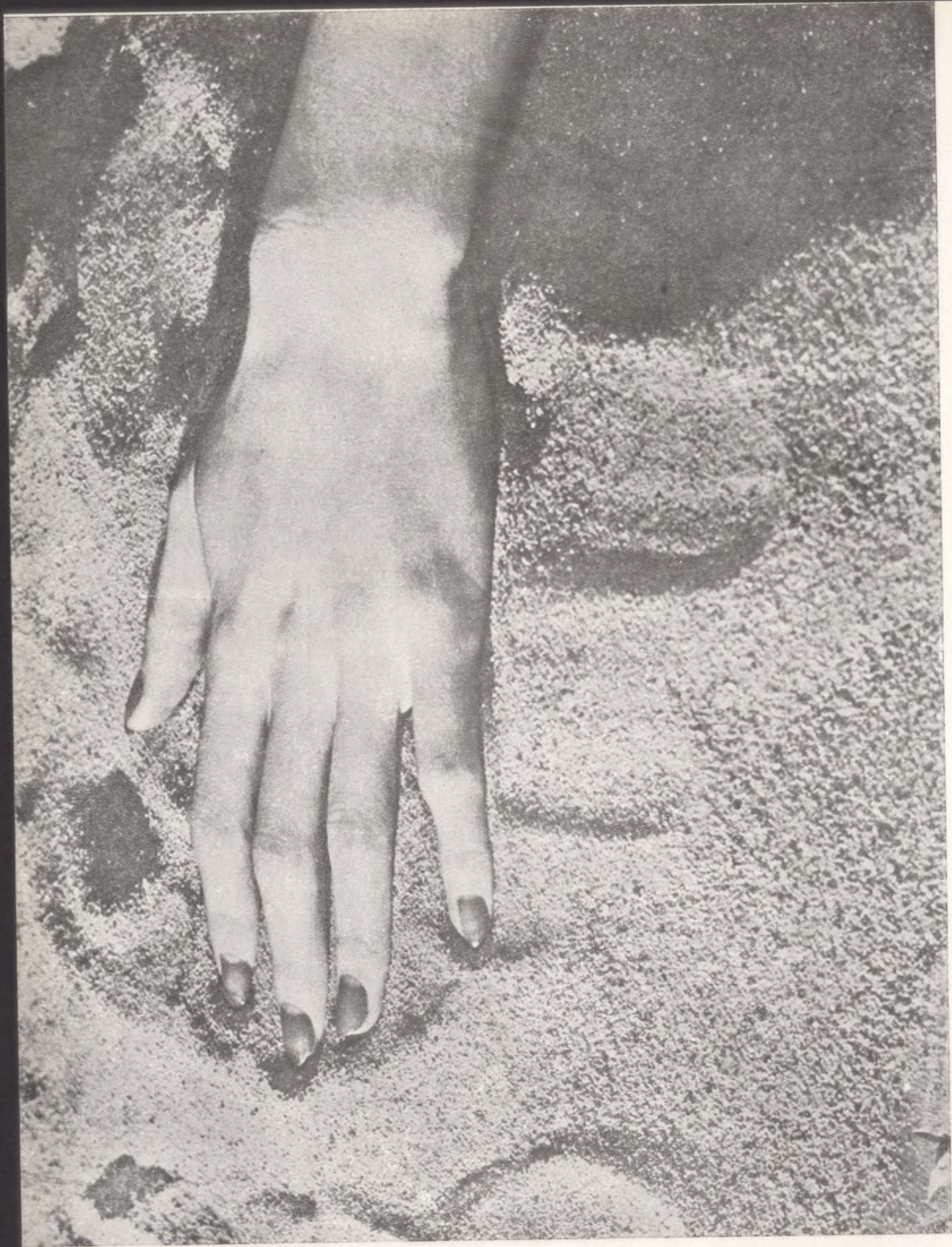


LA BELLEZA FOTOGRAFICA

El pensamiento humano es pensamiento
de los ojos, y nuestros conceptos son
abstraídos de la visión, y la lógica
entera es un mundo imaginario de luz.

Oswald Spengler

Ayuntamiento de Madrid





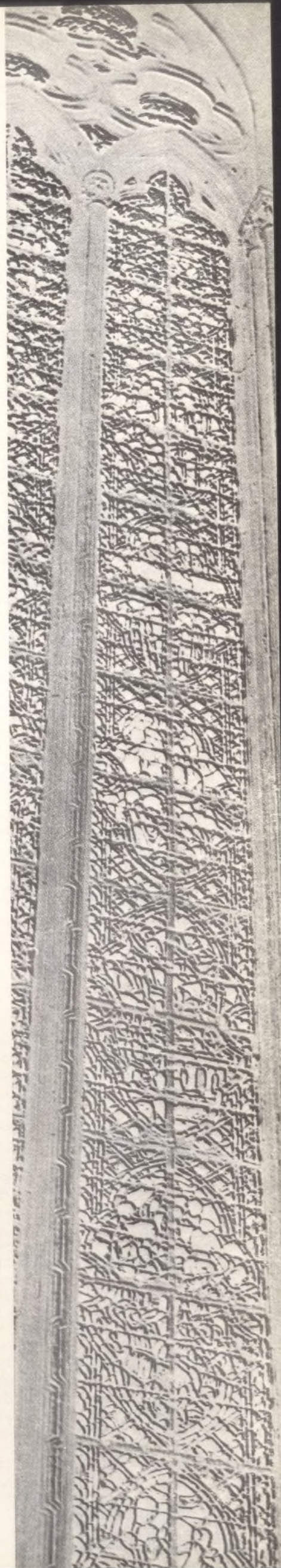





ÉGLOGA PRIMERA

ISABEL

No invocaré a las Musas, ni a los dioses paganos
cuyos cuerpos amables resumen la armonía
tan lejos de mi sangre, ya fiel a sus mayores.
Invocaré al azul, sereno y encendido
sobre la majestad de Castilla la brava.
Invocaré al azul con mis ojos severos
que miran su pureza resplandeciente y una,
libres en el fervor que el pensamiento humilla.
¡Cómo, azul, eres uno sobre todos los hombres!
¡Cómo invitas al canto levantado y unido,
límite del más bello dolor adolescente,
y ya la voz, madura conduce su esperanza!
¡Cómo en ti está el Señor con su luz generosa!
Si la lluvia destierra tu visión preferida,
si las blancas estrellas en la noche lejana
descubren su tesoro de finas claridades,
tú, azul, eres consuelo del tiempo renovado,
pasión de luz entera que a Castilla convoca
para ser vencedora de la humana tristeza.
A ti te invoco, azul, claro azul en el día,
fuerte azul castellano donde acaba el deseo.
Y está el trigo invocando tu amanecida suave
sobre la perfección granada que atesora,
para que los cantares suban, serios, al cielo,
y en los brazos de Dios la tierra esposa quede.
Porque en la noche pura los hombres se arrodillan
y en el alba comienza la unión que nos ensalza,
la comunión del cielo con la ofrecida tierra.
Pinares y rebaños, de suavidad tocados,
digan el nacimiento del Niño prometido.
¡Las aves y las aguas canten la Eucaristía!
Está el trigo en espigas que esperan el milagro
invocando tu luz para brillar, alegre,
como un vuelo dorado por la brisa ligera.
La tierra no conoce los sueños que traspasan
su permanencia fiel, vibrante en la llanura.
¡Ay, Castilla real, Castilla de mis ojos,
qué liviano es el día que no turba la sangre!
Mi gozo en ti se adentra por los finos verdores
del más breve hontanar florido en primavera.
¡Oh perfección del trigo! Primavera de España
ciñes con el temblor de tus ágiles tallos
cuando la carne niña de su cuerpo obediente
la Princesa Isabel bañaba en tu hermosura.
Y el alma verdecía los temblores del chopo.
Y el espíritu noble, con su brioso anhelo,
lograba la ascensión del júbilo dormido.
¡Ved las manos valientes que acarician el brillo
de la piel alazana, fresca de aguas caudales!
Pació el potro la hierba del Betis espacioso
y hoy le consiente el Duero su abreviada ribera.
Crespas vuelan las crines por el nervioso cuello
que alza con gallardía de estirpe soberana.
La dureza del suelo aún no prueba impaciente
ni con aliento altivo bebe el céfiro manso,
y la distancia débil aún no suena guerrera.





Y es tan firme Isabel, que anidarán los pájaros
en su virgen presencia bañada por los trigos.
¡Ved los azules ojos donde la yerba asoma,
y el jazmín encendido por el rubor sensible!
Piel profunda, gozosa de la sangre que cuida
con su tibio candor de nardo delicado.
¡Ved la ardiente corona que derrama sus flores
deteniendo las horas sazonadas del tiempo!
A punto está, pastores de pueblos victoriosos,
de nacer la mujer que os abrirá el futuro
vinculando a la espada la caridad más sola
como cumple al dolor del encarnado espíritu.
Pero aún sabe a niñez lo que miran sus ojos...
Tu mirada, Isabel, es la semilla tierna
de los árboles altos que crecerán mañana
cantando del Señor la Muerte redentora.
Ya no eres niña tú, ni mujer indecisa;
por tu sombra primera, ya eres Reina de España.
Y tu nombre es el yugo que cultiva los campos
si el vigilante amor con sus flechas te hiere.
Tu rubia Majestad visitará las olas
y al rumor de tu paso las almenadas torres
su orgullo abatirán y unirán su nobleza.
Los castillos feudales terminan en el viento
que mueve ya sus alas con un clamor de ruinas,
y cumpliendo la gloria del sueño que miraste
viento largo hacia el oro tendido del poniente,
la voluntad del hombre nuevos fines ordena.
Sí, los claros varones levantarán a España,
y será tu sonrisa la flor de capitanes,
adelantados héroes del brío y de la muerte.
No detendrá sus pasos la conquistada orilla,
y en un suelo más fértil correrán nuevos ríos,
y limitando el mar volará la paloma,
y las islas halladas devolverán el eco
de las más encendidas palabras castellanas,
y alabando el destino de la creación reunida
doblarán las campanas sobre la selva virgen.
Vencedora del tiempo con sus formas señoras
sirve a la eternidad la española grandeza.
La verdad revelada preside sus dominios,
el Nombre del Señor sus hazañas confirma.
¡Salmodien las celestes jerarquías atentas
la alabanza de Aquél que vigila sus obras!
¡Salmodiad, hombres todos, vuestro júbilo intenso!
Si ya las blancas nubes su resplandor apagan,
si las fuentes olvidan su manar recatado,
si las sombras desmayan el corazón del hombre
que habita ya el fantasma de sus fuerzas rebeldes,
aún el cuerpo español que tú diste a la Historia
mantendrá la unidad con sus brazos vencidos.
Y a ti, niña Isabel, que tan cercanos sientes
la brisa de la tarde y el silencio del agua,
la soledad del pájaro y el brillo del lucero,
y el leve movimiento de la rosada cumbre,
y resbalando en ti su frescor regalado,
la penetrante huida de la luz en el río,
a ti que humildemente con tu oración trasciendes
la penumbra tranquila del recogido instante,
pidiéndole a la Madre de Dios Inmaculada
su protección segura para tu grande Imperio
con el acento sobrio, sumiso y entrañado
que pone en nuestros labios la sangre convencida,
te nombramos aún Reina sola de España.

LUIS FELIPE VIVANCO



I

AL llegar a San Sebastián, Pedro, formidable combatiente, antes de entrar en el hotel y mudarse, paseó por la Avenida su elocuente indumentaria de guerra. Quizás aquellas manchas oscuras era sangre vieja. Desde luego, aquel barro de los zapatonos sí era auténtico barro aragonés y aquel color tostado de su carne, era sol y viento de los frentes.

Si no llevaba insignias, bien se apreciaba en su porte que era capaz de tenerlas ganadas y guardarlas por modestia. No había duda de que este bravo combatiente que bajaba a la ciudad a bañarse y descansar, estaba en magníficas condiciones para lanzar agrios anatemas contra una retaguardia corrompida.

Durante su paseo giró su pensamiento en el eje de cada mujer guapa que veía—una, cientos—y dedujo que estaban predispuestas para acoger, con el interés máximo, a un combatiente como él, dándoles de lado a toda aquella fauna de emboscados que las acompañaban.

Una vez que la ciudad quedaba enterada, por el estado de su indumentaria, que venía del frente, Pedro decidió afeitarse.

En la barbería pensaba que aquella guapísima manicura que coqueteaba sin tasa con el señor gordo, cuyas manos cuidaba, estaba pecando contra el sagrado momento de la España en armas. Que aquellas sonrisas no debían ser para un hombre que por su edad y manera de vestir representaba ser banquero, sino para él y desde el mismo momento que entró; antes de afeitarse, por lo que su barba crecida representaba, y después de afeitarse, por lo que había mejorado su figura. Y la muchacha, tal vez, estaba aceptando una cita con el banquero.

Pedro, antes de salir, le clavó una larga mirada. Los ojos de la empleada se cruzaron un segundo con los suyos, y nada. Siguió su faena de acariciar la mano y escuchar las palabras tiernas del hombre gordo.

Tal vez fué entonces cuando Pedro sintió por primera vez la necesidad de pronunciar la frase de rigor: ¿y para esto se derrama la sangre en los campos de batalla?

Más tarde, descalzo por los pasillos del hotel, Pedro reñía a las criadas y amenazaba al dueño con fieros males, a causa de la frialdad del agua "caliente".

—¿Así reciben ustedes a quienes estamos salvando vuestro negocio...?

Pero donde Pedro estuvo a punto de hacer estallar contra el suelo una bomba de mano, fué en el comedor. Aquella comida era peor que la del frente, lo cual no quiere decir que fuese mala. Quiso cambiar la carne de cordero por otra, y no la había.

—¡Que la busquen, que la pinten! Pero más que nada quiero decirle al dueño cuatro cosas. ¡Que venga el dueño inmediatamente!

Cuando Pedro levantó la cabeza del plato después de devorar una tortilla, vió ante sí, de pie, a una señora enlutada.

—Soy la dueña. Usted dirá.

Pedro pronunció un rosario de inconveniencias y exigió con gallardía la presencia de su marido para llamarle judío explotador.

La señora le dejó que terminase y después, con la serenidad que otorga el sufrir por cosas superiores, le contestó: ¡

—Mi marido no puede venir porque lo mataron los rojos. Lo que usted ha pedido de comer no se sirve en hoteles de este precio. En cuanto a sus desahogos se los perdono, porque si es verdad que es usted combatiente, puede haber estado alguna vez con los dos hijos que he perdido en la guerra. ¡Y quién sabe si ha visto morir a alguno de ellos! Pero guarde usted esa palabra de combatiente. Merece otro empleo. No la haga rodar por los manteles.

La señora se alejó sin hacer oír sus pisadas.

RETAGUARDIA

II

Entre los dos no reunirían cuarenta años. Eran aquellas dos criaturas más que pareja "collera". Novios o amigos, lo cierto es que iban felices por la calle de vuelta del mar. A Pedro le gustó la muchacha y odió automáticamente a su acompañante. Se sentaron en la terraza de un café y Pedro, después de detenerse a pensarlo, se instaló en la mesa inmediata. Sus miradas eran tan sostenidas y elocuentes, que pronto la muchacha se sintió incomodada. Y esto hizo que la collera, tras de abreviar ligeramente, se dispusiese a levantar vuelo. Creo, y dicho sea en honor de Pedro, que éste no pudo evitar aquella idea de intervenir que se le subió a la cabeza en un borbotón de la sangre.

—¡Miserables emboscados!—exclamó—. Todo lo queréis para vosotros. No compartís con los soldados, ni lo bueno de la retaguardia ni lo malo de la guerra.

—Para mí no hay retaguardia—replicó vivamente el muchacho—. Soy teniente del Ejército, herido dos veces en el frente, y he venido a curarme y a divertirme... En cambio, usted...

—Soy combatiente, pero en todo caso—contestó Pedro—, perdone. No le conocía. Y como iba de paisano...

—Comprendo que no me conozca. Yo a usted le recuerdo perfectamente. Usted es el intendente del puesto de X, a 15 kilómetros del frente de Teruel, el que daba los vales para el abastecimiento, ¿verdad?

—Cierto.

—Yo le conozco a usted—siguió el teniente—porque le estuve viendo andar de una parte a otra, durante la media hora que se detuvo la ambulancia en X. En cambio usted a mí difícilmente podría reconocerme, porque yo estaba tendido en la camilla y con la cabeza cubierta con vendas.

III

Pero estas desventuras de Pedro no tienen mayor importancia. Hay quien tiembla ante la idea de que todos los combatientes sean como Pedro. Hay quien teme que en España, aún después de la guerra, quede algo de ese virus de agresividad que cultivan los marxistas; ese odio latente y primitivo que espera cualquier ocasión para manifestarse, y que una vez desplazado del plano político-económico por razón de Estado, anidará en la vida de relación. Mas no existe ese peligro. Lo que no es posible evitar es que un equis por ciento de los españoles estén peor educados que el resto. Que tengan peor gusto y que tengan peor hígado. Y que tengan peor suerte...

Pero la nación ha necesitado de la ayuda de todos. Todos hemos tenido que combatir. Pedro, aunque no lucha en primera línea, era sin duda un combatiente. Los buenos y los menos buenos, todos se han puesto en movimiento por amor a España. Y España premia teniéndolos a todos en consideración.

Tiemblen, si quieren temblar, aquellos que no admiten el proceso revolucionario en marcha. Pero esa frase, generalmente mal aplicada, "cuando vuelvan los del frente" puede llegar a ser una ofensa para los auténticos combatientes. Porque éstos, si son voluntarios, van a la guerra por propio impulso, porque el "deber" de salvar a España es para ellos un placer que sintieron prisa en disfrutar; y los no voluntarios, cumplen con su deber. No es por tanto, a título de "excombatientes", sino como autores de una revolución nacional en marcha por lo que recibirán en sus manos todos los beneficios de la paz.

España es ya un Estado fuerte ante el que se inclinan las modestas revoluciones personales. La nuestra es una revolución sin revoltosos.

MANUEL HALCÓN

Es inútil buscar a Sevilla, para comprenderla, en su visión inmediata en esos atributos fáciles que le recaman la superficie. A Sevilla sólo se la encuentra de una manera plena en su más profunda intimidad. Buscándola por dentro, se logra reunir en los ojos esa sustancia poética que diluye entre la contemplación y la realidad, y que nos presta, cuando la miramos, ese servicio de cristal de humo, que sirve para precisar y resolver sus eclipses.

Vayamos, pues, a buscarla en lo hondo de su existencia, por el compás de Santa Clara, por el de San Clemente o Santa Paula. Vayamos a buscarla por la arquería de los Venerables o por ese angélico recinto de la Hermandad de la Caridad.

Tal vez aquí, en la Caridad, en esta fundación de Miguel Mañara, pura armonía de piedad y arte, de señorío y pobreza, es donde se advierte en su mayor intensidad el espíritu y la expresión de Sevilla. No falta en el templo la fuerza de la creación, el clásico concepto de la obra de arte: Murillo, Valdés Leal, Francisco Meneses, Miguel el Flamenco —discípulo de Rubens—, Roldán, Alonso Cano, Cristóbal Ramos, Bernardo Simón Pineda. No falta por las galerías y los patios del hospital la sonrisa de la mano artesana: la voz ingenua de la cerámica, la claridad ardiente de la cal, una alegría de macetas, fuentes y cancelas. Y por todas partes, la palabra dulce de las monjas; los pobres, con su donaire popular; la dignidad sencilla de los caballeros hermanos. Por todas partes la paz, la pulcritud, el orden sosegado de las cosas, y ese olor que funde lo seráfico y lo terrenal, un olor de incienso y jazmín.

Toda Sevilla se reproduce en esta morada, secreto espejo, maravillosa síntesis. La razón de ser de la ciudad y la de este monumento son semejantes: una acumulación de arte por la Fe; una discrepancia entre la historia y la leyenda; un triunfo del espíritu sobre la materia y las pasiones. Miguel Mañara, fundador de la Santa Caridad, es el eje de este proceso moral.

¿Quién es? ¿Cómo vive Mañara?

Miguel Mañara Vicentelo de Leca nace en Sevilla el día 3 de marzo de 1626. Su nacimiento tiene lugar en el palacio de su familia, en la calle Levías, que corresponde a la parroquia de San Bartolomé. Fueron sus padres el caballero Tomás Mañara y doña Jerónima Anfriano Vicentelo.

Es la familia de Mañara uno de los principales linajes de Sevilla en aquella centuria. Tomás Mañara pertenece como Familiar al Santo Oficio, y el 6 de diciembre de 1647, con autorización del Rey Felipe IV, y ante el escribano de Sevilla Hermenegildo de Pineda y Collantes, funda un mayorazgo en favor de su hijo Miguel, caballero de la Orden de Calatrava, y de su hija Isabel, mujer legítima de don Juan Gutiérrez Tello y Medina, y sus descendientes. Las armas del mismo son las que hoy se ven en la cúpula del crucero de la iglesia de San Buenaventura.

Por los bienes y rentas vinculados a este mayorazgo, se deduce que la fortuna heredada por Miguel Mañara fué de considerable importancia, sin incluir la herencia de su madre, de la que hace renuncia para cederla a sus hermanos menores en escritura otorgada el 12 de octubre de 1653.

Del ambiente en que vive, de su inclinación a la aventura, de su apariencia y las evoluciones de su vida, podemos intentar un bosquejo, que más se ha de ceñir a las fichas biográficas que a la adjudicación gratuita o parcial de la leyenda.

La imagen juvenil de Mañara se conserva en el retrato que le hizo Murillo. De él se desprende que su color era más bien cetrino y el rostro dibujado por una firme línea ovoïdal, que remata en un mentón pronunciado y enérgico;



SEVILLA POR DENTRO EL DISCURSO DE LA VERDAD Y LOS JEROGLÍFICOS DE LA MUERTE



EL TRIUNFO DE LA MUERTE, del «Jeroglífico de las Postrimerías», cuadro de Valdés Leal, que se conserva en la iglesia de la Caridad, de Sevilla.
Retrato del Venerable Miguel Mañara, obra de Valdés Leal, que preside la Sala Capitular de la Hermandad de la Caridad.

Cobra su apogeo por esos días la fiesta de cañas. Y a Miguel Mañara le regala su hermano Juan Antonio una fina adarga para alancear.

No vamos a suponer, sin embargo, que la vitalidad de doncel tan apuesto quede reducida a la órbita del deporte. Mañara es un carácter arrebatado y descontentadizo. Hoy quiere con tenacidad una cosa y ya mañana le apesadumbra hasta el éxito conseguido. Pero hay algo más. La vida le pone a su juventud ese cerco de dulces invitaciones, que es tan difícil de romper. Y Mañara se deja llevar por la vida. La aventura comienza.

Hay que recoger, para analizar ese ruido mundano que Mañara levanta, la referencia de una tradición oral, pues ninguno de su biógrafos, a excepción de Latour y Collantes, nos facilitan datos concretos sobre los sucesos audaces y otros de carácter sobrenatural que vive en su juventud.

Los más conocidos y tomados por nosotros de la palabra popular, a través del libro de Collantes, vienen a ser éstos:

Mañara encuentra a una mujer de aspecto agradable, a la que decide galantear. Se dirige a ella con las palabras más persuasivas; trata de obtener su sonrisa con un requiebro; la persigue, la cerca; pero la mujer rechaza todos sus halagos, y para sustraerse de su persecución se refugia en la Catedral. Mañara, sin vacilar, entra en el templo, resuelto a continuar allí su conquista. Y es entonces cuando la tapada, al sentirlo próximo, se vuelve rápidamente, encontrándose el perseguidor frente a un esqueleto.

Va Mañara en otra circunstancia por las calles de Sevilla, ya caída la tarde,

la boca, de labios gruesos, se tornea con una expresión sensual, y le brillan unos ojos profundos y negros, unos ojos más de soñador que de iluminado. Una frente amplia y una melena, que le cae sobre los hombros, completan la efigie.

Vive Miguel Mañara su mocedad en la suntuosa residencia de la calle Levías. Su alta posición social y económica le garantiza una juventud despreocupada y ociosa, sin más disciplina que unos ligeros estudios del latín y otras no más profundas introspecciones en la Retórica y la Literatura, pues ninguna noticia se tiene de que intentase licenciarse en alguna profesión universitaria.

La vida, en el hermoso palacio, gira alrededor del primogénito. La madre, ya viuda, es blanda con el capricho y la altanería de su hijo. Los criados, viejos y complacientes, le tapan al muchacho sus primeros escarceos de media noche y sus primeros regresos por el alba. ¿No ostentan todos estos servidores unos bellos nombres de comedia de Lope? Catalina Hermosa, María Barrientos, Mariana de San Miguel, María de Nieves, Luis de Luna, Juan Alonso, Gaspar de Arangüe.

Miguel Mañara tiene aficiones de caballero. Se vienen corriendo y alanceando toros en la Plaza de San Francisco, y las tardes de Sevilla se pueblan de destrezas ecuestres por la orilla del río, en un pugilato de los caballeros sevillanos, que se entrenan para las fiestas de coso. Al joven se le anima la vista con la presencia de aquellas gallardías y pone su voluntad en el ejercicio de la equitación. Se le ve pasar con frecuencia en su caballo morcillo, que va levantando chispas por las piedras de San Bartolomé. A veces lleva una silla de jineeta con caparazones de paño verde y otras una silla labrada con caparazón de terciopelo carmesí. Miguel Mañara cabalga con apostura, aplomado y recto sobre el lomo de la caballería. Viste jubón de tafetán y raso corinto, con la Cruz de Calatrava bordada en el pecho. El sayo es de rico terciopelo del mismo color y las calzas picadas a la flamenca. Le cuelga del hombro el corto vuelo de una capa lombarda y en el capelete lleva terciada una pluma blanca.



Al día siguiente, los sacerdotes de Miguel Mañara, a quien todos conocen como el padre Miguel, relatan la vida de Miguel Mañara. Su conflicto con la Iglesia, sus relaciones con todos los episodios un burdo trasfondo de este hábito de lo misterioso vislumbra o inventa.

Otra contribución al mito, ya de manera interesada y directa, es la que se efectúa desde un plano literario, y somete a la figura nobilísima de Mañara a una monstruosa y a veces ridícula deformación. Los dramaturgos, en mayor escala, son los que forjan el molde de la leyenda: Tirso, y Moliere, Byron y Lope con «El vaso de elección, San Pablo»; aunque quizás en esta última obra teatral es donde la figura de Mañara comienza a restituirse a su verdadero ser.

Una composición anónima «El romance de Lisardo, el estudiante de Córdoba» es de las que más prosti-
tuyen y falsifican la personalidad del Venerable. Y ya se llega al cinismo, a la absoluta y despiadada espe-
culación literaria en «Don Juan de Mañara ou la chute d'un ange», de Alejandro Dumas, que es la obra que
más influye en el bizantinismo teológico de Zorrilla. En la música, Mozart, y en el cuento, Hoffman, también
contribuyen a densificar el repertorio mítico.

¿Qué punto de apoyo puede tener toda esa torre levantada al donjuanismo? Si se apoya en ese tipo moral, del conquistador, del narciso, ya elevado a condición genérica, toda esa literatura y esa poesía y esos conceptos dramáticos tienen ancha base de sustentación. Pero si todo eso pretende sostenerse sobre la vida real, sobre la personalidad auténtica de Mañara, poco puede servirle este nombre de basamento. A lo sumo, lo único verídico, la única comprobación que Mañara ofrece es la de una breve y sincera confesión, en la que declara haber servido a Babilonia y al demonio, su príncipe. Pero más tienen estas palabras de contrición y de infinita humildad que de referencia exacta. También dijo en otro rapto de arrepentimiento cuál debía ser su epitafio: «Aquí yacen los huesos y cenizas del peor hombre que ha habido en el mundo. Rueguen a Dios por él». ¿Y tienen acaso ponderación estas palabras? Lo que sí traducen unas y otras es que han sido dichas por un hombre que lleva a Dios, de verdad, en su corazón. La muerte de su mujer, doña Jerónima Carrillo de Mendoza, a la que Mañara ama extraordinariamente, es el suceso que decide su vocación y su retiro al

De allí vuelve a Sevilla, en donde pide ser recibido en la Hermandad de la Santa Caridad, institución de misericordia que tiene por objeto recoger los cadáveres que arrojan las corrientes del río, para darles sepultura. Al poco tiempo de su ingreso es elegido Hermano Mayor, por su condición humilde y su gran espíritu de caridad. Desde ese momento, Mañara no tiene otra inquietud que la de servir a «sus dueños y señores los pobres». A ellos les entrega todos sus bienes y toda su actividad, en ellos descansa su amor a Dios, y esa fe ardiente, que le hace labrar con fervor infinito y con infinita paciencia ese inmenso sagrario de la Caridad, donde en todas partes está la presencia de Cristo encarnada en la humildad. Pero Miguel Mañara tiene que pronunciar su palabra, su amonestación a la vida, su afirmación de la verdad. Y entonces desde el seno de la Caridad, le lanza a los hombres esa interrogación que quiere ser el relámpago que ilumina, el cielo que se abre: —«¿Qué importa, hermano, que seas grande en el mundo si la muerte te ha de hacer igual a los pequeños?» Esta pregunta es el cimiento sobre el que Mañara edifica su Discurso de la Verdad, su testamento de luz para los que están ciegos, para los que viven en tinieblas. Después, Valdés Leal, inducido por Mañara, coge la esencia del Discurso, la fragilidad del «Memento homo», y la representa en su retablo, en sus jeroglíficos. Allí está Mañara también, todo él corrompiéndose dentro de su hábito, toda la gloria y la grandeza haciéndose materia. Del otro lado, la Muerte señala el instante fugitivo, «In icetu oculi». En un abrir y cerrar de ojos. Ahora vemos a esta inmensa morada de la Caridad en su dimensión profunda, eterna, como camino, como puerta del Cielo. La puerta del Cielo en la orilla del Guadalquivir, en la entraña de Sevilla.

EDUARDO LLOSENT Y MARAÑÓN.

Arco de las Atarazanas Reales que corresponde a una de las cuatro naves en donde Miguel Mañara labró el Hospicio. (Fotos, Contreras-Vértice)



A LOS MARTIRES ESPAÑOLES



P A U L C L A U D E L
el gran poeta católico ha escrito este
poema como prefacio al libro
"La Persecution Religieuse en Espagne"

¡Transeúnte, que una por una vas a pasar las hojas
de este libro sincero:

Léelo todo, regístralo todo en tu corazón, pero refrena
el espanto y la cólera.

Es lo mismo, es igual, es lo que hicieron con nuestros
antepasados.

Es lo que sucedió en tiempo de Enrique VIII, en tiempo
de Nerón y Diocleciano.

¿No beberemos también nosotros el cáliz que bebieron
nuestros padres?

La corona que fué de espinas para ellos ¿para nosotros
solos será de rosas?

¡La sal que antaño nos pusieron en la lengua era el sabor
de este nuevo bautismo!

¿Es posible, Dios mío, que por fin nos concedáis el su-
premo honor

De que también Os entreguemos algo, pobres de nosotros,
estando presentes,

Y diciendo con nuestra sangre que es verdad que sois el
Hijo de Dios?

¡Verdad es que la maravilla de Vuestra Existencia no
puede pagarse más que con sangre!

No podía yo impunemente recibir el Evangelio de Jesucristo.

No es verdad que en este mundo incrédulo se pueda creer
impunemente.

No sólo para nuestro regalo Os tomasteis el trabajo de nacer.

Con todas sus entrañas Os aborrece el mundo, y no es
mejor el siervo que el señor.

Pero nosotros sí creemos en Vos, y en el rostro escupimos
a Satán.

Esa pobre gente que duda, todos esos cobardes y vacilantes
No necesitan palabras sino actos, una voz clara y el grito
de un resplandor.

En el cielo estáis ahora, más allá de la visibilidad y de la nube.

Pero nosotros estamos aquí, entre sus manos.... ¡Pues que
nos cojan, y ya les ofreceremos por nuestra parte cosas
que ver hasta llenarles la vista!

Robespierre, Lenin y toda esa ralea con Calvino no han
agotado todos los tesoros del rencor y la rabia.

Voltaire, Renan y Marx no han palpado todavía el fondo
de la sandez humana.

Pero, delante de nosotros, aquel millón de mártires, de-
lante de nosotros aquellos inocentes, henchidos de gloria,

No lo han dado todo, no lo han derramado todo.

¡Somos nosotros quienes ahora estamos en su puesto
para arrimar el hombro!

¡He aquí, por fin de vuelta, la hora del Príncipe de este
mundo.

La hora de la final interrogación, la hora de Iscariote y Caín

!Santa España, en la extremidad de Europa concen-
tración de la Fe, cuadrado y masa dura, y atrinchera-
miento de la Virgen Madre,

Ultima zancada de Santiago, que no se detiene sino donde
concluye la tierra,

Patria de Domingo y de Juan, de Francisco el Conquis-
tador y de Teresa,

Arsenal de Salamanca, Pilar de Zaragoza, raíz abrasa-
dora de Manresa,

Inquebrantable España, que ningún término medio has
aceptado jamás,

Empellón contra el hereje, paso a paso rechazado y repelido,

Exploradora de un firmamento doble, la oración y la sonda
razonando,

Profetisa de aquella otra tierra, allá, bajo el sol, y colo-
nizadora del otro mundo!

En esta hora de tu crucifixión, santa España, en este día,
hermana España, que es tu día,

Yo te envío mi admiración y mi amor con los ojos llenos
de entusiasmo y de lágrimas.

¡Cuando todos los cobardes hacían traición, una vez más
tú no transigiste!

¡Como en tiempo de Pelayo y del Cid, una vez más
blandiste la espada!

Ha llegado el momento de escoger y desenvainar el alma.

Los ojos en los ojos, ha llegado el momento de encararse
con la infame proposición.

¡Ha llegado por fin el momento de que se conozca el color
de nuestra sangre!

¡Ah! Muchos se figuran que su pié se va solo al cielo por
un fácil camino complaciente.

Pero he aquí de pronto, planteada la opción. ¡He aquí
la intimación y el martirio!

Nos ponen el cielo y el infierno en la mano, y tenemos
cuarenta segundos para elegir.

¿Cuarenta segundos? ¡Es demasiado! Hermana España,
santa España: tú ya elegiste.

Once Obispos, diez y seis mil sacerdotes asesinados, y ni
una sola apostasía.

¡Ojalá pudiera yo como tú, a voz en grito, dar mi testi-
monio en el esplendor del mediodía!

Decían que dormías, hermana España, y dormías como
quien finge un sueño.

Y he ahí de repente la interrogación, y he aquí de una vez
esos diez y seis mil mártires.

“¿DE DONDE ME LLEGAN TANTOS HIJOS?” exclama
la que suponían ya estéril.

Las puertas del cielo ya no bastan a ese tropel atropellador

¿Hablábais de desierto? Pues mirad. ¿Decíais que era
el desierto? Pues ahí tenéis el manantial y la palmera.

¡Diez y seis mil sacerdotes: el contingente de una sola
hornada, y el cielo con una sola llamarada colonizado!

¿Por qué tiemblas, alma, y por qué te indignas contra los
verdugos?

¡Yo solamente junto las manos y lloro, y digo que así está
bien y que es hermoso!

!Y a vosotras, oh piedras, también os saludo desde lo
más hondo de mi alma, santas iglesias exterminadas!

Y a las estatuas rotas a martillazos, y a todas esas vene-
rables pinturas, y a ese copón en donde uno de la C. N. T.,

Antes de pisotearlo, gruñendo de gusto revolvió baba y hocico.

¿Para qué tantos santos, si ninguna falta le hacen al pueblo?

A la belleza tanto como a Dios aborrece la bestia inmundada.

¡Grandes librerías: a la hoguera! Revolcándose está Leviatán
de nuevo, y con los rayos del sol hace su yacija y su muladar.

Frente a tantas bocas interrogantes era demasiado di-
fícil salvar la propia jugada.

Lo mejor será cerrarles la boca de un puñetazo. ¡Abajo
Cristo y viva el toro!

Hay que dejar sitio a Marx, y a todas esas biblias de
la imbecilidad y del odio.

Mata, camarada, destruye, emborráchate y goza de mujer.
¡Eso, eso es la solaridad humana!

Todos esos curas, vivos o muertos, que están ahí, mirán-
donos, ¿no diréis que no nos provocaron?

¡Hacer el bien sin pedir recompensa! ¡No, eso no podía
tolerarse!

¡Y a los que están ya muertos iremos a buscarlos dentro de la tierra!

Y esos esqueletos, riéndose, ¡qué divertidos! Un gracioso se ha quitado de la boca el cigarrillo, y se lo ha puesto entre los dientes a ese cadáver—que fué su madre.

¡A quemar todo lo que pueda arder, y juntos en un montón a los muertos y a los vivos!

¡Que traigan petróleo! ¡Hay que abrasar a Dios! ¡Qué peso se nos va a quitar de encima!

Me molestan todos esos ojos, vivos o muertos, que están ahí mirándonos. ¿Para qué servirán?

¡Salve, quinientas iglesias catalanas destruídas! ¡Salve, gran Catedral de Vich, catedral de José María Sert!

¡También vosotras habéis sabido dar testimonio, también vosotras sois mártires!

Las mismas iglesias sois que vió Juan: iglesias de Gerona y Tortosa, iglesias de Laodicea y Tiatira.

La vestidura ardió con el sacerdote, y el cirio prendió fuego al candelabro.

Todavía se yergue el campanario—es el último instante—sobre el evangélico animal que se encabrita.

Y con estrépito de trueno el campanario se desploma, se derrumba, desaparece, ha desaparecido.

Todo se acabó, iglesia de mi primera comunión, ya no te veré más.

¡Pero es hermoso morir partido en dos: SECTI SUNT! ¡Es hermoso morir en su puesto con un grito de triunfo!

¡Es hermoso para la iglesia de Dios subir entera al cielo en el incienso y en el holocausto!

Sube al cielo, virgen venerable, ¡Todo derecho! Sube, columna. Sube, ángel. Sube al cielo, gran oración de los antepasados.

No eras admirable sino para los hombres, catedral de José María Sert. Ahora, catedral, eres agradable a Dios.

¡Y a está! Se ha consumado la obra, y la tierra por todos sus poros ha bebido la sangre de que estaba sedienta.

El cielo ha bebido, y profunda la tierra, digiere la misa de los cien mil mártires.

Tambaleándose vuelve a su casa el asesino, y con estupor se mira la mano derecha.

Solemnemente el santo ha tomado posesión de su parte, que es la mejor.

Una vez más todo está consumado, y en el cielo hay un silencio de media hora.

También nosotros, con la cabeza descubierta, en silencio.... ¡Oh alma mía: guarda silencio ante la tierra sembrada!

La tierra ha concebido en su profunda entraña, y la Reanudación ya ha comenzado.

La tierra está labrada. Ahora es la época de la siembra.

La amputación del árbol ha concluído. Ahora es la época de las represalias.

Bajo tierra la idea ha germinado. ¡Por todas partes en tu corazón, santa España, la represalia inmensa del amor!

Con los pies en el petróleo y en la sangre, creo en Tí, Señor, y en ese día que será Tu día.

La mano derecha tiendo hacia Tí, para jurar entre la mantanza y la acción de gracias.

"TU CUERPO VERDADERAMENTE ES UN MANJAR, Y TU SANGRE VERDADERAMENTE ES UNA BEBIDA"

De la carne que fué estrujada—Tu carne—y de la sangre que fué derramada,

Ni una sola partícula pereció, ni una sola gota se perdió.

¡El invierno continúa sobre nuestros surcos, pero la primavera ya ha estallado en las estrellas!

¡Y respetuosamente los ángeles han recogido todo cuanto fué derramado, y lo han transportado al interior del Velo!

P A U L C L A U D E L



ZENOBIA REINA DE PALMIRA

VIAJES



La Gran Columnata, en el fondo se yergue imponente la fortaleza árabe de Ibn Man, del siglo XVI

Palmira, la misteriosa ciudad en ruinas dormida desde tiempos remotos entre las arenas del desierto, es indudablemente una de las maravillas de Siria. Encontrándonos en Alepo de paso para Bagdad, la visita de Palmira no podía faltar en nuestro itinerario.

Por una buena carretera, a través de un paisaje árido y sin gran interés, cruzamos El Hama, pueblo muy pintoresco situado en un estrecho y fértil valle a orillas del Oronte. La principal curiosidad de El Hama la constituyen sus enormes ruedas hidráulicas de madera que giran sin descanso elevando el agua del río hasta los frondosos jardines que dominan sus orillas. Estas ruedas son numerosas y algunas de colosales dimensiones; el pueblo además es muy curioso, pues como abunda el basalto en esta región, todas las casas y mezquitas están construidas con piedras blancas y negras que forman originales dibujos y extrañas combinaciones.

Seguimos nuestro camino llegando al atardecer a Homs, lugar donde termina la carretera y en el cual nos paramos a pasar la noche.

Al día siguiente, después de proveernos de gasolina y víveres, salimos para Palmira. La pista es pedregosa y polvorienta, pero tenemos la suerte de que el día nos favorezca; está nublado y esto hace que el calor sea muy soportable. Atravesamos tres curiosos pueblecitos y en el último nos detenemos para hacer acopio de agua potable, ya que la de Palmira, según nos han dicho, es ligeramente sulfurosa y tiene muy mal sabor. Además sería una temeridad aventurarse por el desierto sin ir bien prevenidos; por mucha costumbre y práctica que se tenga, nunca se está libre de algún percance que puede alargar el viaje de varias horas e incluso de varios días. Cabe también la posibilidad de perderse, pues como la pista no está señalada, sólo se puede uno orien-

tar siguiendo las huellas que han dejado los escasos coches que hacen este recorrido; como son muy numerosas las rodadas que se apartan del camino, hay que poner gran cuidado e incluso poseer cierto instinto de orientación para no equivocarse de ruta. Hay que tener en cuenta que los beduinos del desierto, con sus familias y sus ovejas, como buenos nómadas, cambian constantemente de lugar y que por lo tanto los tratantes de ganado que van en su busca, tienen que desviarse con frecuencia de la pista general.

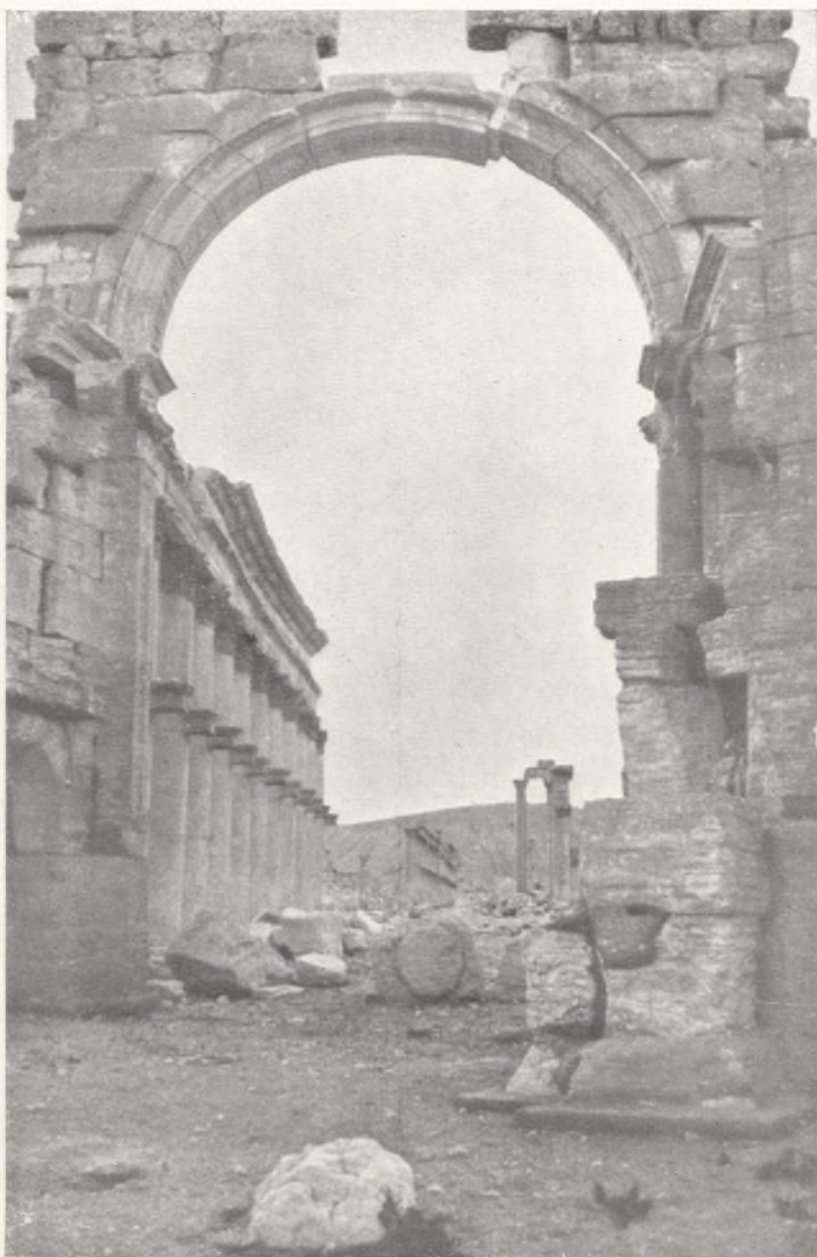
Durante horas y horas rodamos por el desierto; el recorrido es monótono y grandioso a la vez, tiene esa monotonía desesperante de las grandes soledades, pero también la grandiosidad de lo inmenso, de lo infinito. Es algo que nunca he podido explicarme pero que es un hecho: el paisaje del desierto no cansa. En mis travesías del Sahara, por el desolado Tanezruft, la contemplación de esas soledades infinitas no llegaron a aburrirme jamás, ejerciendo sobre mí ese mismo atractivo que el mar ejerce sobre el marino y que muchos no pueden llegar a comprender.

Nos paramos unos instantes a comer, pero el almuerzo es interrumpido por el fuerte viento que de pronto se levanta formando grandes remolinos de polvo y arena que nos obligan a refugiarnos de prisa y corriendo en el auto.

Por fin en el horizonte aparece un monte, que a medida que avanzamos va creciendo, creciendo, hasta parecernos inmenso; sin embargo, poco a poco también decrece con la misma facilidad. Este es un fenómeno muy corriente de espejismo; nos hace ver agua donde no la hay, y llega a deformar los objetos y los más insignificantes accidentes del terreno de manera inconcebible. Cuántas veces hemos creído ver en la lejanía un espléndido oasis que después, al acercarnos, ha quedado reducido a un simple grupo de raquíticos matorrales.



Templo de Diana



El monte ha quedado a su vez convertido en un cerro sin importancia, tras el cual nos esperaba sin embargo una grata sorpresa. Ese cerro era el telón que nos impedía contemplar el magnífico decorado de Palmira, y ahora al descorrerse ante nosotros nos dejaba atónitos, porque la súbita aparición de las ruinas de la ciudad de Zenobia, aquella extraordinaria mujer que en su soberbia declaró la guerra a Roma, sólo es comparable con el asombro que causa al visitante el circo romano de El Djem, que en el sur de Túnez se yergue también majestuoso en la inmensidad del desierto.

Es ya tarde para visitar las ruinas y decidimos alojarnos en el Hotel Aureliano. Su confort deja bastante que desear, y aunque parece estar todo limpio lo cierto es que centenares de cucarachas anidan en sus armarios y en los cajones de sus mesas y aparadores. El dueño del hotel, un armenio muy pintoresco y divertido que chapurrea todos los idiomas, no puede llegar a comprender nos moleste en lo más mínimo la compañía de tan repugnantes animalitos.

La noche pasada en Palmira había de reservarnos además otra agradable sorpresa: a pesar de los mosquiteros no pudimos conciliar el sueño, siendo acibillados sin descanso por las «sandflies», diminutas mosquitas de arena que suponemos no existirían en tiempos de la reina Zenobia, que de haberlas «disfrutado», no hubiera podido vivir en estos parajes.

A pesar del cansancio nos levantamos con el sol, dispuestos a aprovechar bien el día y a visitar con detenimiento las ruinas de la misteriosa ciudad cuya historia se pierde en la nebulosa de los tiempos.

Se dice que Palmira fué fundada por Salomón, que la llamó Tadmor, lo cual significa «lugar de las palmeras», siendo más tarde bautizada con el nombre de Palmira por los griegos. En esta época se sabe que la ciudad era muy próspera, ya que por ella pasaban las grandes caravanas que a través del desierto se dirigían a Persia y a la India.

Mientras los habitantes de Palmira supieron permanecer neutrales, su comercio y sus riquezas fueron en aumento, pero llegó un día en que se aliaron con Roma, lo cual hizo se captaran la hostilidad y la antipatía de los persas, pasando entonces de hecho a ser una colonia romana.

Arco de Triunfo



Templo del Sol.



Un primer plano de un arco

Las caravanas atravesando las ruinas de Palmira.



Ayuntamiento de Madrid

En el siglo III, época en que regían los destinos del Palmira el príncipe árabe Odenat y su mujer Zenobia, hija de un príncipe de Mesopotamia, fué cuando alcanzó su máximo esplendor y cuando llegó a considerársela como la capital de Oriente.

A la muerte de Odenat, que según se cree fué envenenado por su propia mujer, Zenobia, en su soberbia y en su ambición, decidió emanciparse de Roma proclamándose Reina de Palmira. Mujer de una gran cultura y de un gusto exquisito, supo llevar la prosperidad y la fama de Palmira a su apogeo. Su espíritu guerrero y aventurero, y el enorme ascendiente que tenía sobre las tribus árabes de la región le permitieron realizar grandes conquistas y apoderarse de Siria, Mesopotamia y parte de Egipto, extendiendo así su reino hasta las orillas del Nilo. La ambición desenfrenada de Zenobia había de serle fatal. En Roma comenzaron a preocuparse del enorme poderío de esta mujer y enviaron contra ella un fuerte ejército. El propio emperador Aureliano, después de derrotarla en Homs, sitió Palmira; Zenobia, hecha prisionera, fué conducida a Roma figurando, cubierta de joyas y atada con cadenas de oro, en el desfile del vencedor, como su más preciado trofeo de guerra.

Nada se sabía sobre los últimos días de la reina Zenobia, pero por un reciente descubrimiento, se cree que acabó su vida oscuramente en el propio Palmira.

La ciudad no había de levantarse más después de tan rudo golpe; poco a poco fué cayendo en el olvido, ignorándose durante muchos siglos el lugar exacto de su emplazamiento. A fines del siglo XVII, unos negociantes ingleses de Alepo, que oyeron hablar a los beduinos de la existencia de unas ruinas maravillosas en pleno desierto, decidieron conocerlas y organizaron a tal objeto una expedición que obtuvo pleno éxito. A su regreso, nadie quería dar crédito a cuanto contaban los visitantes, pues parecía imposible hubiera jamás podido existir, en sitio tan apartado, una ciudad tan grande y hermosa.

Más tarde, algunos viajeros ilustres, lograron ya disipar con sus relatos todas las dudas, y desde entonces Palmira, a pesar de su lejanía y de su difícil acceso, goza de fama universal; y a fe que esta fama es bien merecida, ya que la realidad supera con creces cuantos elogios pudieran hacerse sobre la magnificencia de estas ruinas.

Empezamos la visita por el más importante de sus monumentos, que es sin duda alguna el magnífico Templo del Sol. El inmenso patio cuadrado que lo rodea está formado por un muro que tiene unos treinta metros de altura, adornado exteriormente con soberbias pilastras y ventanas figuradas. Se accede a él por una triple puerta precedida de un pórtico formado por diez columnas, hoy completamente ruinosas. La entrada está adornada con artísticos motivos de frutos y flores. El patio es inmenso, tiene cerca de doscientos cincuenta metros de lado y a su alrededor corre una doble columnata de la cual quedan aún en pie un centenar de columnas.

En el centro se eleva el templo. Las doce magníficas columnas estriadas que componen el vestíbulo, terminaban, según se dice, por capiteles de bronce, de los que no quedan hoy en día más que escasos restos. En el interior del templo existen dos pequeñas habitaciones, y en el techo de una de ellas, se distinguen aún perfectamente los signos del Zodíaco.

Frente al Templo del Sol se eleva un soberbio Arco de Triunfo maravillosamente esculpido, que servía de entrada a la Gran Columnata, que en una extensión de mil doscientos metros, atravesaba la ciudad de parte a parte; en los tiempos de esplendor de Palmira estaba compuesta por cuatro filas de columnas, y ascendían éstas, a un total de mil quinientas, de las cuales quedan sólo en pie unas doscientas. La altura de las columnas es de dieciocho metros desde la base hasta los capiteles; en todas ellas existen consolas de piedra que servían para sostener estatuas de personajes ilustres. Las estatuas han desaparecido, pero subsisten debajo de las consolas muchas inscripciones en caracteres griegos y palmiranos, con los nombres de los personajes que representaban.

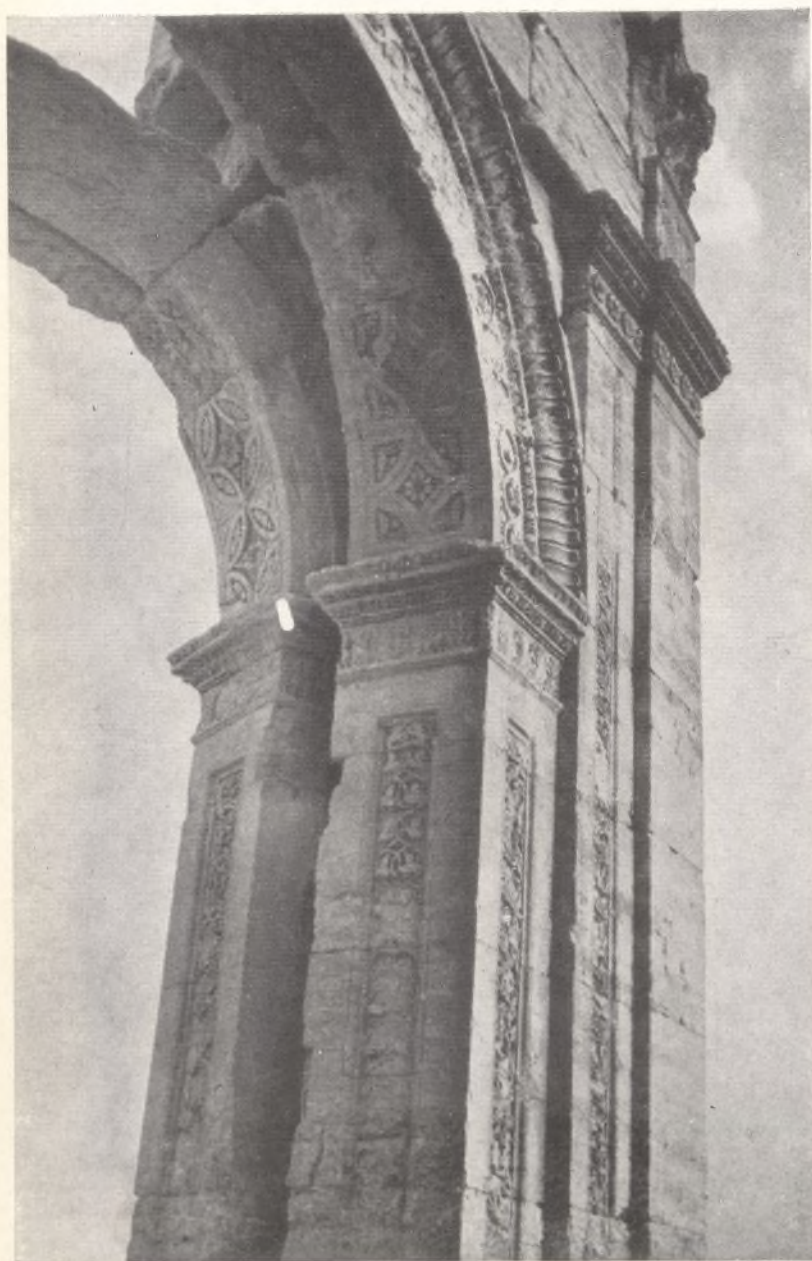
Cerca de la Columnata hay una puerta monumental que da acceso a un largo espacio de forma cuadrada, rodeado de murallas y de columnas, que aún están en pie, pero algunas medio sepultadas en la arena. Se supone que estas magníficas ruinas formaban en otro tiempo el recinto del palacio de Zenobia.

Las ruinas de Palmira ocupan una gran extensión de terreno, lo cual da idea de la importancia que tenía la ciudad. Por todas partes se ven restos de hermosos palacios y de soberbios templos; entre estos últimos destaca por la elegancia de sus líneas, el llamado Templo de Diana.

En un monte cercano se yergue la imponente fortaleza árabe de Ibn Man, del siglo XVI, que dominando este grandioso conjunto, le presta aún mayor realce.



El Arco del Triunfo. En el fondo, el Templo del Sol.



Otro detalle del Arco del Triunfo.

Una de las grandes sorpresas que reserva Palmira es la visita del Valle de los Sepulcros, donde están los panteones pertenecientes a las principales familias de la ciudad. Algunas de estas tumbas, al igual que en Egipto en el Valle de los Reyes, se encuentran bajo tierra; otras, en cambio, en torres funerarias de forma cuadrada.

Una de las más hermosas de estas torres, tiene alrededor de treinta metros de altura y se accede a ella, por una puerta ricamente esculpida. El interior es magnífico, adornado con pilastras, en medio de las cuales hay nichos donde quedan sarcófagos y bustos, por desgracia bastante deteriorados. Los frescos que decoran los muros están pintados sobre un fondo azul claro, y se conservan tan bien, que parece el artista acaba de darles el último toque. En el techo quedan muchos medallones de terracota esmaltada, que representan a los personajes ilustres aquí enterrados. Esta torre tiene cinco pisos, y en todos ellos la decoración es parecida a la de la planta baja. Recorrimos varios de estos panteones, todos de construcción análoga, y todos a cual más interesante.

Recientemente, han sido descubiertas bajo tierra algunas tumbas más, que visitamos también a continuación con gran detenimiento. Están en su mayor parte perfectamente conservadas, destacando entre ellas, la de los príncipes Odenat y Zenobia.

El hallazgo de esta última tumba, ha revestido gran importancia, tanto arqueológica como histórica, pues por las inscripciones encontradas en la misma se ha podido comprobar que fué enterrada aquí la reina Zenobia, la cual, sin duda, terminó su destierro, vino a morir a Palmira, la ciudad que un día fué capital de su poderoso imperio. Los frescos que decoran el interior del panteón son bellísimos, y magnífico el sarcófago de la reina, en el que se ven aún unas cenizas y algunos huesos... Esto es todo lo que queda de aquella altiva mujer que un día hizo temblar a Roma.

Al alejarnos de Palmira en busca de nuevos horizontes, llevamos con nosotros el recuerdo imperecedero de la misteriosa ciudad perdida en la inmensidad del desierto, y el de su reina Zenobia, aquella princesa oriental de gustos refinados y exquisitos, que supo adaptarse a la civilización occidental, y hacer de Palmira una de las maravillas de su época.

TEXTO Y FOTOS DE V. SALAS.



CINCO SEÑORITAS EN LA PLAYA

Aquellas cinco señoritas habían pescado la cloro-anemia de tanto quedarse siempre en casa mirando las ocho fotografías del album de fotografías.

Y el padre, que era un estúpido, las llevaba a la playa todas las mañanas muy temprano para que se repusieran con los aires marinos.

—También es bueno tomar cerveza amarga antes de las comidas— les había aconsejado el viejo médico de cabecera para que las niñas tuviesen apetito.

Pero las niñas no podían con la cerveza amarga y hacían gestos tan ñoños cuando alguna vez la tomaban, que el padre prefería llevarlas a la playa en una tartana, antes que ver aquellos gestos ñoños que le ponían colorado.

Al paso de la tartana por las calles, y según era costumbre en aquella época, todos los vecinos se asomaban a los balcones para echar flores a las señoritas.

—¡Olé las niñas cloro-anémicas!— decían los hombres y las mujeres, entusiasmados, agitando al aire sus pañuelos.

Y el padre, que se llamaba don Esteban, daba las gracias levantando el bastón y las niñas se azoraban tanto, que en lugar de abanicarse ellas, abanicaban al caballo de la tartana.

En la playa, a aquellas horas no había apenas nadie. Y las cinco señoritas y el padre se sentaban todos en la arena, frente al mar, formando un precioso grupo y con tal gesto de tedio, que parecía se había hundido el barco en donde viajaban y eran náufragos que esperaban la goleta que había de ir a salvarlos.

—¡Y esa goleta sin venir!— parecían decir todos por orden de edades.

Más tarde, la playa empezaba a animarse cuando venían los pintores con sus banquetas de tijera y sus caballetes. Detrás de ellos iban las musas vestidas de blanco, pues en aquel tiempo los artistas necesitaban tener musas y si no tenían musas no podían hacer nada, y se morían de desesperación en sus bohardillas.

Eran doscientos o trescientos pintores, con sus musas correspondientes, que pintaban el mar en sus lienzos, poniéndole siempre mucha espuma. Para conseguir una buena espuma, se pasaban pintando toda la mañana y toda la tarde, pues solamente con una espuma bárbara se conseguía ganar primeras medallas en la Exposición.

—¡Este mar tiene poca espuma, amigo mío!— decían los señores del Tribunal que en este aspecto eran inflexibles.

En otras ocasiones, por el contrario, las musas se distraían hablando de sus cosas y no soplaban a los pintores como es debido.

—Haga usted el favor de soplar mejor, Josefina— decían los artistas, muy indignados.

Como ya hemos dicho, para que a aquellas cinco señoritas se les abriese las ganas de comer, el excelente padre las llevaba todos los días a aquella playa, a la orilla del mar, que era una playa tan cursi que hasta había en ella cangrejos de río.

A las doce menos cuarto empezaba a llover, porque a esa hora llegaban los lobos de mar con sus impermeables, y se ponían delante de los pintores, y de las musas, y de las cinco señoritas, y de don Esteban, y les decían en tono de reproche:

—¡Y aún dicen que el pescado es caro!.....

Esto es lo que más sacaba de quicio a don Esteban.

—¡Yo no he dicho nunca eso, señores míos!— exclamaba lleno de ira y teniendo que abrir su paraguas.

Sin embargo, alguien lo ha dicho— insistían los lobos de mar mientras la lluvia azotaba sus rostros y sus impermeables.

—¡Lo habrá dicho, si acaso, mi cocinera que es la que compra el pescado! Entiéndanse ustedes con ella y déjenme tranquilo.

—Su cocinera o usted; el caso es que alguien ha dicho que el pescado es caro—. Y los lobos de mar se marchaban murmurando, al mismo tiempo que oteaban el horizonte, haciéndose visera con la mano.

En cuanto se alejaban cesaba de llover y a las cinco niñas les empe-

zaba a palpar el corazón, porque veían venir a lo lejos a cinco dandys estupendos, con sus pantalones blancos, sus sombreros de paja y sus gemelos, que llevaban en un estuche, colgados del cuello.

—¡Oh! ¡Han traído ustedes los gemelos!— decían ellas palmoteando de alegría, al mismo tiempo que les saludaban.

El tener unos gemelos en aquella época, era para los hombres lo que más tarde fué tener una máquina de retratar y después un automóvil. Los hombres con gemelos eran irresistibles y muchas mujeres se perdieron por su culpa, teniendo que dejar niños abandonados en los portales.

Los caballeros les cedían los gemelos enseguida y las niñas, con ellos, miraban el horizonte, el barco de vela, el faro, el cangrejo de río y la espuma.....

—¡Qué bien se ve! ¡Parece que se puede alcanzar con la mano!— exclamaban locas de dicha.

Y después, al devolverlos, murmuraban:

—¡Qué felicidad poder tener unos gemelos! ¡Por tener unos yo sería capaz de todo!.....

—¿De todo?— preguntaban los dandys con una sonrisa siniestra.

—De todo— repetían las muchachas decididas.

—¿Incluso de jugar con nosotros a la gallina ciega?

Y como ellas dijese que sí, se citaban para jugar por la tarde a la gallina ciega en la huerta de las muchachas...

—Vengan ustedes, pero que no se entere papá, pues de lo contrario nos desheredaría.

Y por la tarde, mientras las niñas sigilosamente se dirigían al jardín a esperar a los pisaverdes, el padre se iba al casino en donde se concertaban duelos entre caballeros, ya que lo que hacía más bonito en aquellos tiempos era tener muy mal genio y batirse por la mañana muy temprano con el director de un periódico de la noche, o con el que sedujo a su hermana gemela.

Aquellos señores de antes estaban siempre reunidos en el casino, que tenía un balcón a la calle, y se pasaban el día asomados al balcón tirando bolas de papel a la acera para medir la altura asombrosa de aquel segundo piso, o sacudiendo las alfombras, que también era distraído.

Como el amo del casino era un hombre influyente, hacía que todo lo interesante de la ciudad pasase por debajo del balcón para que no se aburriesen los socios. Y por allí debajo pasaban las procesiones, el tren, un río, la compañía de cómicos, la tormenta y cuando salía el Alcalde, también pasaba por debajo del balcón, con su mujer.

—¡Estas no son horas de sacudir las alfombras, caballero!— decía la señora del Alcalde siempre en su digno papel de señora del Alcalde, y siempre con cuidado de que todo el país estuviese muy limpio y de que no lo mancharan con el polvo de las alfombras.

—Haga usted el favor de limpiar bien este pedazo de calle, María— le ordenaba en seguida a la criada, que siempre iba detrás con su escoba y su cogedor, para ir limpiando lo que su señora le mandase.

Y después, la señora del Alcalde se dirigía a don Esteban, que también estaba asomado al balcón, y le lanzaba estas palabras llenas de veneno:

—Y más valía que en vez de estar ahí sacudiendo las alfombras como un tonto, vigilase usted a sus niñas, que por tener unos gemelos son capaces de todo.

Entonces don Esteban iba corriendo a su casa con cinco floretes, y mataba a los cinco dandys.

En cuanto a ellas, les decía:

—Y ahora se ha acabado eso de ir a la playa por las mañanas. Si no tenéis apetito, tomad cerveza amarga.

—¡Oh!— exclamaban ellas. —¡Eso nunca!

Y para, a su vez, fastidiar al padre y ponerle colorado, decidían hacerse sonámbulas.

Pero sonámbulas de primera.

LILLO

Qué es «LO NUEVO»... por Pemartín (José)—Consideraciones sobre el momento español presente. Cultura Española, Sevilla 1937. Un tomo en 4.º 460 p. 4 Apéndices. 16 gráficos y esquemas. 12 pesetas.

De nuevo se alecciona a los fieles de Occidente desde las aulas hispalenses. De nuevo parten hacces de sabiduría desde las cátedras de Sevilla; de Sevilla en pie con una arrogancia metropolitana, entre mozárabes laberintos de arrañanes, mosaicos romanos y losas cristianas, sudorosas de siglos, en que hincaron sus hinojos príncipes mártires.

Leandro e Isidoro no son dos esmaltes visigóticos; son dos hogueras, dos ríos de lava, dos torrentes de fuego que han encontrado, por debajo de los estrados de siglos, una ruptura por donde vuelve a surgir la solfatara de la grande cultura católica.

De Sevilla ha partido para los cuatro polos del horizonte hispánico y para todo el orbe cristiano, un libro. Su autor, José Pemartín. Su título «Qué es lo nuevo».

Con toda la reverencia debida, saludemos a una de las obras de filosofía de la Historia a nuestro juicio más considerables de lo que va de «nonacento».

Acerca de «lo nuevo» se ha escrito un tumbó de abundantes simplezas. Se ha producido un lamentable consumo de papel, lleno de coronas, de águilas bicéfalas o monocéfalas, cubriendo la más averiada mercancía mental.

En estas circunstancias, en este desierto, he aquí la «vox clamantis». La voz de José Pemartín, madura, llena y enérgica. Voz en cierto modo evangélica, porque anuncia verdades ortodóxicas.

El libro «Qué es lo nuevo»... tiene, por de pronto una condición torrencial. Emparentado, por su caudalosa, incontenible riqueza de ideas con los grandes libros de nuestro tiempo y arraigado profundamente en las fuentes de la cultura antigua, es el primer libro considerable que produce el movimiento.

Se estudian en él, con moroso detalle y con casi total agotamiento de la materia, las innumerables caras del inmenso poliedro del Estado y de la Vida nuevos: ese cuerpo que tiene tres cúspides, Saber, Poder, Amor, y del que, si se le insufla Vida y Guerra nace la esfera (esfera: poliedro regular de número infinito de caras). Esfera, que coronada por la cruz, sirve para la diestra del César.

Tiene el libro de Pemartín una estructura rígidamente científica, pero una vestidura literaria también que, para espíritus todavía serviles a lo extranjero, puede parecer frívola. A nosotros nos parece bellísima y necesaria. Porque un libro que nace en plena guerra tiene que nacer apasionado, caliente, caudaloso. Si en momentos de especulación filosófica, económica o política, la prosa de Pemartín se alza de pronto con trenos poéticos, con hervores religiosos, con épicos acentos marciales, es porque el libro tiene tres dimensiones; porque no nace chato y frío, sino lleno de humanidad y de pasión.

En este libro está la filosofía de «lo nuevo», concretamente de «lo nuevo» español. Pero también su poética. Y su matemática.

Es un libro difícil de entender: él mismo lo dice. Es, tan ambiciosamente español, tan ambiciosamente católico, que algunos buenos españoles y algunos buenos católicos (buenos: pero no avisados) van a padecer terribles congojas con su lectura. No importa. No se escriben libros como éste para solaz de los pazguatos, sino para pasión de la clase dirigente.

Por primera vez se estructura sin sombra de arbitrio en «Qué es lo nuevo»... el pasado y el porvenir de España de una manera tan total.

Ni un solo descuido de «posición» por parte del autor que ha tomado todas las precauciones para abarcar la totalidad de «lo nuevo». Lo «nuevo» que es sustancialmente lo antiguo en tanto que lo nuevo y lo antiguo representen con signo distinto valores permanentes: «Que lo antiguo (escribe Pemartín, p. 92.) en tanto que esencial es lo verdaderamente nuevo por ser eterno; revestido, eso sí, con el ropaje de la temporalidad actual».

Pemartín, para contemplar lo nuevo, ha obrado de una manera supercientífica, aunque a los que padecen esterilidad poética y tienen ánimo ginerista les parezca poco adecuado el estilo. Pemartín obra un poco al modo de la óptica moderna que emplea un cristal distinto para cada objeto o para cada imagen que se quiere obtener de un mismo objeto. Así, una idea-madre, una idea permanente se observa en todas sus distancias cronológicas, en todas sus perspectivas doctrinales y en todas sus posturas y en todos sus climas, para acabar mostrándola con el ropaje de nuestro tiempo.

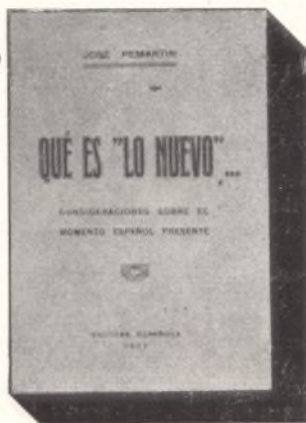


LIBROS

En el libro se contemplan, de este exigente modo, cuestiones religiosas, políticas y económicas superactuales, tan vivas y recientes que muchas de ellas se crean en sus propias páginas.

Hay cuestiones, como la del «Fascismo institucional» —Monarquía, Caudillo, «Hacedores de Reyes»— jamás tratadas en idioma alguno con tanta gracia mental. Sobre este tema se ha especulado abundantemente por plumas tan ilustres —precursoras de «lo nuevo» en este tema— como la de Maurras, D'Ors, Nair Wilson, etc. No obstante la percepción de «lo nuevo» en esta materia ha sido brillantísimamente superado por Pemartín.

Finalmente, nadie como Pemartín, para los españoles al menos, ha visto cómo es «lo nuevo» en función de las dos coordenadas históricas (ordenada, Tradición. Abscisa, Fascismo). Es quizá el primer europeo que desarrolla esta idea que Spengler (a quien con Alex Carrel tanto cita Pemartín) nos dió en la hermosa larva de estas palabras:



«Si han de echarse los cimientos perdurables de un gran futuro, sobre los cuales puedan edificar las generaciones venideras, ello no será posible sin la acción continua de las antiguas tradiciones. Únicamente aquello que de nuestros padres llevamos en la sangre, ideas sin palabras, es lo que promete consistencia al futuro.»

Del libro «Años decisivos» de Spengler dice Pemartín —con las salvedades confesionales a que nos adherimos— que «debe ser breviario de políticos».

¡Bien! Pero al lado de «Actos decisivos», como al lado de «The man, this unknown...» y del «Príncipe» el «Héroe» y «El Discreto», habremos de alinear, con todo derecho y todo honor «Qué es lo nuevo» de José Pemartín, hijo de las romanas llanuras de la Baja Andalucía. Allí donde junto a los báquicos, paganos cerros del pámpano coronado, la España Católica Militante partió para la sublime y no terminada aventura de la Misión.

V. de LA SERNA.

VIUDAS BLANCAS por José V. Puente.— Editorial Española.

José V. Puente, camarada de Falange, gran periodista y comediógrafo consagrado, ha publicado un nuevo libro: VIUDAS BLANCAS que le afirma en el puesto preeminente en que su esfuerzo constante y su labor literaria le han colocado entre los valores más sólidos y destacados de nuestra juventud.

VIUDAS BLANCAS, es el título acertado que Puente ha dado a quince historias de amor y de guerra en las que el motivo se repite en circunstancias diversas, como una afirmación de que los héroes pueden ir por todos los caminos de la Patria, desde el Amor a la Muerte nimbados de Gloria y de Laurel tras

el anhelo de España con aguijón supremo de todos los amores. Las quince historias unidas por el mismo dolor que la Muerte de los amados dejó en otras tantas blancas de mujer son quince tapas de romance y de tragedia de héroes de mito, de palmas de martirio de ojos húmedos de vidas rotas de amor imposible.

Es difícil recoger en las páginas de un libro un mayor tesoro de un libro un mayor tesoro de ternura y de vibración heroica. Cualquiera de sus párrafos parece escrito para inmortalizarse en un castellano limpio y encendido, rioso destino reservado a los hombres de España y el martirio silencioso de jeres, entregadas sonrientes al parámetro de nuestro renacer.

Este haz de valores auténticos y magistralmente agrupados, tiene un carácter cálido y litúrgico....

«Oración imperial de la Victoria»:

—¡Alegría!
—Alegría en la lengua de las campanas.
—Alegría, por todo y sobre todo en vosotros.
—¡Victoria! ¡Victoria! En la punta de las espadas.
—¡Imperio! ¡Imperio! Y un sol que no ponga.
Señor. Mi exaltación subió, porque vi una lágrima triste en una muchacha al terminar una novela.
—¡No quiero que estén tristes, no!
—¡No quiero que floren más!
—Señor. enséñales en tus llagas y tu muerte sufriste y ellas se «calmarán»!

José V. Puente, puede estar satisfecho con su nueva obra: VIUDAS BLANCAS.

MANOLO, por Francisco Cossio.— Imprenta Castellana. - Valladolid.

«...Yo he procurado en estas páginas reflejar una época y una tradición en la silueta de un héroe. Manolo caso no es sino un guión humano para dar a tantos muchachos que como él, voluntariamente su sangre por España más grande conmovió nacional que nuestra Historia....»

Este es el propósito resaltado por él que Cossio ha buscado y ha conseguido en libro Manolo (Imprenta Castellana—Valladolid). Cossio, maestro del periodismo, ha escrito un libro en prosa ardiente de ternura y patriótica, estudiando al mismo tiempo los problemas palpitantes de España y guerra a través del alma y de la gesta de un hijo menor que muere en el frente.

Sus páginas impregnadas de sentimiento nacional, «huelen» a campamento, a juventud heroica y a historia fresca. Pese a ser Manolo es algo más que la biografía de un falangista combatiente que toma su guardia eterna como símbolo de una generación. El libro de Cossio es como el metro de la fiebre española desde la de la Independencia hasta los días de la Cruzada actual. La anécdota familiar de últimas despedidas, añoranzas, fancia, recuerdo del que marchó para siempre latente en los hogares y en las cosas, y la escrita con amor cuando los ojos que de verla ya están secos de luz— unida a la misteriosa histórica y al comentario crítico, hacen de esta obra, una de las más bellas y de más profunda entraña de cuantas alrededor del tema inagotable de la juventud puesta en pie de guerra, resurrección de la Patria, se han escrito el comienzo del Alzamiento Nacional.

«¿Cómo se han puesto de acuerdo todos los muchachos? ¿En qué lugar ha sido el primer clarín ha llegado a todos los pueblos y a todas las ciudades? España guardó su regazo estas reservas para lanzarlas en un momento a su defensa. Era un trance de muerte y nuestra juventud, por un instinto atávico, transmitido de unos a otros siglos, optó por la vida y cumplió plenamente su destino».

Esto es, historia, glorificación de la Patria y dolor soñado y vivido en la paradoja de lágrimas serenas, volcadas jubilosamente sobre las cuartillas.

He aquí el libro de Cossio.

F. de URRUTIA.

«Y» REVISTA NACIONAL DE LA FALANGE FEMENINA «VERTICE», celebra la aparición de la Revista Femenina en afanes y designios, como la llegada de la primavera. Dura y difícil es la tarea para sostenerse en el éxito cuando se renovado. Si ha de participar con nosotros de los frutos de la vida —los frutos del trabajo— para ella sean, por mujer, del centro. En este número destaca, entre otros interesantes trabajos, la «Falange» por Pilar Primo de Rivera, Artista rehermosa, Lozoya, Almazán, Bolívar, Luis Escobar, Mora, Eugenio D'Ors, Doctores Luque y Blanco Soler, Bornás, etc.

ña con ag
s los am
orias uni
la Muerte
tras tant
er son q
ce y de
o, de pal
e ojos h
e amor i

er en las
mayor t
ca. Cual
ara inm
encendi
hombres
ioso de
al par

icos y h
ene un

ria»:

anas.
vosotras.
a de las esp

no ponga.
vi una lá
terminar

tu muer

r satisfi
ANCAS.

io.— Imp

estas p
dicción
Manolo
ano par
omo él,
Españ
l que

por él
seguide
ana—V
mo, ha
ternur
mismo
paña y
a gesta
ente.
e senti
to, a
esca. P
iografía
ente qu
lo de
omo e
de la
as de
miliar
anzas
para s
as, y la
que
uida a
crítico
as má
ña de
able de
uerra
escrito
nal.
do tod
ido el
los p
guard
arlas
nce de
un in
ros de
ó gen

de E
oja de
amen

RUTI

EMEN
Femen
erman

to con
ulos
uier,

trab
rtículo
cobat
Sole



SONATA POR
T. DELGADO

Ayuntamiento de Madrid

TEATRO

LA TARUMBA

TEATRO DE LA FALANGE



Dos escenas de las «Bodas de España».



Ayuntamiento de Madrid



BELÉN. El auto de los Reyes Magos sobre escenario giratorio.

BODAS. Un primer plano de las bodas de España.



CINEMA



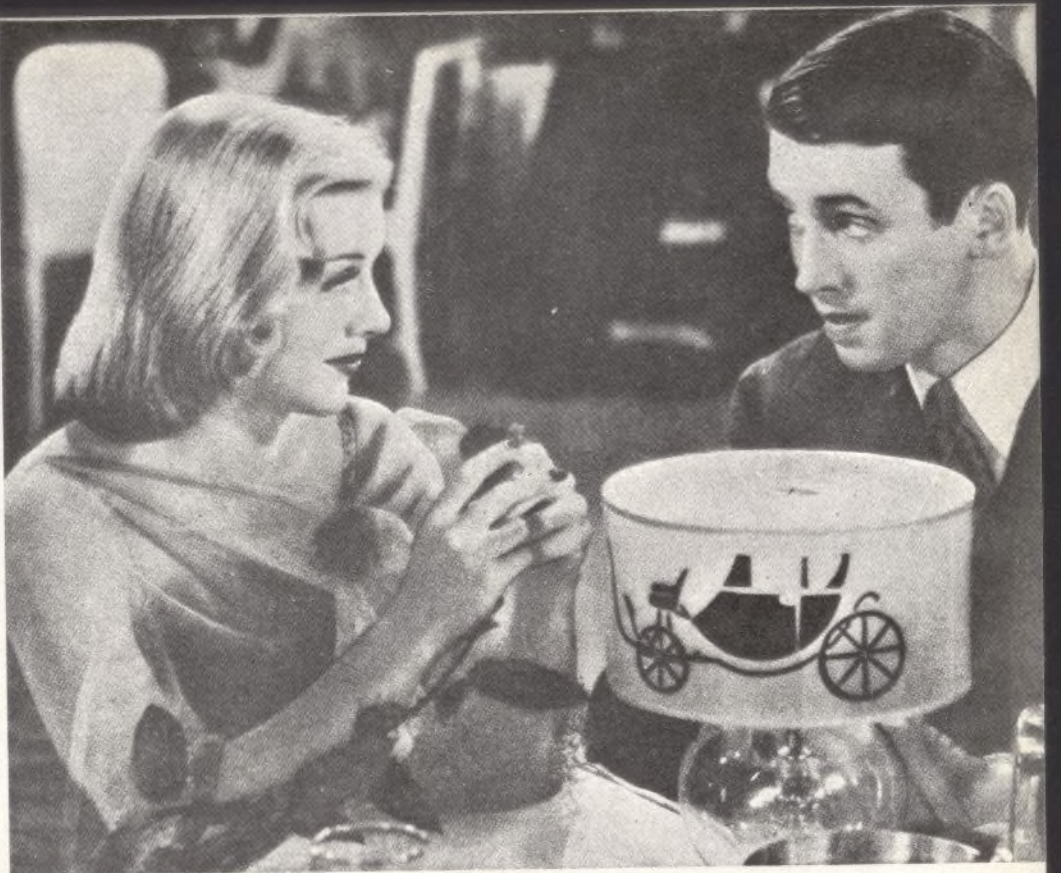
Un bello momento del film "Las perlas de la Corona",
magnífica producción de Sacha Guitry, de la que
ya nos hemos ocupado en estas columnas.



M A R Y B R Y A N

William Powell y Annabella,
intérpretes principales de
«La Baronesa y el Camarero».
Varias escenas de esta
nueva producción.





Jimmy Stewart y Ginger Rogers en el nuevo film R. K. O. «Vivacious Lady»

Simone Simon con Don Ameche en su última película «Josette»



Un primer plano de Katherine Hepburn



Blanca Negri, preeminente actriz del cinema español



Charles Laughton reaparecerá próximamente en «The Vessel of Wrath» (El buque del colera), adaptación cinematográfica de la novela de Somerset Maugham, en la que Laughton representa el papel de un colono inglés aislado y desahogado en una isla de los trópicos. Erich Pommer es el director de la película, de la que se han filmado muchas escenas en el «Midi» francés.



Vuelven las películas de corsarios. Frangiska Kral en la película «Hurricane», se ha transformado en holandesa y ha vuelto loco al viejo Akim Tamiroff ya toda una serie de filibusteros al servicio del legendario Jean Lafitte. —«Hurricane» ha logrado un gran éxito en toda América.



Las espías son siempre morenas y bonitas. Do-

CHAU
CHAU

CINE
MATOGRAFICO



Está visto que Marlene no puede faltar en nuestro «chau chau». Aquí aparece en un momento interesante de «Angel», última producción suya estrenada en Europa. Melwyn Douglas le ha secuestrado asimismo en este film, que pa-



DEPORTES

Olimpia, la ciudad de los clásicos Juegos que llevan su nombre, ha sido estos días escenario de una emocionante ceremonia; la urna que mantenía el corazón del Barón Pierre de Coubertin, reanimador de las modernas Olimpiadas, fué solemnemente inhumada por el Príncipe Pablo, hermano del Rey de Grecia. Asistían también los presidentes de los Comités Olímpicos, francés y helénico.

Hans von Stuch intentará próximamente superar el *record* mundial de velocidad sobre el agua, con una canoa que se construye actualmente en Alemania y que será una verdadera maravilla de la ingeniería naval.

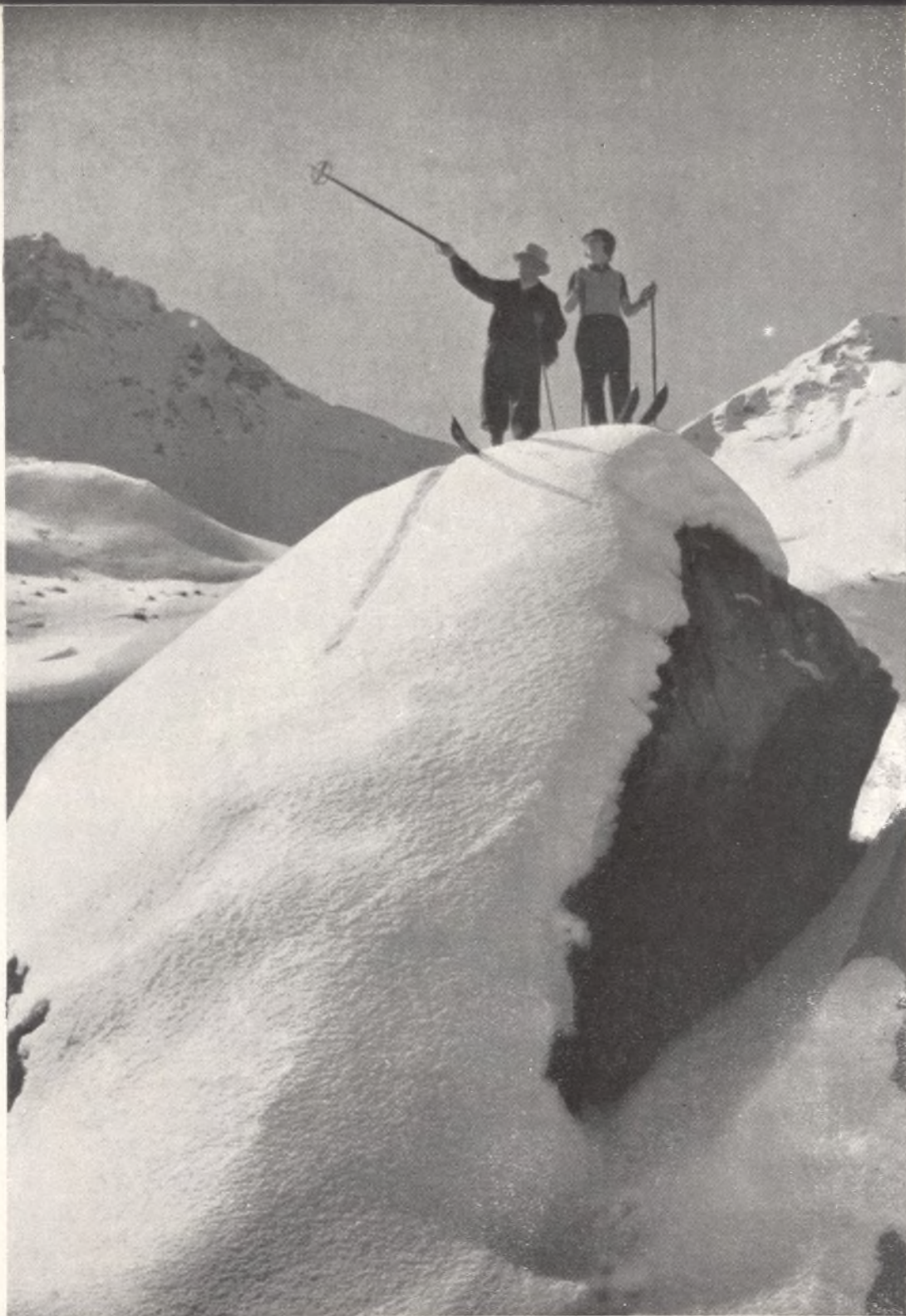
Los aviadores ingleses Clouston y Ricketts han aterrizado en Londres después de recorrer 44.000 kilómetros en 9 días, 20 horas y 22 minutos. Su vuelo a Nueva-Zelanda y regreso fué realizado con un bimotor «Comet» que ya tenía cuatro años de uso antes de acometer este raid que supone un recorrido superior a la vuelta al mundo siguiendo la línea ecuatorial.

El concurso hípico internacional de Ginebra ha constituido uno de los acontecimientos de la temporada. Participaron los equipos de Alemania, Bélgica, Francia y Suiza. El equipo del Reich, integrado por los tenientes Brinchmann, von Bargart y Huck y mandado por el capitán Hasse, resultó vencedor absoluto del concurso.

Praga a 3 horas 50 minutos de París. Los progresos de la aviación comercial han hecho que el servicio regular Francia-Checoslovaquia una a ambas capitales en un plazo brevísimo dada la distancia que las separa.

El «once» francés de foot-ball ha batido recientemente en París al equipo nacional búlgaro por 2 -1.

El explorador alemán Max Reisch ha logrado hacer en automóvil el viaje Rangoon-Hanoi por el interior de la India. Para realizar este viaje —unos 5.000 km.— fueron necesarios seis meses y la ayuda de centenares de coolies y toda suerte de animales, elefantes, inclusive.



El triduo internacional del hockey Holanda-Bélgica fué ganado por el «team» holandés por 2 - 1.

Bunny Austin, el gran campeón británico de tennis, ha anunciado su decisión de no formar parte, este año, del equipo inglés que ha de disputar la Copa Davis.

En Milán se celebran con éxito creciente las carreras al trote. El Gran Premio Nacional ha sido ganado hace pocos días por «Agrigente» propiedad de los hermanos Faccioli.

En la histórica ciudad alemana de Nüremberg el equipo nacional alemán de *foot-ball*, ha empatado 1 - 1 con el de Hungría. Apesar de la eficaz compenetración del «team» húngaro y de la precisión maravillosa de sus avances, la defensa tenaz y decidida de los germanos, impidió la victoria magiar.

Hace un mes se han celebrado por tercera vez los *British Empire Games*, especie de Juegos Olímpicos reservados a los atletas de los diferentes países pertenecientes a la *Commonwealth* británica, y que en esta ocasión han tenido lugar en Sidney, ya que en 1934 fué Londres la capital para ello elegida y Ontario —Canadá— la que los inició el año 1930. Las marcas logradas por los atletas ingleses son realmente magníficas. Así la corredora Miss Burke (Sud-Africa) batió nuevamente el record mundial de los 80 metros. Otro compatriota suyo, J. L. Coleman, venció en *marathon* en 2 : 30,30. En las carreras de vallas destacaron los neo-zelandeses, mientras que los ingleses metropolitanos no se distinguieron especialmente, quedando por bajo de australianos y canadienses.

Klasner, jefe del partido nacional-socialista austriaco ha nombrado al Dr. Fritz Rainer, Delegado de Deportes de Austria con el visto bueno del Reichssportsführer von Tschammer.

El noruego Birger Ruud detenta las mejores marcas en saltos de *ski*. Ultimamente ha obtenido un gran éxito sobre la pista artificial de Los Angeles.

Se ha celebrado por sexta vez la carrera ciclista París-Niza. La victoria correspondió al belga J. Lowie que invirtió 30 horas y tres cuartos.

Con la participación de casi todos los ases del *ski*, se ha corrido en Sestrières la «Copa de los 3 descensos», que fué ganada brillantemente por el alemán Pertsch.

F. C. de A.



Ayuntamiento de Madrid

Hecha la Paz, la juventud española podrá otra vez practicar los deportes sobre nieve quizás sobre las mismas huellas que trazaron en días de Guerra y de Victoria los batallones de «skiadores» que hoy buscan por las alturas los horizontes del Triunfo.





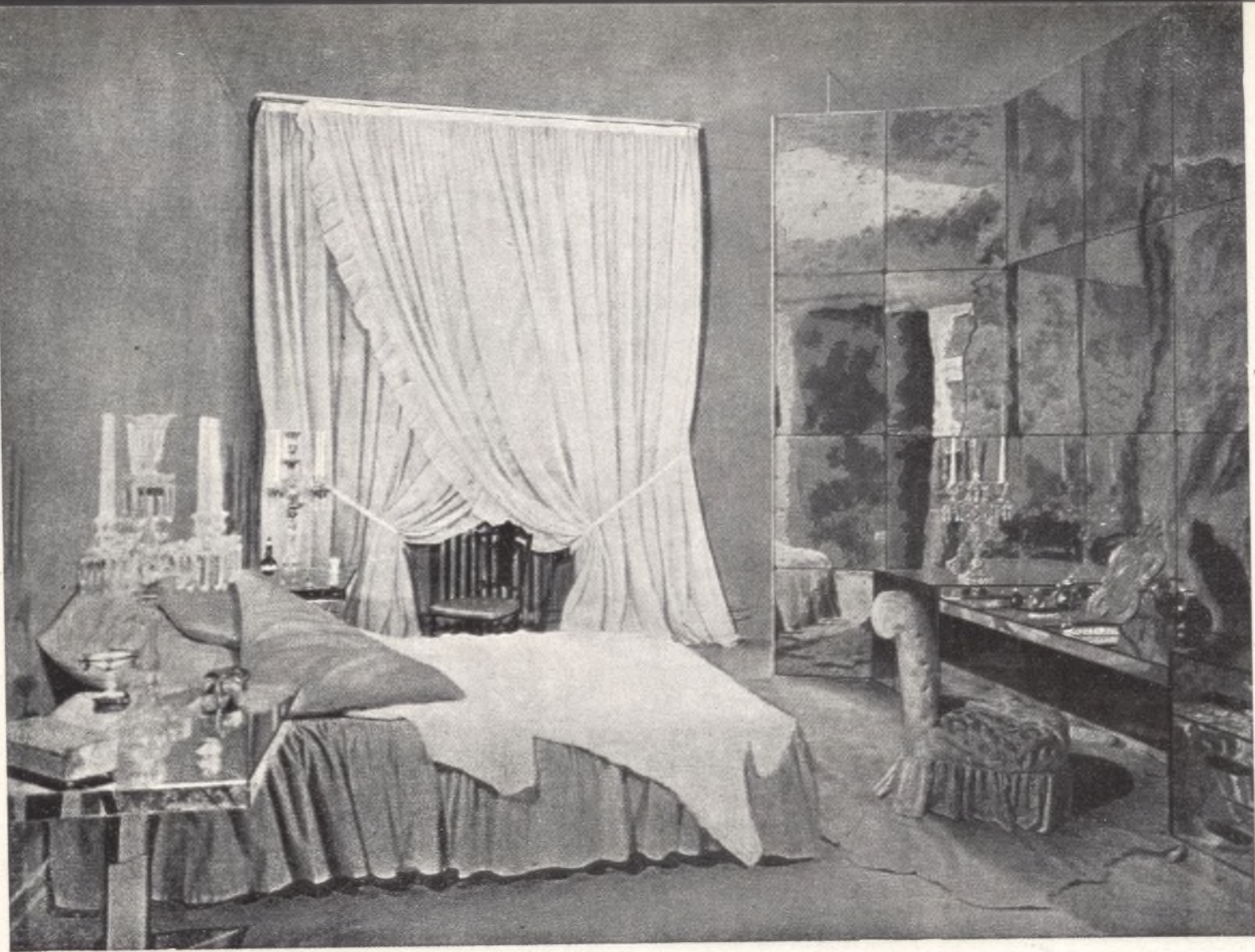
DECORACION



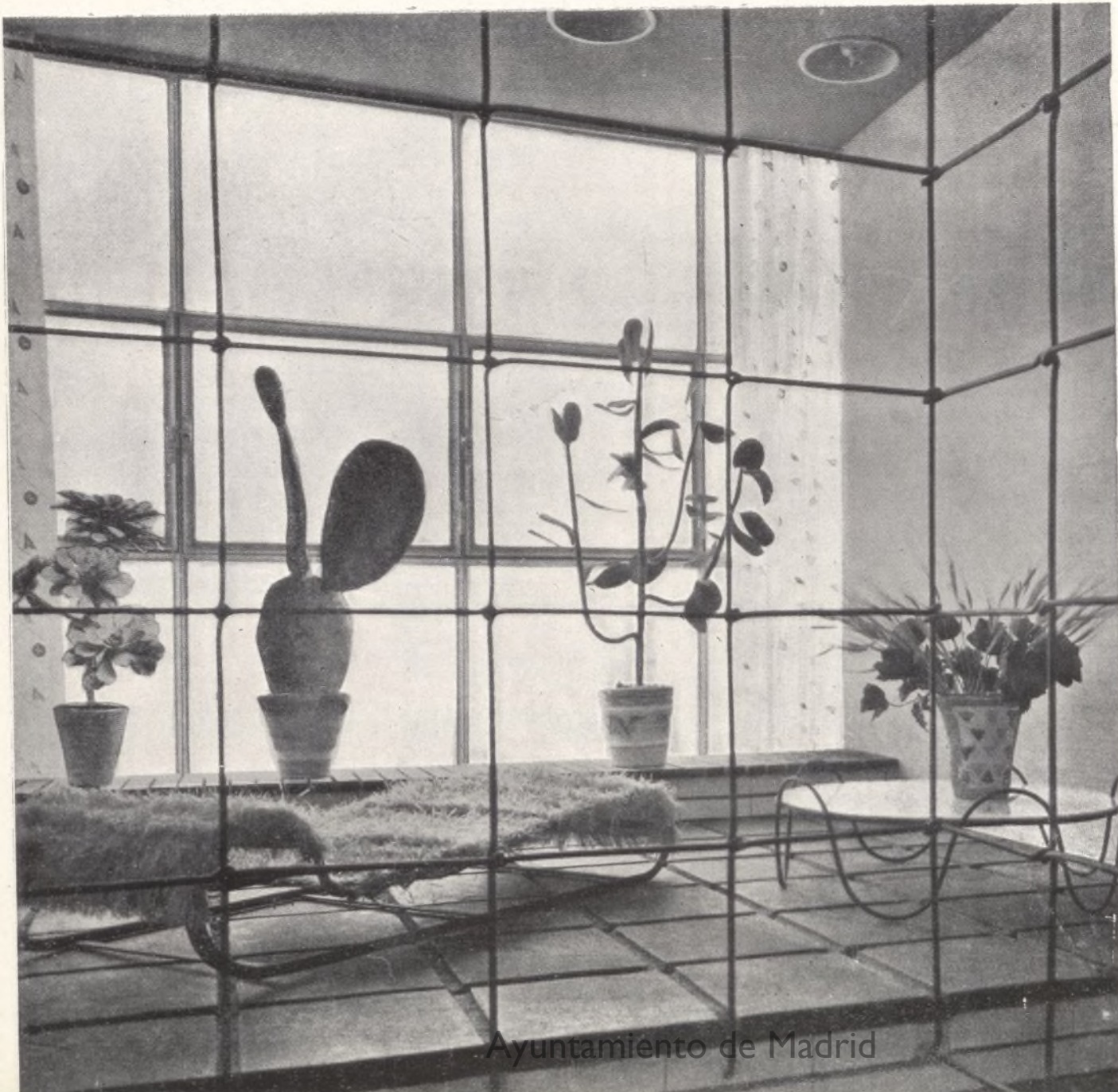
Rincón de un dormitorio.



El cristal en la mesa moderna.



El dormitorio lujoso de Mme. du Plantier realza su elegancia con el azul de las cristalerías venecianas.



Influencia de la cristalería en la decoración actual.



MODAS

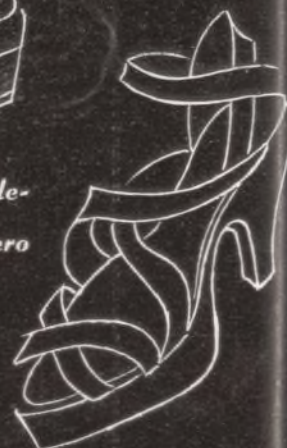
Ayuntamiento de Madrid

Influencia Japonesa en la moda

La sandalia triunfa en toda la línea, lo mismo para deporte que para las "toilettes" de ciudad.



He aquí un bonito modelo sport en ante y cuero marrón.



Para tarde, esta sandalia de cuero blanco y negro con borde malva, es la última expresión de la moda



mientras que de noche resalta la combinación brillante de los cueros dorados y plateados...



... o esta otra en cabrit verde y oro.



fa en
mismo
ra las
ad.

ndalia
negro
la úl-
a moda

en cabri



La influencia española en las modas extranjeras, se hace patente con sólo ver los modelos que reproducimos aquí.

Goya y sus majas incomparables vienen a nuestra memoria al contemplar este vestido de Chanel, con su cintura baja y bolero plateado.

El "canotier" de paja natural, recuerda el porte alegre del sombrero andaluz, a pesar del velito con que Rose Valois le hace más femenino.

"Parade" es el nombre de este conjunto de soirée en ottoman negro, debido a Nina Ricci. La chaqueta de estilo torero va bordada en oro y celofán blanco.

Influencia Española en la moda

Ayuntamiento de Madrid



JAY-THORPE
1 Blusa en seda blanca y roja

I. MAGNIN
2 Turbante en punta de varios colores

JEANNE LANVIN
3 Un collar de fantasía, de Lanvin

MARSHALL FIELD
4 Fieltro negro de anchas alas con velo flotante.

NINA B. PRICE
5 Peineta, collar y pulsera en oro con piedras y esmalte.

CHANEL
6 Cinturón en cuero charolado, adornado con hojas doradas.



5



6



7



16



17



20



18



19

7 LUCIEN LELONG
-Un Clip dorado de Lelong

CHANEL

8 -Collar y cinturón en metal dorado cincelado

FLORENCE RICHMAN

9 Toca de satén con velillo de color mate y diversos tonos de rosa.

SHIAPARELLI

10 Balsa de ante negro con un original cierre.

MARIE ALPHONSINE

11 Sombrero en paja color oro ribeteado de gros-grain negro.

FRANCEVRAMANT

12 -Un bonito clip de fantasía, de Francevramant.

LOUISE BOURBON

13 -Fieltro beige con madroños de felpilla negra

HELLSTERN

14 -Zapatos de tarde en tafilite verde

I. MAGNIN

15 Balso en ante beige y serpiente.

I. MAGNIN

16 Estrellas de plata y estrau sobre un vestido de chiffon blanco.

SALLY VICTOR

17 -Toca de flores de terciopelo granate y diversos tonos de rosa.

FERRAGAMO

18 -Sandalias de noche en piel de oro y satén rojo.

SHIAPARELLI

19 -Otro original cierre para una bolsa de Shiaparelli.

FERRAGAMO

20 -Elegantes sandalias de noche en tafilite dorado y satén ligueado.

ORIENTACIONES



Catherine Parel ha creado este bello vestido a grandes cuadros, con un ligero abrigo blanco. El sombrero—un poco estilo "gaúcho"—es un modelo de Rose Valois.



Sobrio de líneas y color, el vestido creación de Wanda Kofler, destaca bajo el sombrero alegre y el largo velo fletante.



A pesar de las alas casi verticales, este sombrero de fieltro negro y encaje blanco, posee la alegre fantasía del tocado bretón. El vestido—que mantiene la armonía blanca y negra—es de Kostio de War.

La guerra nos tiene apartadas, en general, de todo aquello que en otros tiempos nos ocupaba días enteros. Hoy nuestra vida es otra. Hospitales, confección de prendas para nuestros soldados, obras sociales, nos llenan las horas que antes pasábamos en cines, bridges y aperitivos. Sin embargo, no podemos prescindir del cambio de estación y ello nos hace pensar en nuestros vestidos. Yo quisiera orientaros para que dentro de los medios de cada una y de la austeridad que requiere el momento en que vivimos, aprovechéis de aquello que cada cual necesita.

Los trajes de sastre dominan siempre y en cualquier hora del día; en todas las colecciones vemos éstos en diversos aspectos, según la hora en que ha de emplearse, están confeccionados, en lana, crespón y estampados.

Para la mañana.

Gaton. Lanilla faldas amplias y chaquetas cruzadas semi-largas, con dos filas de botones.

Mina Ricci nos presenta faldas cortas y rectas de tono unido con chaquetas rayadas o de cuadros.

En su colección vemos uno elegantísimo de cuadros grises y azules con blusa de jersey finísimo granate y flor del mismo tono en el ojal. Como complemento, canotier del mismo jersey, de Blanche et Simone. Zapatos de Bally en ante azul y piel granate. Guantes y bolsos de Alexandrine.

Marcel Rochas y *Alix* dan como nota culminante la oposición de colores haciendo el delantero de una chaqueta distinta a la espalda. Esta combinación aunque atrevida, es muy chic, sobre todo si elegimos bonitas.

Para la tarde.

Maggy Rouff. Trajes sastres en telas estampadas. Vestidos ajustados, sin embargo algunos de ellos chapeados en las caderas. Mangas anchas, lo mismo que Alix y Lauvin. Este nos presenta cuerpos chapeados en la mayor parte de sus modelos y faldas acampanadas.

Gaston. Túnica largas, abiertas sobre fondos plisados, de distinto color. También vemos trajes-abrigos confeccionados en lana azul marino con breves motivos de frique blanco.

Para la noche.

Launier guarda siempre su «estilo» haciendo trajes de faldas amplias en telas vaporosas, tul, muselinas, etc. Escotes transparentes o bien bordeados de flores dan la nota elegante a estos vestidos.

Chanel emplea también las telas vaporosas; varía el aspecto de los escotes que hace sin hombros recordando aquellos trajes de nuestras abuelas.

En general muchos vestidos van acompañados de pequeños boleros o cajas inspirados en el mismo tipismo español.

Sombreros.

Desaparecen las copas altas para dar de nuevo paso al canotier de alas planas y copa baja, colocado hacia delante y sujeto con una cinta que desciende hasta la nuca o un cache-peique que cubre la parte de detrás de la cabeza. Están hechos en toda clase de pajas, dominando el «picot». La nota más moderna la vemos en algunos, confeccionados con fino jersey de lana adornado de pespuntos y que son el complemento de un traje de sport.

Muchas tocas, adornadas con flores, muchas flores colocadas en distintas formas y todavía velos en muchos de ellos.

Detalles.

Blusas oscuras para trajes claros.

Collares oscuros, broches, pulseras que recuerden cosas de feria, pierrots, trapecios, equilibristas, etc. Cinturones anchos de tres tonos hechos en charol o cintas. Otros inspirados en los collares de nuestros perros con dos iniciales grandes de metal.

Sandalias, muchas sandalias para todas las horas del día. En esto la influencia china es tan marcada que llega al plagio en algunos modelos.

Abril 1938.

Lidia Blanco.

EL PODER DEL PENSAMIENTO

NOVELA POR TOMAS BORRAS

I

El sueño le dejaba puesta la careta del estu-
por. Al despertarse tenía esa borrachera del dor-
mir; los sentidos, embotados; el equilibrio, mal;
se tambaleaba; neblina en los ojos; olvidos con-
fusos. Aparecía un objeto de repente: un papel
en el suelo brillaba con descaro de blancura
sobre la alfombra: él se quedaba mirándole con
extrañeza; después, al recogerle, decía: —«Ah,
sí»,—recordando la carta recibida por la noche
y el sobre arrojado. Pero aquel esfuerzo le ago-
taba. Tendíase, con profundo suspiro, por no
sostener el cuerpo de plomo.

—Tengo la cabeza llena de humo.

Era la sensación exacta. Su cráneo estaba hue-
co. El humo denso del dormir le henchía todo,
empapando sus ideas, abotargando sus sensa-
ciones. Hasta que no se evaporase, estaría en una
marea aletargadora, a medio despertar, adormi-
lado, con una somnolencia parecida a la parálisis.

(Entonces, el placer del visionario. Ante él
una playa de oro y el mar denso, lámina quieta
de lápizlázuli, sobre la que se apoyaba en
el horizonte, el cielo, transparente, como un velo
colgado. Del mar macizo brotaba, con todo su ve-
lumen enjuto, la galera de las fotografías. Era
el puerto donde se embarcan las especias. Los
negros lucían el oro del pendiente y el azabache
de la dentadura masticadora de betel. Las aves
de la isla se posaban en las jarcias y se colmaba
la galera de colorines movibles, como empa-
vesada con todas las banderitas del mundo. Lle-
gaban corriendo las muchachas a quienes se les
escaparon los pájaros-mosca, pero el capitán
no los quería devolver sino a cambio de hojitas
del arbol yamarí, que palpan y cantan como
un ojo que fuese boca....)

Sonando así largo tiempo, ensartadas las
visiones, tanta era la luz que le había entrado
por los ojos, que, despabilado, le circulaban un
escalofrío de lucidez: árbol saliendo de la niebla
pegajosa, absorbiendo sol.

Se ponía a cantar: activo, iba de una parte a
otra. Pero empezaba el suplicio:

—¿A qué he venido yo a esta habitación?

La rodeaba con la vista, perplejo, repasando
lo que podía necesitar. Ya tenía su método de
orientarse: «Calzador, no; el peine, ¡sí, el peine!»
Confusamente se insinuaba una asociación de su
cerebro formando una sola palabra: Peinecuarto
baño.

—¿Pero cómo voy a encontrarle en el comedor
si debe estar en el cuart....?

Como un truco de prestidigitación el peine
aparecía en su mano.

—Sí; le he cogido allí.... Entonces: ¿qué venía
yo a buscar?

Giraba otra vez en derredor. La vista recorría
todos los rincones, los husmeaba como un perro.
Y se quedaba quieta, fracasada, inerte sobre un
cuadrilátero blanco que tenía una sonrisa de den-
tadura de dentista caída en la alfombra. El se
inclinaba, recogía el papel.

—¡Ah, el sobre de antes!

Y volvía a tirarlo, y volvía a canturrear la can-
cioncilla. Hasta que la interrumpía en la alcoba.

—¿Para qué he entrado yo aquí?

Quedábase absorto, hipnotizado por un pun-
to de luz: el pomo metálico, que la concentraba
en un destello. Aquella suspensión de sus actos
era bastante para evadirle de la realidad. (El
brillo no aumentaba hasta hacerse una boca
de volcán de plata. Personas correctas, de rostro
cuadrado, se inclinaban, de pared a pared, for-
mando un ángulo bajo el que tenía que agacharse.
Era todo de hielo: el pavimento, resbaladizo,
las paredes, lisas. Los cuadriláteros de los ros-
tros, convertidos ahora en ventanas, estaban ta-
pados por láminas grises de tedio gris. Atmos-
fera de fieltro, blanda y resistente. Cuando iba
a ahogarse en aquel recinto, por no poder romper-
se la cabeza, todo cedía, el timbre chirriaba

desesperadamente, cigarra a la que van a aplas-
tar....) Sacudido, se salía de la sensación y se
abrazaba a sus ropas con ansia de náufrago. Des-
pués de vestirse estaba atónito ante un hecho
que aparecía de pronto como una cosa nueva,
como un milagro insospechable: tenía que llenar
de vida un día entero; alcanzar la meta de la hora
de dormir ocupando en algo, minuto por minuto,
el tiempo que faltaba, inmóvil, exacto, el día co-
mo un amigo al que hay que coger del brazo y
entretenerle. Y él se quedaba parado frente al
día, con las manos en los bolsillos, mirándole con
disimulo, preguntándose por el estorbo:

—Bueno, y ¿qué hago yo con él?

Un moscón vibrante, se golpeaba contra el cris-
tal de la ventana queriendo salir.

Aquello llamó su atención. En el cielo, un aero-
plano, agitóse de un lado para otro, tanteaba
también el límite: no lo podía trasponer.

—El aeroplano de todas las mañanas.

Encendió un cigarrillo. Asomado, fumaba humo
y aire azul. (Llegó el avión por el hilo de humo,
haciendo de gimnasta de circo que va a su trape-
cio por la cuerda.

Resulta que el aeroplano estaba colgado y no
hacía más que balancearse. Entonces, ¿para qué
la tierra se había hundido tan al fondo, temerosa
de que el aeroplano la aplastase si caía? Nada más
que balancearse....

Así, se estuvo imaginando, largo rato. Fué
como una mano puesta delante del sol la nube
que ensombreció la calle. Atraído por esta nove-
dad fijóse en el cielo. Antes tenía color añil de la-
vandería; ahora estaba gris, sucio, como si se le
hubiese derramado a la lavandería toda su agua
de jabón.

—¡Me alegro; así no saldré de casa!

Lo decía por la tormenta próxima. Saboreaba
ya la pereza que iba a amodorrarle la realidad,
gozándola, llevándola a sus sueños, mientras
llovía fuera. El reloj le pegó con los nudillos en el
oído:

¡Tannnnnn....!

—¡Diablo, no me acordaba! ¡y me citó a las doce!

Corrió escaleras abajo lamentándose:

—¡Soy demasiado distraído!

Sacó el automóvil ruidosamente y enfiló la
calle con la rapidez de un disparo. Se detuvo el
coche allá a lo lejos. Salto de él y retrocedió a
la casa a todo correr. Ya en las habitaciones em-
pezó a dar vueltas, con los brazos atrás, gol-
peándose las manos:

—¿Y ahora?

Estaba preguntándose dónde había dejado el
documento, y súbitamente se fué hacia el reci-
bidor, arrancó el sombrero de la percha y se lo en-
casquetó.

—¡Ah! ¡Es que me iba sin sombrero!

El espejo miraba su carota plácida.

—Soy demasiado distraído.

Ya en el portal, otro golpe de sangre al cora-
zón.

—¿Y el documento?

Titubeó entre salir o marcharse. Al meter la
mano en un bolsillo, el tacto encontró en el fondo
el documento. Se fué hacia el auto, convencido de
que no debía ir ya, repitiéndose:

—Demasiado distraído; demasiado...., demasiado.

II

Bruscamente, al llegar a la plazoleta detuvo el
automóvil. Mareas de ruido y de gente hacían
oleaje. El auto se quedó a la orilla, como si parase
al borde de la playa.

Del kiosko metálico salía música metálica. La
habanera que tocaban se fué hacia él, melosa, y
comenzó a mecérle en sus brazos color de canela.
Eso le puso de mal humor. Con dos dedos hizo
¡clis! al contacto, y el motor cesó de roncar, dor-
mido definitivamente.

La música era otro de sus motivos de divagación.
Si oía música, las ideas se le disolvían en ella,

como el azúcar en el agua. El distraído, puesto en
medio de un silencio ancho, sentía que se le ani-
quilaba su lucidez, que caía en un sopor delicio-
so: un opio, un nirvana, un no-ser-no-pensar, en
el que flotaban los sentidos sobre un líquido de
suave resistencia. Su distracción producíase de
otro modo que la música. La melodía era como
una hebra serpenteante, inacabable voladora en
curvas y zig-zags por el espacio. El subía su
pensamiento a ese hilo aéreo y resbalaba por él,
se dejaba hundir, ascendía, giraba: cadencia de
la imaginación, voluptuosidad de tobogán.

Tarareando allá dentro de su cerebro, sentóse
a un velador, y al ver apoyadas en el velador unas
manos rojas que movían un paño, les pidió:

—Un cóctel de ginebra.

Seguía columpiándose en la música, esta vez
lánguida y valiente, música de noche de trópico,
música mulata. La rompió una pedrada: golpe
seco de bombo.

—¿Y si se me hubiese perdido el documento?

Allí estaba, en el fondo del bolsillo, inofensivo
en apariencia, ocultando en el doblez las tremendas
palabras y las cifras categóricas que le daban
la victoria en el pleito. Allí estaba la prueba
irrefutable. Volvió a leerlo y sonrió. Hizo ademán
de guardárselo. A medio movimiento, inmovili-
zóse. Otra vez la música. Venía en oleadas, chillo-
na, alborotadora, briosa, sobre las innumerables
cabezas de la muchedumbre. Música jacarrera,
música animadora: pasodoble andaluz.

Apuró el aperitivo y se puso más contento.
Aquel ritmo ardiente le penetró. Sus nervios vi-
braban, querían cantar a voces, revolviase ex-
citado. Para gastar la energía sobrante desabro-
chóse velozmente la americana, extrajo la caja de
cerillas, mordió el cigarrillo que habían arrollado
sus uñas y le encendió con una aspiración profun-
da, de suspiro. Súbita llamarada. El cigarrillo ar-
dió completamente, chamuscándole los ojos. Que-
dóse pálido, hundido, desplomado.

—¡Quemé el documento!

Le caían gruesas gotas de sudor.

—No es sudor— se dijo a sí mismo, limpiándose
el rostro con el pañuelo —es que llueve.

Goterones como cápsulas estallaban en el suelo
sobre la pasta de gentío. Las acacias se dejaban
arrancar la cabellera, entre las púas de peine del
viento, cielo de hocico: negro, hostil, con nubes
morruadas. En el quiosco sólo el silbido del ventar-
rón, re de fagotes. Remolinos de polvo envol-
viendo los remolinos de grupos. Agua en catarata.
Figuras grotescas en huida: pañuelo sobre la ca-
beza y piernas chapoteando.

La ducha le hizo reaccionar. Por instinto pro-
curó librarse. Una moneda en el mármol, y a co-
rrer. En el pavimento hervor de las burbujas;
burbujas de respiración de peces. Arrojóse dentro
del automóvil como si llevase la ropa ardiendo.
El pañuelo enjugó su cara. Con dos dedos hizo
¡clis! al contacto, y el coche se fué lentamente,
incrustando el capó en la masa del agua, como un
submarino.

Detrás gritaba una voz femenina:

—¡Oiga! ¡Pare! ¡Oiga!

Entre los bordillos de las aceras, la lámina de
agua; los neumáticos la espachurraban salpicando
cuatro abanicos a los lados. Crecían las voces de
atrás:

—¡Eh, deténgase! ¡Deténgase!—la voz delgada.
Y gritos de chicos:

—¡Automóvil! ¡El automóvil!

Un —¡Eeeeh!—de muchos, refugiados bajo
los toldos y en los soportales.

Una calle entera, ovación de teatro:

—¡Ooooooooo!

—He atropellado a alguien.

Al pisar el freno, el coche, girando sobre su eje,
dió una vuelta de peón.

—¡No falta sino que me lo destroce!—gritó con
energía la voz de mujer.

—¿Me lo destroce?

Volviendo la cabeza abarcó todo el interior. El automóvil se había encogido de repente: ¿Cómo le estaba aquel automóvil tan pequeño?

Agua, agua alrededor, formando un doble cristal en el parabrisas, entrando a bocanadas, haciendo ruido de arena en el techo, en los estribos, en el radiador.

Una mujer estaba sentada a su lado. Como lanzada fuera cayó en el asiento. Se miraron uno a otro. El no sabía qué hacer.

—Buenos días—dijo por decir algo.

Y se llevó la mano al sombrero. Ella le miraba tan adusta, con ojos tan duros, que él volvió a saludar, cohibido. Esta vez se quitó el sombrero. Ella no desclavaba su mirada aguda, hincándose más. El colgó el sombrero en la palanca del cambio cruzó de manos. Obstinadamente lea en un indicador del salpicadero: «Amperes. Carga. Descarga».

—¿Conque me robaba usted el auto?—dijo la mujer.

El se volvió; la dama tenía los labios descoloridos de cólera.

—¿Yo?

—Sí; usted, usted, usted!

Cada «usted» sonaba seco contra el pecho del hombre como un puñetazo.

—¿Señora!

Estaba tan asombrado que no sabía cómo disculparse. Otra vez se miraron cara a cara. A ella le temblaban las aletas de la nariz. El agua había teñido sus vestiduras. El fieltro del casco era negro humedad en lugar de bosque de rosas. Los zapatos, claros, rebosaban lodo.

—¿Pero es usted capaz de creer, señora...?

Ella tenía el traje primaveral pegado a la carne por el agua, y los aladares, deshechos, escurriendo, con puntos huesudos salientes bajo la tela. Chorreaba. El frío ponía su piel exangüe. Cruzó las piernas. La falda destiló gotas. El miró furtivamente. Esperaba unas piernas llenas, mórvidas, blanditas. Eran rectas, escuetas: piernas de patada.

—¿Qué quiere usted que crea? Se sube usted a mi auto y sale corriendo ¿Qué se puede pensar?

—Señora, soy Lud, como me llaman familiarmente, Ludovico Masán, Avenida de los Reyes, veinticuatro. Está usted equivocada.

—Bien. Equivocada. No discuto. Andando.

—¿Cómo?

—¿Y el patinazo? Ha estrellado usted las ruedas contra la acera. ¿Es que voy a dejarle marchar, aunque me haya roto el coche?

—Que venga su chófer y le mire.

—Le guío yo. De modo que ¡andando!

—Escuche....

—Creo que le conviene.

Tocó el resorte del bolso; su piel, de serpiente gris, se abrió en un bostezo. Dentro había un revólver, con dos brillos heladores: níquel y nácar..

Lud seguía excusándose:

—Señora soy muy distraído, me he subido a su coche por error. Soy muy distraído.

Con tristeza repetía la frase:

—Demasiado, demasiado distraído....

Presentó ella una máscara furiosa: el labio inferior, cogido entre los dientes; las cejas, apoltonadas: un súbito enrojecimiento del corazón alterado. Encañonó a Lud:

—¿Ladrón!

Había concentrada en la actitud de la mujer tanta ira y un imperio tan poderoso en su acento, que Lud se alarmó, intimidado.

—¡Vamos!

Lud hizo el consabido ¡clis! con dos dedos en el contacto. Estaban aislados de lo exterior por la vertiginosa lluvia. Ella fué dándole indicaciones:

—¡A la derecha! ¡Tuerza por esa calle! ¡Más allá! ¡Cruce! ¡Siga! ¡Todo derecho!

Llevaba el coche con torpeza. Veía en el parabrisas imágenes disueltas en agua, churretes de faroles y de árboles, casas que ondulaban por abajo, como si las temblasen las rodillas; los colores de la calle rezumando minúsculos arroyos perpendiculares en los que se retorcián y se licuaban las masas. Hizo un reojo hacia la mujer y le amilanó su brutal dureza. Aquella mujer tenía mirada de hombre.

El automóvil quiso irse hacia la derecha. Le rectificaba con el volante, y el juego delantero daba saltos y giraba tozudo. Y el arrastre rasposo del neumático vacío.

—Vamos pinchados.

La agresiva mirada tenía la mano dentro del bostezo de serpiente.

—Cambie la rueda.

Ya sabía Lud que era inútil negarse. Aquella voluntad tenaz le dominaba. ¿Y qué podía oponer más que su abulia? Su distracción quizá no fuese más que eso: Flojedad, pereza, musarañismo del que, inconscientemente, no quería hacer nada.

Abrió con desprecio la portezuela y se puso debajo del agua. Veía a la mujer en el fanal cobijador del coche fumando un cigarrillo. Estóico,

hizo las maniobras necesarias y reemplazó la rueda de pellejo vacío por otra redonda de la dura salchicha rellena de aire. Al subir, en vez de las gracias, recibió otra orden, escueta y militar:

—¡Siga!

Llegaron sin cambiar más palabras. La casa estaba en un arrabal, con centinelas de chopos, sobre una colina que dominaba la urbe. La mujer llamó, y acudieron individuos de uniforme.

—Revisen el coche, el lado derecho y la parte delantera.

Después de una inspección minuciosa, no encontraron nada anormal. La mujer, a la que todos hablaban con respeto, se volvió hacia Lud, a quien intencionadamente daba la espalda:

—Puede marcharse.— le ordenó con voz cortada, baja, apremiante. — Que le sirva de lección. Ya habrá visto que las mujeres sabemos defendernos. Y dé las gracias porque no le detengo aquí mismo.

Mientras encerraban el coche, la mujer entró en la mansión por la larga alameda.

Entre los chopos lineales, a distancias exactas, semejava un coronel pasando revista. Su paso sonaba a timbal: Tak, tak, tak, tak.

Ludovico no cesó de mirar los talones, con su juego de doblarse y desdoblarse, hasta que ascendieron un tramo y les ocultó la vidriera. Al través de la verja la fachada hostil, con escudo y asta de bandera en el balcón central. El viento tocó en el hombro a Lud y le estremeció un escalofrío. Antes de marcharse masticó un insulto:

—¡Huesuda!

Y otro:

—¡Larguirucha!

Deshizo lentamente el camino, la ropa tan empapada como si volviera de tomar un baño con el traje puesto. Cuando están vacías las calles de la ciudad parece que todos se han refugiado en sus casas porque hay revolución. Ahora ya salieron algunos con aire de susto, buscando sus muertos. Los arroyuelos les lamían los pies y corrían, corrían, para arrojar a las cloacas los insectos medio ahogados que llevaban a la espalda. Casas y árboles, persianas y toldos, se sacudían el agua como los perros. Era la falsa lluvia, la que salpican los edificios después de la lluvia verdadera.

El automóvil, con los ojos ciegos, junto a la acera, igual que todos los ciegos aguardan a que les pasen al otro lado. Al instalarse Ludovico al volante, apareció en la ventanilla una cara, y sobre ella un casco enfundado.

—¡Señor!

Lud comprendió.

—Está usted multado dos veces. Dirección prohibida y abandono de automóvil en calle donde no puede dejarse sin chófer.

Iba una mano a la sien en saludo. El casco era de los que llevaban los servidores de aquella mujer. ¿Seguiría la agresiva venganza? Arrancando el automóvil, el guardia se volvió a mirarle el número, con ese giro de los que se vuelven a mirar las pantorrillas de la que pasa.

III

Friccionándose Lud con alcohol de romero, ya en su piso. Las flores de trapo palpitaban de esperanza: ¡quizá ese olor lo exhalaban ellas porque se convertían en flores campesinas! El alcohol devoraba la humedad en el cuerpo de Lud y le enrojecía. Oyóse un grito de erres terminado en enes.

—¡Rrrrrrrrrnn!

Era el teléfono; avisaba que la corriente eléctrica le hacía cosquillas.

—¡Rrrrrrrnn!

Insistía, insistía, nervioso, Ludovico quedose con el guante de crin aplicado a un brazo en alto. La criada había salido. Acudió desnudo.

—¡Diga! ¡Diga!

Su abogado estaba allí, metido en el pequeño auricular, y balbuceaba, con labios de caucho. Entre la maraña de frases sólo percibía claramente: —«Como usted no llevó el documento.... como faltó el documento.... como la prueba era el documento...»

Y después el remate, la rúbrica:

—«.....nos han condenado.»

Ludovico se sentó ante la mesa, apoyando su pesadumbre en la mano del guante gordo. La condena era casi la ruina. Su naturaleza química le llevaba a un momento trágico. Tumultuosamente rompieron a hervir en su cerebro imágenes de futuro miserable, lo estúpido del incidente del papel quemado, ideas de matarse, de corregirse; simultáneamente desesperación, abatimiento, caos, mareo físico.

—¡Atchiss!

Salió todo, se le vació la cabeza con el estornudo.

—Es ridículo lo que me ocurre. Hasta los momentos graves como éste se han de resolver en sentido humorístico.

Golpeándose la cabeza con el puño enguantado,

era un boxeador entrenándose en endurecerse el frontal. Le llamó el arco iris del tintero, prisma de vidrio.

—Es bonito esto.

Acariciaba el tintero, lleno de luz descompuesta.

El teléfono otra vez.

—¿La casa de don Ludovico Masán!?

—Sí.

—¿Luego existe?

—¿Cómo?

—¿Es cierto que vive ahí don Ludovico Masán?

—¡Sí! ¡Vive! ¡vive! ¡vive!

—Entonces yo....

—¿Usted qué?

—Me parece que me he equivocado.

—No se ha equivocado. Es aquí.

—¿Qué dice?

—¡Oiga!

—Ya hablaré con él.

—¡Escuche, escuche!.....

Ya no contestaba nadie. Ludovico miró al teléfono con estupor.

—¡Vaya!

Lo dijo como sacudiéndose las preocupaciones. Se fué a su alcoba y se acostó con el guante de la fricción puesto. La alcoba estaba en penumbra dulce. (Comenzaba a brotar de esa penumbra un tenue esquirole, campanillas de porcelana quebradiza. Acariciaba su mejilla un cacto grasoso, de suave pelusa, como pecho de perra. La alfombra hacía ron-ron, y crecía su lana convertida en espuma. Iba a aparecer un paisaje chisporroteando color, pero algo invencible le obscurecía. Se inundaba en negrura el faro rojo, y sobre él un fuego fátuo. Ya tocaba la negrura sus pies, ya llegaba a la garganta del torrero que contemplaba triste el sitio donde antes se agitaba el mar, convertido ahora en noche quieta.... Claridad, luz pura en lugar de sangre, circulando por todo el cuerpo; bebida, la respiración.)

En el sosiego, el hombre burlado, arruinado, se durmió como un niño.

IV

Chispazos de relámpagos, cielo compacto resquebrajado por los truenos, más lluvia al día siguiente.

Aquel día de inagotable lluvia, iba la tierra por los espacios escurriendo agua como una inmensa esponja. Lo imaginaba Ludovico acostado, mirando al cielo, de un gris niebla de atardecer, revolcarse en los tejados. A cada ráfaga se subía más el embozo y metido en sí mismo procuraba dormir, no sentirse.

—En realidad—volvía a agitarse—lo que me pasa a mí es que no tengo fijeza, que no tengo ideas, que no tengo más que ensueños.

Era un ser agobiado, hundido, débil, sin fuerza ni para levantarse ni para coordinar. No podía sostenerse, no podía aguantar el fardo físico. Ni ordenar, poner uno detrás de otro, los razonamientos, enlazados por el inflexible método lógico. Tampoco coger un hecho y hacerle la disección. Se distraía, como un médico que abandonase la operación, por seguir el vuelo de una mosca.

Era el hombre sin pensamiento: sensación de flotar en un oleaje que le ahogaba a medias, meciéndole sin rumbo y sin por qué. Era el autómata: obraba por impresiones externas, por reflejos de cosas de fuera. La luz le hacía abrir los ojos; el sonido, poner atención; la calle ante él, andar; la escalera, subir; la silla, sentarse; el vaho de las viandas, sentir apetito de olfato. Pero él por dentro, no se encontraba. ¿Dónde estaba él, él mismo?

Muchos actos los dejaba a medio ejecutar. Iba a escribir una carta, ponía ante sí el pliego, boquete blanco en la mesa, se vaciaba su atención y se quedaba mirándole sin comprender. Lo olvidaba todo, se le borraba todo apenas percibido. Su placer máximo era dejarse empapar por el flúido de la indolencia. Porque al faltarle pensamiento le faltaba objeto y la voluntad, atrofiada de no ejercitarse, le traía aquella indiferencia, aquella apatía, aquella atonía.

¡Delicioso nihilismo! Delicioso, porque sobre su materia organizada elevábase su poder de creación de fantasías, y la imaginación, incesante, le transportaba a sensibilidades, a percepciones inauditas. Era el suyo un don de ébri de delirios, de fumador de sugerencias. Los sentidos se le mezclaban en uno solo, y así, oía el color, veía los sabores, combinaba hasta el éxtasis el mundo que le nacía dentro de los elementos que se le entraban del mundo por fuera. Poetizaba, musicalizaba las cosas, las sumergía en el éter de los deliquios. Estaba como en una cuarta dimensión que participase de dos realidades: la ruda, la de los objetos pesados, y otra, que era atmósfera inmaterial, trasluz de lo sensible, filo de vislumbres y anticipaciones.

Hasta aquel momento, su vagar sin fin, en plano superior al de los hechos, le asemejaba a un globo

escapado de las manos de un niño que se bambolea en el aire; ráfagas le traían y le llevaban. Estaba desconectado; le animaba un motor, pero el motor no se relacionaba con el mecanismo de transmisión: giraba loco. Ahora había sido grave el accidente; el globo estalló en el aire; el choque deshizo la cámara donde borboteaba el impulso.

Todo él, caído en el lecho, era un montón de potencias y de energías aplastadas bajo la ruina. Uno solo de los pueriles lapsus de su ánima le dejó inerte para toda la vida, sorbió su esperanza, deshizo sus posibilidades, le precipitó en la miseria, robándole el bienestar.

—No es que yo carezca de fijeza, ni que viva solamente entre sueños—reflexionaba Lud—; es que han constituido la vida de manera contraria a la naturaleza humana. Eso que llamamos la realidad, no es más que un molde que han hecho otros, y donde por fuerza hemos de meterlos para que nos conformen a su convivencia, aunque se destruya así nuestra propia figura. ¿Qué iniciativas se pueden tener que no estén subordinadas a prescripciones y a límites? Todo está canalizado, todo tiene sus fronteras y sus previsiones.

—Así— proseguía su soliloquio, fijo en una idea por primera vez—, si nos dirigimos con humor o con fantasía a la vida, no nos responde más que con chascos, contradicciones y desprecios. Nuestra índole nos impele a vivir de una manera y hemos de vivir de otra. Tiene un enemigo el mundo; tal como es, no lo hemos formado nosotros. Es obra de alguien que se nos adueña, y con su mirada miope y su inteligencia mezquina ha llenado de obstáculos, de incomodidades y prohibiciones, lo que era albedrío, libertad, alegría, ocurrencia.

Personalizaba.
—A mí mismo, cuando me encontré con esa mujer odiosa, no ha debido sucederme nada desagradable. Lo lógico era reír. Encontrarnos hombre y mujer dentro del refugio del auto, llenarnos de besos, gozar de cuanta riqueza poseíamos en aquel instante; del tesoro de juventud, de salud, de deseo, de independencia que reboaban nuestras manos. Podíamos haber escrito en nuestro recuerdo una aventura, la palabra divina.

Nos lo insinuaba al oído lo imprevisto, el encanto de lo nuevo, inesperado, fugaz. Y el enemigo del mundo emporcó el encuentro novelesco.... Ella no veía en el suceso más que cosas horribles, esas cosas que ven en cualquier hecho los abogados: la propiedad del coche, el hurto, la legítima defensa, el derecho a castigar el delito.... Yo, en cambio, una maravillosa combinación del azar, una elegancia de la casualidad. Y eso en momentos en que debí estar más amargado, desesperado....

No cesaba de pensar en ella. Como de burla, como un ensañamiento más de su mala suerte le humilló, vejándole con desprecio. ¡En los momentos en que tenía clavado en la carne el estúpido incidente, cuando él mismo había hecho arder su riqueza!

¡Con qué enérgica resolución daba órdenes, y se imponía! ¡Con qué seguridad iba a su blanco, lanzada con sentido irrefragable! ¡Con qué fuerza creaba el propósito y doblegaba a los demás a obedecerla! Era un manantial de voluntad, era la Voluntad.

Ludovico tenía enfrente una escultura, desnudo cubista. Expresaba una mujer dinámica, síntesis de dinamismo. De lo profundo del bloque brotaba un vigor, que ya, en la superficie, se transformaba en impulso. Todos los planos en movimiento cortaban el aire con infinitos biseles, como los filos de luz brillante. No era la sensual, redondeada con morosidad por las manos de uno de esos escultores que acarician las formas al mismo tiempo que las crean, sino una máquina de hacer, de ejecutar, irrumpiendo, triunfante, en el espacio, partiendo con los mil ángulos de su cuerpo, lanzando los obstáculos que se le oponen: Venus, con armadura guerrera entrando en el agua y rompiendo sus cristales.

En su fiebre Ludovico veía a aquella mujer decidida, golpeándole con los ángulos de sus brazos, de las rodillas, de los pies, quitándole a codazos de su camino, alejándole a empujones, haciéndole huir de miedo a ser arrollado por la tromba vertiginosa que aplastaba los obstáculos, que llevaba dentro de sí la inaudita energía de la Voluntad.

Voluntad: mirada de hombre. Ludovico, agachado dentro de las sábanas, empequeñecíase, concentrábase en un puntito minúsculo. Pero no podía evitarlo; la Voluntad pasaba sobre él insignificante, con el estruendo veloz de un tren. A Ludovico le dolía en el rostro aquella mujer inflexible que laminaba, rodillo erizado de puntas, su blandura inerte.

Por la noche a otra luz artificial, y en el delirio que le acometió, la mujer del automóvil era, in-

fundida en la escultura cubista, un hermoso astro de fuego.

V

Madrugó. Levantóse de un brinco. Por la ventana, de par en par, recibía en pleno pecho bocanadas de sol húmedo. Gorjeos de pájaros invisibles. Abajo, en la calle, gritos y hablar alto de gente gozosa a la que no veía tampoco. Los balcones, abiertos, desnudaban las casas, mostrando su interior.

—¡Hermoso día!
Fué a la ducha y le sacudió como una paliza la brutal masa de agua. Vistióse en unos segundos. Desde la puerta del baño un grito con voz sonora:

—¡Comer!
Procedía en tiempos de verbo tan cortados que parecían todos sus actos un imperativo. Así eran los actos militares: precisos, secos, terminantes. Levantarse, bañarse, vestirse, desayunarse.

—¡Buenos días!
—¡Buenos días.
—¿Está mejor el señor?
Esta pregunta sorprendió a Ludovico.

—¿Yo?
—Como ayer no quiso tomar nada, como se acostó el señor..., como daba gritos con la pesadilla...

Ludovico miraba a la sirvienta: cofia blanca, pelo blanco, rostro blanco, delantal blanco.

—¡Ah, sí!... Bien, gracias— le contestó.
Al marcharse la sirvienta: lazo negro, espalda negra, falda negra, pies negros, Ludovico se echó a reír con risa sin ruido:

—¡Enfermo, enfermo!... ¡El pleito perdido!... ¿Y qué importa?

Masticaba con poderosas mandíbulas. De pronto se entenebreció.

—¡Ah, pero esa mujer, esa mujer!...

La amenazó con el puño. Disgustóse y ya no probó bocado. Fué a la ventana que limitaba un cuadrilátero azul como si hubiesen empapelado el hueco.

Allí en la ventana, no divagó, como siempre. El recuerdo se recortaba duro, materializado. La voz, la figura, el largo camino llevando el auto bajo la mirada vigilante del revólver de níquel, la rueda pinchada, la casa de chopos en alineación de regimiento, la lluvia, el frío. Y la vergüenza de la humillación.

Hasta entonces había tenido Lud el mecanismo, pero no la vivacidad del espíritu. Todo se disolvía ante él, todo se reblandecía y se desmoronaba cuando iba a apoyarse en ello. Encontróse aquella mañana, por el contrario, seguro, con activa circulación de la sangre, dueño de sí, sintiendo el pavimento firme bajo sus pies.

—¿Por qué hemos de subordinarnos a las reglas que nos han dictado sin contar con nosotros? ¿Por qué esa exaltación de la Voluntad? La Voluntad no es más que una manía de hacer una cosa precisamente de un modo. ¡Que las cosas se desenvuelvan por sí mismas! Todo está combinado por el capricho, alegre divinidad ajena y superior a nosotros. ¡Y la testarudez, es decir, la Voluntad, quiere que todo ocurra conforme a nuestra conveniencia!...

Reflexión.

—Ese exceso de razón, tanta moderación, medida y tasa, nos lleva por la vida como por una calleja angosta. Tropezamos con los codos en las paredes y del cielo no se ve sino una faja estrechísima... ¡Y queremos campo, anhelamos horizontes ilimitados, aire libre!...

—¡Aire libre! —gritó elevando los brazos.

—Esa maldita mujer encarna al Antimundo. Es el azote, la plaga... Por ella y por los que proceden como ella somos desgraciados desde el nacer hasta el morir. El derecho, la corrección, la monotonía, la esclavitud, las conveniencias, el respeto a lo establecido, el ordenancismo..., ¡esa es su alma! ¡Ay! ¡Yo soy un fauno a quien ha afeitado, que no puede brincar, porque le metió en zapatos sus pezuñas de chivo!

Aquella obsesión de ella, aquel odio, aquel peso en la cabeza, su idea fija, se había hecho de piedra; y sentía la piedra ocupando el cráneo, antes vacío, oprimiendo, comprimiendo las sienes, los ojos, la nuca, como si fuese a estallar. El odio había sacudido, había despertado su alma adormilada, que iba por la vida con los ojos entornados. Todas sus ideas eran venenosas. Sus nervios estaban tirantes, a punto de disparar las maldades acumuladas...

VI

Aquella mañana ocurrieron los tres hechos singulares.

Miraba Lud el cuadrilátero del cielo. Apareció en el cuadrilátero, saliendo por detrás del marco de la ventana, el minúsculo moscón, que se golpeaba con el Límite, queriendo traspasarle. Avan-

zaba, retrocedía, volvía en zig-zag, rezongando, bordonando.

—El aviador de siempre— murmuró Ludovico con desdén.

Añadió, concentrando su rabia en la mirada que le dirigía:

—¡Por qué no se le ocurrirá tirarse de cabeza!...

El insecto metálico se desplomó, perpendicular, como herido por un disparo, allá a lo lejos.

Ludovico mordió un cigarrillo y se repechó en la ventana. Vista de rascacielos. Basculando hacia fuera, tenía al fondo, en perspectiva oblicua y de alto a abajo, la avenida urbana. Cientos de personas se entretejían, cruzándose, esquivándose, como lanzaderas. Las tranvías eran habitaciones huyendo, con las personas que estaban sentadas frente a frente en la sala de espera, sorprendidos de ver la habitación en mitad de la calle. Las señoras miraban desde los automóviles cómo las fachadas corrían hacia atrás.

Una mujer sobresaltó a Ludovico. Era alta, flaca, hombruna. Veía dos pies, zapatos sin tacón, saliendo a compás de la circunferencia de la falda. Cuando la mujer estuvo precisamente bajo Lud, la bola redonda del gorro color café y los dos hombros, sólo eso. Avanzó y por la espalda, parecía sin estatura: el gorro esférico, los hombros y unas caderas escuálidas que resbalaban por la acera.

—¡Es la maldita! —pensó Lud— ¡Pero no me da tiempo a bajar! ¡Si subiera!...

Deseó, palpitándole el corazón, que la mujer, por un azar milagroso, tuviese que ir allí, a su cuarto mismo, que al volverse la encontrara a solas, encerrada en sus paredes, aunque llevase el revólver de níquel.

Mientras Ludovico cerraba de un golpe las vidrieras y pedía con prisa su sombrero para bajar, la mujer levantaba la cabeza a la ventana de Lud. Buscó la puerta y subió. Lud oía el timbre estando en el recibimiento. Penumbra del recibimiento y de la escalera. Al abrir la puerta aparecía en esa penumbra alta, flaca, la mujer del automóvil.

Ludovico la empujó con alegría de cazador, alegría grosera de dar empujones:

—¡Venga usted!, ¡venga usted!

La dama no se resistió. Ludovico y ella se encontraron en la claridad de otra habitación, mirándose. No era la mujer del automóvil.

El se llevó el sombrero al pecho:

—Usted perdona. ¿A qué debo?...

La señora retorció la correa del bolso de mano.

—Sepa disculparme, caballero... Porque...

Palpitaba de azoramiento. No sabía qué decir.

Cortó la pausa, embarazosa, con una frase pobre que a ella, rebuscando en su ofuscación, le pareció un hallazgo precioso:

—Creo que me he equivocado.

Ludovico, dueño de sí, dominando la situación como un actor, quiso jugar un poco con el aturdimiento de ella:

—Seguramente. Pero puedo ayudarla a encontrar lo que busca. ¿La dijeron el piso undécimo?

Y más finamente, con imperceptible socarronería:

—¿Por quién preguntaba usted?

Roja de confusión, ya palidecía de susto. Los ojos, muy abiertos, miraban a Ludovico, sin ánimo:

—Señor... yo... verdaderamente...

Desplomóse en una butaca y empezó a sollozar:

—¡No sé lo que me pasa, caballero!

Se restregaba los párpados, con puños forrados de guantes.

—Debo de estar enferma... Iba de compras. Se me ha ocurrido subir, he llamado precisamente aquí, pero no crea que estoy loca. Ha sido... un impulso...; no podría explicarle... Le ruego por Dios... que no me confunda usted...

El caballero se inclinaba, galante.

—No se preocupe. Un error le padece cualquiera. Repose. ¿Quiere tomar una cosita caliente?

A los pocos minutos la señora hipaba sorbiendo el té, agitada, con los nervios raspados por el ridículo, a cada minuto más insoportable.

Ludovico la vió salir balbuceando más excusas, subirse a un taxímetro en marcha, y sacar la cabeza por la portezuela haciendo gestos de muñequillo de guiñol a la casa maldita.

VII

Incidente extraño, que preocupó a Lud. ¿Por qué había subido aquella dama? ¿Error? ¿Aventura? No. Una fuerza imperiosa la arrebató de la calle, poniéndola ante él. Recordó súbitamente su deseo de que cayera el aeroplano. También, confundiéndola con la otra, deseó que la señora subiese. Casualidades. Pero, ¡qué ajustadas, qué precisas, qué obedientes a su mandato!

Unos paseos; pasos lentos y preocupados. No le distrajeran, como cuando se ponía a mirar, rostro inclinado, las flores de la alfombra, las ensambladuras de la madera. Su razonamiento era

definido, inflexible; era el plano de una ruta con sus etapas calculadas matemáticamente.

—Para saber quién es, puedo valerme del teléfono. Aquella casa tiene hilos amarrados a la fachada. La casa está en el barrio del Sur. Los teléfonos de cada barrio tienen en la numeración los dos primeros números iguales. No hay más que ir llamando con paciencia a cada uno de los tres restantes. Además era una casa oficial, con escudo y bandera: Consulado, colegio, sociedad...

Abriendo el libro indicador, metió el dedo en el agujero seis de la ruedecilla automática. Entonces acaeció el tercer hecho inaudito. Precedida de la sirvienta—Pase la señora—entraba en la habitación, serena, alta, angulosa, comedida, la buscada, la odiada.

—¡Iba a llamarle a usted!— se le escapó.

—Telepatía— contestó ella.

Sentóse con movimientos cortados, adoptando la postura de confianza: una pierna sobre la otra, el pie meciéndose, el cuerpo bien atrás, una mano tecleando, la otra sosteniendo erguido un bastón de borlas, bastón de autoridad. No era hermosa, aunque lucía cualidades de raza: tobillos finos; garganta sin indicio de papada grasienta; labios lineales, sin bulto; piel de levísimo azulado.

—Señor Masán; no sé si será un poco incorrecto que haya venido a su casa. Estamos en una época en que son naturales ciertas cosas que antes originaban escándalos. ¿No lo cree usted así?

Agazapado, medio escondido detrás de un mueble, al otro extremo de la habitación, Ludovico se gozaba de contemplarla, en empaparse bien de su presencia real, en saborear la delicia de estar ensuciándola con la mirada.

—Bien; dejemos eso— reanudó ella, arrojando, guiñapo que no sirve, la pregunta que no recogía él.—. Estoy aquí, eso es lo importante.

Le miró de hito en hito, autoritaria, con la dureza que él conocía, presentando los dos pómulos rotundos y el mentón voluntarioso. Pero vio la mirada biliosa y encendida de él y tuvo que bajar la vista, impresionada por aquella hostilidad agresiva que ya notaba en la epidermis.

—He venido—se le empañaba un poco la voz categórica, en escala alta— porque he sufrido con usted un error y me parecía absurdo, indigno—se apoyó bien sobre esta palabra— que no tuviésemos una explicación.

Para dejar sitio a la respuesta de él, apeló al recurso de los comediantes que necesitan oír al apuntador: tosío ligeramente, con desgarró. Ludovico no se movía, con los dos iris relucientes enfocados a sus ojos.

—Bueno—se revolvió la dama, con su temblor de labios— Las apariencias le condenaban a usted. Hay que convenir....

El silencio.

—Yo dejo el automóvil y una persona se lo lleva. Comprende que hay distracciones pero ¿hasta ese punto?

El silencio.

—¿Puede alguien meterse en un automóvil que no es ni siquiera de su marca—porque yo sé que tiene usted coche— y no notarlos?

El silencio.

—Era natural que yo le tomase a usted por un...., por un.... Ocurre todos los días. Roban los automóviles y los dejan en las afueras, después de desvalijarlos.

Rellenaba con frases aquel enorme agujero de silencio, sin encontrarle fondo.

—Yo sé que me he confundido, que estuve imprudente, grosera... Sí, sí... A mí no me duele la verdad.... Pero si piensa usted serenamente se hará cargo de que... ¡Hable, hable usted, diga algo!

Se levantó como si la hubiese prendido fuego la cólera. Era una llama convulsa. Sentía desde la primera mirada de él, que esa mirada, la misma, sin partirla un parpadeo, fija, recta, como un arma acerada, tendida de ojos a ojos, la pinchaba, la penetraba, la quemaba dentro, aguja traspasando sus sienes. Aquel acceso de ira el último recurso de su voluntad, todo el fluido de su energía acumulado, que descargaba en tormenta para abatirle, para aniquilarle cuando ya, víctima, comprendía que iba siendo dominada, antes de inclinar la cabeza y desfallecer.

—Soy una señora, soy una personalidad oficial, y vengo a pedirle perdón. Y usted, un insolente y un mal caballero.... ¿No basta ver suplicar a una dama, humillarse a la Gobernadora? ¿Qué quiere usted? ¿Quiere que le indemnice? ¿Por qué me humilla? ¿Quién es usted después de todo? ¿Un artista? ¡Bah! ¡Es usted un hombre cualquiera, un cualquiera, un cualquiera...!

De él no veía más que dos círculos, con el reflejo de un empavonado líquido, negro, profundamente hondo, y el chispazo de la mirada obsesionante en el centro, el cabrilleo, el centelleo quizá de su alma que se veía por una rendija ígnea. Se acercaban hipnóticos, calándola de frío. Oía una voz que la ordenaba:

—Síntese.

—Conteste.

Ella era, bajo aquel influjo, como el guerrero al que despojaron de todas sus armas y está acorralado contra la pared por un remolino de filos de espadas.

—¿Cómo se llama usted?

—Rosmarí—contestó, módica, niña—Es decir—corrigió en el acto—, Me lo llamo yo, porque me gusta, pero no soy francesa. Tampoco me pusieron ni Rosa ni María. Me llamo Norma. Pero si quiere usted....—imploraba—, llámeme Rosmarí. Es bonito... Rosmarí... Rosmarí...

Paladeaba su dulce nombre.

—¿Casada?

—Sola.

—¿Huérfana?

—¡A mi edad!.... Sola completamente.

—Rica. Voluntariosa. Acostumbrada desde niña a imponerse, a conseguir todos los caprichos, a no ver en los demás sino instrumentos, criados, esclavos. Hija de un Jefe quizá....

—Sí.

—Fanática de la religión de la voluntad, de la actividad; energética, implacable, mecanizada, valerosa....

—Sí.

—Odia usted el ocio, la blandura, la pereza, el ensueño, la imaginación; no divaga, no se mece en los días, no saborea lo enervante. La vida para usted es uniformada, cuadrículada; es regular como el movimiento de un péndulo.

—Sí.

Es usted una mujer de hueso, de músculo, de pellejo; los tres elementos duros se entrelazan y hacen de usted una máquina exacta, limpia, productora de movimiento y de fuerza....

—...y de fuerza— repetía la mujer como un eco, sin aliento para más.

—Debía ser, debíamos encontrarnos en duelo, para ver quién acababa con quién. Pero yo no voy a exterminarla ahora. Usted hubiese puesto fin a mi vida, apretando el resorte de ese aparatito niquelado que escupe una bala con la fuerza expansiva calculada de antemano en un teorema. Eso sería indigno de mí, el fantasista y caprichoso. ¡Márchese usted!

Rosmarí, Norma, intentó vanamente defenderse.

—Yo, la gobernadora, que vengo de mi palacio oficial....

Pero no pudo seguir hablando; su voluntad obedecía a otra que la mandaba salir de allí. Y aunque confusamente no quería, salió, redoblando taconazos.

—¡Eres un símbolo!— le gritó el hombre—¡Y yo soy otro!

Así terminó el día de los tres sucesos singulares.

VIII

Veinticuatro horas después, los altavoces de la radiotelefonía sintieron en su glotis un carraspeo. Recibían ondas seguidas, incesantes. Los microfonos las lanzaron por el tubo de la garganta hacia afuera, hacia la enorme boca circular que estraba los sonidos comprimidos y los amplificaba, como si fuesen de goma.

—Atención—resonaban las bocinas—.... ¡Atención, conciudadanos! ¡Os habla desde una estación clandestina un hombre a quien no conocéis. Mañana cesa el carnaval que disfrutáis y empieza vuestra esclavitud. O también puede decirse que termina vuestra esclavitud para que empiece la más loca carnestolada. ¡Ciudadanos! ¡Vivís con arreglo a fórmulas: yo voy a alterarlas y a precipitaros en el caos. Vivís con arreglo a leyes, yo voy a sustituirlas por el capricho. Vamos a ver brincar a lo sorprendente en el corro que formemos: gesticulará como un mono. Vamos a ponerlo todo, no del revés, que es una forma del orden, sino como caiga. ¡Fantasías, quinielas, pájaros bobos, y de colorines; la ráfaga arrebatando los papeles ordenaditos del pupitre: el humo contra la línea recta! ¡La magia, en fin!

Los transeúntes se detenían ante los amplificadores de los edificios oficiales. A las puertas de las tiendas, escandalizaban los tornavoces, y las compradoras suspendían el examen de las telas para sonreír a la flor de aluminio, de madera, de caucho, por cuya corola salía la proclama gangosa.

En los hogares estaban las habitaciones con las paredes golpeadas por las palabras alarmanes y se oía el bisbeo de los cuchicheos.

—¡Atención, conciudadanos! ¡Hasta hoy os ha dominado una mujer que, sin duda, me oye: una mujer euclidiana, constitucional, hecha de pasta de códigos, uniformadora y encasilladora; que geometriza y descarna los días, que los mete en el círculo de un reloj y en la monotonía de un calendario. Esa mujer, lógica, puntual, el orden, la tarifa, la previsión, el cálculo, la corrección, el respeto, ha enfriado la vida. ¡Conciudadanos, yo voy a poner la vida al rojo de cereza!

Los altavoces seguían gritando en tono entonado. Los transeúntes aumentaban el grupo ante los edificios oficiales. En las tiendas, las señoras se distraían oyendo la soflama y se dejaban admirar la nuca por los dependientes. En cada casa corrían por las escaleras los vecinos para comprobar que todos los amplificadores decían lo mismo, y que el suyo no se había vuelto loco.

—¡Conciudadanos! Voy a desconcertarlo todo. Yo soy el elemento contrario a esa nefasta mujer. Era blando, opaco, inerte, y me han hecho duro, brillante, activo. ¡Voy a vengarme y a vengaros! Todo estaba prohibido; ya no hay nada prohibido. Todo era máxima; todo será inspiración. Todo tenía su reglamento; todo tendrá su pista de circo. Y es porque yo, a quien conocéis sólo por la voluptuosidad del descanso, que sólo tímidamente se manifestaba en los poetas y en los artistas; que divagaba silencioso; que me ocultaba en la penumbra de las siestas ociosas; yo, que estaba vacío y flotaba incierto, impreciso, sin contorno; yo, que era el espíritu, el hálito último de lo libre; de lo que vuelve el cuerpo alma; de lo que saca de la realidad; del ensueño celeste; de la quietud llena de delicias; de la transmutación divina; yo, impalpable, leve, sutil, perfume, me he robustecido, he cuajado en un cánón categórico y macizo como una estatua. ¡Y es porque me he apoderado del pensamiento!

Las calles donde había edificios oficiales con altavoz para transmitir noticias serias, dignas de ser conocidas por los hombres sesudos, esas calles municipalizadas, urbanizadas con asfalto, bordeadas con uniformes de botones dorados, las taponaba el gentío. En los comercios, los dependientes hacían de nuevo su inclinación de noventa grados ante la petición de las dos manitas enguantadas. En cada casa, etcétera, etcétera.

Por la noche, periódicos. Chillidos de grandes letras negras en primera plana: *Hoy lanzaron por las hondas hertzianas un nuevo manifiesto literario. Ha sido prohibido por la censura.*

IX

A las siete, en la mañanita, el sol tiene color de vino blanco al que se ha echado agua. Son pocas las personas que recorren las calles. Los últimos trasnochadores están acostándose—tosiendo—en su alcoba y los empleados luchan con la lluvia de alfileres que cae del despertador erizado por la mañana.

Sólo se ven, por las vías desiertas, algún trapero, algún repartidor de periódicos, algún hombre vestido de azul, apresurado porque tiene que echar de comer a su locomotora.

Lud pensó que el deshollinador se presentase a las siete en cada piso para inaugurar la nueva vida. Y fué vestido de frac. Era un prestidigitador y el conjunto de sus instrumentos bien sencillo: una pluma de pavo real.

El dueño de la casa todavía estaba dentro de su sueño caliente. El deshollinador se inclinó sobre él: —¡Caballero!

Al despertarse y reconocer al deshollinador levantóse y llamó. Toda la familia se puso en fila—la madre, los hijos, los abuelos, hasta los criados— para someterse a la operación delicada.

Entonces el deshollinador introdujo la pluma de pavo real por la nariz del dueño de la casa. Allí en su cráneo, rechinó lo que estaba enmohecido. El deshollinador, revolviendo bien la pluma, frotó con ella las depresiones cerebrales, los lomos y los canalitos de los lóbulos; con más esmero raspó nuevamente la zona de la memoria. Cuando hubo refregado bien la sedosa herramienta la delicada masa en toda su superficie, extrajo la pluma de un tirón y en una bacía empezó a caer el hollín que ensuciaba aquel cerebro.

Pronto le salieron al señor por las narices infinidad de textos de anuncios, los anuncios del telón de los teatros, que no hay más remedio que leer, y alguno muy repetido de los periódicos. También le salieron esas frases que reptan, gusanos gramaticales, por todas las paredes del mundo.

SE PROHIBE FIJAR CARTELES

CERRADO DE 1 A 4

NO SE DESPACHA

SALIDA

SE PROHIBE EL PASO

CARRUAJES: PRECAUCION

Y como aquel hombre vivía muchos años en la esquina de la calle de las Almendras, y todos los días al ir a su casa le era forzoso leer el rótulo, cayeron, arrancadas de su memoria, una cantidad increíble de letreros iguales:

CALLE DE LAS ALMENDRAS

CALLE DE LAS ALMENDRAS

CALLE DE LAS ALMENDRAS

CALLE DE LAS ALMENDRAS

.....

CALLE DE LAS ALMENDRAS

CALLE DE LAS ALMENDRAS

También se habían estancado en su magín

nombres de estaciones ferroviarias, señas del libro de direcciones, apellidos de barcos, títulos de novelas, letreros de tiendas, indicaciones de líneas de tranvías, números de calles:

DARMSTADT

BURGOS

DARMSTADT

BURGOS

JOSE MARTIN-CRUZ, 10

«EPOUVANTABLE»

«CAP LETONIA»

JOSE MARTIN-CRUZ 10

BURGOS

«CAP LETONIA»

«EPOUVANTABLE»

PARQUE-HIPODROMO

«LA SEÑORITA QUE SE QUEDO SIN

LIGAS»

24 DUPLICADO

24 DUPLICADO

24 DUPLICADO

«EPOUVANTABLE»

PARQUE-HIPODROMO

SUCESORES DE PICIO

24 DUPLICADO

SUCESORES DE PICIO

«EPOUVANTABLE»

«LA SEÑORITA QUE SE QUEDO SIN

LIGAS»

24 DUPLICADO

24 DUPLICADO

El 24 duplicado se repetía mucho. La esposa agarró el «24 duplicado» microscópico y fino, como hecho con un pelo, y miró celosa a su marido.

Después, en hemorragia, el chorro de los números que hubo de detener para los usos de la vida, cantidades, años de efemérides. Principalmente números de teléfono:

37-457

124

987

22543

86342

.....

El deshollinador hablaba:

—Lo mismo que se desaloja el estómago en las indigestiones, lo mismo que a los apopléticos, les alivia la sangría, así debemos deshollinarnos el cerebro. Es incalculable la cantidad de cosas oídas o leídas que empolvan, que indigestan la mente, cubriéndola de un barro que acaba por velar la lucidez. A veces una conversación se queda atrancada en cualquier conducto y allí la tenemos perpetuamente, impidiendo el paso a conocimientos mejores, ocupando el sitio de algo que nos interesaría retener y que no encontrando dónde instalarse se sale por el oído mientras dormimos.

Si no nos lavásemos la cara ¿no tendríamos una costra, una careta sobre la verdadera fisonomía, torpe, oculta?

¿Por qué hasta hoy no se han ocupado de deshollinar el intelecto?

Volcó la bacía en un cubo, y por las narices del caballero, nuevamente hurgadas, continuó cayendo la escoria. Desaparecida la capa superficial, la más reciente, empezaron a desprenderse las cosas inútiles antiguas, ya petrificadas: doce lecciones de esperanto, retazos de discursos del Parlamento, una enorme cantidad de conversaciones de café, fragmentos de artículos sobre política, algunas frases célebres, siempre equivocadas, adquiridas al leer las hojas del calendario: «Cuarenta siglos os contemplan.» — *Corregio.*

«Nos retiramos al cementerio.» *Nerón.*

«Qué artista pierde el mundo.» — *Alvarez de Castro.*

«Yo también soy pintor.» — *Napoleón Bonaparte.*

El deshollinador, con el pulgar y el índice, hizo pinza en las narices del caballero mientras vaciaban el cubo, rebosante. Después, dando un golpe en la nuca del paciente, logró que éste soltase lo más agarrado a la corteza cerebral: las ideas que no eran suyas; las aprendidas en los libros; las que los catequistas, los viejos, los amigos graves, que tienen cargos en la Administración y en la judicatura, fueron infundiéndole, sembrándole, fructificándole, para modelar su carácter conforme a los usos y costumbres de una vida social correcta. Y echó con ello los artículos de los críticos que viciaron su visión de la vida y del arte y mataron su opinión espontánea.

Por último, expulsó los residuos de la infancia: problemas de aritmética sin resolver; mentiras que no creyó nadie; la imagen de unas piernas de niña con calcetines, fabulitas que tuvo que aprender a la fuerza para recitarlas en los repartos de premios:

Tantas idas y venidas,

Tantas vueltas y revueltas

quiero, amiga, que me digas

¿son de alguna utilidad?

La última larva de recuerdo que expelió fué la sensación de un sabor líquido azucarado juntamente con la blandura tibia en el rostro: el pecho de la nodriza.

Ya no quedaba más. El caballero respiró hondo y asombrado, todo lo que veía tan revisto diariamente parecía nuevo.

—Tiene usted ahora el cerebro en blanco.

Aquella virginidad era deliciosa. El mundo se revelaba como algo nunca conocido.

Todo era inédito. Las percepciones, sin tener que atravesar el hollín, hiriendo directamente lo sensible nervioso, eran nítidas, de una limpieza tal, de tal sorpresa, que parecía que le hubiesen puesto ojos nuevos para contemplar un país desconocido.

Así deshollinó con su pluma el deshollinador de frac, a toda la familia cuya mente estaba cargada de cenizas en estado de putrefacción. Quedóse aliviada, ágil, optimista; con nueva inmaculada pureza todos ellos.

X

Quería que una persona hiciese algo: pues no tenía Ludovico más que realizar una operación fácil: pensar en ello.

—Hoy los prestidigitadores se levantarán, a las siete de la mañana, para deshollinar ese cerebro con costra que tiene todo el mundo. En las casas les recibirán con naturalidad, como se recibe al fumista o al fontanero. Cada inteligencia ha de quedar tan transparente como un cristal recién lavado; y todos verán el universo como es, sin anteojeras-limitaciones, ni gafas-prejuicios.

Y así, con sencillez, como se hace girar la llave de la luz eléctrica para apagarla o encenderla, así sucedió.

A media mañana, Lud salía a experimentar personalmente los efectos de su idea. Con los guantes apretados contra el puño del bastón bajaba la escalera, ágil, pedaleando de prisa los escalones. En el piso octavo estaba su vecino «Enrique del Rey-Comisiones y Representaciones» tan tembloroso que se abrazaba a la barandilla, buscando una solidez que impidiera a sus piernas fruncirse como fuelles.

—¡Ah señor Masán!...

Fué hacia Lud con la boca prieta y los ojos locos. Debía de ocurrirle algo grave.

Era un hombre de eterno mal humor: la amargura le había puesto verde la piel, condensando un burujo de arrugas en su frente y en su entreceja. Arisco, irritable, colérico, ¿por qué? ¿Qué motivos tenía? Nunca se lo había explicado Lud repasando su haber: salud constante, mujer inteligente y de perfecta plástica, dinero....

Cuando se le aproximó Lud, le dijo manoteando, como manotean los directores de orquesta: —¡Desesperado! ¡Estoy desesperado!... ¡No puedo seguir viviendo de este modo!...

—Usted— le contestó Lud— es un caso muy curioso. Pudiendo ser feliz, se empeña en mortificarse. Tiene usted la voluptuosidad del mal genio. O se le han perdido en la calle algunas cosas interesantes; la alegría, la resignación, la sonrisa, en fin. Ponga un anuncio en los periódicos.

—¡Querría ser manco o estúpido, o calvo! ¡Querría ser farolero o limpiabotas! ¡Querría rodar sobre mí como una bola o que me tirasen pelotas a las narices en un pim-pam-pum! Todo antes que sufrir lo que sufro....

—No grite, ¿Es que se ha declarado en quiebra?

—Peor. Mi desazón es de siempre. Hoy las he visto, se me ha revelado y me asombro de no haber comprendido antes una cosa tan clara. Oígame: yo soy el hombre que padece las pequeñas contrariedades cotidianas; soy la víctima de los ínfimos suplicios de la vida. Tengo una sensibilidad tan agudizada que me lastiman las cosas más insignificantes. Lo que ni a usted, ni a nadie les contraría siquiera, a mí me hace padecer lo indecible. Porque la vida está llena de esos minúsculos tormentos, de esas molestias, que, sucesivas, continuadas, acaban por enloquecer al infeliz a quien preocupan. Verá usted las cosas que me ocurren todos los días. ¡Todos, todos, todos! A mí me despiertan siempre tarde, faltando a mis órdenes y he de vestirme de prisa. Tengo que ir a mis negocios, a mis asuntos. ¿Y mis botas? ¿Dónde están mis botas? En lo más profundo, debajo de la cama; he de ponerme a cuatro patas y cazarlas como a un grillo en su agujero. Pero eso no es nada comparado con la captura del abrochador. ¿Por qué no están nunca los abrochadores donde se les deja? Lo cierto es que tardé un rato en encontrarle. Y si renuncié a él me lastimé los dedos con los botones de las botas. Ya estoy de mal humor, como es natural. Me coloco delante del espejo, intentando ponerme el cuello de la camisa. El ojal es pequeño y el botón grande. Suda usted y se muerde los labios. Pierde usted más energía y más paciencia que en un combate de boxeo. ¡Al fin! Pero ahora no corre la corbata. El nudo queda flojo, porque

tira por aquí, tira por allá, se cansa usted y manda la coquetería a los demonios. El desayuno. Va usted con media hora de retraso, y en pie se bebe el café, mas no sin dar un grito: el café está hirviendo. Se ha abrasado usted la boca. ¡maldito sea...! Baja la escalera a saltos, y ya en los umbrales le saluda una lluvia torrencial de la que no tenía la menor noticia. Hay que subir por el paraguas al piso octavo. No funciona el ascensor. ¡Cuándo chocará este indecente planeta con otro! Pero sigamos. Con su paraguas se entrega usted a su destino. Su destino es tomar un taxi para recuperar minutos. Imposible. En día de lluvia todos están ocupados. Entonces el tranvía. ¡Ah! ¡el tranvía!... El que usted espera no llega nunca. En cambio pasan, burlándose, diez o doce que no le importan. Si, por fin llega, está lleno. Si no está lleno va a relevar. Mira usted el reloj: cuarenta minutos de retraso. En una relojería son veinte minutos menos; usted vuelve a adelantar su reloj. En otra, treinta más. Desconcierto. Pregunta a los transeúntes. El señor gordo le dice que no va bien; el delgado que sí. ¡No hay manera de saber la hora! Y uno corre o va despacio según los relojes que encuentra! Luego resulta, indefectiblemente, que la persona con quien se citó le hace esperar aún, impidiéndole así ir a otras diligencias para las que necesita puntualidad....

—Curioso....

—Yo soy, amigo Lud, ese hombre que cuando pasa debajo de un andamio recibe la catarata de yeso de un saco volcado por casualidad; el que no encuentra nunca el lápiz; el que se olvida siempre del bastón en las casas de visita; el que si va de prisa, se topa con un antiguo conocido que le relata la historia de su familia agarrado a su brazo; quien tropieza en la calle con los adoquines salientes; quien cree que vive en un día por otro, pues no arrancó la hoja del calendario; soy el que no puede encender un cigarrillo porque el aire le sopla las cerillas; el que habla mal de alguna persona delante de un pariente; el que, cuando necesita pagar algo a una señora— el té, las flores— se encuentra con que su mujer le ha limpiado los bolsillos. Me olvido del nombre del café en que me han citado; si me pisan es en el sitio sensible del pie; saco el gabán cuando hace calor; la planchadora me deja la camisa llena de alfileres, que me clavo sucesivamente, según la postura que adopto.... ¿Y las botas que me compro y resultan estrechas? ¿Y las de etiqueta, que rechinan? ¿Y los retratos, en los que siempre salgo mal? ¿Y el no recordar el nombre de un amigo al presentarle a otro?....

—En efecto....

—Cuando se recibe la ansiada carta con retraso y el telefonema importante, ilegible; cuando se sube uno al tren y hay que hacer cuatrocientos kilómetros de pie, en el pasillo; cuando se compra una novela y tiene tres pliegos repetidos y faltan otros dos en su ejemplar; si se va a beber ron, y se bebe quina por equivocarse la botella; si su localidad en el teatro está situada dentro de un grupo de señoras que no dejan oír con su charla; cuando se ha tragado usted cientos de huesos de aceitunas..., de cerezas y de albaricoques; y matado dos perros favoritos en las cacerías a las que le invitan; y asiste a un baile de etiqueta faltándole sin advertirlo el botón más indiscreto; y recibe una descarga eléctrica al enchufar una lámpara.... ¿Qué carácter se va a tener? Son infinitas las equivocaciones y chinchorrerías que soporto a diario. Ya mí, selo juró, me atormentan más estas cosas que un disgusto serio. «El agua menuda es la que hace barro». Es complicado, inagotable, el número y variedad de estos fastidios. Me perturban, me extorsionan, me fatigan, me agotan como picazones de mosquitos, como una erupción de granos inofensivos, pero irritantes. Usted quizás no lo note, pero a mí estas cosas me llegan hondo, me ulceran el humor; por eso estoy escocido y desesperado. Hasta hoy no caía en las causas de mi mal genio. ¿No son suficientes? ¿No tengo razón?

El vecino se quitó el sombrero:

—Pero ¿de quién es este sombrero? «A.H.» ¡Lo he cambiado en la percha del Crículo!

Sudaba. Daba lástima. Para enjugarse el sudor buscó su pañuelo.

—¿Lo ve usted?—casi lloraba— El pañuelo sucio, el que ayer se me cayó al barro, que se olvidó el ama de llaves de sustituir....

—¿Qué hace usted aquí, delante de la puerta? ¿Por qué no entra en su casa a tranquilizarse?

—Señor Masán, todos han salido. Como no hay más que una llave, quedé en cerrar y dejarla en la portería para que se la entregaran al primero que llegara. ¡Y me he dejado la llave dentro!....

XI

—Ya empiezan a notar lo que antes pasaba inadvertido —se dijo Lud saliendo a la calle—.

Ya empiezan a ver que están oprimidos en un círculo hostil por no vivir la vida natural o la vida desprecupada; por sujetarse a la minuciosísima reglamentación de lo que llaman «costumbres sociales».

—Hola, amigo Masán— le saludó un personaje estafalario.

Llevaba una lupa y estaba en batín de casa, zapatillas y gorro.

—Me sucede hoy una cosa curiosísima —le dijo antes que Lud pudiera responderle—. ¡Veo las palabras! Pronuncie unas frases, haga el favor.

Y se echó a reír. Al abrir la boca Lud, el extravagante le aplicó la lupa a los labios.

—Señoras y señores. La primavera viene. Estrenan una opereta titulada: «Nevada de amor». Los trenes en marcha...

—¡Bien —le interrumpió con júbilo el estrambótico—. ¡Bastante! ¿Sabe usted lo que es la palabra, la tan decantada palabra? Un fideo.

—¿Un fideo?

—Sí, un fideo que sale de la boca ondulante, inacabable, largo y se va hacia el infinito, igual que un hilo de telégrafo se pierde en el horizonte. La boca, al aparecer el fideo, va modelándole y le corta con los dientes en fragmentos pequeñísimos para separar unas palabras de otras. Suelas ya, brincan retorciéndose, pero en el frío de la atmósfera se gasifican, se desvanecen...

—¿Nada más que un fideo?

—¡Oh!, ese es un aspecto. Pero sólo se ve en palabras muy descarnadas, como piedra, esqueleto, hojadelata, cubo; palabras que no tienen más que los puros huesos. Las demás van vestidas, adornadas, emperifolladas con arreglo a la patria, es decir, a la idea que pertenecen. Sí señor, las palabras visten los trajes nacionales del país de las ideas. Eso que ha dicho usted, puede servirnos de ejemplo. Fíjese bien «Señoras y señores»: palabras descotadas o de frac que se ponen los guantes mientras cae el telón: «Primavera»: diez y siete años rubios, mórbidas formas, redondas, apretadas, en un traje de color de flor. Palabra que aprovecha el primer domingo que hace sol, después del invierno, para empapar su cabellera de oro. «Van a estrenar «Nevada de amor» opereta: Palabras que llevan, como la primera tiple, capa de armiño y perfume de valses. «Los trenes en marcha»: Palabras que imitan los chicos, arrastrándolas en un cajón lleno de clavos...

—¡Oh! —exclamaba Lud, ante las sucesivas creaciones del figurón.

—La O es la burbuja en el agua. Mire, mire como sube. Al llegar al final de la atmósfera en que estamos sumergidos, la O estallará. Pero el más curioso de mis descuirmientos es... Voy a cantar un poco, alguna cancioncilla...

Se acercó a la oreja de Lud, misterioso.

—Los músicos nos hacen mascar goma. Cada número que se populariza es la goma que masca toda la población.

Reía con su risa visionaria.

—Ahora yo se la dejo a usted un ratito. Usted, para quitarse el sonsonete, tendrá que endosárselo a otro.

Tarareó entre dientes:

«Felipa, te adoré mi corazón,
mientras tuvo la ilusión...»

De pronto arrancóse aquel estribillo y sin que Lud pudiera oponerse, de tan inesperado, lo chafó contra sus labios y se fué, agitando el gorro y el batín. Lud empezó a tararear, a mascar, la cantinela machacona:

«Felipa, te adoré mi corazón,
mientras tuvo la ilusión...»

Entre sus muelas, rodando bajo el paladar, le cosquilleaba la punta de la lengua y seguía, seguía el tonillo:

..., te adoré mi corazón,
mientras tuvo la ilusión...»

Andaba Lud, ensalivándose, sin poder escupirle. La sonreidora dependienta le llamó desde su mostrador, haciendo oriflama de la mano:

—¡Señor Lud! ¡Señor Lud! ¡Ya hemos recibido las últimas novedades!

Ludovico entró apresurado. Con dos dedos en pinza se sacó el sonsonete que, macerado, daba de sí al tirar de él, y le colocó con delicadeza entre dos colmillos de oro de la dependienta sonreída. Libre, ligero, liberado, atravesó la calle.

La dependienta mostraba, prendido en su dentadura, desgastada de sostener durante ocho horas de jornada, la sonrisa del contento, el sonsonete blanducho:

«Felipa, te adoré mi corazón...»

Y las parroquianas se repartían—obsequio de la casa— y saboreaban y repetían un trocito de caramelo musical.

XII

La habitación de órdenes, en el Palacio del Gobierno, era perfecta de proporciones. Cuando Norma entraba, encontraba dentro de un cubo

geométrico. Las tres dimensiones del cubo medían: longitud, latitud, y altura: tres metros. Se abría una puerta en dos de sus lados y una ventana en el lienzo de pared central. La ventana, cuadrada, tenía un metro de lado y estaba puesta a un metro del piso; y esos dos metros eran la medida de las puertas.

Ante el lienzo de pared, desnudo, en el centro, estaba la mesa: otro dado, puesta en la intersección de las bisectrices de los cuatro ángulos de la habitación. La altura de la mesa era múltiplo de tres y la de la silla un tercio exacto. El tintero, cúbico asimismo, era la treintava parte del tamaño de la mesa y con la sala estaba en la relación 1:300. Los papeles eran rectangulares y proporcionados al largor de las plumas, lápices, calendario, reloj, teléfono, lámpara eléctrica. Cada uno de esos objetos, puesto en pie tenía cuarenta centímetros de estatura. Lisas las paredes. El piso lo formaban losetas de pizarra; una blanca, otra negra: transversalmente a los lados del cuadro. Cuando Norma entraba por una de las puertas, pisaba seis losetas negras y seis blancas antes de sentarse. Cuando aparecía alguno de sus empleados por la otra lateral, pisaba seis losetas blancas y seis negras antes de quedar rígido ante la Gobernadora.

—Informes— pidió Norma, apenas puso frente a frente su puntualidad con las 7,30 que marcaba el reloj de la mesa.

Sobre la loseta exacta está la rigidez del empleado exacto.

—Ocurren cosas anormales, excelentísima señora. Los guardias han llevado a la cárcel a todo un Tribunal de Justicia y han dejado en libertad al reo. Opinan...

—Enterada. Siga...

—Los jefes del distrito de la ciudad remiten comunicados desconcertantes. En una plaza del sector 10, un hombre ha pronunciado un discurso fogoso al aire libre ante miles de personas. Sostuvo la teoría de que las bestias, como no tienen maestros, ni médicos, ni nadie, en fin, que cohiba sus naturales impulsos, pueden desarrollar mejor que nosotros las cualidades de que les dotó la naturaleza. «Es preciso —ha dicho— hacer un violento esfuerzo, un esfuerzo inaudito, para sobrepasar los records que detentan hoy unos cuantos animales inferiores a nosotros. Pensemos en ello con todas nuestras fuerzas y conseguiremos lo que nos proponemos». La multitud le aplaudió hasta el histerismo.

—Un borracho.

—El subinspector del sector no lo cree así. Está aterrado. Porque inmediatamente en la plaza se desarrolló una especie de vértigo. Había chiquillos dando saltos equivalentes a mil veces su estatura, instantáneos, relampagueantes, que no hubiera podido ni siquiera imitar una pulga. Señores graves de chaqué y monóculo, trepaban a las fachadas, triscando por aleros y balcones, rumiando la hojarasca de las macetas con más audacia y agilidad que una cabra. Algunas señoritas cambiaban con más velocidad de traje que cambia de color el camaleón. Para derrotar al elefante, cientos de mozaletes —¡es increíble!— levantaban a pulso los edificios, arrancados de sus cimientos, y los colocaban en la acera de enfrente. Quien se puso a devorar guardias con más tragaderas que un tigre. Quien, girando por el espacio, posábase alegre en los árboles. Quien trepaba por las columnas haciendo después mil monadas sobre los alambres del tranvía. Hubo caballero que se metió en una pecera. Otro que se hizo diminuto, invisible, y se alojó en la pelambre de una señora de edad.

—Ahorre descripciones. Más comunicados.

—Así como en el sector 10 se les ocurrió terminar con la vergüenza de que cada bicho tenga una superioridad sobre el hombre, en una casa del barrio 573, según avisa el delegado, desarrollóse una curiosa escena, de la que fué testigo presencial. Estaba, en visita de cumplido, gente etiquetada; señores a los que ha empapado en corrección la levita; damas incapaces de cruzar una pierna sobre la otra; jovencitas en esa edad en que se empieza a leer a hurtadillas, en el colegio, revistas de elegancias; hasta tres muchachos de los que estudian para hacer oposiciones. Entró un albarado cronista de sociedad y ¿qué creará usía que hizo? Acercóse al más estirado de los caballeros y se orinó encima de él. —Siempre que le he visto se me ha ocurrido mearme en usted— le dijo el cronista— perdón si he tardado tanto. —Una de las adolescentes se le acercó y le besó: —¡Me gusta usted con locura!— le dijo con amoroso transporte. —Quien me gusta a mí— dijo un anciano senador— es la dueña de la casa. La dueña de la casa replicó: —Usted come aquí todos los sábados desde hace diez años: pues bien; desde hace diez años me parece usted un imbécil. Quien me gusta a mí es el embajador. —El embajador no la hizo caso. Descolgó un cuadro del Tinoreto que adornaba el salón y se lo llevó, no sin

decir: Muchas veces he tenido que violentarme y resistir las ganas de robárselo. ¡Ya era hora! —Otro visitante le espetó al amo: —No volverá usted a verme por aquí. Sé que todos sus caudales los debe usted a la usura. Venía a su casa por condescendencia, por buena educación, pero todo ha terminado entre nosotros. —¿Y a mí qué me importa? ¡Váyase al diablo! Sé desde hace unos meses que no me va usted a hacer ministro; por lo tanto que se aburra su abuela jugando al ajedrez con usted. —Y así sucesivamente. Cuando todos se hubieron descubierto sus mutuas atracciones o simpatías, el cronista de sociedad volvió a decir con su esguince amerengado: —¡Ay, es delicioso que se nos oigan los pensamientos que estamos disimulando siempre!

—Más.

—En el rascacielos DXB497 vive un caricaturista. He aquí lo que refiere en un oficio el portero-vigilante: «Salí a la ventana y gritó: —¡Socorro! ¡Acabo de descubrir que entre las personas hay muchos objetos disfrazados! —Al oírle, un adolescente rubio, obeso, se hinchó, bufando, y ascendió de repente, perdiéndose detrás de una nube: era un globo grotesco. Tres fachosas, de rostro feísimo, vestidas de luto, subieron a escape a sus percheros respectivos y recobraron su verdadera personalidad de paraguas. El caricaturista tenía una especial clarividencia y denunciaba las cosas que se habían fingido personas. Abundaban las muñecas de bazar y los maniqués anunciadores. Muchísimos trajes huyeron despavoridos hacia su escaparate. Había botellas disfrazadas de señoritos de frac negro, pechera blanca y sombrero de copa; Juegos de bolos como soldados en una formación; felpudos aparentando ser la mujer barbuda; cafeteras, en actitud de tirador de florete, candelabros, de niños castigados con los brazos en cruz; señoras gordas que tomaban el té y resultaban ser las butacas del gabinetito; pianos identificables por la dentadura; ventiladores que se adaptaron a saltadores de circo; campanas simulando campesinas con muchos refajos; tubos de chimenea transformados en negros de jazz-band; muchas estatuas de jardín salieron desnudas de las casas.

—Basta.

Norma, rostro inmóvil, ojos impasibles, habló por un teléfono.

—¿Ha descubierto la policía quién fué el que lanzó la proclama por la radio?

El silencio justo en que encajaba la respuesta, era el molde de un «NO».

—Novedades.

La pausa fué larga. Se hubieran podido contar diez y seis compases, tiempo maestoso.

—Envíelo.

Colgado el auricular, la Gobernadora extendió el brazo en ángulo recto con el cuerpo. Cuando el empleado salía, haciendo describir a la hoja de la puerta un brazo de círculo, otro empleado aprovechó del espacio libre para entrar. Ritmo de gimnasia. Quedó inmóvil, sexta baldosa, posición de firmes:

—¿Qué me dijo que había interceptado?

—Un ideograma.

—¿Ideograma?

—Le están lanzando desde hace una hora. La misma frase siempre.

—¿Porqué ideograma y no radiograma?

—Así lo denominan.

El empleado entregó un papel. Norma, al leerlo, volcó un tablero de la mesa y subió a la superficie un aparato de radio. Buscaba la onda haciendo girar las ruedecillas graduadas: actitud de abrir la caja de caudales del infinito.

Oyóse un hervor en la glotis de acero.

—«Atención al ideograma de hoy! ¡Conciudadanos! ¡Estáis autorizados! Haced todo lo que se os ocurra. Desde este momento sois libres para disponer de vuestra vida como queráis y sin limitaciones!»

Lo repetía sucesivo, con espacios de silencio; anuncio chillón que se enciende y se apaga.

La Gobernadora ordenó salir al burócrata, desintonizó la radio y quedóse pensativa. A su alrededor la calma geométrica de la habitación, exactamente calculada de proporciones. Frente a ella la esfera precisa del tiempo. Cuando las tijeras móviles del reloj, al llegar a las XII cortaron el día, Norma, con su bastón de mando, salió. Seis pasos de martillo a la derecha; en el centro de cada baldosa una resonancia militar.

XIII

Desde aquel ideograma —Haced lo que se os ocurra— la población semejava haberse vuelto loca. Perdióse totalmente el sentido de la vida anterior, tan exacta; desaparecieron las costumbres útiles, los hábitos sensatos, murió la regularidad. Cada cual estaba entregado a sus humorísticas fantasías. Las invenciones más absurdas cruzaban por el aire y germinaban en el cerebro de los antes ordenados y reglamentados vecinos.

Así veía Norma, confundida entre la multitud para apreciar personalmente la importancia de la catástrofe, el nuevo aspecto de una humanidad obediente tan sólo a las sugerencias de las ideas, sin que las ideas fueran filtradas en los conceptos clásicos: bueno-malo; permitido-prohibido.

Toda la noche anduvo sin detenerse, recorriendo estupefacta la ciudad delirante, vorágine que inspiraba Lud desde el miradero de su ventana, desde el automóvil en que recorría su dominio espiritual, desde el lecho de sus ensueños. Bastaba una ocurrencia suya para que la ciudad sufriese una torsión, un trastorno nuevo. Si pensaba aun involuntariamente, lo más trágico o lo más grotesco, era obedecido por las multitudes, manejadas como grupos de autómatas, por el pensamiento del poderoso poseedor. Y Lud, —artista, fantasista, visionario,— no cesaba de obligar a sus conciudadanos a entregarse a una zarabanda de actos inéditos por su rareza.

Empezó Norma su peregrinación áspera, tropezándose al salir del Palacio, con el entierro de la Conciencia.

Era un grupo de estudiantes con su gorra de la Facultad. Ellos lucían en la solapa el botón dorado del club deportivo; las mujercitas llevaban en los labios el botón carmín de la coquetería. En la noche los faroles de gas, daban luz de muerto. Iba el grupo de estudiantes y estudiantas por el centro de la calzada, entre dos hileras, al infinito, de los falsos hachones municipales. Se veía el vaivén de muchos pies que andaban y andaban, transportando una masa de silencio. Al final de la calle, la glorieta con su obelisco. Allí se detuvieron todos.

—¡Compañeros! —dijo una voz ante el semicírculo de figuras.

Las muchachas sentían contento, ilusión de realizar un acto revolucionario; y se desabrochaban las chaquetas hombrunas para presentar desafiante el seno al futuro fusilamiento.

—La Conciencia...

—No es necesario hablar... —objetó un acento de niña—. Todos sabemos lo que hay que hacer, y por eso...

Otra voz entró, incisiva, en la frase, rajándola: —¡Dejadle!

—Pues bien ¿qué llevamos dentro de nosotros sino cadáveres? Hemos tenido ideas, nos han nacido pensamientos y después de realizarlos nos juzgamos a nosotros. Y ya, nunca desaparecerán de nuestra mente sentencias inapelables, remordimientos, alabanzas, censuras, expiaciones... Años y años, hasta nuestro fin, flotan, se hunden, emergen los lívidos recuerdos que hicimos lo posible por ahogar. Poco a poco, entenebrece nuestra vida, van devorando nuestras energías e impidiendo nuestras iniciativas; son el lastre de tristeza que nos acobarda, nos encorva, nos hunde...

Un grito de entusiasmo:

—¡A ellos!

Norma les vio cavar, afanosos ante el obelisco. Cuando se marchaba, sonó detrás de ella el disparo que mata definitivamente todas las cosas muertas. Y la Conciencia quedó enterrada allí bajo los tilos que sentían el estupor de no encontrar su camisa color de rosa en la noche.

Y más allá estaba la Academia de lo vetusto. Norma entró, atraída por la iluminación. En un estrado al estilo del *JVI*, la hila de conserje, toda dengues y melindres. La rodeaban galanes que decían palabras anticuadas. La dueña, vigilante. Todos iban vestidos a la moda española del gran rey malhumorado.

—Felices ellos —murmuró al oído de la Gobernadora el Presidente de la Academia, que había bajado al enterarse del suceso—. Felices, porque han detenido el tiempo en el punto que más les gusta. Nadie es responsable de haber nacido antes ni después de cuando quisiera. ¿Por qué sujetarse al tipo de vida que rige cuando se aparece en el mundo? Esa gran coacción de toda una época sobre los individuos es insuportable. Cada alma, señora, está afinada a un tono, como los instrumentos de música. Hay quien da sonido de violín y quien vibra como bélica trompeta; los que tienen la índole de la biflauta ateniense y los del instrumento que aún no se ha inventado. Pues todos ellos, por el hecho de convivir, de coincidir, tienen que andar a cierto compás y ajustarse a la única entonación y a la misma clave. Eso es una torsión de las verdaderas inclinaciones, una asfixia de la variedad, el secuestro infame de la íntima índole cierta de cada uno...

Norma se fijó entonces que por las calles se mezclaban los más diversos y abigarrados trajes. Asimismo las edificaciones eran de construcción y estilo diversos: cabañas de la línea africana del Ecuador, árabes palacios, templos asirios con su león alado, tiendas de la ruda lona militar, moradas troglodíticas, airoas habitaciones lacustres... Rodeando el rascacielos, un hormiguero activo; incesante ir y venir. Hombres en mangas de camisa, con sombrero de paja y una máquina de

calcular en la mano; mujeres con gafas, mujeres zancudas, lisas, con los pechos cortados, por higiene, se daban la contraseña: «¡Negocios!» Y el espolazo les hacía acelerarse, renovar la prisa. Una mulata había instalado su hamaca entre dos palmeras y absorbía la sensualidad de las brisas, que se deslizaban desde la punta de sus pies desnudos hasta su nuca, envolviéndola como si resbalasen sobre su piel caricias sabias de innumerables manos. En la logia de un convento italiano, un fraile-pintor despreciaba los bienes menores del mundo porque tenía el sol, el arte y el paisaje. En la playa preparaban el barco pirata los que les gusta respirar a pulmón libre el aire de las energías, y se horadaban la oreja para colgarse el pendiente y acostumbrarse a ver correr su sangre...

El Presidente de la Academia de lo vetusto se sentía proyectado hacia el porvenir:

—Mi ideal es la vida del año 25.000, por lo menos. Esa época que se llamará «la época sin prejuicios»; cuando esté dominada totalmente la Naturaleza.

Le escuchaba Norma con interés.

—Entonces para trasladarse de un punto a otro, bastará un pequeño esfuerzo de la Voluntad. Y, desintegrándose la materia, se volverán a reunir todos los componentes del cuerpo en el sitio deseado, en el planeta de la constelación preferida, a través de todos los espacios. La muerte, es decir, la transformación, será también voluntaria. Nuestro organismo se asimilará por los poros la fuerza vital del multiverso, desechando las sucias funciones orgánicas de hoy. Se habrá descorrido el gran velo misterioso. Y seremos la pura Belleza, la pura Forma en la ronda de júbilo de los mundos. Al lado de esto, existir cuando el aeroplano no alcanza los doce mil metros de altura, es residir en la época del vuelo de pato, en relación con el del avión.

—¿Y por qué, como hacen ahora los demás, no vive usted con arreglo a sus inclinaciones?

Hacía que no la cabeza; y la solemne medalla de la Academia era un péndulo.

—No, no. Adelantar lo porvenir es imposible.

La palabra «imposible» en el centro de aquel absurdo, cuando todo parecía —y lo era— hacedero, impresionó a Norma. Quiso pedir al historiador que se lo explicase; de un empujón se vió envuelta en un grupo que la hizo marchar en medio. Así llegó como todos, a las afueras de la Ciudad. Por el camino, la intrigada Gobernadora se informó de los propósitos de aquellos apresuradores. Eran los reformadores de la Naturaleza y pretendían poner en práctica su criterio.

—¡A ver! —exclamó el pintor que había inventado aquella teoría. —En cuanto tiñan ustedes el sol de rojo. Es mucho amarillo el suyo, es mucha monotonía. Vamos a hacer con él combinaciones de reflector. Estudiaremos un repertorio de quince o veinte cromatismos para aplicarlos sucesivamente al cielo. Hay que dar una hermosa diferencia a los días. ¡Basta de gris nublado y de oro azul-radiantes! Las nubes hay que tratarlas como telas, aplicándolas el dibujo decorativo. En la bóveda celeste alternaremos los tonos lisos con los frescos a lo Miguel Angel

—Ustedes —ordenaba el escultor— a tallar las montañas. ¿Cómo habéis podido resistir esas verrugas informes y su vello de hojarasca? El arquitecto les dirá en qué sitio van las grandiosas escaleras y dónde hay que preparar los pedestales los frisos, las terrazas, las columnas gigantes y todos los elementos de la perspectiva.

—¡No se le olvide! Cuando empecemos con el mar y con el campo, prohibiremos el verde y el azul. ¡Fantasía, diversidad! El verde y el azul quedan proscritos: son colores de exposición, colores académicos!

Trabajaban con afán, repintando como escenógrafos lo largo del panorama, poniendo farolillos japoneses a las estrellas, subidos en escaleras de bombero. Antes de la luz del alba, —aquel día, por primera vez, purpúrea sobre un cielo dibujado de enormes animales marinos— toda la naturaleza física tendría otro aspecto. Pero interrumpió en el área acotada por los artistas la secta de los utilitarios.

—Lo único que hay que hacer es suprimir lo superfluo —gritaban.

Aquéllos querían hacer del cielo y del campo, de la montaña y del mar, materias industriales. Todo lo que no era útil no debía existir.

—¡Bosques que den madera! —se oía decir ¡Ríos para saltos de agua! ¡Cordilleras para el adquinado! ¡Conservad los pájaros que sirvan de alimento! ¡Exterminad las mariposas!

Era el alma ramplona, el alma comercial la que estaba imbuida en aquellos hombres. Rutinario, chabacano pensamiento el suyo. Aniquilaban lo suntuoso por inútil.

Al amanecer no habría más que lo racional, lo canalizado, lo urbanizado, lo potencializado; lo que diera esa flor que incomprensiblemente

se ha encontrado en la naturaleza: el producto.

Huyó Norma de las tinieblas en que se debatían Idea contra Idea. Aún le quedaban asombros en aquella noche espantosa.

En un repliegue de la vida, hundidos en la habitación hermética, estaban los exquisitos que habían decidido vivir únicamente en el Pensamiento. Era una cueva sin luz y sin atmósfera, donde se refugiaron. Tampoco llegaba a ella ruido alguno. También estaban proscritos los perfumes, como todas las claridades. Era la estancia neutra, el punto preciso en que terminaban la realidad y empezaba lo otro.

El que deseaba vivir únicamente del Pensamiento, acudía provisto de los lentes adquiridos en la tienda de lance. Tendido con molición, se calaba sus lentes en la oscuridad absoluta. Y los lentes ladrones —otras épocas, lugares, vidas— pasaron al través de su cristal. Inesperado cosmorama, viaje silencioso, alegría de sorpresas.

Pero no era sino el comienzo, introducción al mundo delicado no percibido ni siquiera por los sentidos. Caían los párpados, y despojado de lo anteojos, el exquisito dábale al Pensamiento puro. Todo era delicia de sugerencias, apariciones coloreadas, mezcla de lo inesperado con lo deseado. El cuerpo, sin peso, convertíase en un flúido que se evadía del mundo, encontrando al traspasar el límite duro de lo concreto, la inmensurable región de las divagaciones. Allí todo le era permitido, todo le era posible al Pensamiento. Las combinaciones, las aspiraciones inauditas eran verdad ante los ojos invisibles del cerebro liberado.

—Somos mutilados en la vida, —le aleccionaba uno de los exquisitos a Norma. —Poco a poco, esa espantosa dimensión, la realidad, va cercenando en nosotros un don espiritual, una aptitud, un deseo, una iniciativa, un goce; todo el impulso original. Como el carpintero se apodera del árbol y le despedaza hasta acoplarle a sus conveniencias y dar a su madera las medidas que necesita, así a nosotros nos reducen nuestra expansión, nos arrancan cada día un trozo de ideal. Yacen a nuestros pies los restos despedazados de nosotros mismos. La única manera de vivir la plenitud, de vivir la realidad total de lo que somos, es entregarnos al Pensamiento. He amado a una mujer y no es mía. Pero me basta pensar en ella, para que mi dócil intención se dispare por el espacio mental e instantáneamente la deposite a mi lado, risueña y sometida a mis mandatos. Así tengo siempre a esa mujer en mi secreto intraspasable. La hablo, la adorno, acaricio su cuerpo, ¡tan delicioso que está hecho de nada! ¡Nunca envejecerá para mí, preservada también de todos los dolores! Los dos, con las manos unidas, visitamos los países creados sólo para nosotros, países elíseos en que se realizan nuestros sueños delicados. No hay nada, ni nadie que nos oponga un obstáculo. Es la felicidad imperecedera.

Por ella yo que no tengo nada —para que ella disfrute a mi lado, soy cuanto quiero con sólo pensarlo. En esa vida del pensamiento paso por los avatares que me encaprichan. Y los dedos impalpables de mis servidores, cuelgan de mis hombros el manto de púrpura y me presentan ante una muchedumbre avasallada a mi poder; o simplemente me infunden en una flor para que sienta en mi piel la sensibilidad infinitísima de sus pétalos. Lo único horrible de esta existencia omnimoda es volver. ¡Qué dolor vestirse otra vez el cuerpo atormentado, empezar el choque con los objetos toscos!

Aprendió Norma de aquellos que encontraron la puerta de la transmigración a la completa dicha, que los más refinados no se contentaban con evocar los fantasmas de su deseo y alcanzar así, en ilusión, lo que no llegaron a realizar; en un estado semejante al nirvana, los más selectos aspiraban únicamente a gustar el Pensamiento como el vicio de una droga. Convertían sus nervios como elemento conductor, y el pensamiento les producía sensaciones desconocidas; algo sin nombre, sin forma, sin definición; el placer que debe sentir el alambre rojo de cobre, cuando traspasa su médula la corriente de la electricidad.

XIV

Otra vez estaba en su despacho. Un rayo de luz se refractaba en el vidrio del tintero formando una escuadra de luz con la pared. Norma tenía la mirada dentro de las gafas cárdenas de las ojeras. Desde la sexta loseta de mármol, ascendían rectos los ciento sesenta centímetros de estatura del empleado respetuoso.

—Informes —preguntó la Gobernadora, secamente.

—Todo sigue igual, Excelentísima señora. El más extraño disparatar se ha apoderado de nuestra desgraciada urbe. Disparate, que por milagro nos ha respetado a nosotros.

—Detalles.

—Imposible darlos. Sería abrumar a Su Exce-

lencia. Un millón de personas entregadas a las utopías.....

—Un millón cuatrocientas tres— corrigió Norma.

—Un millón solamente, señora. Las cuatrocientas tres restantes salieron del país en automóviles poseídas de un entusiasmo infantil, siguiendo la dirección del sol. Dicen que de ese modo el sol les iluminará siempre, y como suprimen la noche, duplican la vida, porque no pierden la mitad en dormir.

Norma empujó un lado de la mesa. Hundiéndose la mitad del tablero emergiendo del fondo una máquina de escribir. Tecleó largo rato y quedóse ensimismada leyendo lo escrito.

—Esto para el Jefe de la Fuerza. Que salga y cargue sobre todo el mundo. El loco por la pena es cuerdo.

Se acariciaba la condecoración ostensible en el pecho sin abultamiento sexual. El empleado no se movió.

—¡Vaya usted!

La Gobernadora señalaba la puerta con el bastón de mando.

—Excelentísima señora.....; es que esto.... no es posible.....

—¿Por qué?

—Por dos razones. La principal es que no hay precedentes. En nuestras oficinas ya sabe Su Excelencia que no se puede hacer nada que no se haya hecho antes.

—Es verdad.

—Y porque tanto el Jefe como la gente a sus órdenes padecen la misma vesania de los habitantes civiles.

—Bien. Váyase.

El empleado salió de espaldas. Apenas las dos hojas oscuras escamotearon su silueta y en lugar de su sonrisa, calma servil, se veía un cuadrilátero macizo, Norma, estremecida, apoyó un dedo en el timbre y lo sostuvo hincadamente.

Las dos puertas se abrieron impetuosas y entraron borbotones de hombres correctos y alarmados.

—¿Qué ocurre, que hace tanto frío?— les gritó.

Se movieron como conejos asustados. Tiritaba Norma.

—¿Por qué no me contestan?

El decano era el que debía tomar siempre la palabra en representación de sus compañeros.

—Señora— dijo adelantando un paso e inclinándose.

Norma se fijó en que todos tenían puesto el abrigo de pieles sobre el uniforme.

—Hable.

—Señora— el decano señalaba el reloj— como no es la hora de comunicar a Su Excelencia las noticias urgentes, no habíamos entrado a darle cuenta de lo que ocurre.

—Pronto.

—Ya sabe Su Excelencia que estamos en verano. Pues bien..... De repente se ha hecho el invierno en todo el palacio.

Norma aterida, temblaba, entre las mandíbulas, del frío.

—¿Sólo en el palacio?

—Solamente.

El decano señalaba la ventana. Golpeaba los cristales un brazo de higuera; arropadas bajo las grandes hojas dormían las brevas su siesta de miel. Norma se precipitó a la ventana, abriéndola.

Todos los empleados estaban consternados, porque (artículo 26 de las instrucciones) «la ventana de la señora Gobernadora sólo puede abrirla el conserje mayor». ¡Y la Gobernadora había infringido sus propias órdenes!

Cayó a los pies de ella el reborde de nieve depositado en el alféizar. Derramábase el sol en el jardín. Todo estaba chorreando de su oro líquido. Pero por la ventana entró un vendaval: agua hielo, cierzo. Los viejecillos se llevaron la mano a la boca, tosieron, se abrocharon el último botón del gabán, todos al mismo tiempo, como reproduciendo el movimiento en el espejo múltiple.

Norma les despidió con un ademán y quedóse sola en la habitación geométrica. Reflexionó. Se convencía de aquel acontecimiento, como todo el trastorno que retorciera la vida de la ciudad, era obra de quien hasta entonces respetó a la Gobernadora y a su palacio, dejándoles como isla de sensatez en medio de la estulticia. Como anunció en su proclama, apoderado del Pensamiento, sabiendo transmitirlo e imponerlo a los demás, el desconocido era dueño absoluto de las acciones de todos. Lo mismo que las antenas recogen los mensajes enviados desde infinita distancia, lo mismo que ciertos aparatos se mueven en el aire y en el mar, según las órdenes que les remite por una serie de hondas otro aparato situado en tierra, así él se hacía obedecer, y sus caprichos se imprimían en la mente de las personas con claridad e imperio.

Tenía un don diabólico —un don que quizá pudieran ejercer todos los hombres, sometiendo

su intelecto a la gimnasia apropiada— y la cuestión era saber cómo se le podía desposeer de él.

Norma, aunque temblaba de frío, sentía arder dentro de sí la cólera y la impaciencia. Paseándose de lado a lado de la estancia, torturábase, clavándose las uñas en las manos, por encontrar la fórmula, por saber qué fuerza podría oponer a la fuerza del pensamiento hasta aniquilar a su rival.

Y desconcertada, meditando sobre lo que había visto aquella noche, se repetía:

—¡No logro comprender a lo que aspiran esas almas en tormento! ¡No concibo quién puede trastornarlas así!

Se oyó hablar con chirrido de sierra al altavoz del teléfono sin hilos:

—¡Yo se lo diré a Su Excelencia!

En la pantalla blanca de la televisión, una cabeza diez y seis diámetros mayor que el natural la sonreía, inclinándose, al modo de las estrellas de cine: Lud.

—¿Usted?

—Yo.

—¿Ludovico Masán?

—Sí, Rosmarí.

—La Gobernadora.

—No la veo, pero me figuro que habrá dado un puñetazo en la mesa.

—¿Es usted el que tiene revuelto el mundo?

—¿El que con un poder superior juega con la pobre gente a su antojo?

—No he hecho más que dejar a mis ideas que anden sueltas. Todo lo que ha visto Su Excelencia y mucho más, son travesuras que arman por ahí esas endiabladas chiquillas.

—La ciudad es un manicomio inmenso.

—Según se mire. No creo en la locura.

—¿Qué pretende usted?

—Algo definitivo, algo maravilloso..... y justo: producir el hombre integral.

—¿Una teoría.....!

—¿No ha oído Su Excelencia, Rosmarí, el clamor patético de todos los que se agitan en la ciudad sacudidos por mi energía, que les grita para que despierten?

—¿Estaban dormidos?

—Estaban en la inercia.

—Y ahora.....

—Esto no es más que el comienzo de la Era Nueva.

La gigantesca imagen de Lud guiñaba un ojo de túnel.

—Perdone esa frase de mitin.

—¿Qué clamor patético....?

—La aspiración de todos los hombres, la liberación. Protestan contra lo limitado de la vida en todas sus direcciones. Quieren evadirse de esos estrechos confines que se les ha marcado.

—Soberbia. Imposible.

—Imposible, no.

—A ver. Usted quiere.....

—Le repetiré otra vez. Quiero que el hombre salga de su cuerpo. Esa existencia de máquina que tiene sin darse cuenta, la vida vegetativa, la de sus órganos, no es la vida en sí, sino instrumento. Después, encima de ese cuerpo y como un traje rígido le han puesto otra envoltura: obligaciones, respetos, deberes. Que se salga de esos dos calabozos y sea libre en el espacio y en la luz, sin ley de gravedad, ni guardias, ni aduaneros: esas son mis pretensiones.

—Ahora recuerdo que anoche me han dicho lo mismo que usted el Presidente de la Academia, uno de los señadores, los estudiantes....

—Todos se dan cuenta que no son sino pobres ruedecillas de un gran mecanismo incomprensible, manejado por otro: tiene su giro determinado, están clavadas a su eje, han de realizar tal rotación.... sin embargo se sienten capaces de subir como cohetes y valsar el gran vals de los ángeles. No dejará Su Excelencia de reconocer que es una burla.

—Es una fatalidad.

—Su Excelencia contribuye a este martirio espiritual. Coje Su Excelencia a un hombre, lo ata los pies y le dice: —Eres libre de poder saltar.

—Procuro que su conducta se encamine a la resignación, que es solamente.....

La foto animada había encendido un cigarrillo. El humo convertíase en arabesco de arañas móviles.

—No la pregunto si la molesta, porque esto no es más que el espectro del humo; y Su Excelencia no teme a los fantasmas.

—Ni a usted.

—¡Voluntad, puente de hierro entre el propósito y el acto....! No pase por ese puente..... No pase por ese puente. Echese al agua: yo la recogeré en mis brazos.

—Nunca.

—Rechaza Su Excelencia el tratado de paz. Ya ve que la había respetado para convencerla de mi poder. Otra vez frente a frente. La espero. Vendrá a rendirse sin condiciones. Y conste que

no hay ilusiones amorosas. El odio que me inspiró fué la vara de Moisés que, clavándose en mi abulia, ha hecho saltar el manantial de fuerza que había debajo. Por este agradecimiento....

—Basta. Su doctrina fascinadora es la más temible de todas las doctrinas revolucionarias. Le aniquilaré a usted.

—Yo soy más considerado. Se trata de una dama, y la galantería.... Acuértese del frío que ha sentido en Palacio su excelencia. Era una burla de los reglamentos. Ahora me voy a permitir otra burla con su moral. A sus pies.

La cabezota, en la reverencia de la despedida presentaba una calvicie incipiente anuncio de cartel. La sonrisa de Lud resbaló sobre el plano. óptico, fundiéndose en el lienzo, ya estúpidamente blanco. El altavoz seguía su gargajeo:

—«¡Una burlita pequeña!.....»

Norma extranguló la voz de Lud con la clavija. Febrilmente se puso a la máquina para acumular los argumentos que rebatían los de Lud:

«El pensamiento sólo es la pobreza, la indigencia del hombre. Es ilusión nada más; es decir: nada.

El pensamiento no sale fuera de la cabeza, no modifica cosa alguna aunque nos lo parezca como nos figuramos antes, por sugestión, que nevaba. El pensamiento está condenado a no salir de sí mismo. Es el esclavo preso, que no hace más que mirar por la ventana las vastas propiedades de su amo.

Es espejo, tan sólo. Todo lo que le parece que crea, es el reflejo de lo que hay. Fuera de la realidad, al Pensamiento no se le ocurre nada. Hasta la locura está basada en realidades. Toda la sustancia que le nutre, el pedestal desde donde orgulloso se levanta, es Naturaleza. Un pensamiento que no sea la imagen de algo nacido antes que él, no existe.

Tenemos que resignarnos a obedecer a nuestro destino: la limitación. Somos seres limitados. Lo único que nos puede dar la felicidad es la voluntad de la limitación y la sumisión a no querer ser más. Un hombre que pretendiera pesar diez gramos o diez mil kilos, sería necio como el que se figura que su inteligencia destella una idea capaz de conmover por un instante la vida sideral....»

En el papel iba trazando los caminos de su victoria polémica. Suspendió el tecleo de su aria filosófica y se quedó mirando hacia arriba, al sitio donde suben los olvidos que después buscamos con los ojos.

—Algo iba yo a ordenar....

Detúvose recordando.

—¡Ah, sí!

Golpeaba el timbre con el dedo, como si le taconeara la impaciencia. El empleado, traído por la prisa, estaba inmóvil sobre su bandeja, la sexta baldosa.

—No nos habíamos fijado en esa inmoralidad: todo está vestido, menos los machos y las hembras que son los metales y las porcelanas..... Una comunicación urgente para que se cubran enseguida.

El empleado puso la misma cara de vacío que el lienzo blanco de la televisión.

—¡Pero se-ño-ra....!

Se le ahogaban las palabras en la boca, como si la hubiese engordado de pronto la lengua.

—¡A obedecer!

Los faldones del uniforme volaron despavoridos. Norma dió contravuelta a la clavija del teléfono aéreo. El altavoz se obstinaba en repetir:

—«¡Una burla, una burla a la moralista! ¡Nada más!.....»

Aquella extravagancia había sido en ella tan sólo un reflejo inconsciente: se la había ordenado Lud. Norma comprendió que la dominaba aquel hombre. Dos lágrimas simétricas, paralelas, descendían a aplacar el rojo iracundo de sus labios.

XV

Jocundo, divertíase Ludovico. La calle era estrecha, con lisos edificios de ochenta metros a los lados, paisaje de desfiladero. Había dos interraquíticas de acacias con ese aire de árbol de hospital que tienen las plantaciones urbanas en praderas de asfalto. Ludovico devanaba la larga calle. Un bastoncillo flexible, nudoso, vértebra de pez, culebreaba en su mano. Por esos bastoncillos vivos, que se retuercen y vibran siempre, descargan su electricidad los hombres nerviosos.

Iba forjando combinaciones químicas para después reirse viéndolas realizadas, buen humor de dramaturgo que se solaza presenciando la representación de su obra.

Lo que se llama «asociación de ideas» es uno de los modos de cohibir el Pensamiento, de empobrecerlo y encasillarlo que más ha usado ese maldito enemigo de la vida que se llama la Gobernadora. A cada idea se la pone dentro de una familia; tiene sus padres, sus amigos, su casa, sus costumbres; se acuesta a tal hora, come ciertos manjares, se divierte así, viaja por cuales sitios....

Asociación que es una ficha de policía, el catálogo, el diccionario de ideas afines, donde están

formadas por divisiones, por regimientos, por compañías, por secciones, igual que en un cuartel. ¿Por qué jugador va a asociarse en la imaginación a tapete verde, a naípe, a ruleta, a fichas, a trampas?

¿Que se asocien libremente las ideas como a ellas les guste! ¡Jugador, con periódico de modas; trasatlántico con refresco; de ese albur de barajarlas a ciegas han de nacer la nueva prosa y las sensaciones vírgenes: «El jugador se paseaba por los periódicos de modas. El trasatlántico iba sorteando los helados...»

Por la acera desfilaban junto a Ludovico el moro con el tesoro; el sonriente del brazo del terrateniente; el albañil de mandil y neumático con el neumático.

Los poetas — comentaba Ludovico — son los únicos que se me adelantaron. No enlazan las palabras más que por la medida de su calzado, así se ven deliciosos emparejamientos con los que acaban de pasar, sólo porque tienen el mismo pie.

—¿Tiene usted los paisajes que describe esta novela?

Entró en la librería.

Era la novela de ambiente polar, entre exploradores y esquimales.

—¡Oh, perdón, caballero! —le contestó la dependienta—. Se nos han acabado esos panoramas. Como ya va haciendo calor y la novela se ha popularizado.....

—Entonces no sé qué llevar.

Lud encaramaba la vista a los estantes.

—¿Por qué no se decide por este revolucionario de la última obra rusa?

—Detesto lo que se llama «el hombre de acción». Nadie más petulante ni más inútil. Sólo los ociosos han hecho algo en la vida. En realidad el hombre de acción no es más que el obrero que segunda lo que el ocioso ha imaginado.

Era el momento en que los lectores no compraban ya los libros, sino el contenido de los libros. Se hastiaron de que los estilistas les describieran hermosos lugares, de que los psicólogos pusieran en prosa análisis de mujeres de alma laberíntica, y sólo adquirían los rincones del mundo de las descripciones y los interesantes personajes de la trama.

—Llévese a la protagonista de este epistolario de amor. Está ahí, en la trastienda. Le aseguro que le interesará.

Dijo que sí Ludovico, y le entregaron una mujer pálida como si hubiese estado esperando bajo un farol, en cita amorosa, y se hubiese derramado sobre ella toda la luz del gas. Tenía los ojos blancos, comido el color por el reflejo de las cartas del epistolario, y los labios apretados, con esa presión que les da el leer. Sus gestos eran rebucados, retóricos, y en su silueta no había ninguna de las cualidades de la silueta de las mujeres: sensualidad o moda. Lud comprendió que aquella heroína era un artificio de literato, y no un ser vivo, hermoso, defectuoso, palpitante.

—Como todo, también esto es Pensamiento. La mujer: cañamazo en el cual un escritor borda el amor que tiene dentro.

Rasgando a la heroína, la echó al cesto de los papeles.

—Y luego dirá esa Gobernadora que el Pensamiento no es lo único que....

Su obsesión seguía siendo la angulosa y prudente, y huesuda y disciplinada Norma.

Un aire colérico le aventó la imagen de ella. Producíanle cuatro voces que giraban vertiginosamente como cuatro aspas:

—¿Usted?

—¡Yo fui el primero!

—¡Miente!

—¡Ladrón!

Era una de las bromas que se le habían ocurrido a Lud. Los pensamientos salían a modo de ondas de su cerebro y planeaban por el espacio, vagaban por él hasta tropezar con una antena que los capturase. Los literatos siempre sostenían tensa la atención para apresar ideas. Lud había ido sugiriendo un tema y una figuras que le desarrollaban. Cuatro escritos febriles, sentábase a escribir creyendo en la inspiración y le servían de receptores. Y habían compuesto la misma obra los cuatro. Ahora veíanse todos plagados por sus compañeros.

—¡Se lo demostraré!

—¡No creo en las coincidencias!

—¡Robar un manuscrito!

—¡Usted a mí!

Muy regocijado, seguía Lud en la calle adelante. Teorizaba:

—En los transeúntes se ve que es el Pensamiento el que da la fisonomía. Quien tiene ideas alegres o fúnebres, complicadas o generosas, las lleva fluyendo en la cara y en su modo de ser. A esa señora, joven, la obsesión de tener un hijo, el acunar siempre a un niño en la mente, ha acabado por ponerle los ojos azules. Ese hombre calcula las etapas de un viaje de automóvil, recorriendo una y

otra vez los botones del chaleco. Las arrugas de esa dama madura, se las han producido los dobles de sus cartas secretas que no se apartan de su memoria.... Y la apariencia no es más que la expresión de lo interno. Por una corbata verde se asoma el alma juvenil de un despreocupado. Con un poco de figura de percepción podrán ver todos hasta las enfermedades morales, como se ven las físicas. Los monstruos horribles que son por dentro algunos seres; el cáncer, la joroba, la parálisis, la cojera, la tartamudez de la conciencia y de las potencias espirituales; las lepras maniáticas; el desarrollo portentoso del organismo por el que se satisfacen los vicios hasta el punto de haber naturalezas todo uñas, todo estómago.

Se tambaleaba de ruido la inmensa urbe. Ondeaba en cada esquina el letrero de las nuevas nacionalidades: la nueva nacionalidad de la marca de automóvil. Presurosos, los transeúntes, iban a adquirir, comprando un auto, su carta de ciudadanía. En lo sucesivo serían roll's, hispanos, renaults. En la encrucijada, donde vierten su tráfico seis calles, un equipo de futbolistas vigilaba la apertura de un pozo. Alrededor, la valla con su letrero:

Obras para cambiar el eje de la tierra

Torciendo su eje, el planeta se desviaría de la órbita y haría goal en la portería del sol. Los reporteros deportivos entrevistaban al guarda-meta del equipo terrestre. El público — cuatrocientas mil entradas para presenciar el partido Sol-Tierra — obstruía la calle.

Una mano solamente —una mano— se le puso a Ludovico en el pecho, impidiéndole pasar.

—¡Ah, es la Contrariedad! —se dijo.

Veía materializadas las sensaciones. Le contrariaba tener que dar un rodeo. A su lado zumbaba un motor acelerado hasta desbocarse, pero inmóvil: la Prisa. Ecuó a correr, volviendo la esquina y divisó al Parque. Al verle, vió también el niño que grita agitando la baiderola encarnada: la Alegría. Llegó a la puerta: Satisfacción: un refresco de agosto después de la caminata.

El Parque recientísimo, había sido adaptado a las directrices de Lud: nada de naturaleza en libertad. Los jardineros hicieron altorrelieves en la masa de bojs y en los enormes frisos de follaje estaban como esculpidas las historias de la mitología. Cada copa de árbol fué recortada hábilmente para dar la forma requerida y semejaban todas ellas algún objeto de la vida cotidiana: una máquina de escribir, un tranvía, un zapato. De ese modo el bosque había desaparecido y en su lugar se levantaba el espeso muestrario de un bazar verde.

Celebrábase allí la Exposición canina. Ludovico amaba al perro, porque de todos los animales es el único que ha oído que existe el Pensamiento, y se esfuerza en, asimilar, ideas. Oíanse la misma cantidad de ladridos que puede soñar el pánico de una liebre. El premio era para el perro más original. Concurso convocado por los «Enemigos de la Rutina», que sentían el hastío de la eterna repetición de las especies.

Hacia Ludovico avanzaba una persona conocida. Frente orgullosa, sin cubrir, mentón levantado, cuerpo escurrido, paso de gimnasta, traje de pliegues tallados: la Gobernadora. Cogió a su enemigo del brazo, deteniéndole, sacudiéndole. Lo que hubiera hecho un guardia con un ladroncillo.

—Siguiendo sus teorías de usted, a un podenco le han cruzado con una loba, la cría la han mezclado con un oso, luego han continuado el mestizaje: un zorro, una ardilla, un terranova, un leopardo..... Es decir lo mismo que en este parque han modificado la naturaleza, para ustedes anticuada, ordenada, cursi, monótona y aburrida. Y han obtenido un perro —premio de honor— según se forjó en un cerebro antes. Véale.

Era un animal extrañísimo, un animal mosaico, que tenía todos los injertos: larga cola hispada, una oreja colgante y la otra en pico, morro en tres escalones con tres hocicos empotrados, cuerpo larguirucho, en parte rayado, manchas de todos los colores, dos patas ágiles y finas y las otras palmípedas. Oler a este estigma de las especies exasperaba a los lejanos perros del concurso, que ladraban cada vez con más ahínco repudiándole. Lud sentía malestar mental contemplando a la pobre alimaña.

—Ahí tiene usted lo que hace el Pensamiento. Ahí tiene usted —repetía ensañándose— el fracaso del Pensamiento.

Dejó la triste informidad a los pies de Lud y se fué con un ademán falsamente amistoso.

—Ya he comprendido lo que debí comprender antes. Tendrá usted noticias mías.

XVI

Los altavoces volvieron a altavocear en todas partes, como pregoneros del mercado:

—«Atención ciudadanos! ¡Atención a una noticia que es para nosotros de vida o muerte! ¡Un

hombre se ha apoderado del Pensamiento! Hace poco se lo oísteis a él mismo. Un solo hombre es el que piensa por vosotros, el que obliga a todos a hacer lo que quiere. Cuando tenéis una iniciativa, o sentís rebullir una idea, cuando ejecutáis un acto, es que él os ha enviado telepáticamente sus órdenes, que no se pueden refutar. Vivís sometidos a la peor de las esclavitudes, vosotros que queréis liberaros hasta de las leyes de la naturaleza: Estáis por completo en poder de otro. ¡Resistidle con todas vuestras energías! ¡Oponed vuestra voluntad a su influjo! ¡Seres pasivos, autómatas, recobrad la libertad de vuestra mente!»

Se hizo un gran silencio de estupor en la ciudad. Todos comprendieron que esas palabras eran ciertas. Miraron, se fijaron: estaban entregados a los más absurdos ejercicios. El terror que produciría a un demente comprender su propia locura, les espeluznó, agrietando su carne. Huyeron despavoridos al refugio de lo más recóndito de sus casas. La desbandada dejó desierta, muerta, la ciudad.

Tiritando de horror sufrieron la angustia de un miedo antes desconocido: el miedo a cometer alguna monstruosidad a pesar suyo. Se notaban desdoblados, obediente el cuerpo a la sugestión de aquel invisible, sin que la otra mitad, el espíritu pudiera oponerse. Ya no sabían si sus pensamientos eran del otro. Hundían la cabeza entre las manos queriendo ocultar lo que discurrían a la mirada de él, penetrante. Deseaban con todas sus fuerzas no obedecerle, pero ¿cuáles eran órdenes y cuáles impulsos propios? Para burlar las coacciones del dominador misterioso, negáronse a toda acción. Y se estaban inmóviles, acurrucados, mareados por el esfuerzo de resistir, cerrando sus potencias al peligro insensible de fuera.

Sólo el grupo más grande, el de los prohombres, parecía no comprender el gravísimo peligro de que alguien absorbiese su personalidad. Quedaron anonadados, con los brazos flojos a lo largo del cuerpo, obtusos, inútiles como un tren fuera de la vida. Mansamente comparecieron ante la Gobernadora, ante la «autoridad legítima».

—Excelencia, nosotros somos los que no tenemos nunca ideas propias. Si no se nos surte de ideas ¿qué vamos a hacer? Necesitamos que alguien tome la iniciativa para seguirle; que nos digan en qué hay que creer para tener esa fe; que levanten una bandera para sacrificarnos; que nos indiquen lo que hay que respetar y lo que hay que demoler, cómo hemos de vestirnos, qué debemos admirar... Señora, tenga consideración de nosotros. ¡Dénos ideas!

Norma, satisfechísima, mandó que se le repartiesen los meticulosos reglamentos donde todos los actos de la vida están previstos. Y publicó en el «Diario Oficial» la adhesión de los pobres hombres para que cundiese el ejemplo.

XVII

Tardó Lud en reaccionar ante el ataque. Cuando se enteró de la enérgica actitud de la Gobernadora y de que parte de la población se había entregado, rebaño en busca de pastor, mientras que el resto refugiábase en la inacción poseído por el miedo, encerróse en su gabinete y hundido en un butacón se puso a leer. Parecía haberse desentendido de su tarea de antena emisora y de su apostolado de sugerente.

Atentísimo, repasaba el Otelo. Le gustaba Shakespeare porque de vez en cuando se metía en lo absurdo sin dar explicaciones.

Aquí hay un antecedente. Crea el Pensamiento de que Desdémona engaña a su esposo, Otelo se asimila ese Pensamiento, le nutre, le engorda, le hace crecer dentro de sus entrañas y acaba siendo expulsado de sí mismo por el Pensamiento que ya es más voluminoso que él.

Reían su dientes claros:

—¡Poder trágico del Pensamiento!... ¡Desgraciada Gobernadorcilla!...

Apagó la luz y se amoldó a la comodidad de la butaca. La esfera de horas fosforescentes marcaba las dos de la madrugada. En las calles seguía el silencio. Dos días ya que Lud no se preocupaba de la población, barrida a sus rincones, escondridos de pánico.

Le daba lástima la miseria espiritual de la gente. Recordaba que él también había sido apocado, distraído, abúlico; y, de pronto, el odio germinado, borboteando, haciendo estallar, por fin, aquella magnífica energía de dinamo que era el Pensamiento.

—¿Por qué voy a hacer sufrir a esos desgraciados? ¡Bah! No son lo bastante fuertes, para vivir en otras regiones, sino en la parva poquedad de lo cotidiano y lo tangible. No saben emplear ni sus sentidos. No sirven más que para una limitada vida física. Pero no tienen la culpa. Quizás la transición ha sido demasiado violenta. Poco a poco, si pudiera ser...

Si pudiera ser... Norma lo impediría, siempre

contraria. Ludovico creyó que para dotar a los hombres de una vida más rica era indispensable destruir el poderío de la Gobernadora. Tarea fácil para él.

Al modo como se concentra en un solo rayo de lupa todo el sol, así concentró toda la implacable potencia de su número sobre ella. El Pensamiento de Lud debía abrasar. Pasaron las horas y él no se movía. Cuando se debilitaron las tinieblas, salió a comprobar que los mandatos que había meditado estaban cumplidos por Norma.

XVIII

Zozobraba la voluntad de Norma. Desde media noche se había sentido cansada. Sola en su despacho oficial, meditando, árida, disposiciones y formulismos, dando órdenes a hombres automáticos, llegó a un punto de baja tensión espiritual que la hundió en un hastío profundo. Aburriose por primera vez de la habitación geometrizada; de la regularidad de su vida; del tac-tac idéntico al siguiente y al tac-tac de todos los días y de todas las noches, del reloj; de su existencia medida y cuadrículada; de los empleados de rostro plano... Le pareció insufrible ser un aparato de exactitud y tener previstas hasta las emociones. Notando que se ahogaba abrió el ventanal.

Todo el jardín entró en su respiración y todo el espacio del cielo se precipitó a meterse en su mirada. Sus ojos se llenaron de astros de joyería y sus pulmones de aromas calientes. La tierra, húmeda, femenina, transpiraba a regazo de acacia.

Vióse a sí misma fibrosa, rígida, malhumorada, estéril, y se comparó con aquellas plantas ubérrimas que vivían sólo para el simple y divino acto de dar una flor azucarada a la lengua de los insectos. En ser hermosas tenían su razón de vivir. En ser hermosas y en entregarse.

—¿No me habré equivocado? —se preguntaba— Yo, en verdad, he metido la vida en una botella. ¿Con qué gracia ese insensato ha hecho saltar el tapón!

Por primera vez sonrió al recuerdo de Ludovico. Desabrochóse el cuello que, al nudo militar, ceñía su garganta. Sentía arrebatos de calor, oleadas de fuego en el rostro. Aspirando el vaho del jardín, la aturdirieron los aromas cargados de azahar.

Con párpados entornados sentía en sí misma un regusto de novia.

—¿Y si cambiase?

Estuvo mucho rato en una insensibilidad traslúcida, notando el despertar de sus nervios desaflojados, que tensándose poco a poco, desperaban su sed de sensaciones. Se pasó las manos por el pecho aplastado, de amazona; se encontró jadeante. Una excitación de licor fuerte amodorraba su razón impulsándola a satisfacer los deseos que ceñían su piel como si tuviese adherida otra piel irritada y nueva.

—¡Sí! —gritó, decidiéndose de pronto.

Saltó por la ventana, insensata, con aire de huída, con furia de calentura. En su despacho cuadrado dejaba a la Norma plana del cálculo y la deformidad. Esta era otra Norma que había salido de dentro de ella: una mitad que dilatada las aletas de la nariz a los pensamientos afrodisíacos con los ojos velados y las manos crispadas.

En la calle desierta, claridades de luto. Oyó pasos llenos y sonoros; pasos de hombre. Norma sintió una sacudida, emoción aguda, lacerante de tanto bien como la producía. Se empotró en un umbral pegando el rostro al muro, desfallecida de gozo. Al pasar ante ella un transeúnte, Norma, cerrando los ojos, extendió las manos engaradas. le atrajo con todas sus fuerzas anhelantes y le besó.

Desprendióse por fin, como moribunda.

—¡Lléveme a una vida que no sea mi vida de cárcel! —murmuró—. ¡A la vida inmensa donde se alcanza todo!

El rostro de Lud, sonriendo, estaba horizontal sobre el de ella. El espanto dió un golpe en su corazón y se le llenó de una sangre precipitada de rabia. Con las uñas se arañaba los ojos para arrancar aquella imagen, el gesto socarrón de Lud que otra vez la había demostrado, humillándola con nueva burla, que disponía de su albedrío a su antojo.

Lud la retuvo. No logró escapársele a pesar de sus esfuerzos desesperados que ponían cerca los dedos en sus muñecas, atenazadas por las manos de él. Se miraban de hito en hito; él con esa mirada irónica que se pone cuando da el sol en los ojos, y ella con mirada rampante, desesperada.

Comprendiendo su inferioridad, Norma lloró sobre el pecho de Lud. El respetaba su llanto, desdeñoso por aquel cuerpo insexual de pies masculinos. Decidíase el gran duelo, del que dependía que los habitantes de la ciudad, escondidos, víctimas del terror, orientasen en un sentido o en otro todo el futuro de vida.

Había vencido Lud.

—Lléveme a mi despacho— le suplicó Norma, humilde como una mendiga.

Ahora estaba ya en su sillón de órdenes, ante la mesa donde se alineaban los lomos de los reglamentos en pie, donde el reloj distribuía el tiempo según las medidas previstas. Había vencido Lud, y ella no tenía ya sino disgusto de vivir, desconsuelo, laxitud y flojera, sentimiento de fracaso de todo lo más querido, de todo lo más íntimo.

No se hablaban. Norma iba recobrándose poco a poco. Aquel poderoso imperio que la hacía orgullosa, estar por encima, superar el placer, la fantasía, el sentimiento y todas las debilidades volvió a notarle. La primera idea que se le apareció como un consuelo fué: «Nadie se ha enterado: sólo él y yo». Repitiéndose tenía esta clarividencia: «Aún tiene remedio».

Lud fingía una seriedad estirada. Norma le opuso una corrección glacial. Pero no sabía lo que hacer; únicamente, de momento, prolongar la tregua. Abstrayéndose, rayaba la mesa con un lápiz. Metía la punta del lápiz en el marcador del teléfono y escribía la cifra al otro lado de la distancia. Cuando el reloj golpeaba cinco veces con su macito, la Gobernadora preguntó con voz susurrante:

—Oiga... ¿el subgobernador?...

Colgó el teléfono y le explicó a Lud.

—Voy a entregarle el mando. Usted puede hacer... decir... —corrigió con amargura—, puede seguir haciendo conmigo lo que quiera.

—¿Lo que quiera!

No la dijo nada más. Fumaba, paseaba, preocupado. ¿Deshacerse de ella? ¿El perdón? ¿El desprecio? ¿Seguir pensando él solo por todos los demás? ¿Valía la pena? ¿Merecían su labor titánica?...

Norma hundía el rostro entre sus brazos, de brucos en la mesa. Tranquilizábase. El cansancio, agotándola, la calmó. El silencio volvía a poner en marcha todo el mecanismo del razonamiento. Oyó primero el tic-tac familiar; orden, limitación, regularidad, realidad, exactitud... Levantó los ojos. Ludovico también la miraba. Ella decidía defenderse. Traslucía él ahora un sentimiento hostil, estaba en guardia. Aquellos dos poderes de la existencia, que alternaron jugando con su vitalidad, la existencia, encauzándola en una dirección o en otra, repelíanse, y si seguían en aquel momento juntos era para buscar la manera de hacer desaparecer a su rival. Lud no había vencido aún. El duelo no estaba terminado.

Norma ocultaba el rostro entre sus brazos, encerrándose a sí misma, apretando fuertemente los párpados hasta lastimarse los ojos. El rencor contra Lud la ponía frenética, la lijaba las sensaciones.

—Si el Pensamiento es todopoderoso ¿por qué no se me ocurre algo que acabe con este hombre?

Pensaba, pensaba, con dolorosa tensión, presionando aquel punto con todas sus potencias. Deducía, elaboraba un largo camino de razonamientos. Y llegó a la inspiración de una verdad luminosa: «El Pensamiento es todopoderoso. ¿Crea y aniquila? Entonces lo mismo que se ha creado...»

De un brinco se levantó. Sus ojos eran férreos, otra vez de mirada fría. Pálida le rayaba la boca una falsa sonrisa de labios crueles. Ludovico al ver aquella transformación, retrocedió.

—Usted —balbuceaba Norma colérica— me domina, me destruye, me aniquila... Ha triunfado usted... Dispone de los demás... En usted nacen todos los pensamientos... y los pensamientos hay que obedecerlos irremisiblemente...

Le miraba a los ojos, influyéndole, imponiéndole su voluntad inflexible; metía entre sus manos el revólver de níquel y nácar:

—¡Piense en matarse!

Ludovico, al notar que le entraba aquella idea, ululó como el perro que ha visto la muerte. Los ojos de ella le fascinaban, le doblaban de rodillas en el ángulo donde había retrocedido, calaban de frío terror su médula. Debatíase por arrojar el Pensamiento de sí, por eliminarle. Pero el Pensamiento, agarrado al cerebro de Lud como un ser vivo, palpitaba allí, se mezclaba a su espíritu, le empujaba a la acción.

—¡Matarme! —pensaba con agonía.

Era la palabra, la consigna clavada en su interior que, creciendo, se clavaba en su psiquis. Corrió por la habitación, pero no podía escapar de sí mismo. ¡Huía del Pensamiento para que no le matase, él que fué su fanático creyente! Envejeció de pronto devorado por aquella idea; disminuyó, como secándose, por la horrible lucha que sostenía. Suplicaba a Norma, intentaba besar su mano, babeándola, repitiendo un gemido de parálisis. Norma sintió por él una piedad infinita:

—¡No obedezca! ¡Deme el revólver! ¡No se mate!... ¡No!

Ludovico no podía desechar lo que había formulado dentro de él. Lo que había pensado tenía que realizarlo. Pero las palabras de Norma eran una esperanza. Alegre, desorbitado como un epiléptico, fué hacia ella. Sudorosa, aterrorizada, le vió acercarse y el instinto del peligro le advirtió: «¿Y si se le ocurre, y si piensa matarte a tí?» El, con última fe de moribundo, creyó que le arrancaría el Pensamiento que le había infundido. Norma miraba alrededor, despavorida, procurando fijar la atención en algo para no pensar ella lo que podía transmitirle a él.

—«Que no se le ocurra matarme!» —repetía en su mente como una plegaria. El atormentado quiso acariciarla implorante, alargó los dos brazos, uno de los cuales terminaba en el ojo implacablemente inmóvil del revólver.

—¡Norma!... ¡Rosmarí!...

—¡No!... ¡Fuera!... ¡Mátate tú solo!...

Unióse a su cuerpo, procurando mantener en alto el brazo del arma. Ludovico en aquel forcejeo espantoso consigo mismo, sintió nacer otra idea compasiva en su cerebro en tortura:

—¡Más allá!... ¡Un más allá!... —murmuraba.

Norma le arrojó con esfuerzos violentos de la habitación y cerró la puerta con llave. Se tambaleaba, se derrumbaba con el corazón en ahogo.

—¡Un más allá!...

Voz quejosa al otro lado de la puerta, segura. Era la grieta de luz en lo subterráneo donde Lud estaba hundido. La voz se alejaba y el oído de Norma, atentísimo, dejó de percibirla.

XX

El empleado exacto estaba ya en su sexta baldosa. Con el desaliño del que ha sido levantado a escape de la cama, se había abrochado el último botón del uniforme en el ojal correspondiente al penúltimo.

—¡Corríjase eso! —mandó la minuciosa Gobernadora.

—¡Perdone!...

Los dedos torpes, rectificaron la intolerable irregularidad.

—Excelentísima señora, en el jardín...

Describía conmovido, su encuentro: el cadáver de un suicida...

Había acertado Norma: El Pensamiento tenía absoluto poder hasta para aniquilarse. Le explicaba el burócrata, pero en sus oídos resonaban tan sólo las últimas palabras de Lud pidiendo, pensando, produciendo, un más allá. Por ese resquicio el alma de Lud se habría escapado del aniquilamiento cuando, sin poderse evadir del imperativo que le obligaba a realizar, a plasmar en un hecho la idea, apoyando el cañón en la sien...

Hacía hipótesis el empleado sobre la personalidad del suicida, atribuyéndole su muerte al hambre, a reveses amorosos, a la enfermedad crónica insoportable; las causas oficiales de todos los suicidios.

—¡Un más allá, un más allá!...

Oía la Gobernadora el acento de inaudita esperanza. ¡El Pensamiento era eterno!...

Fijóse con extrañeza en que el empleado exacto interrumpía al oír sus pormenores acerca del muerto.

—Asunto político —le dijo Norma dominándose—. Que nadie se entere.

El empleado exacto creyó de protocolo preocuparse de la Gobernadora.

—¿Ha corrido peligro su Excelencia?

—No. Informes.

—La ciudad, cuando vine hacia aquí, recobraba su vida normal. Parece que ha pasado la ráfaga de vesania...

La Gobernadora señalaba hacia el jardín, donde el cuerpo caído.

—¡Fué él!

Ahuyentó de sus ojos el recuerdo de aquella noche; los apaciguaba dejándose contemplar la seriedad de la estancia, y el claro cielo, diáfano, tibio, en el cepo cuadrado de la ventana.

—Escuche. Más estricto desde hoy el criterio de subordinación, de nivelación. Nada de tolerancias con los soñadores. No se permite más que la vida regular, tal como está establecida y metodizada.

Otra vez la ciudad entre cadenas de convencionalismo; otra vez las jornadas lisas, insípidas, repetidas. Pero aquella vida invariable era la paz.

Había comprendido Norma —experiencia triste la suya— que el único enemigo peligroso de los hombres todos era el Pensamiento. Cogió una hoja de papel y a ceño fruncido, quería dar forma a su preocupación. Al parir la idea aferrada, sopló primero como para enfriarla. Alargó la hoja de papel al empleado exacto. El decreto decía: «Queda declarado el Pensamiento elemento peligroso, y, por tanto, prohibido.»

JOSE PEREZ DE OÑA

FABRICA DE CURTIDOS

DUQUE DE RIVAS, 46

M A L A G A

MANUEL VARGAS VARGAS

PATATAS - FRUTAS - LEGUMBRES
IMPORTACIÓN - EXPORTACIÓN

SAGASTA, 8
TELÉFONO 4.162

M A L A G A

ANTONIO SERRANO ESLAVA

FABRICA DE CURTIDOS

Especialidad en suelas
y artículos para Marroquinería

Cauce, 35 - Teléfono, 1.114 - M A L A G A

EXPORTACIÓN - IMPORTACIÓN - CONSIGNACIÓN LUIS CAPARROS CAMPAY

Exportación de Frutas
Especialidad en naranjas, limones y uvas

HOYO ESPARTERO, 9

M A L A G A

JUSTO ALVAREZ

Tocinos, Jamones y Tripas para Embutidos
Importación - Exportación

CAMPOAMOR, 28

O V I E D O

MOLTURADORA Y EXPORTADORA AGRICOLA, S. A.

Fábrica de harinas
sistema ROBINSON

M A L A G A

Llano de Santa Sofía - Tel. 3.327

A. Manuel Gálvez

Fábrica de curtidos. — Artículos para marroquinería
y guarnicionería.

Duque de Rivas, 12

Teléfono, 1.242

M Á L A G A

LUIS KAIFER

Repuestos
y
accesorios
para
automóviles

García Barbón, 37

V I G O

INMENSO SURTIDO

Calzados Climent

Torrijos, 34

Santa Lucía, 6

M Á L A G A

HINOJOSA Y MAZA

Fábrica de calzados "San José"

Almacenes de alpargatas, cáñamo
y cordelería

San Juan, 34 al 38

Teléfonos: Fábrica, 3.200; Almacén, 2.735

M Á L A G A

LA CIUDAD DE MALAGA

¡Viva España!

¡Viva Franco!

JOSÉ PEÑA MUNSURI

TEJIDOS - NOVEDADES - SASTRERÍA

Teléfono, 3.880
PLAZA ESPAÑA, 17 AL 23

M A L A G A

JOSE BERNAL

EXPORTADOR DE
PASAS, HIGOS, UVAS
Y OTROS FRUTOS

Alameda Colón, 22

M A L A G A

FOMENTO AGRICOLA DE MALLORCA

SOCIEDAD ANONIMA

Domicilio Social:

Calle CIFRE, NUMERO 2

PALMA DE MALLORCA

(Baleares)

CAPITAL SOCIAL 5.000.000 PESETAS

OPERACIONES: TODAS LAS DE LA BANCA EN GENERAL

Pignoración de Valores, Cuentas corrientes, Compra de Cupones,

Depósito en custodia, Cartas de Crédito, Negociación de Letras.

PRESTAMOS HIPOTECARIOS

Giros sobre todas las plazas de España y Extranjero
Compra y venta de Monedas y Billetes de Banco Extranjeros.



**Compañía
Granadina
de
Industria
y
Comercio
(S. A.)**

almacenes de dro-
guería medicinal
e industrial.

fabricación de
lacs. - nogalino
perfumería.

especialidades farmacéuticas



apartado, 94 - alhóndiga, 26

g r a n a d a

A. GABILONDO E HIJOS

ESTAMPACIÓN Y EMBUTIZADO

LAMINACIÓN DE PERFILES

LAMINACIÓN DE PERSIANAS

TUBOS UNIDOS, ETC.

RECOGEDORES DE CINTA PA

PERSIANAS ENROLLABLES

Y SUS ACCESORIOS

TELEGRAMAS:

GABILONDO HIJOS

ARDANZA, 11

TELÉFONO, 201

E I B A

(GUIPÚZCOA)

FÁBRICA DE JABONES

"San Rafael"

MIGUEL CASTILLO GIMENEZ

Paseo San Sebastián, 24

Granada

Martín Errasti y Comp.^{ía}

TALLERES DE FORJA Y ESTAMPACIÓN

EIBAR

(GUIPÚZCOA)

TELÉFONO, 75

Fábrica de Bebidas, Gaseosas
Jarabes y Licores



Capital 600.000 pesetas
Colonias torrefacción
Cafés, Vinos generosos

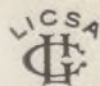
Cerveza

Vermouth

CALLE DE WETAM, N.º 60

Teléfono 1516

PALMA DE MALLORCA



INDUSTRIA CERAJE

TELÉFONO 14

C/C BANCO DE SAN SEBASTIÁN-MONDRAGÓN

FLORIO
(VIZCAYA)

CAFE

CERVANTES

Plaza del General Franc

O V I E D O

MANUEL FERNANDEZ RIVAS

COLONIALES AL POR MAYOR
ESPECIALIDAD EN CAFES TOSTADOS

Hoyo de Esparteros, 31

Teléfono, 3.210

M A L A G A

SIDRA CHAMPAGNE

¡VIVA ASTURIAS!

Vereterra y Cangas, S. A.

G I J O N

SOCIEDAD ANÓNIMA FELGUEROSO

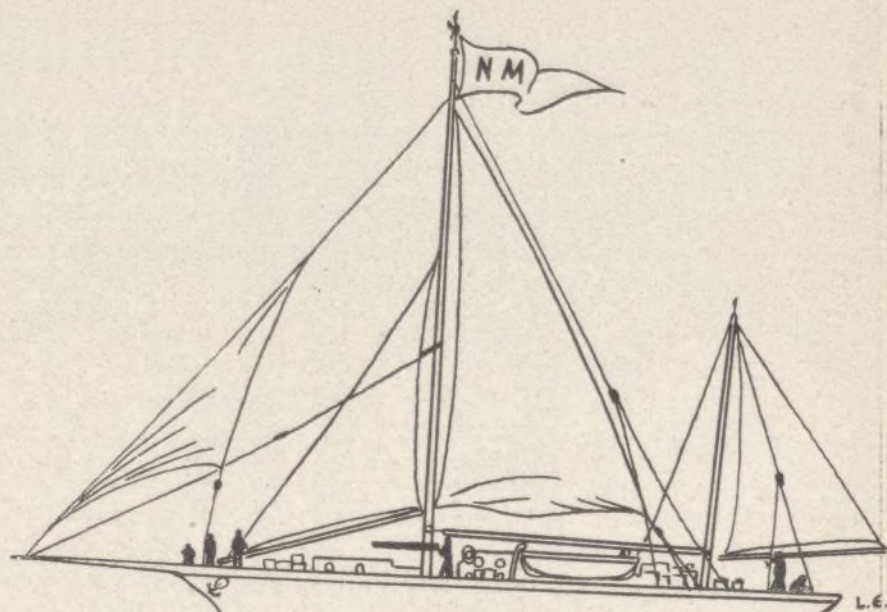
HULLERAS DE GIJÓN

Carbones Grasos
Excelente calidad

TELÉFONOS:
Oficinas, 1.939
Mina, 3.151

DOMICILIO SOCIAL
INSTITUTO
(Esquina San Antonio)
GIJÓN

Ayuntamiento de Madrid



LA MALLORQUINA

S. A.

Servicio de Cabotaje y Gran Cabotaje por
Veleros a Motor

Agencia de Aduanas Consignaciones

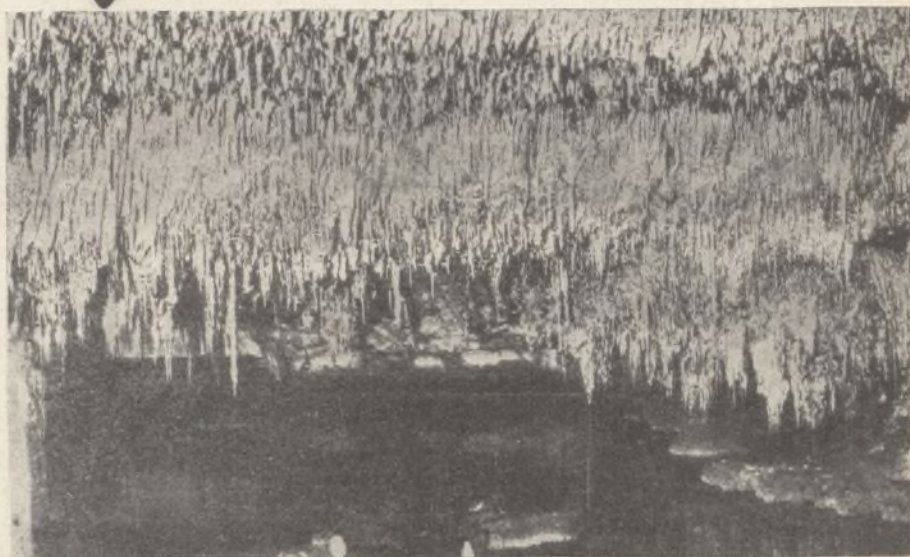
AVENIDA ANTONIO MAURA, 50
TELÉFONO, 2.211

Telegramas: NAVIERA

PALMA DE MALLORCA

L

a inmediata terminación de la guerra trae-
rá la normalidad y con esta volverán otra
vez los sublimes conciertos de las
maravillosas



CUEVAS DEL DRACH
MANACOR

FÁBRICA de CONFECCIONES

poritany

GABANES
IMPERMEABLES
GABARDINAS

Salustiano Estrada Sánchez

Hoy esta Fábrica está dedicada exclusivamente al Ejército.



Montes Sierra, 8
teléfono 22038
S E V I L L A



BILBAO

CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD MUNICIPAL

Institución benéfica dedicada a la administración de las economías de las modestas clases sociales y exenta de todo fin de lucro, por dedicar estatutariamente y de un modo íntegro los beneficios que obtiene a sanear su activo, creación de fondos de reserva y sostenimiento de una amplia obra social

Creada y patrocinada por el Excmo. Ayuntamiento de esta Villa, se ha inscripta con el carácter de Caja General de Ahorro en el Registro oficial correspondiente, forma parte de la Confederación Española de Cajas de Ahorros Benéficas y figura adscripta al Instituto Internacional del Ahorro, radicante en Milán.

46 Sucursales en los pueblos de la provincia

DOMICILIO SOCIAL
Alameda de Mazarredo, 7

SUBCENTRAL Y MONTE DE PIEDAD
Plaza de los Santos Juanes, 2

Café bar

de VICTOR LABADIE

MADRID

Mariscos frescos
todos los días



PASEO PEREDA NUMERO 6

SANTANA

TRANVÍAS DE SEVILLA

S.A.

1
PLAZA NUEVA
MACARENA
OSARIO

301

LÍNEAS DE TRANVÍAS
Y

AUTOBUSES URBANOS E INTERURBANOS

SECCION DE PUBLICIDAD

EN COCHES Y POSTES

en combinación con las principales Agencias de ESPAÑA

PIDAN PRESUPUESTOS

Ayuntamiento de Madrid

OFICINAS: GONZALO BILBAO NUMERO 1

Teléfono, número 24.840

SEVILLA

CIA. MUTUALIDAD SEVILLANA DE SEGUROS

FUNDACION DEL COMERCIO
LA INDUSTRIAL
Y LA AGRICULTURA

ACCIDENTES DEL TRABAJO, INCEN-
DIOS (INCLUSO COSECHAS)

Delegaciones provinciales en
Huelva, Cádiz, Córdoba, Má-
laga, Sevilla y Badajoz

Dirección general:
MARTIN VILLA, 5 SEVILLA

ANTONIO ALONSO HIJOS

CONSERVAS DE PESCADOS
Casa Central: VIGO (España)
Fabricas en VIGO, BUEU, VIVERO y SETUBAL (Portugal)

Dirección telegrafica: SARTONIO
Postal: Apartado. 40-Telefono. 1363

PRINCIPALES PRODUCTOS:

SARDINAS EN ACEITE, EN TOMATE, EN ESCABECHE, SIN ESPINAS ATUN Y BO-
NITO EN ACEITE, EN TOMATE, EN ESCABECHE SALMON AL NATURAL CALAMA-
RES EN SU TINTA, EN ACEITE, RELLENOS ANCHOAS EN SAUMUERA EN FILETES Y
ROLLOS EN ACEITE MARISCOS: ALMEJAS AL NATURAL, MEJILLONES EN
ESCABECHE BÉRBÉCHOS AL NATURAL NAVAJAS AL NATURAL



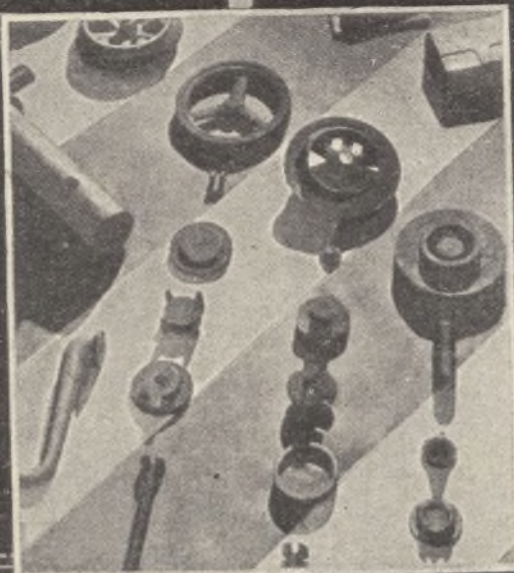
Alfredo Alvarez

Joyerero

Brillantes, perlas, joyería, Único concesionario para
platería, orfebrería de arte, Bilbao de los relojes "Pa-
relojería fina. - Primeras tek-Philippe & Cie" de
marcas Ginebra (Suiza)

Fábrica: A. Mazaredo, 16 - Teléfono, 14.133
Exposición y venta: Tendaria, 38 - Teléfono, 11.507

Bilbao



Puntas
de París
Remaches
Tachuelas
Escarpias
Clavos
forjados
Cadenas
Sartenes
Batería
Estañada
Tornillos

HIJOS DE MENDIZABAL

Fábrica de artículos de fe-
rretería y otras manufac-
turas de alambre y chapa

Teléfono, número 2
DURANGO (VIZCAYA)

FABRICA DE CALZADO
Bartolomé Payeras Ferrer



Especialidad en clases
selectas para Caba-
llero y Señora

¡Saludo a Franco!
¡Arriba España!

Apartado 6 INCA
PALMA DE MALLORCA

INDUSTRIA ESPAÑOLA DE PERLAS IMITACION
S. A.

Perlas para toda clase de aplicacio-
nes. Fabricación de artículos de ce-
luloide. Collares, Alfileres, Sortijas,
Pendientes. Perlas imitación, Perls
imitación, inimitación Pearls.

MANACOR (Mallorca)

JABONERA BILBAINA S.A.
BILBAO

JABON
TREBOL

ANDRÉS PERICÁS
GRAN MANUFACTURA DE CALZADO
CASA FUNDADA EN 1885

ALARÓ
MALLORCA

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPañIA DE SEGUROS - FUNDADA EN 1864

Domicilio legal en el edificio de su
propiedad, calle del General Mola núm. 1

VALLADOLID

Seguros de Incendios, Cosechas,
Transportes, Accidentes y otros Ramos



NOMBRE Y MARCA REGISTRADOS

NUEVA EDITORIAL, S.A.

TALLERES TIPOGRAFICOS

Buen Pastar, 10. Teléfono, 11.746

SECCIÓN A:
Edición de obras de lujo, revistas, catálogos, trabajos comerciales, folletos.

SECCIÓN B:
Grandes tiradas de billetes numerados con destino a tranvías, autobuses, teatros, cines, frontones, campos de fútbol, etc., etc.

SAN SEBASTIAN



L.E.V.

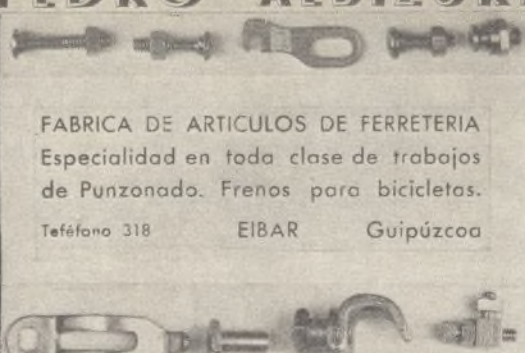
HIJOS DE DOMINGO ARISTONDO

FORJAS, ESTAMPACIONES Y TALLERES MECANICOS

Fábrica militarizada al servicio del Ejército Nacional

EIBAR Teléfono 156 (Guipúzcoa)

PEDRO ALBIZURI



FABRICA DE ARTICULOS DE FERRETERIA
Especialidad en toda clase de trabajos
de Punzonado. Frenos para bicicletas.
Teléfono 318 EIBAR Guipúzcoa

Forjas de Elorrio S L

Especialidad en piezas
de alta precisión de
latón, cobre, duralu-
minio y aleaciones.

ELORRIO

(Vizcaya)

PRODUCTOS REFRACTARIOS

QUIGLEY

HIJOS DE EMILIO BRUGUERA

Para la construcción y mantenimiento de
revestimientos de Hornos; «Hytempite»,
«Q'Chrome»; «Q'Chromatic», «Hearth-Crete»
Cemento Aislante «Insulag», para calorifu-
gación de tuberías y calderas de vapor».
Capas Protectoras «Triple» negro y en colores
Pasta al gráfito para juntas «Q'Seal». Em-
paquetaduras «Allpax» y cartón para jun-
tas. Aceros y Herramientas «Sanderson»
Brothers Newbolud Ltd. Sheffield Productos
especiales para la Industria y Marina.

ITURRIZA, número. 17 Teléfono 12106

BILBAO

(España)



UFILMS ULARGUI FILMS

presenta a

MIGUEL LIGERO

en

EL BARBERO DE SEVILLA

con

Estrellita Castro, Roberto Rey
Fernando Granada, Raquel
Rodrigo, Alberto Romea y
Tina Gasco

un FILM de

BENITO PEROJO

editora: Hispano Film Producción

Esta producción española orgullo de la cinematografía, se presen-
tará simultáneamente el Sábado de Gloria en los mejores Cine-
mas de las más importantes Capitales de la España Nacional

FABRICA DE

Francisco Gallastegui

Artículos de Ferretería, Accesorios de
Bicicletas - Especialidad en Bombas
para Bicicletas.

ERMUA

(Vizcaya)



MARCA REGISTRADA

VIGO.

AZUFRES

SUBLIMADO ANCLA

Molido TORO
FLORISTELLA
Y CAÑOE

Refinado TERRON
Y CAÑON

Especialidad para usos Industriales

CHOCOLATES BOMBONES
CARAMELOS

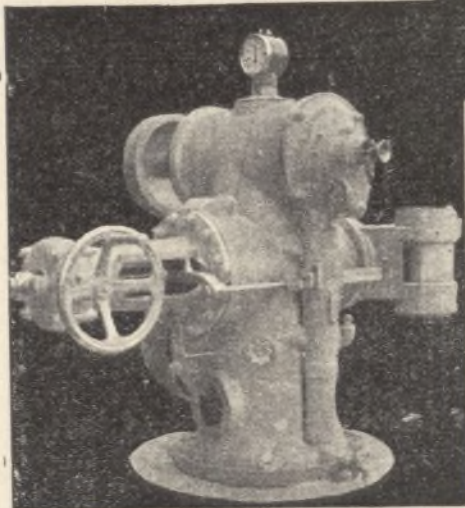
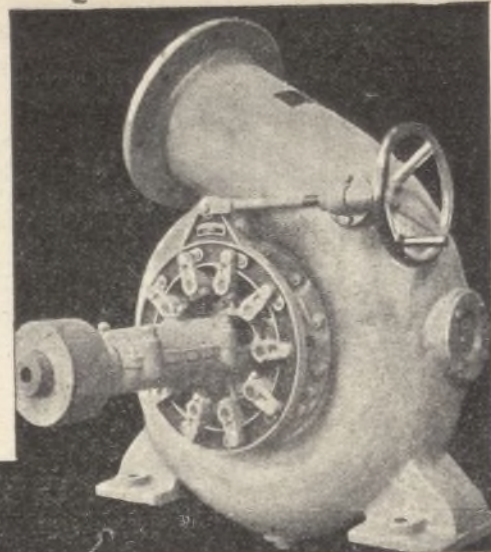
Eureka




ATLANTIC

CADIZ

TALLERES Y OFICINAS EN
BILBAO - Fernández del Campo, 21
TELÉFONO NÚM. 13.103
TELGR. TURBINAS BILBAO



TURBINAS HIDRÁULICAS, NORMALES Y EXTRA-RÁPIDAS
REGULADORES AUTOMÁTICOS DE PRECISIÓN - TUBERÍAS
VÁLVULAS - COMPUERTAS - REJAS - MAQUINARIA DE
ELEVACIÓN Y TRANSPORTE - ELEVADORES - MONTACARGAS
ESTIVADORAS - MÁQUINAS DE EXTRACCIÓN PARA MINAS
CABRESTANTES - GRÚAS FIJAS Y PORTÁTILES
PUENTES-GRÚAS

BENGOCHEA, JUSTE Y C. ^{NIA} L. ^{TDA}

CONSTRUCCIONES METÁLICAS Y MECÁNICAS

ESTUDIO VERTICE

E.V.



HYMASA

Hilaturas y Mantas Antequera, S. A.

(HYMASA)

ANTEQUERA (MALAGA)

Fabricación de hilados y tejidos de lana, mantas,
bayetas, paños para trajes y abrigos de señora
HILOS DE LANA PARA GENEROS DE PUNTO.



**FUNDICIONES Y TALLERES
"OLMA" COMPAÑIA LIMITADA**

Teléfono, número 32 — Apartado, número 5
DURANGO (VIZCAYA)

VINOS D'OR



FELANITX MALLORCA



CALCETERIA HISPANICA S. A.

FABRICA DE MEDIAS Y CALCETINES
en calidades de consumo
popular y clases finas

FEMENIAS, 40 TELEFONO 2107

PALMA DE MALLORCA



FABRICA DE CURTIDOS
JOSE BIGAS

Especialidad en CABRITILLAS FINAS de alta calidad
Cabras Vegetal y Cromo para trenzados y forrería
Teléfono 1093

Palma de Mallorca

S ALTA CALIDAD
U † ELEGANCIA NO IGUALADA
M † DURACION INCOMPARABLE
A † MAXIMA ECONOMIA
N
D
O
S Total: EL ZAPATO PERFECTO

CALZADOS INCA



Instalación de máquinas modernísimas. Técnicos especializados en
calzado de Caballero, Sport de Señora y Bottier alta novedad.
Fábrica y despacho: Calle de la Industria, (INCA Mallorca)

CAFE - BAR



ONGI ETORRI

El más conocido en San Sebastián
por su especialidad en Marionetas
Vinos de marcas especiales
Servicio esmerado

PROPIETARIO:
D. MARTIN ROMAGUERA
Fuenterrabía, 15 - Teléfono, 12051
SAN SEBASTIAN

"ARAGON"

COMPANIA ANONIMA DE SEGUROS

Fundada en Zaragoza el día 21 de Abril de 1927

CAPITAL SOCIAL SUSCRITO: PESETAS 4.000.000

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

» » ROBO

» » de paralización de trabajo

Representación en todas las
capitales y pueblos importantes

Dirección en Zaragoza:

COSO, 35

fábrica de resortes

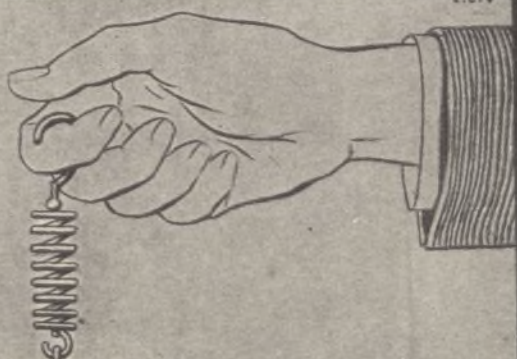
Hijos de José Valencia

TELEGRAMAS Y TELEFONOS: NIJOS, VALENCIA
TELÉFONO: 3-48 - APARTADO: 31

PUNZONADO Y EMBUTIDO DE CUALQUIER TIPO DE PIEZAS
PARA ARTICULOS DE FERRERIA E INDUSTRIAS EN GENERAL

Eibar (GUIPUZCOA)

L.E.V.



Especialidad
en muelles espiral
para toda la clase de ma-
quinaria industrial, textil y agríco-
la automóviles, ferrocarriles, tranvías, ar-
mas, artículos eléctricos, cerrojería, gramófo-
nos etc. Muelles cobrizos y templados para colcho-
nes, butacos etc., etc. Muelles tensores para somiers.
Fabricamos cualquier clase de piezas troqueladas,
estampadas y embutidas para artículos de fe-
rretería accesorios para automóviles,
coches para niños, bicicletas etc.,
etc. e industria en general. Resor-
tes de cualquier tipo Solici-
tense catálogos

Pídesse la legítima achicoria del Arbel con la cruz y los
cuatro escudos de las Provincias Vasco-Navarras

LA VASCO NAVARRA

FABRICA DE ACHICORIA
MARCA REGISTRADA

J. M. OMOITIO Y CIA.

DE

DURANGO

LA FABRICACION ES COMPLETAMENTE PURA Y GARANTIZADA

¡OJO! Rechazad todo estampado y paquete imitado.

JABONES EL NIDO S. L.

Jabones de tocador, Jabones para la barba

Jabones especiales



BUÑOLA Mallorca (España)

LA MALLORQUINA

Fábrica de Tejidos de

José Enseñat Mayol

Dirección Telegráfica:
Enseñat - Soller

SOLLER Mallorca

Fábrica de Curtidos Vegetal y al Cromo
Francisco Rosello y Batlle



Birard, número 5 Teléfono 2234

PALMA DE MALLORCA

Juan Ros Mir y Compañía

Fabrica de Curtidos

Casa Fundada el año 1850



Torre del Amor, 6

Teléfono 2424

PALMA DE MALLORCA

Fábrica de Curtidos

Hijo de Francisco Mulet

Fábrica: Molinar de Levante:
Teléfono 2044

Despacho: Cruz, 6
Teléfono 2425

Palma de Mallorca

Fábrica de Tejidos de Algodón

Viuda de Miguel Arbona Rullán



Telefono 65

Pablo Noguera, 16

SOLLER (Mallorca)

FABRICA DE CALZADOS

Especialidad en piso de goma

Marca "Jahosa"
(Pte. 91.248)

Jaime Homar Salom
Calle Mañolas, 29



ALARO (Baleares)

Alejandro Tejedor

FABRICA DE EMBUTIDOS

Vía Arnesto Maestre, 71 Telf. 6 y 62

FELANITX Mallorca

ESPECIALIDAD MANTECA HOJALDRE

Ventas al por mayor

Despacho Central: RIPOLL: 16 Teléf. 13642

BARCELONA



“ B I L B A O ”

COMPANIA ANONIMA DE SEGUROS

PLAZA DE ESPAÑA NÚM 4, 1.º B I L B A O

Ramos de Incendios, Robo, Cosechas y Marítimos

Agencias en todas las plazas y principales puertos de España

Dirección en BILBAO:

Telegramas: BILCIASE.

Teléfono: 10.631

Apartado: 297.

Delegación para Andalucía:

JUAN CANTALAPIEDRA

Avenida de Queipo de Llano, 46

SEVILLA

Casa en
BUENOS AIRES
CABRERA, 3.673

Casa en
NEW-YORK
52-Stone Street

Hijos de Ibarra

Cosecheros y exportadores de aceites y aceitunas

Apartado, 15

TRACTORES "CATERPILLAR"

COSECHADORAS Y MAQUINARIA AUXILIAR PARA AGRICULTURA-EXPLOTACIONES FORESTALES-CONSTRUCCION DE CAMINOS

Representante exclusivo para España, Marruecos y Colonias **ALBERTO MAGNO RODRIGUEZ**

CASA CENTRAL ALMIRANTE LOBO NUMERO 2 SEVILLA



CASA SAMPEDRO

GRAN PELETERIA

Vestidos - Abrigos - Pielés

O'Donnell, 10 y 12

SEVILLA

TAILLEFER, S. A.

MADERAS

AUTOMOVILES

ELECTRICIDAD

Plaza del Siglo

MALAGA

Nieto de Máximo Bolado

Solera 1856

Primera casa en vinos blancos de la Nava

Segismundo Moret, 10
 Teléfono núm. 2152

Santander

Almacenes CANALES

CASA FUNDADA EN 1902

Ferretería, Loza, Cristal, etc.

FABRICA DE MUEBLES

APARTADO, 7

TORRELAVEGA (SANTANDER)

LA NUEVA ESPAÑA

FABRICA DE PARAGUAS

ENRIQUE ALVAREZ

RAMON ALVAREZ GARCIA, 10 Y 12
 TELEFONO, 28-46

GIJON

RODOLFO RODRIGUEZ

JOYERIA-PLATERIA

San Francisco, 1
 Teléfono, 3.512

Santander

Pirella y Doni J. en C.

FABRICA DE CALZADOS
 Especialidades: Calzado GOODYEAR, de Caballero
 y Señora de Raphia
 Calle GENERAL GODED
 BINISALEN
 Teléfono 32
 (Mallorca)

Arturo Redondo

Materiales de construcción de todas clases

CONTRATISTA
DE OBRAS PÚBLICAS
CANTERAS DE GRANITO
ADOQUINES, BORDILLO
EMPIEDRO Y TODA
CLASE DE
SILLERIA

CHALET
VILLA MARIA
extramuros
Teléfono, 1555

ARQUITECTO
Acero y Plaza
de la Catedral
CADIZ

FUNDICION MECANICA HIERRO - BRONCE

ESPECIALIZADOS
EN LA FABRICACION DE GRIFERIA

VALVULAS
ROBINETES, ENGRASADORES

INYECTORES
ELEVADORES, PURGADORES

REDUCTORES
SILBATOS Y TODOS
LOS ACCESORIOS
PARA

VAPOR
Y
AGUA

Fundiciones Juarte S.A.
BILBAO

SUMINISTRADORES
DE TODO LO CONCERNIENTE
AL RAMO DE FONTANERIA, SANEA-
MIENTO, HIDROTERAPIA Y CALEFACCION

EJECUCION DE TODA CLASE
DE TRABAJOS SOBRE DIBUJO

PIDANSE
PRESUPUESTOS Y CATALOGOS

PROVEEDORES DE LA ARMADA ESPAÑOLA

PRADERA HERMANOS Y C.^{IA} S. EN C.

Bertendona, 10 BILBAO Teléfono, 10955

COBRE • LATON • ALPACA

En alambres, pletinas, barras, chapas, cinta
en rollos, tubos, perfilería, etc. • Latones
naval y militar • Copas para cartuchería
Alambre de cobre electrolítico • Clavillo
de latón para la industria del calzado

TORNILLERIA

ESTAMPACION • FORJA • GALVANIZADO

Tornillos comerciales, tornillos de brida,
escarpas, remaches, tirafondos para vías
férreas, tuercas, arandelas, soportes
de hierro galvanizado, etc., etc.

Casa fundada el año 1638

Fábricas en ZARATAMO (Vizcaya)

Reservado para la Casa
ANTIGUA JABONERA

Tapia y Sobrino
BILBAO

Compañía Española de Pinturas INTERNACIONAL S. A.

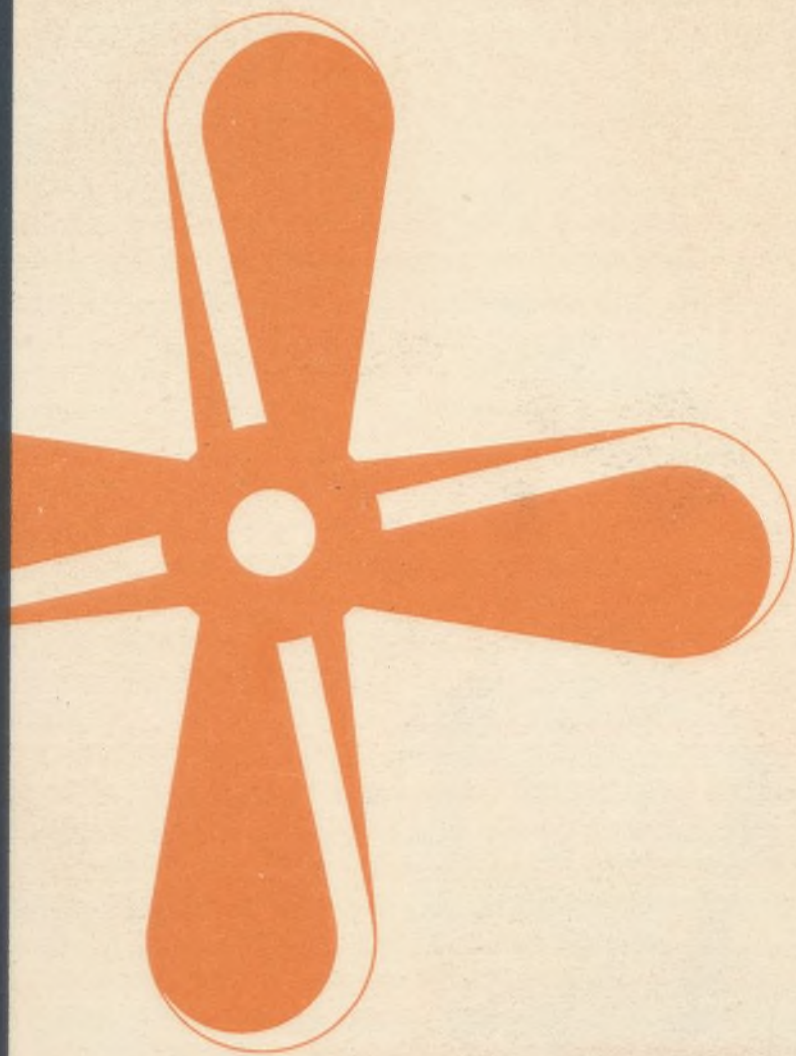
Patente INTERNATIONAL para fondos de buques de hierro y acero. Cerca del 40% de la flota mundial emplea esta patente • NAVY BRAND. Composición muy fuerte para el mismo uso y adecuada para navegaciones entre países tropicales o aguas muy sucias. • COPPER PAINT. Composición para fondos de buques de madera. • YACHT COMPOSITION para fondos de buques de regata y recreo. BLACK TOPSIDE. Pintura para costados de buques • DAMBOLINA, LAGOLINE, Esmalte SUNLIGHT, UNION JACK, esmaltes para juguetes. Pinturas y barnices secado al aire libre y a la estufa BEDSTEAD PAINT (pintura para camas) FURNITURE VARNISH, FURNITURE ENAMEL. (Barniz y esmalte especiales para muebles). BOOTTOP. Anticorrosiva para la línea de flotación de buques de hierro • FUNNEL PAINT. Pintura ignífuga para chimeneas • Nuestras pinturas son las de mayor duración y de mayor rendimiento • Son, por lo tanto, las más baratas. MOTOR PAINT. Pinturas decorativas LAGOMAT. Pintura al agua ODICO (preciosos colores permanentes). Esmaltes y barnices INTERLAC a la nitrocelulosa y demás productos nitrocelulósicos INTERPAST A. y B. En todos los puertos del mundo podemos suministrar nuestras patentes y guardamos depósitos, además, en las principales poblaciones de España.

FÁBRICA EN:

LUCHANA - ERANDIO
(BILBAO)

OFICINAS:

IBÁÑEZ DE BILBAO, 8
BILBAO



HOLZAPFEL

TODAS LAS PINTURAS PATENTADAS

HOLZAPFEL,

SON PARA TODA CLASE DE APLICACIONES Y USOS

LAS MEJORES DEL MUNDO Y LAS DE MAYOR CONSUMO MUNDIAL

Ayuntamiento de Madrid

Mermeladas y Dulces



"BEBÉ"

SAN ADRIAN (NAVARRA)

Ayuntamiento de Madrid